

CÉSAR PÉREZ GELLIDA TODO LO PEOR

UNA NOVELA FRÍA
COMO EL ACERO,
DESPIADADA COMO
EL CRUEL ASESINO
QUE LA HABITA

SUMA
de letras



CÉSAR
PÉREZ
GELLIDA
TODO
LO
PEOR

UNA NOVELA FRÍA
COMO EL ACERO,
DESPIADADA COMO
EL CRUEL ASESINO
QUE LA HARITA

SUMA



César Pérez Gellida

Todo lo peor



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleer



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

A Hugo, sol de mi sistema planetario

«Cuando la vida quiere ser cruel, no hay mayor crueldad que vivir».

ARMANDO LOPATEGUI, «Carapocha»

PERSONAJES PRINCIPALES

Viktor Lavrov. Psicólogo criminalista y agente del KGB destinado en Berlín.

Otto Bauer. Inspector jefe de la Kriminalpolizei.

Birgit Bauer. Sargento de la Kriminalpolizei.

Erika Eisemberg. Miembro de la Sección de Espionaje, Soporte y Actuación de la Stasi.

Erich Mielke. Director del Ministerio para la Seguridad del Estado (Stasi).

Markus Wolf. Jefe del Servicio de Inteligencia en el Extranjero (HVA).

Florian Klein. Inspector de la Unidad Especial de Investigación Criminal de la Stasi.

Nikolai Kokorin. Máximo responsable de las Oficinas S del KGB en la RDA, Checoslovaquia, Polonia y Hungría.

Boris Kliuka. Jefe del equipo operativo de la Oficina S del KGB en Berlín.

Simon Francis, «el Cuervo». Jefe del Grupo de Operaciones Encubiertas de la CIA en Berlín.

Uri Jamchi. Oficial responsable de una célula itinerante de Kidon perteneciente al Mossad.

Rebeca Allendorf. Esposa de Johannes Allendorf.

Peter Sutcliffe, «El destripador de Yorkshire». Asesino en serie británico condenado por trece asesinatos.

«Asa». Asesino en serie mesiánico.

OTROS PERSONAJES

«*Pavel*». Activo del operativo de la Oficina S del KGB en Berlín.

«*Sasha*». Activo del operativo de la Oficina S del KGB en Berlín.

Bernhard Weber. Responsable de la estación de comunicaciones del KGB en Berlín.

Agneta Weber. Esposa de Bernhard y técnico de comunicaciones del KGB.

Gustav Hebert. Cabo del Regimiento de Guardias Félix Dzerzhinsky.

Korbinian Zozulia. Miembro del Grupo de Operaciones Encubiertas de la CIA en Berlín.

Alec. Exagente del MI6.

Nelson McMahon. Alcaide del presidio de alta seguridad de Parkurst.

Johannes Allendorf. Miembro del Departamento Central para Comunicaciones Seguras y Protección Personal de la Stasi.

Franz Goellner. Padre de Rebeca Allendorf.

Urszula. Asistente de los Allendorf.

Lars. Conserje de la finca de los Allendorf.

Ruslan Kemke. Profesor de Historia Medieval de la Universidad Técnica de Dresde.

Kristen Kemke. Esposa de Jonas Kemke.

Marco Zoecke. Compañero de colegio de Patrik Kemke.

Tobias Kaufmann. Propietario de una relojería de Dresde.

Uli Rohmer. Oficial de la Volkspolizei de Dresde.

Hansi Rodl. Agente de la Volkspolizei de Dresde.

Daniel Schell. Agente de la Volkspolizei de Dresde.

Peter Schöder. Agente de la Volkspolizei de Dresde.

Doctor Reister. Médico forense de la Kriminalpolizei.

Hans Jurgen Keifer. Teniente general de las Fuerzas Terrestres del Ejército Popular Nacional.

Thore Gysi. Alférez de las Fuerzas Terrestres del Ejército Popular Nacional.

Vollrath Repplinger. Entrenador de boxeo de Otto Bauer.

Jan. Operario del Instituto Anatómico Forense de Hellersdorf.

Bianka. Pluriempleada doméstica.

Rudy. Guardia forestal del Bosque de Dresde.

Heinrich. Pareja de Otto Bauer.

Mathias Buback. Víctima.

Bastian Hellsinger. Víctima.

Gunter Sülle. Víctima.

LA QUÍMICA SE IMPONE (PRELUDIO)

*Residencia de Viktor Lavrov y Erika Eisemberg
Rosenstrasse, 2. Berlín Oriental (RDA)
4 de julio de 1981*

Tres son los segundos que invierte Viktor Lavrov en llegar a una conclusión. El primero lo consume en interpretar los alarmados rasgos faciales de Erika y la crispada expresión del hombre que tiene apoyado el supresor de una pistola en su sien. Otro más en procesar la fatídica e irreversible tesitura en la que se encuentran, porque, con Boris Kliuka en la ecuación, el resultante solo puede ser uno. Y, por último, el que emplea su sistema cognitivo en admitirla: uno tiene que morir.

No se equivoca pero tampoco acierta.

Serán más los que mueran en esa cocina.

Algunos días antes

TODO LO PEOR ES LO MEJOR

*Presidio de alta seguridad de Parkhurst
Isla de Wight (Inglaterra)
13 de junio de 1981*

Todo lo peor es lo mejor cuando a uno deja de importarle de qué lado está —afirmó Viktor con aire agnóstico, como si el conocimiento del ser humano no alcanzara para probar o negar dicha sentencia.

—¿Cómo dice? —se interesó Nelson McMahon, alcaide de la institución desde hacía trece años. Se le notaba visiblemente contrariado. Motivos no le faltaban para tratar con aspereza a ese ruso insolente de ojos saltones y con la cara picada por la viruela que le sonreía de un modo vesicante. Le escocía sobremanera no comprender cómo había conseguido colarse en «su» centro penitenciario un maldito comunista por muy eminencia que fuera considerado en el estudio del comportamiento criminal. Así y todo, británica abnegación, se había ofrecido a acompañarlo hasta la sala de interrogatorios por tratarse de una situación tan anómala como delicada, y, cuando esos dos adjetivos se encontraban en una misma frase, McMahon prefería dejarse guiar por la prudencia que por la irritación.

—Otro día. Olvídelo —solventó el psicólogo.

La máxima de Viktor Lavrov se había fabricado en sus cuerdas vocales tras escuchar que su incómodo e incomodado anfitrión calificaba a los presos allí reclusos como «lo peor de la sociedad».

¿Cómo hacerle entender que aquellas personas eran producto de esa sociedad? Esa que llevaba décadas adormilada por el opio del consumismo; esa que estaba del todo carcomida por unos valores tan nocivos como atractivos solo en apariencia; esa que querían imponer como única y verdadera. Y que, verdaderamente, lo estaban consiguiendo. Porque era un hecho que, a esas alturas, la gélida contienda entre el símbolo del dólar y la hoz y el martillo se reducía a una mera cuestión de tiempo: el que tardaría el bloque soviético en desmoronarse, aunque nadie que habitara en un territorio al este del telón de acero se atreviera a admitirlo, ni siquiera en su fuero interno. A Viktor Lavrov le habría encantado intentar argumentarle que la existencia de depredadores como Sutcliffe era consecuencia de la purulenta y corrupta sociedad occidental; sin embargo, era consciente de que iba a ser como eyacular contra la pared: placentero pero estéril.

Conforme avanzaban escoltados por dos guardias a través de uno de los corredores que llevaban al módulo C, podía notar cómo el halo de animadversión que manaba de McMahon crecía en intensidad, pero, a pesar de ello, no podría decirse que se sintiera incómodo. Más bien lo contrario. Lo que sí le resultaba bastante molesto era esa mezcla de olores imposibles de calificar que conformaban esa viciada atmósfera.

—Doy por hecho que le han informado debidamente de las normas que se aplican en este área en cuanto crucemos esa puerta
—retomó el alcaide.

—Tres veces, dos más de las que precisaba para comprenderlas, asimilarlas y cumplirlas. Por ese orden.

Nelson McMahon chasqueó la lengua.

—Son del todo necesarias.

—Nadie lo pone en duda.

—Aquí están los tipos más peligrosos del Reino Unido.

—¡He aquí la paradoja!

—¿Perdón?

—Que sean los tipos más peligrosos del Reino Unido y que estén aquí aislados del resto de presos comunes para evitar que los otros,

los vulgares —aclaró con retintín—, hagan picadillo a los excepcionales.

El alcaide se mordió el labio inferior y meneó la cabeza, exasperado. A dos metros para llegar a la puerta metálica, McMahon hizo un gesto autoritario con la mano y el funcionario de la cabina de control accionó de inmediato el botón de apertura.

—Hasta los presos comunes tienen sentido de la justicia —alegó al tiempo que le invitaba a pasar, ahora mediante un caballeroso ademán.

—Por tanto, podría decirse que estos hombres son peligrosos dependiendo de las circunstancias que los rodeen, ¿no es así?

El otro caviló unos segundos, los suficientes para darse cuenta de que estaba a punto de caer en una tela de araña de la que le iba a resultar muy complicado escapar.

—No sé si usted es del todo consciente del tipo de persona a la que ha venido a evaluar, doctor.

Viktor Lavrov compuso un gesto serio, casi creíble, y se detuvo antes de volverse hacia él.

—Ese «del todo» implica demasiado para tratarse de una expresión del todo ambigua, señor McMahon. En esta cartera —le mostró— llevo decenas de folios sobre el caso de Peter Sutcliffe, más conocido como «El destripador de Yorkshire». A saber: informes forenses y psiquiátricos, las diligencias completas de la policía de West Yorkshire, así como las del personal especializado asignado por Scotland Yard, incluidas las conclusiones generales firmadas de puño y letra por George Alexander Oldfield, máximo exponente en el proceso de investigación. También cuento con la transcripción completa del juicio y la sentencia, por supuesto. Mi propósito no es otro que obtener posibles evidencias psicopatológicas a través de una entrevista psiquiátrica con el objeto de poder elaborar una memoria que, con claridad y dentro de la terminología de su sistema jurídico vigente, pueda ser de utilidad para esclarecer el caos que nos ocupa. De cualquier forma, hay una frase que yo sitúo en la categoría de verdades indubitables y universales que podría atomizar lo dicho con anterioridad: nunca se

convence del todo a nadie de nada. Anótela, algún día podría ser el germen de un poema o una canción.

El ruso se esforzó al máximo por contener la carcajada que le provocó comprobar que sus palabras habían causado el efecto que esperaba: total y absoluto desconcierto.

—Dicho esto, alcaide McMahan, reconozco que siento una gran curiosidad por conocer su opinión personal sobre el caso —comentó para dar de comer a su ego.

—Un maldito asesino. Un maldito asesino despiadado y letal —aliñó—. Se llevó por delante a trece mujeres, pero podían haber sido más si la fortuna no se hubiera aliado con los policías que lo detuvieron. Un perturbado mental que creía estar cumpliendo un mandamiento divino. Un...

—Un segundo, un segundo, por favor —le interrumpió el ruso—. ¿Cree usted que es un enfermo?

—¿Un enfermo? —dudó rebuscando en su memoria a corto plazo para cerciorarse de que, efectivamente, esa palabra había salido de su boca—. En absoluto. Bueno, qué narices, tiene que ser un maldito loco para arrebatarse la vida a martillazos a esas pobres mujeres. Incluso a una niña. ¡Dios Santo! ¡¿Qué mal puede hacer una niña de dieciséis años?!

—¿Y las otras doce? ¿O el hecho de ser en su mayoría prostitutas justifica en alguna medida que alguien pueda agredirlas o causarles la muerte?

—No, no, para nada. Yo solo digo que...

—Aún no me ha respondido —intervino de nuevo quitándole la palabra—. ¿Lo considera usted un enfermo mental o no?

El alcaide McMahan carraspeó antes de recoger los brazos tras la espalda y retomar la marcha haciendo gala de esa flema innata tan propia de su tierra.

—No lo sé. Ni me importa, la verdad. Lo único que quiero es que ese malnacido se pase el resto de sus días entre rejas, aunque, entre usted y yo —añadió bajando la voz para que los dos guardias no registraran su veredicto—, lo que de verdad se merecería ese perro chalado es que lo hubieran colgado del cuello hasta morir.

—Si es eso lo que quiere, le conviene y mucho no referirse nunca a Peter Sutcliffe como un perturbado, maldito loco, perro chalado o de cualquier forma que invite a pensar que se trata de un enfermo. Le recuerdo que ante el Tribunal Criminal Central de Londres se declaró culpable de homicidio con atenuante por deficiencia mental. Y es esa, justo esa: aparentar que no está en sus cabales, su única salida cuando se enfrente a la Corte Suprema. Y si consigue convencerlos, alcaide McMahon, cumplirá su condena en una apacible institución médica.

—Si el jurado de la sala uno de Old Bailey no se tragó esa milonga, la Corte Suprema tampoco lo hará.

—Depende.

—¿De qué?

—De la evaluación que hagamos personas como yo. ¿Y sabe por qué el fiscal encargado del caso, Michael Havers, ha recurrido a mí?

Su expresión corporal decía que no.

—Porque está convencido de que el equipo de psiquiatras dirigido por Hugo Milne va a concluir en su diagnóstico que Peter Sutcliffe está afectado por una esquizofrenia paranoide, ergo, que van a declararlo enfermo mental. ¿Estaba al corriente de que uno de ellos, un tal MacCulloch, ha tenido en consideración que Sutcliffe afirma estar capacitado para leer la mente de sus víctimas?

—¡¿Me lo está diciendo en serio?!

—Se lo juro por mis antepasados.

—¡Inconcebible!

—Puede, pero no imposible. Si alguien en sus circunstancias alegara eso en mi país...

—Continúe, continúe.

—Ya se habría convertido en un ratón de laboratorio para estudiar si posee o no poderes mentales. Ustedes, en cambio, no solo le prestan oídos a un despiadado asesino, además, hacen el esfuerzo de intentar creerle.

—No todos, doctor.

—Puede, pero los que van a decidir, sí. Según mi criterio, en el punto en el que estamos, nos encontramos más cerca de que la Corte Suprema acepte el alegato de la defensa y termine enviándolo

al hospital Broadmoor, que es el que han solicitado sus abogados si mis notas no son erróneas.

—Eso sería una ofensa para las familias de las mujeres asesinadas y para toda nuestra sociedad, sobre todo para los que todavía creemos en la justicia.

El ruso iba a decir algo acerca de la justicia, pero el alumbramiento verbal fue abortado por el repentino ataque de curiosidad del alcaide McMahon.

—¿Debo entender, por tanto, que usted tiene una opinión distinta al respecto?

—Radicalmente opuesta. Peter Sutcliffe cometía los asesinatos con absoluta premeditación, eligiendo el momento propicio para asaltar a sus víctimas, por norma, en lugares apartados y con nocturnidad. Actuaba siempre de forma alevosa al seleccionar mujeres a las que solía golpear en la cabeza con un martillo para evitar que estas pudieran defenderse o alertar a alguien. Apuñalarlas decenas de veces con un destornillador, patearles la cabeza una vez muertas, eviscerarlas y eyacular sobre sus órganos eliminan cualquier duda en relación con el ensañamiento. Todo ello nos dibuja el *modus operandi* de un asesino organizado con un propósito concreto, lo cual nada tiene que ver con la forma de actuar de una persona afectada por cualquier tipo de esquizofrenia.

—Él alega que Dios le ordenó matar prostitutas.

—Y yo demostraré que lo único que le impulsaba a asesinar era una incontrollable y severa misoginia. Elegir prostitutas responde a cuestiones de practicidad, como hacen los depredadores cuando cazan: elegir al ejemplar más débil de la manada.

El alcaide se rascó la nariz con extrema fruición, como si la última frase del ruso le hubiera rozado la pituitaria.

—Hemos llegado. Adelante, por favor —le invitó empujando una pesada puerta de hierro.

El cuartucho no tendría más de diez metros cuadrados. Tras la cristalera, Viktor pudo distinguir la figura del detenido, sentado con la espalda recta, acodado sobre una mesa metálica sosteniendo una pose de aparente serenidad. Acto seguido desvió la mirada para centrarse en las otras dos personas que aguardaban dentro.

—Jim Carson, técnico especialista de la oficina del fiscal —le presentó el alcaide—. Se encargará de grabar todo lo que acontezca durante el tiempo que usted permanezca en la sala de interrogatorios. Y Madison Rawlinson, del bufete Rawlinson & Shultz, que representa al señor Sutcliffe y que, conforme a lo que la ley recoge, ha querido hacer valer su derecho de estar presente.

—Un placer —saludó él.

—Igualmente, doctor Lavrov —respondió ella, seca y cortante—. Lo primero que querría saber es la duración estimada de la sesión.

El colmillo derecho aprovechó para salir a escena cuando los labios del psicólogo se abrieron dibujando una ingrátida sonrisa.

—Estimo que se prolongará hasta que yo la dé por finalizada, letrada. Le aconsejo que se ponga cómoda.

La siguiente petición que el ruso tenía en la recámara le privó de disfrutar de la reacción de la abogada.

—Señor McMahon, sé que contraviene las normas que con tanto afán me han explicado, pero necesito que le quiten las esposas al señor Sutcliffe. Bajo mi responsabilidad —añadió.

El alcaide, satisfecho al comprobar que la abogada aún tenía cincelado el agravio en su configuración facial, asintió.

—¿Algún inconveniente? —le consultó a ella.

—Ninguno.

—¿Algo más? —lanzó al aire McMahon.

Este se despojó de su gabardina y se giró de nuevo hacia el cristal.

—Sí. Antes de comenzar quiero ver su celda.

Barrio de Prenzlauer Berg. Berlín Oriental (RDA)

Se había puesto ropa cómoda, pero, a unos veinte metros de la entrada del local se sentía muy lejos de notar algo que tuviera que ver con la confortabilidad.

Tras meses de concienzudo análisis, pocos como él conocían los hábitos e itinerarios de esos degenerados y, siendo sábado, había optado por entrar en el Der Bacchanal, el tugurio con ambiente gay

más concurrido de la ciudad los fines de semana, pero, principalmente, el lugar donde lo vio por primera vez y donde más veces había coincidido con él.

—El Señor es mi roca, mi fortaleza y mi liberador. Mi Dios es mi peña; en Él me refugiaré. Él es mi escudo, el poder de mi liberación y mi baluarte —citó en voz queda.

Se detuvo un instante para comprobar que no llamaba la atención. Por suerte, tenía la fundada creencia de que en aquellos parajes había muchos que, igual que él, llevaban una doble vida, circunstancia que jugaba a favor del anonimato. O eso quería pensar. Sin embargo, ya había comprobado que su moldeada morfología atlética, manifiesta bajo su camiseta ajustada, y, sobre todo, sus duras pero proporcionadas facciones de corte oriental resultaban bastante atractivas para esa jauría de depravados. Agachó la cabeza y reanudó la marcha con paso más resuelto que firme. Ni siquiera le devolvió el saludo al portero, un tipo de formidables dimensiones que, de no estar embutido en cuero negro de los pies a la cabeza, podría pasar por un charcutero del mercado de Boxhagener Platz. Los altavoces, al límite de su capacidad acústica, escupían rabiosos los decibelios sobrantes de una canción que podría estar sonando en ese mismo momento en cualquier emplazamiento recóndito del infierno. Poca luz y mucho olor a macho cabrío. Demasiada testosterona y escasas curvas, solo esas ominosas que se perfilaban en los abultados vientres de los ejemplares más veteranos. Estos, curtidos en mil batallas, preferían apostarse en la barra, lugar ideal desde donde acechar a su presa, antes que desgastarse en persecuciones a campo abierto. Un taburete vacío marcó una línea recta en el trazado de su ruta desde la entrada. Caminaba despacio al ritmo de la música electrónica mientras trataba de dar con él sin que se notara demasiado que andaba buscando a alguien.

—¿Qué va a ser? —le preguntó el camarero en cuanto tomó asiento.

Al hombre que se hacía llamar Asa solo le hizo falta echar un vistazo a su alrededor para decidir que, aunque lo que le pedía el cuerpo era una Vita Cola con hielo y limón, lo que debía ordenar era

una cerveza. No había tenido oportunidad de probarla cuando notó que alguien invadía su espacio vital.

—Yo siempre pido Schultheiss. Las de trigo me saben a agua sucia y las tostadas me terminan cansando. Aquí, si no especificas, te tiran una Bärenquell o una Radeberger y se quedan tan anchos —prosiguió.

La suya era una voz grave y su tono trataba de sonar, si no meloso, afable. Se giró para corroborar que, en efecto, se trataba de él. La vez anterior había sucedido exactamente lo mismo, apareciendo de la nada con su pujante sonrisa y su sobria actitud. Tan sutil era su táctica de aproximación que casi no parecía uno de ellos.

—Debería acordarme de tu nombre, ¿verdad? —reaccionó él con impostada naturalidad agarrándole por el hombro.

—En una semana se borran muchos recuerdos, Asa —enfaticó al pronunciar su nombre—. Sobre todo los prescindibles, pero no me voy a ofender por que mi nombre haya sido uno de esos. Stefan —le recordó ofreciéndole la mano.

—No volverá a suceder, te lo aseguro.

—¿Te importa si te hago compañía?

Encogerse de hombros fue suficiente para que el otro se acomodara a escasos diez centímetros de la mano con la que se aferraba a la jarra como si esta fuera el único anclaje posible contra la gravedad. Stefan se mojó los labios en la espuma y se pasó la lengua de forma sugerente antes de señalarle con el índice.

—Sigo pensando que tu cara me suena, pero no logro situarte en el espacio tiempo.

—Ya te comenté que es algo que me suele pasar.

—Permíteme que te diga lo que sé de ti. Sé que no eres un habitual del Der Bacchanal porque yo sí lo soy. Sé que tampoco estás habituado a frecuentar este tipo de lugares porque al entrar me he fijado en que no sabías adónde ir ni qué hacer; sin embargo, creo que tienes muy claro lo que buscas. Y como yo también soy consciente de que en menos de diez minutos te vas a convertir en el centro de las miradas de todos, te pido que me concedas ese

tiempo para que nos podamos conocer más en profundidad. ¿Qué me dices?

—Que puedo llegar incluso hasta quince —contestó, ufano.

—Estupendo, Asa, estupendo. ¿Fumas? —le preguntó ofreciéndole el paquete de cigarrillos de una marca que debía de ser de importación.

—No, gracias. Es un vicio demasiado caro para mí. Demasiado caro para lo prescindible que es —precisó—. Tengo otros más importantes que satisfacer.

Stefan lo miró fijamente al tiempo que prendía uno y le daba varias caladas cortas pero intensas.

—Es una banda nueva —dijo señalando hacia el techo—. Se hacen llamar Einstürzende Neubauten y todo el mundo que sabe de esto dice que van a llegar muy lejos.

—Yo de música entiendo más bien poco, me temo. ¿Son de aquí?

—Más bien de allá. Del otro lado del Muro, pero por estos lares hay casi más gente del lado Occidental, sobre todo los fines de semana. Pero, dime, ¿me he equivocado mucho en mi diagnóstico acerca de ti?

—No. En realidad has acertado bastante.

En su rostro apareció una liviana mueca de satisfacción.

—Siendo así, mi siguiente pregunta es casi obligada: ¿qué estás buscando?

Este se tomó su tiempo antes de hacer girar el asiento del taburete para mirarle directamente a los ojos, en cuyo fondo creyó ver que tremolaba el fulgor de la impaciencia.

—Lo mismo que todos, vengan de donde vengan: a alguien que me dé lo que necesito.

Presidio de alta seguridad de Parkhurst. Inglaterra (Reino Unido)

Había algo gelatinoso en su muy trabajada y seductora actitud. Media cucharada de azúcar de más en el café, un grosero punto en un lienzo de Van Gogh, un trazo prolongado en uno de Seurat. Algo

casi imperceptible, y, sin embargo, tras el concienzudo tamizado de Viktor Lavrov, evidente.

A punto de entrar en la segunda hora de sesión, el psicólogo criminalista se había limitado a escucharle y a lanzarle de vez en cuando algunas preguntas poco comprometedoras relacionadas con su infancia o su adolescencia. Peter Sutcliffe había contestado usando un tono aséptico, muy neutro, como si estuviera hablando del histórico vital de otra persona, un familiar lejano quizá, ese primo segundo por parte de madre con el que jugaba al escondite de pequeño. Su lenguaje corporal indicaba que se encontraba cómodo, seguro de sí mismo, controlando cada palabra que fabricaban sus cuerdas vocales y, sobre todo, cómo sonaban al salir de su boca. Se comportaba del mismo modo que lo haría una rana sabedora de que va a convertirse en príncipe de un momento a otro. Por iniciativa propia, Sutcliffe había hecho especial hincapié en la historia que contenía todos los ingredientes necesarios para que el tribunal médico se comiera aquel suculento guiso mesiánico; receta con la que confiaba ser trasladado a una institución hospitalaria. Aseguraba el detenido que, trabajando de enterrador en el cementerio de Bingley, la pequeña población británica que le vio nacer, oyó una voz que le llamó poderosamente la atención. Obnubilado, siguió aquel rumor hasta una antigua tumba en la que descansaba un polaco donde tuvo lugar su primer encuentro con Dios. Porque a ese respecto no existía resquicio alguno para la duda: se trataba de la voz del Creador. Al principio, dulce y sugerente, pero luego firme y amenazante al desvelarle la misión que tenía para él: limpiar de prostitutas la faz de la Tierra.

Se encontraba explicando cómo la voz se imponía a su propia voluntad cuando el ruso levantó la mano para interrumpirle.

—¿Ha oído usted hablar del caso de Kaspar Hauser?

Peter Sutcliffe no ocultó su sorpresa.

—No. ¿Debería?

—En realidad es muy poco conocido para el escándalo monumental que encierra. Escuche y lo comprobará usted mismo. En 1828, un joven con evidentes síntomas de desnutrición apareció de la nada en la ciudad de Núremberg. Su vestimenta era propia de

la aristocracia de la época, aunque es verdad que esta se encontraba en pésimo estado. Cuando lo trasladaron ante las autoridades tan solo fue capaz de pronunciar su nombre: Kaspar Hauser, y su fecha de nacimiento: 30 de abril de 1812. Los médicos le diagnosticaron un desarrollo intelectual correspondiente a un niño de tres años, pero, cinco después, el bueno de Kaspar hablaba alemán a la perfección, dominaba los números y hasta aprendió a tocar el piano con bastante acierto, según cuentan. Fue entonces cuando desveló algunos de los recuerdos que pudo recuperar de su infancia, período que vivió encerrado en una habitación de pequeñas dimensiones dentro de un gran palacio, hechos que explicaban en cierta medida cómo había sido encontrado.

Impertérrito, Peter Sutcliffe se tapó la boca con la mano en el intento de ahogar el primer bostezo, señal que el psicólogo llevaba esperando con cachazudo anhelo. La poco pronunciada línea cóncava que se dibujaba entre sus labios fue el único signo de satisfacción que se le escapó antes de proseguir narrando.

—Espere, espere, que todavía no le he contado lo mejor. A los veintiún años apareció cosido a puñaladas con una misteriosa nota en el bolsillo que decía: «Yo soy de la orilla del río, mi nombre es Milo». Lo curioso es que estaba escrita de modo especular, es decir, que solo podía leerse frente a un espejo. Por desgracia, a los pocos días murió sin que pudiera resolver quién fue el responsable de su muerte. Trágico, ¿verdad? Años más tarde, un experto anatomista demostró que existían irrefutables coincidencias fisionómicas entre Kaspar Hauser y Napoleón Bonaparte, teoría que, además, venía apoyada por la conocida relación sentimental que mantuvo el emperador francés con Stéphanie de Beauharnais, esposa de Carlos II de Baden, perteneciente a la cúspide de la aristocracia alemana. Un dato que debe tenerse en cuenta es que el destino no quiso que la pareja tuviera varón alguno entre su descendencia, por lo que, de haberle sonreído la fortuna, Kaspar Hauser se habría convertido en el legítimo heredero de uno de los mayores imperios conocidos.

Un silencio se acrecentó entre la sonrisa cáustica del ruso y la mueca estupefacta del recluso, que, segundos después, reaccionó.

—¿Y qué tiene que ver esa historia conmigo?

—Nada y todo. No puede probarse vinculación alguna entre el enigma de Kaspar Hauser y el caso de Peter Sutcliffe, de igual modo que no existe ninguna relación entre el enigma de la voz misteriosa y el caso de Peter Sutcliffe. Por lo tanto, o encontramos un hilo que conecte al maldito Kaspar Hauser con usted y que me convenza del todo, o le aseguro que, si me vuelve a mencionar algo relacionado con ese cuento para no dormir, daré por terminada esta sesión. Y si eso llegara a suceder, lo siguiente que haré será recomendar con vehemencia al tribunal médico que dictamine que el hombre al que he entrevistado durante tres horas y ocho minutos —precisó consultando su reloj— está completamente cuerdo, y, en consecuencia, era del todo consciente de sus actos en el momento de cometer los trece asesinatos.

Sutcliffe tragó saliva.

—¿Cómo puede estar tan seguro de ello? Es decir, ¿podría demostrar de un modo científico que no padezco ninguna enfermedad mental?

—¿Puede usted demostrar la existencia de Dios? No hace falta que responda. Yo tampoco puedo probar que usted está cuerdo, pero sí puedo reunir las evidencias suficientes que sustenten la teoría de que usted miente cuando dice que Dios le ordenó asesinar a esas mujeres. ¿No me cree?

Los primeros síntomas de incomodidad los localizó en el fruncir de sus labios, que componían ahora un rictus afeado, a mucha distancia de esa expresión hasta entonces más propia de un parlamentario de la Cámara de los Lores que de un presidiario que se estaba jugando el pescuezo. Porque, para un tipo como él, permanecer en cualquier penitencinario significaba morir a manos de otros reclusos más pronto que tarde, hecho que Sutcliffe tenía muy presente por mucho que se esforzara en ocultarlo.

—Hábleme del día que agredió por primera vez a una prostituta.

El interrogado se aplicó unas friegas en las sienes como si quisiera favorecer el rescate de aquellos recuerdos.

—Noviembre de 1973 en el prostíbulo de la carretera entre Bingley y Shipley. Amanda Carrington —acotó Viktor.

Sus ojos castaños se ensombrecieron.

—Esa vieja desgraciada se ganó todos y cada uno de los golpes que se llevó.

—¿Recuerda cuántos?

—No.

—¿Diría que fueron más de dos?

—¿Qué importa eso?

—A mí me importa. Conteste.

—Sí, diría que fueron más de dos.

—¿Más de cinco?

—Sí.

—Más de diez.

—Puede, no estoy seguro.

—¿Más de veinte?

—No, no creo.

—Diecisiete —precisó el ruso.

—¿Cómo?

—Que fueron un total de diecisiete, según se recoge en el parte médico del hospital al que la llevaron. Tres fracturas en las costillas y una en el hueso parietal, esta última estuvo a punto de causarle la muerte. Ella pudo haberse convertido en su primera víctima, pero, al parecer, Dios no lo quiso —mencionó intencionadamente.

—Dios no lo quiso —repitió él, oportuno.

—Ahora dígame si se acuerda del objeto con el que la agredió.

Peter Sutcliffe elevó la barbilla. Un gesto retador. La cosa iba bien.

—Sí, lo recuerdo.

—¿Y bien?

—Una piedra.

—Una piedra dentro de un calcetín. De su calcetín —precisó, pérfido—. Cualquier perito explicaría que tal circunstancia invita a pensar que usted actuó de manera premeditada y con alevosía. No de forma impulsiva motivado por el bochorno de ser puesto en ridículo delante de los amigos que le acompañaban esa noche como usted alegó. Lo he comprobado, y al menos se tardan ocho segundos en descalzarse, quitarse el calcetín, introducir una piedra, poniéndonos en el caso de que la tuviera al alcance, y golpearla la

primera vez. Del ensañamiento no cabe el menor resquicio de duda. Diecisiete veces —le recordó—. Para que un tribunal aceptara que usted se comportó de modo irracional, su reacción tendría que haberse producido en un plazo máximo de dos segundos, que es lo que tarda el cerebro en enviar una orden al sistema motriz y ejecutarla, nunca mejor dicho —añadió en un alarde de ingenio—. Resumiendo, que si la señora Carrington hubiera fallecido, usted habría sido condenado por asesinato, no por tentativa de homicidio, y jamás habría completado su obra. ¿Cree usted que Dios no lo quiso por ese motivo? ¿Para evitar que Peter Sutcliffe se pudiera en la cárcel y ello impidiera que en un futuro se convirtiera en su brazo ejecutor? ¿Por eso sus dos siguientes intentonas también resultaron fallidas?

—Podría ser..., no sé —contestó dubitativo.

—Esto ocurrió dos años antes de que asesinara a Wilma McCann. ¿Piensa, por tanto, que Dios tenía un plan para usted?

—Lo tenía, en efecto.

—¿Y no habría sido más sencillo que, igual que hizo con Abraham evitando que hundiera el cuchillo en el pecho de su hijo Ismael, Dios le hubiera detenido en el último momento?

—Yo no intervengo en los designios de Dios, solo soy su siervo.

—¿Se considera un buen cristiano?

—Soy el siervo de Dios —perseveró convencido.

—En su declaración asegura que lee la Biblia a diario.

—Es absolutamente cierto. Tengo que agradecer al alcaide McMahan que me haya permitido tener conmigo mi ejemplar de las Sagradas Escrituras —añadió con solemnidad para la galería.

—No es cierto.

—¿Cómo dice?

—Digo que no es cierto que el ejemplar de la Biblia que tiene en su celda sea o haya sido en otro tiempo de su propiedad. El ejemplar que tiene en su celda se adquirió nuevo y nuevo se conserva, como yo mismo he comprobado antes de empezar esta conversación. Diría que ni siquiera lo ha abierto, dado que el cordón marcapáginas sigue estando en el mismo sitio que estaba cuando salió de la imprenta: justo después de la tapa. También he

preguntado a los guardias asignados a su sección del módulo C y ninguno recuerda haberle visto leyendo la Biblia, ni siquiera con el libro en la mano —precisó.

—Reconozco que desde que estoy aquí apenas he podido concentrarme como requiere la lectura de la palabra de Dios. Además, podría decirse que me la sé de memoria.

—Vuelve usted a mentir, señor Sutcliffe.

—Sorpréndame —le retó.

—Si fuera cierto que se la sabe de memoria me habría corregido de inmediato cuando he citado un pasaje tan conocido del Antiguo Testamento como es el sacrificio de Abraham y me he referido a su hijo como Ismael en vez de Isaac. Cualquiera aspirante a monaguillo se habría reído de mí y usted ni se ha inmutado.

—No le habré entendido bien —alegó desviando la mirada hacia su izquierda y secándose el molesto sudor que había hecho acto de presencia en su frente.

—Claro. No le voy a hacer perder su tiempo y el mío examinando sus conocimientos bíblicos porque, además, ya no lo considero necesario. Solo respóndame a esta pregunta: ¿cree que Dios elegiría a un hombre que desconoce su libro sagrado, que por lo general no acude a la iglesia y que contraviene todos y cada uno de los diez mandamientos como su brazo ejecutor para limpiar el pecado carnal de los hombres?

A Peter Sutcliffe le titilaba el párpado derecho.

—Necesito un descanso.

Algún lugar en el barrio de Prenzlauer Berg

El hombre de duras pero proporcionadas facciones de corte orientalladeó levemente la cabeza al tiempo que movía la cortina con el dedo índice para poder contemplar el movimiento de la calle. Sin quitarse los guantes abrió la ventana una cuarta con la esperanza de que se escabulleran las nauseabundas partículas odoríferas que se habían adueñado de la estancia. Esas calles conformaban el corazón del libertinaje berlinés donde la homosexualidad latía con

tanta intensidad que parecía algo no solo consentido, sino fomentado por las instituciones de la República Democrática Alemana (RDA), lo cual no tenía nada que ver con la realidad. Era este un galardón que el barrio se había ido ganando desde el final de la Segunda Guerra Mundial, y resultaba tan cierto como que Pappelallee cumplía con las funciones propias de ser una de sus arterias principales, bombeando almas que parecían moverse con un rumbo establecido en ese océano de indómita perversión.

Sin otra alternativa que esperar a que la naturaleza cumpliera con su cometido, el tipo que se hacía llamar Asa se entretuvo analizando el comportamiento de las personas que iban y venían a esas horas intempestivas, emulando el pasatiempo principal de su hija Adalia. Se fijó en un grupo de jóvenes que se habían detenido justo en la confluencia con la avenida Schönhauser, como si estuvieran parodiando a los protagonistas de la famosa película de Gerhard Klein. Se habían cumplido ya más de dos décadas desde que se estrenara *Esquina Schönhauser* y aún contaba con notable predicamento entre la juventud. En ella se relataba la vida de un grupo de adolescentes al borde de la exclusión social en la RDA, cuando todavía había quienes soñaban con vivir una realidad diferente; una posibilidad que quedaba fuera de su alcance, incluso dentro de sus sueños. Solo los que militaban el movimiento Juventud Libre Alemana creían, lavado de cerebro mediante, que vivían en el país de la libertad, la igualdad y las oportunidades que con tanta insistencia les vendía el SED. El resto, muy al contrario, solo tenía dos grandes metas en mente: buscar un futuro fuera de las fronteras de la RDA o encontrar opciones de diversión con las que colorear el tono acerado con el que se pintaba el día a día. A él también le había tocado ser pubescente en ese mismo escenario, conque, lejos de juzgarlos, sintió algo parecido a la condolencia y se dejó llevar por la siempre oportuna corriente de nostalgia socialista.

—Profesando ser sabios, se volvieron necios —musitó entre dientes.

La vivienda era pequeña, pero estaba bien distribuida, aunque su dueño, que ahora descansaba sobre la cama, no le había dado la oportunidad de conocerla. Conforme este cerró la puerta tras de sí,

le condujo sin hacer paradas hasta el dormitorio principal atendiendo solo a las órdenes que le dictaba su miembro viril e impulsado por un único propósito: «Sentir su polla dentro», que eran exactamente las palabras que él había pronunciado cuando quiso saber qué era eso que necesitaba. Estar dispuesto a todo era un cebo que le había vuelto a funcionar de maravilla. Así, tan pronto detectó que se había tragado el anzuelo se encargó de ir recogiendo el sedal con sibilina sutileza para que no se rompiera. El objetivo era lograr que lo invitara al apartamento que él tenía a cuatro calles del Der Bacchanal y donde, había constatado, solía llevar a sus conquistas. Para ello, lo único que tuvo que hacer fue alimentar su perversión con frases obscenas, regalarse algún roce impúdico por aquí, alguna caricia indecente por allá.

Sencillo.

Había invertido algo menos de media hora en conseguir que se le llenaran de sangre los cuerpos cavernosos y ocho segundos en dejarlo inconsciente. Antes, eso sí, se había asegurado de salir por separado de aquel antro y de que nadie se cruzara con él entrando en su portal, lo cual, en los tiempos que corrían en la República Democrática Alemana —donde expresar con libertad la condición sexual de cada uno seguía siendo una quimera para los colectivos de gais y lesbianas—, más que una actitud comprensible era un comportamiento recomendable. Una vez dentro, habían ido directos al grano sin pasar por los incómodos y repugnantes preliminares, circunstancia que le agradecía de veras, aunque, a la vista de los hechos que acontecieron inmediatamente después, no podría decirse que lo hubiera tenido en consideración. Repitiendo la fórmula de las ocasiones precedentes, había tomado la iniciativa de manera inesperada, colocándose a su espalda con la excusa de desvestirlo. Sacando el máximo partido a esa ventajosa posición, le había rodeado el cuello con el antebrazo y aplicado presión a las arterias carótidas para obstruir el flujo sanguíneo que irriga el cerebro. Como esperaba, no tardó en perder la conciencia. La llave del sueño era una técnica que dominaba a la perfección gracias al empecinado denuedo de sus instructores durante el período de entrenamiento en el cuartel militar de Dresde, su ciudad natal.

Disponía aproximadamente de un minuto para inmovilizarlo, tiempo más que suficiente si portaba el utillaje preciso como era el caso: esposas y cuerdas. Con un simple trapo de cocina metido hasta la garganta se aseguraba el silencio, no tanto por los previsibles gritos y protestas al volver en sí y encontrarse en tan comprometida tesitura como por ahogar sus alaridos cuando empezaran a desplegarse los pétalos en su cavidad anal.

Se percató entonces de que aún no había recuperado el artilugio, trabajo que representaba la parte más desagradable de su misión. Por una suma de mil seiscientos cuarenta marcos se lo había encargado fabricar a Tobias Kaufmann, un prestigioso relojero judío de Dresde, haciendo valer la acreditación como profesor titular de Historia Medieval de la Universidad Técnica. Luego le explicó que el rectorado le había cargado con la organización de una muestra de instrumentos de tortura que, en un futuro no muy lejano, recorrería las principales universidades del país. Y algo de cierto había, puesto que los planos de la Pera de la Angustia, como era conocido el prodigio, los había obtenido de la biblioteca de la universidad a la que decía representar. En realidad, no era más que un cuerpo de hierro forjado con apariencia de pera y conformado por cuatro pétalos fijos alrededor de un eje central rematado con una manivela que, al hacerla girar de forma manual, provocaba que estos se abrieran hasta triplicar su diámetro. El macabro utensilio ideado por las privilegiadas mentes de la Santa Inquisición se empleaba para conseguir confesiones, introduciéndose en la boca si al reo se le acusaba de herejía, en la vagina si se trataba de una sospechosa de brujería y en el ano en el caso de ser la sodomía el cargo que se le imputaba. En cualquiera de ellos los destrozos producidos eran de tal envergadura que el procesado rara vez sobrevivía para cumplir la pena impuesta por el Tribunal del Santo Oficio. Él, sin embargo, había ordenado incorporar una pequeña pero higiénica modificación: un automatismo de relojería mediante el cual, una vez activado, los pétalos se desplegaban de manera progresiva hasta alcanzar el tope en un proceso que duraba exactamente cuatro minutos. Doscientos cuarenta segundos de tormento, aunque no fueran percibidos de igual forma por el torturador que por el torturado. Algo

que no había previsto, y que le sorprendió la primera vez que lo usó con aquel otro depravado que le sirvió de conejillo de Indias, fue que el proceso agónico le generara la incontrolable necesidad de correrse encima de su víctima, acto que hacía coincidir con el instante en el que su artilugio adquiría su máxima extensión.

Maravilloso.

Asa posó su mirada sobre el velludo cuerpo de Johannes Allendorf —su verdadero nombre—, que, para haber cumplido los cincuenta, se conservaba en un más que decente estado físico. Mantenía los párpados entreabiertos y apenas si podía moverse. Comprobar que el rubor había desaparecido de su tez le hizo confiar en que los escasos retazos de vida que le quedaban fueran absorbidos por el colchón, como ya había sucedido con la pérdida sanguínea, las heces y la orina que no había sido capaz de contener durante el suplicio. Percatarse de que las piernas habían adoptado un ángulo imposible le hizo fruncir el ceño y la curiosidad por resolver el enigma le llevó a examinar el tren inferior con pausado detenimiento. No tardó en inferir que el desgraciado se había dislocado la cadera en alguno de los bruscos movimientos y contorsiones que protagonizó cuando los pétalos empezaron a ganar espacio donde no lo había. Motivado quizá por lo inverosímil de la postura o por algún remanente empático, Asa se arrodilló junto a la cama para ponerse a la altura de los pabellones auditivos.

—Supongo que todavía le estarás dando vueltas a lo que te he contado antes; yo, sin embargo, estaba pensando en otra cosa. Ser maricón no se elige, lo sé. Uno nace así, desviado, con esa irrefrenable y antinatural atracción que sentís hacia los hombres. Repugnante —evaluó con aire bucólico—. No tiene que ser fácil mantener una doble vida, haciendo de tripas corazón para cumplir de vez en cuando con vuestras esposas, pensando en que estáis partiendo un culo cualquiera para mantener la erección dentro de esa cavidad tan húmeda y holgada que para vosotros es la vagina. Si pudieras verlo desde todos los ángulos como lo hago yo, tendrías que darme las gracias por terminar con tu farsa, Johannes. ¿Qué son cuatro minutos de sufrimiento físico frente a cuatro décadas de padecimiento espiritual tratando de esconder tu condición? Esa es,

por decirlo de alguna forma, mi tarifa. Un breve suspiro comparado con toda la mierda que has tenido que tragar a lo largo de tu miserable vida. ¡Condenada existencia la vuestra!

Un casi imperceptible movimiento ocular de Johannes le animó a proseguir con su monólogo. Entonces extrajo la hoja del Antiguo Testamento que había traído para la ocasión, se aclaró la garganta y lo recitó de memoria:

—«Asa hizo lo recto ante los ojos del Señor, así como antes hiciera David, su padre. Porque eliminó del país a los sodomitas y barrió toda la suciedad que sus antepasados habían creado». Cuando te encuentren en esta comprometida tesitura, todos sabrán lo que eras: un asqueroso sodomita, cierto, pero enseguida se darán cuenta de que has cumplido con tu penitencia y has purgado tu alma. Te prometo que si te arrepientes, tendrás tu juicio final y se te otorgará la oportunidad de entrar en el Reino de los Cielos — verbalizó a modo de recordatorio mental.

A continuación tomó aire y lo retuvo en los pulmones antes de incorporarse para dejar el recorte sobre la almohada. Solo restaba retirar la Pera de la Angustia, operación para la que había dispuesto un pulsador en el extremo del eje transversal, allí donde encajaba en el diseño original la manivela que hacía que el artilugio se plegara. Le desagradó encontrarlo recubierto por un líquido viscoso cuya oscura tonalidad le invitó a pensar que, en efecto, había logrado purgar los humores malignos que en su día intoxicaron la sangre de ese despojo humano. Finalmente lo presionó liberando el resorte que transmitía la energía cinética acumulada y necesaria para poner en marcha las ruedas dentadas del interior. El sonido que emitía el mecanismo se solapó con un lastimero quejido que fue amortiguado por el tejido del trapo.

Asa exhaló a la vez que asentía con la cabeza.

—Tranquilo, se pliega mucho más rápido de lo que tarda en desplegarse por completo —le informó con absoluta normalidad.

Al escuchar el chasquido con el que culminaba el proceso, lo extrajo sin prestar atención a los restos orgánicos que arrastraba y lo envolvió con sumo cuidado aprovechando el trapo con el que había tapizado el interior de su boca, toda vez que se había

extinguido el riesgo de que emitiera sonido alguno. Luego consultó la hora y suspiró.

—No me pienso marchar hasta que no estés muerto del todo —le advirtió sentándose en el suelo y descansando la espalda contra la pared bajo la ventana—. Cuando hablamos la primera vez tenía miedo de que me reconocieras, pero... ¿qué podía hacer? Confiar en el paso del tiempo y en los casi veinte kilos que he perdido desde entonces —prosiguió dándose unas palmadas en la barriga—. Ah, y la barba, claro. Recuerdo que meses antes de ingresar en la Academia Militar me dejé barba para aparentar..., no sé —dudó—. La verdad es que no sé qué demonios pretendía aparentar.

El hombre de duras pero proporcionadas facciones orientales entornó los ojos para rememorar con mayor nitidez aquellos ominosos años. La siguiente vez que miró la pantalla de cuarzo de su reloj había pasado casi una hora. Se había quedado traspuesto, circunstancia que se recriminó a sí mismo con dos vigorosos bofetones. Al levantar la vista se topó con la mirada hueca y esmaltada de Johannes, quien, supuso tras recuperarse del sobresalto, había descargado su ira sobre él antes de encontrarse con la muerte. Aliviado, comprobó que carecía de constantes vitales y se preparó para abandonar el apartamento. En ese instante le invadió la curiosidad de saber a qué se había dedicado aquel cerdo asqueroso durante todos aquellos años, cuestión que no había sido capaz de averiguar a pesar de que lo había intentado con denuedo. Encontró su billetera en el bolsillo trasero del pantalón y en cuanto la abrió esbozó una mueca triunfadora al ver una foto en la que aparecía él posando con una atractiva y elegante mujer.

—Sabía que llevabas una doble vida, Johannes.

Se disponía a introducirla de nuevo en su sitio cuando algo captó su atención. Se trataba de un emblema en una tarjeta de cartón que llevaba su nombre y en el que se representaba un brazo sosteniendo un rifle con bayoneta calada sobre la bandera de la RDA. No le hizo falta leer el texto en mayúsculas de la parte inferior para saber qué ponía: *Ministerium für Staatssicherheit*.

Con el pulso acelerado se volvió hacia el cuerpo sin vida de Johannes Allendorf.

—¿De la Stasi?! ¡No me fastidies, hombre! ¡De la Stasi no!

Presidio de alta seguridad de Parkhurst. Inglaterra (Reino Unido)

Al regresar a la sala no quedaba un resquicio de aquel halo seductor que envolvía la presencia de Peter Sutcliffe. Parecía ahora un batracio inquieto, asustado. La duda que le faltaba por disipar a Viktor Lavrov era si iba a zambullirse en la charca o si se disponía a proyectar su pegajosa lengua contra él, actitud que era precisamente lo que ansiaba conseguir.

—Si le parece, como le proponía al principio, vamos a centrarnos en otros aspectos de su conducta, cuestión que es lo único que me interesa escuchar para poder elaborar mi diagnóstico psiquiátrico — propuso el psicólogo regresando al tono cordial de las primeras horas de conversación.

—Como usted diga.

—Perfecto. Del uno al diez, siendo uno la menor y diez la mayor puntuación, ¿cómo calificaría usted sus relaciones sexuales dentro del matrimonio?

A pesar de lo incómodo de la pregunta, el reo mantuvo una actitud contenida manifiesta en el cruzar de los brazos a la altura del pecho.

—Desde el punto de vista cualitativo, siete, desde el punto de vista cuantitativo, cuatro. O tres.

—¿Se acostaban poco?

—Menos de lo que a mí me hubiera gustado.

—Entiendo. ¿Las calificaría como relaciones satisfactorias?

—Podían calificarse así, sí.

—¿Solo satisfactorias?

—Solo satisfactorias.

—Por eso usted buscaba algo más con mujeres profesionales.

—Muy de vez en cuando.

—Con el conocimiento de su esposa.

—Si lo sabía o no, a mí no me lo decía.

—¿Y por qué cree usted que consentía que usted se acostara con prostitutas?

—Eso tendría que preguntárselo a ella.

—Muy cierto. Sonia —pronunció ahora su nombre de pila— ha declarado que usted era un hombre muy celoso y que a menudo tenía reacciones que le daban miedo. Actitudes violentas que se hicieron más frecuentes con el paso del tiempo.

—No se fíe demasiado de lo que dice mi esposa, no anda muy bien de la cabeza.

El psicólogo sonrió.

—Literalmente, además. Diagnosticada y tratada desde 1972 de una esquizofrenia paranoide. ¿Es difícil la convivencia con una enferma mental?

—A veces, cuando se pasaba con la medicación, era como si no estuviera en este mundo. Yo llegaba después de haber trabajado diez horas al volante y me la encontraba limpiando la casa, que era lo único que hacía. Limpiar y limpiar desde que se levantaba hasta que se acostaba. Era desesperante.

—Ya. Cuando apuñalaba una y otra vez a sus víctimas con su destornillador afilado..., ¿imaginaba que estaba penetrando a Sonia? —atacó el ruso.

Sutcliffe recortó la distancia con el interrogador en claro ademán ofensivo.

—¡No! ¡Jamás!

—Entonces, cuando eyaculó sobre las vísceras de Emily Jackson o de Barbara Leach, ¿en quién pensaba?

—¡No lo recuerdo! ¡Algo se adueñaba de mí! ¡No era dueño de mis actos!

—¡Por supuesto que se acuerda! ¡A mí no puede engañarme! Si hubieran sido actos involuntarios le habrían cazado mucho antes. Se cuidaba mucho de esconder pruebas y pistas que llevaran a la policía hasta usted. Era del todo consciente de que había cometido un acto que iba contra la ley porque usted distingue perfectamente entre el bien y el mal. Los enfermos mentales matan por impulso; usted, por decisión propia, seleccionando a su víctima, acechándola para atacarla en el instante adecuado, ensañándose con su cadáver y manipulando la escena del crimen pensando en volver a hacerlo en un futuro cercano. ¡¿En quién pensaba cuando se corría sobre

los intestinos de esas mujeres?! —insistió el psicólogo endureciendo el tono.

—¡En nadie, maldita sea!

—¿En nadie o no recuerda en quién? Esa era su forma de expresar su odio hacia las mujeres. Hacia todas las mujeres —precisó—. Incluida su esposa, incapaz de darle un hijo, incapaz siquiera de aliviarle cuando usted lo requería. Sonia limpiaba la casa de forma compulsiva como respuesta a lo sucia que se sentía por dentro cada vez que se acostaba con su marido. Ella podía verle por dentro, leer sus sucios pensamientos, y le tenía miedo. Mucho miedo. Por eso mentía a la policía para sostener sus coartadas, porque ella sospechaba que el hombre que convivía con ella podría ser el animal que estaban buscando y temía que un día le hiciera lo mismo que a esas pobres jóvenes de Yorkshire.

—Si usted lo dice —contestó atrincherándose tras cruzar los brazos a la altura del pecho.

—Por supuesto. Y permítame que le diga algo más: atacaba prostitutas por pura comodidad, aunque en realidad su intención era castigar a las mujeres porque jamás se sintió amado por una. Ni siquiera por su madre.

El otro se engalló. Su semblante, hasta entonces crispado por la confrontación dialéctica, se tornó agriado, notablemente dolido.

—No tiene ningún derecho de mentar a mi madre.

—Yo creo que sí —rebatía bajando el tono—. Su padre y sus hermanos eran enérgicos, extrovertidos y aficionados a los deportes, pero a usted nada de eso le llamaba la atención. Prefería pasarse las horas muertas en casa, buscando ganarse el cariño de su madre, hito que nunca alcanzó, por lo menos en la medida que necesitaba. Cuando ella falleció de una afección cardíaca culpó a su padre, y solo a partir de ese momento usted empezó a interesarse por otras mujeres. Conoció a Sonia y no tardó en casarse con ella, pero, tras el aborto, ella quedó incapacitada para tener hijos, lo cual era una ofensa insalvable para su masculinidad. Fue entonces cuando comenzó a frecuentar prostitutas, pero ellas tampoco le ofrecían lo que usted necesitaba, ¿verdad? Por eso empezó a

asesinarlas. Como castigo por no ser capaces de hacerle sentir el amor. El amor verdadero —edulcoró.

Peter Sutcliffe le sostuvo la mirada durante varios segundos antes de posar las palmas de las manos sobre la mesa e incorporarse muy despacio. Inmediatamente después se giró hacia el espejo y se humedeció los labios con la lengua.

—Hemos terminado.

SCHWANZLUTSCHER

*Residencia de Viktor Lavrov y Erika Eisemberg
Rosenstrasse, 2. Berlín Oriental (RDA)
15 de junio de 1981*

Se arrepintió al instante de abrir la ventana. Solo habían pasado tres días desde que preparó la bolsa de viaje para volar a Inglaterra y la casa había adoptado como propios los olores que nacían de la falta de ventilación. De entre todos ellos había uno que quería retener a toda costa, por lo que Viktor, en un ejercicio plenipotenciario de autoridad como único habitante de la vivienda, resolvió encerrarlos a todos. La persecución olfativa le llevó hasta el armario, lugar donde descansaban los abrigos de invierno de Erika, y, al tirar simultáneamente de las dos manijas doradas, los matices florales de su perfume habitual le acariciaron la cara.

Y le estrujaron el alma.

La echaba de menos. Mucho. Mucho más de lo que esperaba y mucho más aún de lo que estaba dispuesto a reconocer. Se acumulaban las semanas de ausencia, quince en total, y todavía faltaban cinco días para que regresara de Moscú. Cinco días con todas sus horas, minutos y segundos. Cinco. Un suplicio. Voluntario para más inri, lo cual lo hacía más amargo incluso. Sí: lo habían decidido entre los dos, pero había sido él quien se lo había propuesto allá por el mes de diciembre, justo antes de que la ciudad cayera en el embrujo de la Navidad y sus habitantes se vieran atrapados en el frío de los peores meses de invierno. De lo que no

estaba seguro era de si la idea había salido de su cabeza o se la había implantado el general Kokorin —responsable de las Oficinas S del KGB en la República Democrática Alemana, Checoslovaquia, Polonia y Hungría— haciéndole creer que era suya. Viktor se lo propuso una noche en el Max und Moritz, haciéndolo coincidir con el momento en el que les servían el hígado asado con manzana, cebolla y puré de patatas. El «no» rotundo con el que salió del restaurante se fue convirtiendo en un «no sé» con el paso de las semanas, y, antes de Nochebuena, ya había mutado en un esperanzador «y si...». Finalmente, a principios de enero estaban organizando los papeles que iba a necesitar para acceder a la beca que ofrecía el Ministerio de Relaciones Exteriores de la Unión Soviética, prebenda que estaba destinada a estrechar relaciones con funcionarios de alta cualificación de la RDA, como estaba considerada Erika Eisemberg tras seis años en nómina del Comité para el Desarrollo del Deporte. En febrero, tal y como estaba acordado, llegó la comunicación oficial a través del consulado soviético en Berlín Oriental. Motivados quizá por el importante paso que acababan de dar y que, sospechaban ambos, condicionaría sus vidas, se les ocurrió complicar más las cosas alquilando una casa donde vivir juntos. Y no una cualquiera, no. Una cerca de Unter den Linden, amplia, luminosa y remodelada por completo. No merecía menos la futura pareja de agentes del KGB. Porque, aunque ella ni siquiera hubiera superado el curso de capacitación obligatorio de cuatro meses en Lubianka, ya se veía como una luchadora del marxismo, defensora de las libertades del pueblo oprimido por el imperialismo occidental.

Malhumorado, Viktor empujó con gran desaire las puertas del armario y se dejó caer sobre la cama. Buscó el remedio para combatir sus males en el cuaderno que traía de Inglaterra donde había anotado sus observaciones durante las dos entrevistas que mantuvo con Peter Sutcliffe. Mucho más jugosas las de la primera sesión que las de la segunda, en la que el británico se conjuró con la asepsia y la distancia para no caer en las provocaciones de aquel desconcertante evaluador ruso. Lo siguiente consistía en elaborar la memoria que iba a presentar a su amigo el fiscal Havers. A Michael

Havers lo había conocido en unas jornadas acerca de las nuevas conductas criminales en el siglo XX celebradas en París hacía dos años. Compartieron hotel y barra, pero principalmente convergieron en opinión a la hora de juzgar la pésima calidad de los ponentes y sus anquilosadas ponencias. Una dilatada charla acerca del caso de Charles Manson culminó en un fructífero intercambio de contactos y una soberbia resaca. Desde entonces habían nutrido la relación a base de correspondencia, y cuando recibió una carta en la que Havers exponía las claves del caso del destripador de Yorkshire y le solicitaba de manera oficial su intervención como experto, no se lo pensó demasiado. Ahora bien, los interminables y pegajosos trámites burocráticos entre las embajadas de la República Democrática Alemana, de la Unión Soviética y del Reino Unido a punto estuvieron de arruinar su participación. Viktor tenía bocetado en su cabeza cómo iba a estructurar el informe, empezando con una estimación psiquiátrica del grado de enajenación de Peter Sutcliffe, de discernimiento entre el bien y el mal y del nivel de conciencia y libertad con el que ha actuado. Luego abordaría la evaluación relativa a la afectación de las acciones delictivas, haciendo especial hincapié en el nulo arrepentimiento exhibido por el sujeto y su consecuente relación con el elevado índice de reincidencia que advertía en él. Finalmente lo remataría con una recomendación de carácter incuestionable acerca del internamiento no hospitalario y por ende presidiario.

Y que tiraran la llave, a poder ser.

Se disponía a compilar y ordenar sus notas cuando sonó el teléfono. Exaltado por si se trataba de Erika, recorrió el pasillo presuroso y se abalanzó sobre la mesilla cual si en el tercer timbrado el aparato fuera a desaparecer.

—*Hallo?* —contestó.

—¿Señor Lavrov?

—Soy yo.

—Le llamamos de la tienda de repuestos Weber. Ya tiene reparada su tostadora. Puede venir a recogerla cuando lo desee. El

coste de la pieza de repuesto más la mano de obra asciende a diecinueve marcos.

Cifra que implicaba que debía pasarse a recibir instrucciones de inmediato.

—Gracias, iré por allí a lo largo de la mañana.

—Aquí estaremos. Que tenga buen día.

—Igualmente.

Colgó entre decepcionado y enfurecido y, entre enfurecido y decepcionado se calzó de nuevo, agarró la chaqueta que hacía escasos diez minutos había colgado en el perchero de la entrada, y salió blasfemando en ruso. Por suerte, pudo aparcar bien su Trabant Kübel en la misma Kollwitzplatz y recorrer la escasa distancia que le separaba del negocio procesando la noticia que acababa de escuchar en Rundfunk der DDR. La locutora resaltaba —con forzada solemnidad, eso sí— la evolución favorable de Juan Pablo II tras el atentado sufrido hacía poco más de un mes en la plaza de San Pedro de Roma. Aquello le hizo recordar que una de las primeras misiones que le encomendaron cuando se incorporó en la Administración 12 de la Stasi había consistido en elaborar un perfil psicológico de Karol Józef Wojtyła, y cuyas conclusiones advertían del carácter antimarxista de quien se postulaba como futuro pontífice. No se había equivocado. Era por todos sabido que el director del Centro, Yuri Andrópov, aseguraba que la elección de Wojtyła como jefe de la Iglesia católica era parte de un plan concebido por el consejero de Seguridad Nacional estadounidense, Zbigniew Brzezinski —de origen polaco como el Santo Padre—, para horadar la influencia soviética entre la comunidad católica de los países firmantes del Pacto de Varsovia. Y, aunque en el boletín de noticias no lo mencionaban ni nadie se atrevía a sugerirlo en la RDA, la sombra de la sospecha seguía planeando sobre el KGB como organizador del intento de asesinato torpemente perpetrado por el turco Alí Ağca. Suposición que él compartía y, aunque no era de su incumbencia, entró en el local barajando la posibilidad de que la cita estuviera relacionada con ello.

No había ningún cliente. Agneta, que se encontraba de espaldas colocando algo en la estantería, se giró al escuchar la puerta.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarle? —preguntó interpretando el papel para el que la habían formado tantos años atrás.

—Me han llamado para venir a recoger mi tostadora.

—¿Y usted es? —preguntó siguiendo el guion.

—Viktor Lavrov.

—Sí, aquí está —dijo consultando una agenda abierta encima el mostrador.

—Mi marido está con ello en el taller. Baje usted si es tan amable, quiere contarle algo sobre yo qué sé que me ha dicho de la resistencia.

—De acuerdo.

—Es por aquí —le indicó ella como si esa fuera la primera vez que bajaba.

Ya en las escaleras percibió el olor del tabaco negro que fumaba Bernhard, el hombre al frente de aquella estación encargada de recibir y descifrar las comunicaciones entre Lubianka y la Oficina S de Berlín. Enfundado en su indestructible mono azul, manipulaba un circuito eléctrico con una pinza diminuta tras los gruesos cristales de aumento de sus gafas.

—Encima de la mesa —le indicó, concentrado—. Equivalencia con la tabla nueve.

El ruso extrajo su libreta de claves del bolsillo trasero y leyó el mensaje. Un encuentro con el general Kokorin en la Puerta de Ishtar del museo de Pérgamo a las dos de la tarde.

—Te lo voy a preguntar sin albergar ninguna esperanza de que me contestes, pero... ¿sabes qué preocupa ahora en Moscú?

Bernhard levantó la cabeza y tomó aire.

—El intento fallido de golpe de Estado en Egipto contra Anwar Al-Sadat, la política claramente intervencionista de Ronald Reagan o el apoyo de la CIA a la Contra nicaragüense. Sin olvidar la irritación que les provoca el ascenso imparable de Lech Wałęsa en Polonia y su sindicato Solidaridad, o el giro hacia las políticas económicas neoliberales en América Latina. Pero también escuchan los rumores cada vez más fundados sobre el plan de Max Hogel, director de Operaciones de la CIA, para derrocar a Gadafi en Libia. Y ni que

decir tiene que están ofuscados por el desarrollo nada halagüeño de la guerra de Afganistán; o por la superioridad de los traspasadores espaciales norteamericanos. ¡Ah, y luego está lo de la creciente venta de armas por parte de Estados Unidos al régimen de Jomeini! Eso los intranquiliza bastante. Lo que sí puedes descartar es la hambruna de los países subdesarrollados y la expansión del virus VIH en África. Incluso la muerte de Bob Marley, si quieres. Todo lo demás preocupa y mucho en el Kremlin.

—Gracias.

Le habría insultado en su lengua materna si no fuera consciente de que aquel hombre hablaba ruso tan bien como él. Cuando se preparaba para marcharse oyó de nuevo su agrietada voz con aire melancólico.

—Si lo que quieres saber es el motivo por el que te ha convocado tu enlace, suponiendo que ese mensaje se trate de eso —agregó sibilamente—, te diré que no creo que tenga que ver con nada de lo que he dicho.

—¿No?

—No.

—¿Y podría saberse por qué?

—Porque tengo un olfato superdesarrollado que compensa la pérdida de facultades en mis otros sentidos.

El psicólogo sonrió.

—Me sirve. Cuídate, camarada.

—¿Sabes lo que me preocupa a mí, Viktor?

Este elevó las cejas y se encogió de hombros.

—Que quedan seis días para nuestro aniversario de boda y no tengo la menor idea de qué regalar a la bruja que tienes arriba. No te olvides el maldito tostador.

Ministerio para la Seguridad del Estado

Su intención era hacer acto de presencia en su puesto de trabajo antes de acudir al encuentro con el general Kokorin y, como mucho, intercambiar breves y vacíos comentarios de naturaleza jocosa con

los que eran, sobre el papel, sus compañeros. El rictus severo de su ordenanza, la sargento Kunkel, parada en posición de firmes a la puerta del despacho, le hizo entender que poco o nada divertido iba a tener lugar esa mañana.

—Camarada comandante Lavrov, el ministro Mielke le está esperando —le anunció.

Hacía varios meses que no mantenía un encuentro con él. Tras el fiasco en la operación tejida por el Primer Alto Directorio del KGB, cuyo propósito era moldear bajo el patrón soviético el devenir del gobierno de la República Democrática Alemana y que Markus Wolf se había ocupado de desbaratar —aunque todavía no había sido capaz de averiguar cómo—, solo había coincidido con el ministro Mielke en un par de actos oficiales en los que apenas cruzaron obligados saludos protocolarios y reglamentarios parabienes. Desde que le otorgaron más responsabilidades dentro de la Administración 12, su cometido se había limitado a modificar el sistema de reporte de su departamento, encargado de vigilar las comunicaciones internas del país. Viktor Lavrov se había empeñado en implementar un sistema de filtrado de información que, bien era cierto, ya se utilizaba desde hacía décadas en Lubianka, y cuyo fin último consistía en reducir el número de informes válidos que les remitían desde las incontables estaciones de seguimiento repartidas por todo el país. De esta forma habían logrado mejorar sustancialmente el ratio de detección de amenazas contra las libertades de la buena ciudadanía alemana, como había bautizado el hombre que le estaba esperando para sabía el diablo qué.

—Gracias. Enseguida —contestó, escueto.

Le escoltaban dos miembros del Regimiento de Guardias Félix Dzerzhinsky que se unieron a él cual rémoras ni puso un pie fuera del único ascensor que llegaba hasta el piso superior del mastodóntico edificio. Allí, en la planta noble, se localizaban los despachos de los más altos cargos de la Compañía y del partido, haciendo de Normannenstrasse una suerte de Olimpo de deidades socialistas. El pasillo, homenaje ornamental de los valores del comunismo, desembocaba en una puerta de madera custodiada por otro integrante del mismo cuerpo de élite del Ejército Popular

Nacional. En ese punto, Viktor no pudo evitar retroceder en el tiempo hasta el instante en el que su camino se cruzó con el de Otto Bauer, inspector de la Kriminalpolizei, pero la comprometida tesitura a la que estaba a punto de enfrentarse le hizo borrar esos recuerdos para centrarse en el presente. Como un autómeta programado para ejecutar con la vista al frente una concatenación de movimientos castrenses, el oficial le saludó, abrió la puerta y la cerró al paso del psicólogo criminalista ruso. Sentado tras su escritorio, Mielke ojeaba unos documentos desde una distancia prudencial, como si estos amenazaran con revelarse contra él en cualquier momento. Tan pronto se percató de su presencia, el número uno de la Stasi borró la mueca diarreica que sostenía para componer otra más sólida y abuhada, muy similar a la que lucía la máscara mortuoria de Lenin que descansaba sobre la mesa. Su austera vestimenta le provocó cierta incomodidad, y, lamentando no haber tenido la precaución suficiente como para cambiarse los pantalones tejanos que se había puesto esa mañana con el propósito de viajar más cómodo, se cuadró ante el que seguía siendo el hombre más poderoso de la RDA.

—Camarada ministro —le saludó Viktor.

—Tome asiento, por favor.

—Gracias.

—La mayor general Strauss me ha informado de sus progresos, por lo que, en primer lugar, quiero felicitarle y agradecerle los servicios que presta a la causa socialista, nuestra causa, camarada comandante Lavrov.

Casi había olvidado el derroche de prosopopeya con el que solía expresarse Erich Mielke.

—Solo cumplo con mis obligaciones de la mejor forma que sé.

—Dicho esto —prosiguió él como si su interlocutor no hubiera abierto la boca—, le he mandado llamar por un asunto que nada tiene que ver con sus funciones y responsabilidades actuales. No sé por dónde empezar, maldita sea...

Su mirada, por defecto abúlica, fue perdiendo altura en exceso hasta estrellarse de nuevo en los documentos que tenía delante.

—Johannes Allendorf, ¿le suena?

Viktor hizo una rápida e infructuosa búsqueda en su base de datos mental.

—No, lo siento.

—Pertenece al Departamento Central para Comunicaciones Seguras y Protección Personal, que, como ya sabe, es el encargado de garantizar la seguridad de los miembros más destacados del partido. Llevaba veintidós años en la casa, veintidós —subrayó— y era un hombre íntegro, leal a los ideales sobre los que se ha cimentado nuestra patria. Dedicó su vida a proteger la de los demás. Era un buen camarada, pero, principalmente..., principalmente era mi amigo.

El ministro se tapó la boca con la mano y luego se estiró el labio inferior, gesto que Viktor no supo bien cómo interpretar.

—Ayer por la tarde fue encontrado muerto, asesinado de forma cobarde y brutal —precisó apretando los puños—, en un apartamento de su propiedad localizado en Prenzlauer Berg. Según el forense que lo ha examinado esta mañana, murió desangrado por las terribles heridas que algún bárbaro hijo de puta le provocó con quién sabe qué en el... En el ano.

A Viktor le costó digerir la información, pero mucho más aún discernir si debía o no romper aquel incómodo y delicado silencio.

—Mi más sentido pésame, camarada ministro —se arriesgó a decir.

Visiblemente emocionado, se limitó a recibir las condolencias asintiendo varias veces.

—Aquí dice que agonizó más de dos horas. ¡Dos horas! ¡Voy a llegar al fondo de este asunto! —se conjuró apretando los dientes y los puños—. Aunque tenga que investigar a todos y cada uno de los habitantes de esta ciudad, voy a averiguar quién demonios ha sido el malnacido que le ha hecho esto a Johannes. ¡Sea quien sea, se va a arrepentir! ¡Vaya que se va a arrepentir!

Viktor se entretuvo contemplando cómo aumentaba de volumen la yugular al tiempo que su tez adquiría tintes cardenalicios. Mielke bebió un poco de agua e inclinó la cabeza hacia atrás para inspirar por la nariz.

—Lo pretendían decenas de mujeres, pero el granuja siempre supo eludir el matrimonio hasta que conoció a Rebeca Goellner, una de las mujeres más atractivas y con más carácter que yo haya conocido jamás. Hija de Franz Goellner, un empresario de éxito del sector... Del sector que sea. Al parecer, uno de los dos estaba incapacitado para concebir hijos, desconozco el motivo, pero así y todo conformaban una pareja ejemplar.

La observación del ministro estaba en consonancia con su tradicional y anquilosada concepción de la unidad familiar como piedra angular para la edificación de una sociedad sana y vigorosa.

—No merecía este final. No señor, no lo merecía —recalcó golpeando los documentos con la palma de la mano.

El psicólogo creyó ver que se le humedecían los ojos durante los segundos que necesitó para recobrar la sobriedad.

—Al grano. He oído que usted tiene experiencia en la investigación de asesinatos..., digámoslo así, diferentes. Este lo es. De hecho, creo que acaba de regresar de Londres, donde ha participado en un caso de este tipo.

—No dispongo de información suficiente como para establecer paralelismos, camarada ministro, pero permítame que le aclare que mi labor no ha pasado de entrevistarme con el autor confeso de los hechos con el objeto de elaborar un informe psicológico. Nada más. Soy psicólogo criminalista, mis conocimientos no abarcan el ámbito policial. Al margen, ¿la Stasi no cuenta con un equipo de investigación criminal específico?

—Sí, y ya está trabajando en el caso en coordinación con la brigada de la Kriminalpolizei del distrito de Pankow. Por eso quiero que mañana mismo vaya a ver al inspector Klein, que es a quien hemos puesto al frente de la investigación, y que colabore con él.

Por relación de ideas, de nuevo le asaltó la imagen de Otto Bauer y, esta vez sí, consintió que aquellos recuerdos tuvieran su momento de protagonismo. No lo había vuelto a ver desde que fue a visitarlo al hospital, todavía convaleciente tras llevarse la peor parte en la resolución del caso de la Araña. Tiempo después supo que a los pocos días de recibir el alta le llegó notificación del Ministerio del Interior en referencia al procedimiento disciplinario abierto contra él

por el comisario principal Schoenberg. Los cargos de desobediencia, insubordinación y desconsideración hacia la superioridad pesaron demasiado y, aunque hubo cierta deferencia con la sanción, finalmente fue apartado del cuerpo durante catorce meses. Aquella desgracia se sumó a la pérdida definitiva de movilidad de su mano izquierda y al abandono de Heinrich, que, superado por tanta calamidad, decidió regresar a Leipzig. Viktor trató de visitarlo en más de una ocasión, pero nunca logró dar con Otto, y las últimas noticias que habían llegado a sus oídos sobre él fueron las que le proporcionó su hermana Birgit, más indignada que preocupada por él, allá por el mes de marzo. Y, por lo que pudo leer entre líneas, Otto había adoptado un modo de vida que en nada se correspondía con la que Honecker había definido en esa frase suya tan recurrente: «Ser y comportarse como un buen ciudadano socialista».

Un fuerte carraspeo le hizo regresar al despacho de Mielke.

—Florian Klein es un joven ambicioso y con talento, como usted. Proviene de una familia de trayectoria intachable y su hoja de servicios, aunque breve, está repleta de éxitos y condecoraciones. Estoy convencido de que sabrán entenderse. Esta misma mañana he cursado la petición a través de la Administración Central de Coordinación para que su gobierno apruebe la modificación temporal de sus funciones en este ministerio. Como es habitual en nuestro proceder, no queremos actuar sin el conocimiento de Moscú. La mayor general Strauss también ha sido informada.

—Disculpe si le importuna la pregunta, pero..., exactamente, ¿qué se espera de mí?

El alemán entrelazó los dedos y se tomó su tiempo como si se estuviera preparando para arrojarse en su propio discurso. Por suerte para su interlocutor, el sonido del teléfono abortó su alarde de verbosidad.

—Que aporte todo su conocimiento referente a la forma de comportarse de estos degenerados —zanjó antes de levantar el auricular—. Dígame. —Pausa—. Sí, estaba esperando la llamada. Manténlo en línea. —Pausa—. Me va a tener que disculpar unos minutos. Entretanto, le pido que lea el informe preliminar que han

elaborado para mí con lo que sabemos hasta ahora. Enseguida regreso.

Para cuando lo hizo, Viktor Lavrov ya había leído, procesado y casi memorizado el contenido de esos papeles.

—¿Qué opinión le merece, comandante Lavrov? —quiso saber Mielke, recuperando su habitual conducta acendrada.

El psicólogo criminalista se frotó sus ojos saltones.

—Hay evidentes muestras de sadismo en la forma de actuar del sujeto que buscamos. ¿Hay alguna suposición acerca del objeto que utilizó para provocar esos daños en el recto de la víctima?

—No, ninguna. Solo se aventuran a apuntar que era metálico.

—Ya. ¿Puedo hablar con libertad, camarada ministro?

—Por supuesto.

—Me llama la atención que no se diga nada acerca de la página del Antiguo Testamento que se encontró en la escena del crimen. Hay una clara relación entre el contenido de la misma y el lugar elegido por el homicida para provocar las severas heridas que hicieron que se desangrara.

—Continúe.

—Eliminar del país a los sodomitas —citó—. Aquellos que practican el sexo anal. Yo diría que el tipo que hizo esto nos está haciendo partícipes de sus intenciones. Es su estreno y todo parece indicar que...

—No —le interrumpió, tajante.

—¿No?

—Que, según parece, no es su estreno. Hay dos casos más anteriores a este. Dos homosexuales asesinados de la misma forma. El primero en marzo y el segundo en mayo. Este último, por cierto, está aún sin identificar.

La del ruso era la viva imagen del desconcierto.

—No nos corresponde a nosotros investigarlos —prosiguió el ministro—. Nosotros nos vamos a centrar en exclusiva en el asesinato de Johannes Allendorf.

—Discúlpeme, pero eso sería un gran error. Solo relacionando los hechos entre sí podemos establecer un patrón de comportamiento y,

con ello, anticiparnos a su siguiente asesinato. De otra forma nos vamos a limitar a seguir recogiendo cadáveres de homosexuales.

—Johannes Allendorf estaba felizmente casado.

—Eso no quiere decir que no fuera...

—Sí, quiere decir justo eso, porque nosotros no hemos dicho ni diremos nada más al respecto. Necesito que me asegure que lo ha entendido.

—Lo he entendido. Solo acláreme algo, por favor. ¿Esto implica que si aparecen más personas asesinadas bajo las mismas circunstancias, el inspector Klein y yo no nos haremos cargo de ello?

—A no ser que esas víctimas mantengan una vinculación directa con este ministerio, no.

—Bien. Entonces, con todos mis respetos, no me queda otra opción que declinar su ofrecimiento.

El número uno de la Stasi liberó un suspiro con aire paternalista.

—Me temo que esa opción tampoco está a su alcance, camarada comandante.

Calles del distrito de Köpenick

El motor del Lada 2101 color mostaza ronroneaba mientras esperaba pacientemente a que cambiara la luz del semáforo. Aquel en concreto lo conocía bien, y sabía que tardaba ciento cuarenta segundos en ponerse en verde, por lo que bajó el cristal de la ventanilla y se recostó en el asiento. Esas calles apenas registraban actividad a esas horas y lo único que le llamó la atención fue una barcaza que se deslizaba por las aguas del Dahme dejando a su paso un rastro de variadas formas oleaginosas. Siempre había envidiado a aquellos que podían ir a comer a sus casas junto a sus familias. Para él, pasar a formar parte de este grupo de privilegiados había significado un avance sustancial en la mejora de su calidad de vida, acostumbrado como estaba a marcharse cuando todavía no se había levantado nadie y a regresar estando ya todos acostados. Bien era cierto que, desde que se ganó el ascenso a capataz,

madrugaba más que antes para llegar a las seis de la mañana a Rüdnitz, localidad donde se ubicaba la fábrica de armamento ligero; sin embargo, como contraprestación, su jornada terminaba a la una de la tarde, y, pasara lo que pasara, él siempre llegaba para comer con su mujer y sus cuatro hijos. Tener esa jornada intensiva también le había facilitado el justificar sus salidas nocturnas camuflándolas de turnos extra voluntarios con el objeto de seguir progresando en el ámbito profesional y sumar algunos marcos a la economía familiar.

Siendo lunes, Kristen tendría preparadas las *Kartoffelpuffer* para acompañar el guiso de carne con verduras cocinado a fuego lento al estilo tradicional de Sajonia. Pensar en comida le servía para ocupar la cabeza. Trataba de evitar darle más vueltas, pero no lograba desprenderse del acerbo sabor de boca que le había dejado descubrir la ocupación de Johannes Allendorf. Con razón no había sido capaz de averiguarlo. ¿Cómo iba a imaginarse él que habría maricones en la Stasi? ¿Es que ni siquiera el ministerio más importante del Estado estaba exento de esta lacra? Era obvio que aquello iba a provocar algún cambio en el devenir de sus actos a corto plazo, ahora bien, ¿en qué sentido? Se había conjurado para llevar a cabo su misión guiándose en todo momento por la razón, excluyendo lo temperamental en el proceso de toma de decisiones y, hasta entonces, así había sido.

En el intento de enajenarse de aquellos incómodos pensamientos, valoró la posibilidad de que, contrariamente a lo que creía, aquella fatalidad fuera el detonante del estallido que había previsto provocar más adelante. Sin embargo, el impertinente sonido de un claxon le hizo volver en sí. Sin prisa alguna, pisó el embrague, metió la primera y aceleró de forma progresiva alimentando la desesperación del conductor de atrás, que se deshacía en aspavientos y ademanes. La vía de un solo sentido y carril único le motivó a mantener una velocidad de crucero de treinta kilómetros por hora para así disfrutar a través del espejo retrovisor del abanico de reacciones de su perseguidor, que, ahora asomado por la ventanilla, profería contra él insultos propios de los peores suburbios berlineses. Fue al escuchar que le llamaba *Schwanzlutscher* cuando se disiparon de golpe las ganas de seguir jugando con él. Entonces

hundió el pedal del acelerador y, en cuanto hubo sacado los metros que necesitaba, tiró del freno de mano, giró el volante e hizo derrapar las ruedas hasta atravesar el vehículo ocupando el ancho de la calzada. Acto seguido alargó el brazo para meterlo bajo el asiento y sacar una Tokarev TT-33 de 1954 que había robado del almacén tras manipular el informe de existencias. El otro logró detenerse a escasos tres metros, distancia que recorrió pistola en mano sin dar tiempo a que las partículas de polvo levantadas en la brusca maniobra se posaran en el suelo. Sin espacio para más circunloquios y pleonasmos, golpeó el cristal de la ventanilla con la culata y cuando este cedió para mutarse en añicos, extendió el brazo con fuerza e introdujo el cañón en la boca del conductor. El chasquido de los dos incisivos al partirse precedió al chillido del hombre, que, según comprobó, no debía de superar los cuarenta a pesar de que hacía muchos años que había dejado de poder peinarse. El siguiente paso consistió en meter la mano izquierda en el habitáculo para sujetarle con fuerza la nuca.

—¿Me has llamado chupapollas?! —le preguntó sin esperar respuesta a la vez que quitaba el seguro con el pulgar—. Te lo voy a preguntar otra vez y te juro por lo más sagrado que si no me contestas o me mientes voy a meterte una bala en el cerebro. ¿Me has llamado chupapollas?

Pero parecía que el hombre estaba más empeñado en evitar que sus ojos huyeran de las cuencas orbitales y buscaran suerte en algún otro lugar menos peligroso que en responder.

—¡Contéstame, condenado hijo del diablo!

El hombre, por fin, asintió antes de apretar con fuerza los párpados.

—No es culpa tuya —escuchó—. Es por la deficiente educación que has recibido de tus padres. ¿Me juras por tu honor que no vas a volver a llamar chupapollas a nadie cuando te veas superado por la ira?

De nuevo el mismo gesto repetido en bucle.

—Te creo. Y ahora, dime: ¿A ti te gusta chupar pollas?

El otro frunció el ceño y negó enérgicamente con la cabeza.

—¿Seguro que no eres un maricón de esos a los que les encanta ir chupando pollas por ahí?

Un gruñido.

—Estupendo entonces. Que tengas buena tarde —le deseó antes de retirar el arma.

Cuando el hombre alopecico se sintió con fuerzas para despegar los párpados, vio que el coche se alejaba. Fatigado y aliviado a partes iguales, se agarró con ambas manos al volante e inclinó la cabeza pero un olor acre proveniente de su propia orina le forzó a invertir el movimiento del cuello.

—Maldito cabrón —farfulló.

Segundos después se dejó llevar por el ataque de nervios.

CIUDADANO W

*Museo de Pérgamo
Distrito de Mitte. Berlín Oriental (RDA)
15 de junio de 1981*

No se requería excesivo instinto ni un olfato muy fino para percibir el mal olor que desprendía el encargo de Erich Mielke. Un posible asesino de corte mesiánico que mataba homosexuales por mandato divino. La similitud con el caso de Peter Sutcliffe parecía obra del mismísimo diablo, con la sensible diferencia de que en la RDA no iban a conectar las muertes para evitar sumarse a la lista de países con casos de *serialkillers*, como los denominaban los norteamericanos.

La década que acababan de dejar atrás se habría erigido en la más negra en la historia criminológica de Estados Unidos. La recién creada Unidad de Ciencias del Comportamiento del FBI había cuantificado en más de cuatrocientos cincuenta el número de asesinos en serie que habían actuado durante los años setenta, triplicando los casos registrados a lo largo de la década anterior. Pero esa lacra, cómo no, era propia y exclusiva de los países corrompidos por el capitalismo y el veneno imperialista. Un fruto demasiado apetitoso como para no ser exprimido hasta la última gota por la maquinaria de propaganda comunista. Por si fuera poco, debía andarse con pies de plomo a la hora de investigar a la víctima, miembro ilustre de la Compañía y amigo personal del hombre cuya sombra llegaba a cualquier rincón de la RDA. Tampoco podía

olvidarse de un detalle no menor: debía colaborar con un intrépido inspector de la SKS —Unidad Especial de Investigación Criminal de la Stasi— que, a buen seguro, estaría igual de incómodo que él, aunque solo fuera por el mero hecho de tener que entenderse con un desconocido.

Con todos aquellos pensamientos grillándole en la cabeza, Viktor Lavrov se bajaba del tranvía que paraba en la Isla de los Museos evitando tratar de averiguar el motivo por el cual le habría citado allí su superior, el general Kokorin. Casi era preferible encontrarse con la sorpresa de frente y que le estallara en la cara. Minutos después, lo que tenía frente a sus ojos era el Altar de Pérgamo, una joya arquitectónica y escultórica de más de dos mil años de antigüedad y cuyo propósito era honrar a los dioses mediante sacrificios. El ruso se preguntó dónde estarían ahora esas divinidades y, sobre todo, qué demonios tenía él que agradecerles. Solo esperaba no terminar siendo él el sacrificado. A su alrededor se contaban decenas de visitantes cuyo idioma y vestimenta delataba su procedencia del otro lado del Muro. También escuchó hablar en húngaro y polaco, pero era la cara de un compatriota la que estaba buscando con la mirada. Adoptando el rol de turista se dirigió hacia la sala contigua en la que se alzaba la reconstrucción de la puerta romana del mercado de Mileto y donde se agolpaba un grupo de colegas que, aparentemente interesados, escuchaban la explicación de su maestra. Cruzando el arco principal alcanzó el punto de encuentro. Al fondo, la réplica de una de las ocho puertas de la muralla interior de Babilonia concentraba la atención de la multitud, absorta por la belleza del irisado revestimiento propio de la cerámica vidriada. Por encima de otros atributos destacaba la intensidad azul del lapislázuli en contraste con el dorado presente en las cenefas decorativas y en las figuras de animales y otros seres mitológicos que no supo identificar.

—Muy pocos conocen los motivos por los que Babilonia pasó de ser una de las ciudades más importantes de la Antigüedad a ser abandonada por completo hasta caer en el olvido con el paso de los siglos —oyó a su izquierda. No le hizo falta girarse para reconocer el

acento típico de la zona septentrional de Rusia en la pronunciación de Nikolai Kokorin.

—Pues yo no me cuento entre esos afortunados —reconoció.

Su figura, espejada en los azulejos, le reveló que vestía con un atuendo civil y llevaba la cabeza cubierta con una gorra bolchevique.

—El comercio —desveló—. El condenado comercio. Durante el gobierno seléucida, un rey llamado Nicátor decidió trasladar la capital del reino a Seleucia porque estaba asentada a orillas del Tigris, de donde partían más rutas comerciales que las que nacían del Éufrates, río del que bebía Babilonia. Con el paso de los años, la urbe se fue despoblando hasta convertirse en las ruinas que descubrieron los arqueólogos alemanes a principios de siglo. El dinero lo pudre todo, camarada. Todo, hasta los jardines colgantes, por muy maravillosos que sean.

—Un drama —calificó sin tintes dramáticos.

Al mirar en derredor, Viktor reconoció la cara de Pavel, uno de los hombres de Boris Kliuka, lo cual le hizo suponer que su compañero Sasha no estaría lejos.

—Ya sabe, toda seguridad es poca —comentó.

—Sí, ya sé.

—¿Se ha reunido ya con Mielke?

Hacía tiempo que había dejado de sorprenderse por la capacidad adivinatoria del general, con quien parecía que compartía su vida.

—Esta misma mañana.

—Era de esperar. Siempre trata de evitar que alguien se le anticipe, y hace bien —valoró para sí—. A primera hora nos llegó un requerimiento a través de la Administración Central de Coordinación. Como ya sabe, nos solicitan sus servicios como experto en psicología criminalística. El propósito es, cómo no, ayudar a resolver a nuestros hermanos alemanes un delicado y comprometedor caso de asesinato.

—¿Comprometedor?

—Mucho, pero no por las razones que el SED quiere evitar a toda costa que salgan a la luz.

—La condición sexual de uno de sus dirigentes —completó.

—Que fuera o no homosexual nos trae sin cuidado. Es más, esclarecer el asesinato tampoco forma parte de nuestras prioridades. Los motivos que nos han llevado a aceptar su petición son de otra naturaleza, camarada comandante.

Nikolai Kokorin escenificó una pausa, momento que aprovechó Viktor para volverse hacia él con cierto recato. El general proyectó hacia delante sus femeninos labios al tiempo que se acariciaba su prominente mentón recién rasurado.

—¿Qué sabe usted acerca del proyecto MK Ultra?

Barrio de Uhlenhorst

Si hubiera tenido que enumerar las ventajas de vivir en aquel barrio, la primera de la lista sería la pulcritud, incluso por encima de la seguridad. Puede que en ello incidiera el hecho de que muchas de sus casas estuvieran ocupadas por militares y esto ahuyentara a la basura que deambulaba por otras zonas de la ciudad, pero lo cierto era que en Uhlenhorst lo peor que podía pasarte era que tuvieras que dar otra vuelta a la manzana para aparcar. A él no le importaba hacerlo a dos o tres calles para estirar un poco las piernas tras casi una hora de trayecto por la mal asfaltada carretera de Rüdnitz. Además, así le ofrecía la oportunidad a Adalia, la mayor de los cuatro hermanos, de darle la bienvenida desde la ventana de la habitación que compartía con Elisabeth, como venía siendo su costumbre. Desde muy pequeña, a Adalia le encantaba observar el comportamiento de las personas sin que nadie la viera, actitud que, sin duda, había heredado de su padre.

Llegaba diez minutos más tarde de lo habitual como consecuencia del incidente con el conductor maleducado, pero, así y todo, confiaba en que su hija estuviera allí, sonriéndole y agitando el brazo. Antes de doblar la esquina se estiró la chaqueta y se sacudió el polvo de las mangas. Fue entonces cuando se percató de que tenía un pequeño corte en la muñeca, herida que enseguida atribuyó al momento en el que rompió la ventanilla del coche con la culata de la pistola. Se detuvo para examinarla. Ya no sangraba,

pero se había manchado el puño de la camisa. Reanudó la marcha y antes de devolver el saludo a Adalia, a quien notó menos efusiva que otros días, su cerebro había fabricado una explicación coherente que ofrecer a Kristen, su esposa, si es que llegaba el caso, lo cual era poco probable.

El olor de las *Kartoffelpuffer* le despertó el apetito en cuanto introdujo la llave en la cerradura. Como dictaba la regla, todos estaban esperándole en la mesa del comedor, sentados cada uno en su lugar, bien vestidos y aseados, con su unánime atención convergiendo expectante bajo el dintel de la puerta.

—Buenas tardes a tod...

No pudo terminar la frase.

El recorrido visual por los rostros de su familia se detuvo en Patrik, su único hijo varón de doce años, dos más que Elisabeth y dos menos que Adalia. En concreto sobre su ceja derecha, visiblemente inflamada y con un corte bastante feo que ya había sido suturado. El labio también presentaba daños.

Silencio.

Kristen, compungida, agarraba el mantel de lino recién planchado bajo la mesa, aferrándose al anhelo —remoto, eso sí— de que el nuevo percance colegial que había sufrido su hijo no tuviera las consecuencias que ella había previsto. Pero ver cómo los músculos faciales de su marido se contraían, que la vena que le cruzaba la frente se ensanchaba, que su pecho se hinchaba y deshinchaba a un ritmo cada vez más frenético y que tenía ambos puños apretados le hizo borrar de su mente cualquier atisbo de esperanza. Nadie mejor que ella sabía interpretar esas señales.

Patrik agachó la cabeza.

A Elisabeth se le humedecieron los ojos.

Adalia se pellizcaba la cara interior de los muslos.

El silencio se resquebrajó por el llanto de la pequeña Liese, que no por estar lejos de comprender la tensa coyuntura era ajena al trance.

—Bendícenos, Señor, y bendice estos alimentos que por tu bondad vamos a tomar —se arrancó Kristen, titubeante.

—No mucho más de lo que trascendió hace unos años en los medios —respondió Viktor con sinceridad—. El proyecto MK Ultra es el programa elaborado por la CIA en los años cincuenta dirigido a investigar técnicas relacionadas con el control mental.

—Experimentando con cobayas humanas distintos e innovadores métodos como la hipnosis, la privación sensorial y otras formas de tortura, en efecto —completó Kokorin—. Pero, principalmente, buscaban alterar el funcionamiento del cerebro a través de la administración de drogas y otras sustancias químicas.

—LSD.

Kokorin asintió.

—Hasta ahí lo que se filtró a la opinión pública en 1976 como producto de las investigaciones ordenadas por el Congreso al Comité Church y la Comisión Rockefeller. Los americanos y su afán por conocer la verdad aunque esta no les convenga —comentó con notable desdén—. Al final y tras el circo mediático, lo que terminó saliendo a la luz fue solo la punta del iceberg gracias a que el entonces director de la CIA, Richard Helms, se encargó de destruir casi toda la documentación comprometedora.

—Pero hay más —se adelantó su interlocutor.

—Mucho más. Después de aquello, la CIA hizo lo que se esperaba de una agencia de inteligencia: esconder la cabeza, destituir al responsable científico del proyecto MK Ultra, Sidney Gottlieb, y continuar con el programa bajo otros nombres en clave: MK Delta y MK NAOMI, por citar un par; ahora bien, ya enfocados en exclusiva en la parte que mejor resultado les había dado.

El general Kokorin hizo una breve pausa para examinar con detenimiento las fauces de un león representado en el cuerpo principal de la puerta.

—Formidable —juzgó para sí.

—¿Y bien?

—Agentes químicos y biológicos. *La crème de la crème.*

—No se ofenda, camarada general, doy por hecho que en algún momento va a conectar esta historia con el encargo de Mielke, pero no nos conviene alargar demasiado este encuentro.

—La paciencia es la madre de la ciencia.

—Y con el semen del exceso de confianza concibió a su hija la imprudencia —improvisó el psicólogo.

El otro lo miró con singular inclinación tras la abracadabrante sentencia. Luego ladeó la cabeza como si estuviera buscando algo dentro de la boca del felino.

—Desde 1943 existen unas instalaciones en Maryland cuyo fin no es otro que estudiar el comportamiento de estos agentes y, como es evidente, encontrar aplicaciones prácticas con las que amortizar los cientos de millones de dólares de presupuesto que tienen asignados. Fort Detrick se llama. Por allí han pasado los mejores investigadores de Estados Unidos y del mundo entero. Compatriotas nuestros incluidos —añadió—. Ahora voy a poner a prueba de nuevo sus conocimientos.

—Adelante.

—Paperclip.

—Pensé que me lo iba a complicar más. Se trata de la operación que diseñó Truman al término de la Segunda Guerra Mundial para captar científicos alemanes, principalmente aquellos que atesoraban experiencia con los nazis en programas de desarrollo aeronáutico, pero también físicos nucleares, biólogos y químicos.

—Yo no lo podría haber resumido mejor.

—Gracias.

—El propósito que perseguían era idéntico al nuestro cuando pusimos en marcha la Operación Osoaviakhim, con la diferencia de que el NKVD se centró en los países que ocuparon nuestras tropas. Dicho esto, hay que reconocer que también fuimos capaces de pescar buenas piezas alemanas. Por desgracia, muchos científicos, por no decir la mayoría, preferían pasarse al bando occidental, más que por cuestiones ideológicas porque su oferta económica era mucho mejor que la nuestra. Y en esta disputa por hacerse con los más destacados, hubo uno, uno en especial, que estuvo a punto de desencadenar el primer enfrentamiento serio entre nosotros y ellos.

—Me rindo —dijo Viktor tras un breve silencio.

—Werner Wögler, nacido en Ertfurt, Turingia, en 1910. Su padre murió en la Primera Guerra Mundial, hecho que le hizo adoptar una conciencia antibelicista que marcaría su vida como ahora comprobará. Su madre era maestra y ello, seguramente, le hizo despertar el interés por la ciencia. Brilló en sus estudios hasta el punto de llamar la atención de la Sociedad Kaiser Wilhelm recién cumplida la mayoría de edad.

—No me viene nada con ese nombre.

—Se trataba de un conjunto de instituciones que funcionaban como una entidad única dedicada a la enseñanza de ciencias avanzadas. De sus aulas salieron tipos como Albert Einstein, Max Planck, Peter Debye, Fritz Haber, Otto Hahn y otros muchos cuyos nombres no me quieren venir a la cabeza.

—Es usted una biblioteca andante, no se menosprecie.

—Manejar información, ese es el secreto —sentenció Kokorin—. Continúo. Wögler cursó y finalizó dos especialidades completas. Química física y Electroquímica, y Biología.

—Total cuatro.

—¿Cómo?

—Que ha dicho que finalizó dos, pero ha citado cuatro.

—Las tres primeras eran una.

—Un genio —calificó Viktor.

—Talento que le fue reconocido al ser propuesto como miembro de la Leopoldina, la sociedad científica más antigua del mundo y una de las más prestigiosas. Destacó en el campo de la virología, circunstancia que llamó poderosamente la atención a Albert Speer, ministro de Armamento y Guerra del Tercer Reich. Se dice que fue obligado a trabajar en el desarrollo de un virus letal, pero que sus investigaciones fueron interrumpidas por el final de la guerra. En junio de 1945 fue capturado por los nuestros, identificado y trasladado a un lugar secreto y seguro desde donde debía viajar a Moscú. Pero no debió de resultar tan secreto ni tan seguro cuando un comando de élite británico lo liberó días más tarde, provocando, como mencionaba antes, el primer gran conflicto diplomático de peso entre nuestros gobiernos. Finalmente, Stalin decidió centrarse

en otros asuntos. Repartirse Europa requería de toda su atención — agregó, irónico—, pero encargó a nuestros servicios secretos que lo localizaran. Jamás lograría saber nada de él en vida, ya que la siguiente noticia que tenemos de Werner Wögler no llegó hasta 1962 y el georgiano ya estaba embalsamado. Uno de nuestros agentes infiltrados en Fort Detrick aseguraba que el científico que más peso tenía, llamado Julius Krehl, era, en realidad, Werner Wögler. El Centro ordenó a nuestro activo que contactara con él y evaluara las posibilidades de que se pasara a nuestro lado; y aquí vuelvo a enlazar con su antibelicismo. Al parecer, una vez confirmada su identidad, Wögler le confesó que era una parte muy importante del proyecto MK Ultra y que estaban muy cerca de desarrollar un aerosol cuyo agente principal era un virus creado en un laboratorio que funcionaba como narcohipnótico, anulando por completo la voluntad del individuo. El alto riesgo de que la parte vírica mutara en un componente letal no controlable le hizo echar el freno al desarrollo del proyecto. Lo paralizó todo sin que sus supervisores se percataran de ello, por supuesto. Nuestro agente en Fort Detrick invirtió dos años en ganarse su confianza y cuando creyó que estaba maduro le lanzó nuestra oferta: regresar a casa. Volver a su Turingia natal.

—Enclavada convenientemente en la República Democrática Alemana.

—Exacto, lo cual terminó jugando algo a nuestro favor y mucho en contra.

—No sé por qué, pero me estoy imaginando el final de la historia.

—Permítame que sea yo quien se lo cuente. Wögler le exigió dos condiciones para plegarse a nuestra propuesta. La primera fue someterse a una operación de cirugía estética que le asegurara que en un futuro nadie lo fuera a reconocer. Y la segunda, mucho más peliaguda por enrevesada, consistía en quedar bajo la tutela del servicio de inteligencia de la RDA en un acuerdo supervisado por el Tribunal Europeo de los Derechos Humanos.

—No se fiaba de nosotros.

—Ni lo más mínimo. Pero, además, el Ciudadano W, como lo bautizó la Stasi, exigía que solo una persona, una —enfaticó

levantando el dedo índice—, estuviera al corriente de su nueva identidad y, en consecuencia, fuera la responsable de su seguridad y actuara como único enlace entre él y el gobierno alemán.

—Muy precavido el Ciudadano W —dictaminó Viktor.

—Y sibilino. Porque cuando se ejecutó el plan y conseguimos sacarlo de Estados Unidos, pormenores de una aventura que me voy a ahorrar, logró que el gobierno que presidía en aquel entonces Walter Ulbricht creara una comisión científica con el objeto de evaluar el nivel de riesgo que conllevaba finalizar su investigación. Debí de resultar muy convincente porque no tardaron en decidir que lo mejor era enterrarla para siempre.

—¿Y en Moscú se quedó de brazos cruzados?

—En aquellos años todo lo que no tuviera que ver con la carrera espacial y la escalada nuclear quedaba en un segundo o tercer plano. El KGB terminó olvidándose de aquel agravio, cuestión que, como ya has podido comprobar en tus carnes, es bastante habitual en nuestro oficio.

—Visto lo visto, «olvidado» quizá no sea el verbo que más se ajuste...

—Muy acertado, camarada, muy acertado. Por resumir: a Wögler le regalan una nueva vida a cambio de nada, el tiempo pasa y no pasa nada. Hasta que pasa lo que pasó el sábado.

—Y lo que pasa es que me he perdido.

—Era de esperar —subrayó con sonrisa maliciosa—. Nunca llegamos a averiguar la identidad del Ciudadano W, pero sí la del agente de la Stasi que funcionaba como su único enlace y al que encomendaron proteger el secreto. ¿Adivina?

Viktor Lavrov chasqueó los dedos.

—Johannes Allendorf, por supuesto. Según Mielke, dedicó su vida a proteger la de los demás.

—No sé la de cuántos, pero la de Wögler puede estar seguro de que sí porque seguimos sin saber nada sobre él. Hasta donde conocemos, Allendorf era considerado el mejor durante sus años dorados de carrera, ya que, además de proteger el presente de los altos cargos del partido, al parecer también se encargaba de borrar el pasado de quienes lo necesitaban. No debía de resultar barato,

eso así, pero le puedo asegurar que era muy bueno porque no hemos logrado encontrar los trapos sucios de... Bueno, ya sabe a quiénes me refiero.

—Sí, ya sé.

—Evidentemente, si sabía ocultar los de otros, los suyos los tendría bien enterrados, hecho que explica que nadie estuviera al corriente de su condición sexual y de sus hábitos.

—Es decir, que si no se hubiera cruzado con ese asesino jamás habría trascendido que era homosexual.

—En efecto.

—La vida puede ser muy cruel.

—Y caprichosa. Porque el hecho de que haya fallecido en circunstancias tan escandalosas ha hecho que su nombre llegue de nuevo a Lubiánka y que desempolven del archivo algo que habían olvidado décadas atrás: Werner Wögler y su temible virus. La carrera espacial la perdimos, en la nuclear vamos por el mismo camino, pero ahora ha dado comienzo otra: la de los arsenales de armas químicas y biológicas, y en esta queremos partir con ventaja.

—Comprendo. Me da miedo preguntarlo, pero... ¿se supone que mi papel será averiguar la identidad actual del Ciudadano W, su paradero, y, si no resulta ser el nicho de algún cementerio, llevarlo de una oreja hasta el despacho del camarada Andrópov?

Al general Kokorin se le escapó una risita bastante perturbadora.

—Solo las dos primeras. Y no pierda el tiempo en buscarlo por los cementerios, sabemos que está vivo porque ha llegado a nuestros oídos que su amigo Markus Wolf ha dado orden de encontrarlo.

—Me lo está pintando de colores.

—Pues aún le falta una tonalidad más. O un par. La CIA y muy probablemente el Mossad también lo buscan.

—¿El Mossad? Permítame que lo ponga en duda, los israelíes tienen otros asuntos más importantes que atender dentro de sus fronteras.

—Sin duda, pero imagínese lo que pasaría si Wögler termina en manos de uno de los muchos grupos terroristas que ansían matar hasta el último judío del planeta. Bien sabe usted que yo nunca he aprobado lo que hicieron los nazis, pero el sionismo camina de la

mano del imperialismo y alguien tiene que pararles los pies porque, desde luego, ni los norteamericanos ni mucho menos los ingleses están dispuestos a darles el alto.

—Así que Werner Wögler es el hombre del momento.

—Eso parece, sí, pero ya le he dicho que la vida puede llegar a ser muy caprichosa, ¿verdad?

—Sí, lo ha dicho.

—Porque resulta francamente caprichoso que el destino haya decidido que solo nosotros tengamos acceso directo a su viuda a través de uno de nuestros mejores agentes de campo, a quien Erich Mielke en persona le ha encargado investigar el asesinato de su marido. ¿No le parece, comandante Lavrov?

—Por supuesto. Pero me preocupa Wolf. Y mucho. Él juega en su terreno.

—Bien visto. Sin embargo, tengo un regalo para él. Y para usted también.

—Es usted una caja de sorpresas, camarada general.

—En breve se va a incorporar un nuevo agente en la Administración Central de Coordinación con la tarea de darle soporte a usted e informarle como es debido de los movimientos de la gente de Wolf.

—Se está burlando de mí.

—En absoluto. Además, viene con una recomendación firmada por el mismísimo Yuri Andrópov.

—No tiene la experiencia que se requiere y Wolf sabe que es mi pareja.

—Por eso mismo. Va a estar tan pendiente de ella que no va a poder moverse con la libertad que acostumbra. Juega en casa, sí, pero el árbitro es nuestro.

—Sí, aunque sin saber qué puesto va a ocupar en Normannenstrasse... —trató de rebatir.

—Ni falta que nos hace —le cortó.

Viktor Lavrov buscó alguna otra objeción de peso, pero en su fuero interno sabía que no iba a causar efecto alguno, por lo que se limitó a liberar su frustración en un largo y sonoro resoplido.

—Una cuestión más. Llegado el momento, siempre y cuando tenga éxito y logre su cometido, yo mismo me encargaré de negociar con Werner Wögler. Somos viejos amigos y tenemos una cuenta pendiente.

El psicólogo encajó las piezas de inmediato.

—Claro: el agente infiltrado en Fort Detrick.

Este no modificó el semblante lo más mínimo.

—Le deseo suerte, camarada.

—Recuerdo que la última vez me dijo que no me deseaba suerte porque no la necesitaría.

Nikolai Kokorin se giró muy despacio.

—Precisamente.

Barrio de Prenzlauer Berg

No se percató de que había oscurecido hasta que le molestó el furibundo parpadeo que emitía una solitaria farola adosada a una pared de ladrillo y cemento. Avanzaba sin rumbo por aquellas calles sin un objetivo predefinido, solo por el hecho de huir de la atribulada expresión de su mujer y las apocadas actitudes de sus hijos que tanto le irritaban.

La comida no había terminado bien. Tragando bilis, consintió que Kristen bendijera la mesa antes de interrogar a Patrik sobre el origen de las heridas y magulladuras que presentaba en la cara. Le consintió hablar a pesar de que no le hacía falta escuchar su versión de los hechos puesto que siempre se repetían. Él mejor que nadie sabía cómo empezaba y terminaba el cuento. Porque, en el mundo que les había tocado vivir, cualquier broma no respondida a tiempo desembocaba indefectiblemente en un interminable historial de abusos de mayor o menor envergadura. No le interesaba quiénes ni cuántos, solo quería saber si Patrik había repelido la agresión o no. Sus limpios nudillos anticiparon la respuesta. Y ello, por muy previsible que fuera, le envenenó la sangre de ira. Trató primero de expulsarla por la boca, luego intentó descargarla contra el mobiliario, pero siendo conocedor de que el antídoto no lo encontraría así, fue

a buscarlo al origen. Tuvo que apartar a Kristen de un empujón para llegar hasta su hijo, que, haciendo alarde de su extrema cobardía, se aferraba a las piernas de su madre mientras suplicaba desconsolado; ruegos que su cerebro no estaba capacitado para procesar. No le quedó otro remedio que hacer uso del cinturón, tratando, eso sí, de que la hebilla no impactara en la cabeza del menor, prebenda que no solía aplicar con Kristen cuando le tocaba corregir su desdeñosa conducta. Cuando consideró que había tenido suficiente, ordenó a todos que se sentaran a la mesa y no consintió que ninguno se levantara hasta que no quedó una sola *Kartoffelpuffer* encima de los platos, incluido el de Patrik. Después se acostó dos horas para completar las seis de sueño diario que necesitaba para funcionar y, sin despedirse de nadie, se marchó a la calle.

Un rótulo de neón rosa que no había visto nunca le hizo detenerse: *Das Glas Halb Voll* —leyó—. Sin pararse a valorar si lo que le atraía era el significado de la frase: «El vaso medio lleno», o porque los códigos externos de ese garito coincidían de pleno con los que usaban los gais y las lesbianas, se encaminó hacia la puerta. Un tipo de mediana edad que le recordó a su capataz por su vergonzante dentadura le invitó a entrar con un seco y solitario «*Willkommen*». Había más ambiente de lo que cabía esperar siendo lunes, hecho que le animó a seguir con la cabeza el ritmo de esa música a la que sus oídos se estaban empezando a acostumbrar. No le pareció mala idea tomarse un par de tragos que le ayudaran a despejar la cabeza. Ocupó un lugar en la barra entre una pareja de mujeres visiblemente ebrias que intercalaban cerriles pasos de baile con fogosos manoseos y un hombre solitario cuya mirada había naufragado en el fondo de una jarra de cerveza.

—Una igual —le dijo al camarero elevando la voz para superar los decibelios de la canción. Este asintió.

—Error —oyó.

Era la suya una expresión que, sin llegar a ser agresiva, no parecía que fuera la más adecuada para romper el hielo.

—¿Error por qué? ¿No está buena?

—No me refiero a la cerveza. Digo que es un error pedir cuando faltan dieciocho minutos para que cierren.

Hecha la aclaración, aplastó el cigarro que empezaba a quemarle entre los dedos contra un cenicero repleto de colillas.

—¿Tan temprano? —se extrañó tras consultar su reloj.

—Los lunes nos echan a las doce de la noche. Lo sé bien, últimamente no salgo de aquí.

—Vaya, pues tendré que darme prisa.

—Las prisas solo son buenas para los ladrones. ¿Tú eres de los que prefieren robar o de los que les gusta que les roben? —le preguntó sin modificar un ápice su semblante.

No se lo pensó demasiado a pesar de que no entraba en sus planes de esa noche ni el tipo era uno de sus objetivos primarios. No obstante, el mero hecho de pensar en el placer que le provocaba el proceso, le hizo entrar en el juego.

—Si puedo elegir prefiero robar, pero tampoco me importa que me roben si el ladrón merece la pena —contestó dejando constancia de que había entrado en sintonía con esas almas gobernadas por la promiscuidad.

El hombre se irguió muy despacio y lo examinó de hito en hito. Era mucho más corpulento de lo que aparentaba encorvado sobre la barra.

—Pues tú dirás.

Heinersdorf. Distrito de Pankow

Apoyado en un árbol frente a la casa mientras apuraba un cigarrillo, el hombre al que habían encargado matarlo se preguntaba cómo era posible que alguien con un pasado como el suyo hubiera acabado viviendo en un lugar como aquel. No era distinguido ni vulgar, ni bueno ni malo, simplemente era un sitio normal habitado por personas normales. Justo lo que él no era. En absoluto. Sus objetivos no solían serlo. Este en concreto lo consideraban un Moby Dick, como calificaban a quienes llevaban décadas persiguiendo. Y que le hubieran encomendado a él esa misión era para sentirse

orgullosa. Un reconocimiento, sin duda, a su imaculada trayectoria como miembro de Kidon, una unidad perteneciente al Mossad especializada en el asesinato selectivo de los enemigos de la nación judía.

Estaba refrescando y una ligera brisa arrastraba matices florales que su sentido del olfato no estaba preparado para clasificar. Aplastó el cigarro contra el tronco, se ajustó los guantes sin prisa y se puso en marcha. El plan trazado por el personal de campo establecía que debía rodear la finca, saltar el enclenque alambrado por la parte de atrás y acceder al interior del edificio por la entrada de servicio, cuya puerta alguien se había olvidado de cerrar con llave. Segundo piso, última letra del pasillo de la derecha. Ganzúa. Considerar la mejor forma de hacerlo, proceder, y esfumarse utilizando la misma ruta de llegada. Más sencillo no podía ser para una persona a la que habían preparado de manera concienzuda con el propósito de salir airoso de los muchos imprevistos que podían surgir en este tipo de operaciones. Trabajos como ese en los que el fiasco se escondía bajo la apariencia de la simpleza. Por suerte, estando ya a punto de empujar los pistones de la cerradura con la ganzúa de gancho, todo se estaba desarrollando según lo previsto. Un leve chasquido fue la señal que le hizo dar un paso adelante y colarse en el interior de la vivienda. Sus pupilas, acostumbradas ya a la escasez lumínica, eran las encargadas de bosquejar una primera composición de lugar; sin embargo, fueron sus oídos los que enviaron la información válida que requería su cerebro: ronquidos. Así, dejándose guiar por la secuencia acústica del sueño profundo, alcanzó la habitación sin hacer un solo ruido y, reteniendo la respiración bajo el quicio de la puerta, valoró las opciones. Decenas de posibilidades y solo una correcta, que, casi siempre solía coincidir con la primera que le venía a la cabeza. Un cojín de ideales dimensiones reclamó su atención a los pies de la cama. Ya había matado de esta manera una vez en Buenos Aires, y, aunque era altamente efectiva, no se trataba de su preferida, ni mucho menos. Quizá esa fuera la peor parte de su oficio: no estar habilitado para proceder como a él le habría gustado, sino de la forma que le habían ordenado hacerlo. Ese malnacido no merecía

una muerte tan dulce, pero eso no le importaba a nadie en Tel Aviv y mucho menos valoraban lo frustrante que resultaba tener limitaciones en el campo de la creatividad. Lo único que le preocupaba al gobierno era no levantar ampollas. Antes era distinto. Con Golda las cosas se hacían de otra forma. Ni mejor ni peor: diferente. Te pasaban un nombre y listo. Cada uno se las arreglaba como podía. En cambio, estos encorbatados del Likud no se conformaban con cumplir. No. Además de matar había que matar como ellos dijeran. Inadmisibile.

«Malditos burócratas», pensó.

Comprobó que, en efecto, la persiana estaba bajada antes de aproximarse por el lado izquierdo del que estaba llamado a convertirse en su lecho funerario. Allí se detuvo para contemplar sus facciones durante unos instantes. Él no se había encargado de la identificación positiva del sujeto, esa labor les correspondía a otros, pero le escamó que la distensión muscular en el avejentado rostro que tenía delante le hiciera parecer un abuelo cualquiera. La voz de Mike Harari, quien le había reclutado para Kidon e instruido ocasionalmente, resonó en su cabeza: «Si no eres capaz de mirar a la cara a tu objetivo antes de matarlo, es porque no estás en la unidad correcta». Él siempre lo hacía aunque no estuviera convencido del todo. Decidido, aguardó a que terminara de exhalar todo el aire tras un ronquido tan sonoro como prolongado antes de cubrirle la cabeza con el cojín y subirse a horcajadas sobre su plexo solar a la vez que se valía de las rodillas para inmovilizar sus brazos contra el colchón. La ropa de cama, aliada de sus homicidas intenciones, le limitaba la movilidad del tren inferior eliminando cualquier posibilidad de que pudiera zafarse. De este modo, tan solo debía esperar a que la sofocación de las vías aéreas le provocara al anciano la pérdida del conocimiento, circunstancia que solía presentarse en menos de noventa segundos. Compuso una mueca de satisfacción al notar cómo dejaba de oponer resistencia, pero, no obstante, aún se mantuvo firme para asegurarse de que se producía la parada cardiorrespiratoria y la consecuente muerte cerebral. Se cercioró de ello buscando un inexistente palpitar en la carótida y asintió como si estuviera certificando la muerte a una entidad

invisible. Luego retiró el cojín y, como esperaba, se topó con una deficiente réplica en carne y hueso de *El grito* de Munch. Antes de que aparecieran los primeros signos de rigidez cadavérica le bajó los párpados y le cerró la boca con el objeto de evitar posibles suspicacias cuando lo encontraran. En cuanto se quitó de encima alivió la tensión articular de los brazos con unos movimientos rotatorios básicos y echó un último vistazo previo al abandono del lugar.

—Un bastardo menos —murmuró.

Tres minutos y medio después se encendía otro cigarro mientras paseaba hasta el punto de encuentro. Las suelas de goma de su calzado amortiguaban el sonido de sus pasos en aquella fresca pero agradable madrugada. Al pasar junto al coche dio dos golpes en el cristal de la ventanilla del conductor y prosiguió calle abajo sin modificar un ápice su parsimonioso deambular.

Sentado con las manos en el volante, Uri Jamchi, el oficial responsable de la célula itinerante de Kidon encargada de llevar a cabo la operación, logró sujetar su efusividad.

—Está hecho —le confirmó a su acompañante utilizando el tono más apático de su repertorio.

Este consultó su reloj.

—Catorce minutos. Impresionante —calificó.

—Estas cosas solo se las encargamos a quienes están cualificados para llevarlas a buen puerto.

—Estas cosas —repitió—. Te estás contagiando de la dejadez de tu jefe.

—Haka —como era conocido el jefe del servicio secreto israelí, Yitzhak Hofi— puede tener muchas caras, pero le aseguro que su mayor virtud es precisamente la diligencia.

—Tanto como la discreción —aportó el otro.

—Estoy de acuerdo —convino Jamchi—. Por eso ha vuelto a recurrir a nosotros, señor Wolf, por nuestra discreción. ¿De qué se trata esta vez?

Era cierto. No era esa la primera ocasión que Markus Wolf tocaba la puerta del Mossad para recabar información relacionada con algo que, según su intuición, merecía la pena averiguar. A cambio, como

era natural, los israelíes le habían pedido que les desvelara la identidad de uno de los prófugos nazis que conformaban el nutrido listado que elaboraba con tanto mimo el Centro Simon Wiesenthal. Y no uno cualquiera, por supuesto, uno a la altura del favor que les iba a pedir. Tras la cavilación oportuna seleccionó a Gerd Seeler, nombre bajo el que se ocultaba Waldemar Noske, Standartenführer de las SS y jefe del Sonderkommando 7a, responsable de decenas de matanzas contra los judíos en Bielorrusia. Se le atribuían más de ocho mil muertos durante el paso de su comando de exterminio por Vitbesk, Klinty, Nevel y Smolensk, y, aunque fue capturado por los norteamericanos al término de la Segunda Guerra Mundial, hasta la fecha había logrado burlar a la justicia.

Hasta la fecha.

—No hace mucho ha muerto uno de nuestros hombres en circunstancias que ahora no vienen al caso —le dijo Wolf entregándole un dossier—. Johannes Allendorf, del Departamento Central para Comunicaciones Seguras y Protección Personal, se encargaba, entre otras cosas de ocultar a Werner Wögler.

—El hombre de moda. Últimamente escucho mucho su nombre por aquí y por allá. He oído que en Langley han sacado un billete de avión con destino a Berlín para que «el Cuervo» se ocupe del tema en cuestión —comentó, ufano.

—Así que el Cuervo, ¿eh? Primera noticia —reconoció el alemán, indiferente.

—En cuanto a nosotros, con tal de que no lo escuchemos pronunciar por quien usted ya sabe —dijo englobando a las muchas siglas que conformaban el variopinto elenco de enemigos de Israel —, no nos concierne, pero supongo que eso no tiene nada que ver con lo que le interesa a usted.

Markus Wolf se ayudó del índice para acomodar la montura de las gafas al tabique nasal.

—Nada que ver —repitió—. Lo que necesito entender es por qué este asunto le provoca acidez de estómago al ministro.

Uri Jamchi se pasó la mano por la nuca y proyectó los labios hacia delante.

—¿Sugiere que este tipo —preguntó tamborileando con los dedos sobre el dossier— sabía algo que compromete a Mielke y este teme que ahora pueda salir a la luz?

—Yo no sugiero. Yo solo busco respuestas y no creo que sea necesario que le diga lo que pasaría si yo empezara a remover las cloacas buscando basura del ministro, ¿verdad?

—Que no creo que Mielke tardara en enterarse más de quince minutos.

—Exacto. Ya sabe cómo encontrarme. *Lehitraot!* —se despidió con un hasta más ver en hebreo.

El del Mossad lo siguió con la mirada mientras se alejaba tratando de dilucidar qué le pondría más contento a su superior, si el hecho de haber completado la misión con éxito o la posibilidad de conseguir un comodín de manera tan barata.

BLOOMSDAY

*Jefatura de policía de Keibelstrasse
Distrito de Mitte. Berlín Oriental (RDA)
16 de junio de 1981*

Levantó la vista unos instantes y se masajeó atemperadamente los párpados como si quisiera eliminar ciertas impurezas adheridas después de llevar demasiado tiempo examinando las mismas fotografías. Más allá de la ventana de su despacho el cielo parecía haberse puesto de acuerdo con el cemento de Alexanderplatz para alcanzar cierta sintonía cromática. El superior, de un gris cárdeno, amenazaba con licuarse en forma de aguacero de un momento a otro; el inferior, ceniciento, anhelaba que así fuera. Florian Klein empatizó con este último, por aquello de la mala suerte. Porque había que ser cenizo para que te cayera un caso así estando al descubierto y sin tener un mísero paraguas bajo el que protegerse.

Alguien tocó la puerta con los nudillos.

—Permiso, camarada inspector —pidió el cabo Groetzki.

—Adelante.

—Ha llegado su visita.

Este consultó su reloj. Llegaba con diez minutos de retraso.

—Hágale esperar quince minutos en la sala antes de acompañarlo hasta aquí.

Ecuanimidad y proporcionalidad. Y pertinencia. De ese modo aprovechaba el lapso de tiempo para releer la ficha del ruso al que habían elegido para ofrecerle cobertura. Lo que más le había

llamado la atención, al margen de los méritos cosechados como analista de la Administración 12, era la insistencia que había mostrado Erich Mielke en incorporar a aquel psicólogo criminalista en la investigación. La Unidad Especial de Investigación Criminal contaba con excelentes colaboradores externos como para tener que recurrir a un extranjero, más aún si se tenía en consideración lo delicado del caso. Quizá respondiera al incremento del volumen de injerencias que llegaban desde Moscú, cada vez más celoso en la tutela de los países bajo su órbita en general y del que representaba su primera línea de defensa ante el avance del imperialismo en particular. O puede que todo se explicara atendiendo a las razones que le había expuesto el camarada ministro Mielke: «Necesito zanjar este asunto antes de que se pudra delante de nuestras narices y el olor atraiga a los buitres». Pocos mejor que él conocían la cantidad de especies carroñeras que dominaban el hábitat político de la República Democrática Alemana: los chacales del Comité Central del partido, siempre atentos ante las posibles debilidades de sus rivales para devorarlos en el momento preciso; las cucarachas del Politburó, correteando sigilosas por los recovecos de las instituciones, temerosas de perder sus asientos; las hienas del Consejo de Estado, siempre sonriendo antes de asestarte la dentellada definitiva; los cuervos del Consejo de Ministros, picoteando cualquier migaja de poder al alcance de sus afilados picos; y las lombrices de la Cámara Popular, serviles, arrastrándose ante las voluntades de la ciudadanía. Por suerte, él no tenía que mezclarse con esa ralea cuando le encargaban resolver por la vía rápida algún crimen que tenía visos de poner en entredicho la pulcritud de la élite política, como era el caso. Y el hecho de que sobre uno de los miembros con más nombre y prestigio de la Compañía planeara la sombra de la homosexualidad, lo era. Vaya si lo era.

De nuevo los golpecitos en la puerta.

—Permiso, camarada...

—Sí, sí, sí —le interrumpió—. Puede usted retirarse, gracias.

Tras él, un desconcertante tipo de ojos saltones, la cara picada y una sonrisa imposible de evaluar.

—Pase, por favor —le invitó con pertinente afabilidad.

Y, con simulada cordialidad pasó, se acomodó en una silla metálica y aguardó.

—¿Y bien? —dijo el policía.

—Bien, sí. Bastante bien.

—Me refería a que si quiere empezar por algún punto en concreto.

—Su pregunta era demasiado abierta como para darme a entender tal cosa, pero me ayudaría mucho saber qué espera de mí exactamente.

Klein frunció el ceño y se estiró el cartílago de la nariz valiéndose del índice y el pulgar.

—Que aporte sus conocimientos para ayudarme a esclarecer este asunto a la mayor brevedad.

—¿Urge?

—Me atrevería a decir que sí, camarada comandante Lavrov.

—¿Qué le preocupa más?

—Me temo que ahora soy yo el que no le entiende.

—Le pregunto que si le preocupa más esclarecer este asunto o hacerlo a la mayor brevedad.

—Cumplir la segunda incluye la primera.

—No en todos los casos, inspector. Podría esclarecerlo mañana mismo de forma equivocada. Imagine que son condiciones excluyentes.

La de Florian Klein era una expresión rara, aunque, lejos de incomodarse, se sentía atraído por esa impertinencia natural que exhibía el ruso. Le agradó que hablara alemán casi con académica precisión sintáctica y una más que correcta pronunciación. Para ser un sucio eslavo, por supuesto.

—Esclarecer el caso.

—Magnífico. Ya tenemos un nexo común. Un buen punto de partida. Como siguiente paso le propongo que comparta conmigo toda la información de la que dispone hasta la fecha. Sin prisa.

Cuarenta y tres minutos después, lo único novedoso que registró fue el informe de la división científica de la Kripo del cual no podía extraerse nada de interés.

—¿Me permite ver el dossier fotográfico?

—Le advierto que no va a sacar mucho en claro exceptuando las náuseas que provoca.

—Estoy vacunado contra eso. ¿Puedo?

No lo verbalizó, pero tenía razón. Las imágenes eran nauseabundas. Un primer plano del rostro de la víctima retuvo la atención del psicólogo. Tenía los párpados entreabiertos y aunque el globo ocular aparecía cubierto por una fina capa de barniz mate, se diría que al sobrevenirle la muerte miraba hacia la ventana.

—¿Cómo dieron con él en tan poco tiempo? —quiso saber el ruso.

—Su esposa denunció la desaparición a primera hora del domingo al no tener noticias suyas. Aseguraba que no era propio de él. Al tratarse de quien se trataba, una pareja de agentes se personaron en la vivienda y encontraron el cuerpo ya sin vida. Por los signos cadavéricos el equipo forense ha datado la muerte entre las diez de la noche y las dos de la madrugada. Muerte por exanguinación. Calculan que en la ropa de cama y el colchón había casi cuatro litros de sangre.

—No obstante, la muerte cerebral se produciría antes de perder esa cantidad. Según dice el informe, los desgarros producidos en la cavidad rectal provocaron la ruptura del tejido venoso, pero no causaron daño alguno en las arterias. Ello hizo que la pérdida sanguínea se diera de forma progresiva dilatando la agonía. Que la glándula suprarrenal esté prácticamente vacía explica que agotara sus reservas de adrenalina para metabolizar el glucógeno durante la agonía. De hecho, en el hígado apenas han hallado restos de glucógeno, lo cual es un claro indicador de que esta fue larga y dolorosa.

—¿También es usted especialista en medicina forense?

—Solo como pasatiempo. Mi pregunta es: ¿qué cree usted que hizo el hombre que buscamos a lo largo de..., digamos como mínimo, una hora?

—¿Disfrutar del espectáculo?

—Es muy posible, en efecto, pero no descarto que pudiera responder a la necesidad de certificar la muerte del camarada

Allendorf, ya que, se supone, este conoció a su verdugo en algún sitio y lo invitó a su domicilio. Esta hipótesis que, me atrevería a asegurar que usted también comparte, la fundamento en que la cerradura de la puerta, única entrada posible, no aparece forzada.

—Estoy de acuerdo, en efecto —corroboró Klein a bote pronto.

—Por tanto, debía asegurarse de que estuviera bien muerto antes de abandonar el lugar. Resumiendo: no sabemos si se trata de un sádico que disfruta del dolor ajeno o un tipo precavido. De poder elegir, preferiría que fuera lo primero.

Klein elevó las cejas.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Porque si es ese el motivo que le impulsa a matar, cada vez necesitará hacerlo con mayor frecuencia e intensidad. El sadismo genera mucha dependencia a quienes lo padecen. Sin embargo, lo que me ha llamado la atención de esta fotografía es que la víctima falleció con la cabeza algo inclinada y a la derecha con los ojos apuntando en esa misma dirección. ¿Qué le sugiere eso?

Este se encogió de hombros.

—No sé adónde quiere llegar, sinceramente —dijo el inspector mostrando los primeros signos externos de turbación.

—Ya. Mire esta otra foto: las cortinas estaban echadas, lo cual es lógico dado que desde la casa de enfrente se vería el interior del dormitorio, circunstancia que no interesaría a ninguno de los dos, a uno por motivos de decoro, y al otro..., también. Por consiguiente, si descartamos que esté mirando a través de la ventana como si quisiera escapar de su sufrimiento, ¿es posible que estuviera conversando con su agresor? Rectifico: conversando no, porque se han encontrado restos de tejido entre sus piezas dentales que nos indican que la víctima estaba amordazada. Escuchando. Suponiendo que eso sucediera así y enlazándolo con la hoja del Antiguo Testamento que encontraron sobre la mesilla, ¿podríamos pensar que nuestro asesino lo adoctrinaba leyéndole pasajes de la Biblia mientras se desangraba? ¡Qué crueldad! —valoró para sí—. ¿Sabía que el último sentido que se pierde cuando la sangre deja de irrigar el cerebro es el oído?

Florian Klein resopló.

—No se ofenda, pero la investigación criminal consiste en trabajar sobre hechos probados, no acerca de estúpidas hipótesis y disparatadas conjeturas.

—¡Efectivamente! —gritó al tiempo que daba un vigoroso aplauso provocando el sobresalto del inspector—. Esa será su labor. La mía, en cambio, tiene un enfoque distinto. Mis conocimientos, esos que quiere que aporte a la investigación, nacen y mueren en la psicología criminalística, disciplina que se centra en analizar los motivos que llevan a una persona a delinquir con el propósito de entender cómo actúa, poder prever sus movimientos y anticiparnos.

—Verá, camarada comandante, yo no he solicitado que usted...

El ruso le interrumpió levantando ambas palmas.

—Otro día. Aún no ha escuchado lo más importante: no pretendo convencerle de que todo esto de la psicología criminalística tiene algún valor; créame, ni siquiera tengo la esperanza de que entienda mis argumentos, mucho menos de que los comparta. Usted trabaje en los hechos probados, es decir, *a posteriori*, y cuando se le llene el depósito de cadáveres, igual empieza a barajar estúpidas hipótesis y disparadas conjeturas como la que le acabo de exponer, y que se fundamenta en este pliegue de aquí —señaló con el índice.

El inspector Klein, todavía con el rictus crispado fruto de la indignación, recortó la distancia con la fotografía.

—Fíjese en las cortinas. Están perfectamente planchadas excepto en la parte inferior derecha donde se aprecia un gran pliegue. Si dibuja una línea recta proyectando la mirada de la víctima, comprobará que justo antes de morir le preocupaba mucho, muchísimo —enfaticó— esa maldita arruga. O puede que nuestro asesino se hubiera sentado justo aquí, con la espalda apoyada en la pared. Como verá, más a la izquierda no podría por estar el radiador —aclaró—. Por lo tanto, podría estar dogmatizándolo, disfrutando del espectáculo como apuntaba usted, o por qué no, aguardando a que muriera para marcharse de una vez.

—Muy bien, es usted todo un detallista. Ahora, dígame, ¿qué importa lo que estuviera haciendo ahí sentado?

—Todo, camarada inspector. Todo. Si lo supiéramos podríamos saber a quién nos enfrentamos: un asesino mesiánico, un sádico o

un tipo organizado que tiene un plan y no quiere que lo atrapen. El primero mata por mandato divino, se cree inmune porque Dios lo protege y, por ello, más pronto que tarde cometerá un error. El segundo mata por placer, y, como le decía antes, lo hará cada vez de forma más frecuente y más violenta. Pero el tercero... El tercero no sabemos por qué mata, pero esta es su tercera vez y ni la Kriminalpolizei ni la Unidad Especial de Investigación Criminal de la Stasi tiene la más remota idea de por dónde mierda empezar a investigar.

—Los casos precedentes no son responsabilidad nuestra —se defendió Klein.

—Craso error. Solo estudiando estos tres y los que llegarán seremos capaces de detenerlo. Por ello le pido que, aunque sea sin el conocimiento de la superioridad, me facilite la información de los otros dos.

—No dispongo de la misma.

—¿No? ¿No le interesa?

—No he dicho eso. Cumplo órdenes.

—Ah, entiendo. De acuerdo —claudicó Viktor—. ¿Puedo llevarme esta copia del informe o lo solicito formalmente a través del camarada ministro Mielke?

—Lléveselo.

—Gracias. Volveré a verle cuando necesite algo de usted. *Poká!* —se despidió en ruso.

No se había girado aún cuando este se volvió al tiempo que se propinaba un manotazo en la cabeza.

—Casi se me olvida. Al principio de nuestra conversación ha dicho usted que su esposa alertó a la policía a primera hora del domingo.

—Así es.

—Es decir, que Johannes Allendorf no pasaba ninguna noche fuera de casa sin el conocimiento de su esposa. De otro modo, no se habría alarmado, ¿no?

—Eso parece —alegó, esquivo.

—Ya veo. No obstante, sí conocía la existencia de ese apartamento porque ella misma así se lo indicó a los agentes. Un

apartamento que, según he podido comprobar en las fotografías, está perfectamente equipado para vivir. ¿Ha estado usted allí?

—Por supuesto.

—¿Y apreció signos de desocupación? Polvo, suciedad, olores... Olvide lo de los olores.

—No. Lo cierto es que no.

—¿Y no le parece extraño? Me refiero a que su esposa diera el aviso a la policía solo porque no regresara esa noche a casa y les condujera por la vía rápida hasta el apartamento donde lo encontraron. ¿De verdad que eso no le ha llamado la atención?

—No veo dónde quiere ir usted a parar, pero me estoy cansando de este jueguito de detectives.

—No se preocupe, no le molesto más. ¿Ha hablado usted con Frau Allendorf?

—Todavía no. Nos pidió tiempo para sobreponerse.

—Claro, sobreponerse es importante.

Viktor Lavrov ojeó el informe para comprobar si figuraba la dirección de la denunciante.

—¿En qué está usted pensando?

—En estúpidas conjeturas, inspector. Que tenga un buen día.

Exterior de la comisaría de Karlshorst

Un golpe de suerte le permitió estacionar frente a la puerta principal. Antes de sacar la llave del contacto se dejó llevar por los recuerdos que, sin duda —y aunque hasta el momento no había sido capaz de hacerlo—, antes o después debería compartir con la persona a la que había ido a visitar. Aquella noche en la casa de los Köller se había ganado un espacio en su memoria a perpetuidad. Sin embargo, no era esa la razón por la que Viktor Lavrov había sopesado la conveniencia de contactar de nuevo con Birgit. No hacía falta ser psicólogo ni criminalista para entender que si volvía a recurrir a ella tendría que contarle la verdad acerca de Doris, pero, sobre todo, explicarle la razón por la que había tomado aquella desconcertante decisión.

Acelerado, salió del vehículo y cruzó la calle sin precaución alguna, como si la línea recta que había trazado en su cabeza fuera a simplificar ese incómodo quehacer. Le chocó encontrarse con la atmósfera sosegada que imperaba en unas dependencias policiales que pedían a gritos que les fuera asignada alguna partida presupuestaria que destinar íntegramente a mantenimiento. Viktor había estado en cárceles ubicadas en lugares que no salían en los mapas mejor acondicionadas que esa comisaría. Tras unos segundos de silencioso análisis, el ruso llegó a la conclusión de que allí dentro los hombres y mujeres funcionaban al ralentí, sumidos en una suerte de estado de letargo que nada tenía que ver con su acelerado estado de ansiedad.

—Pregunto por la agente Bauer de la Kriminalpolizei —le dijo al uniformado de la Volkspolizei que ocupaba la mesa de recepción. Este, ocupado en cumplimentar un formulario, levantó la vista muy despacio, cual si estuviera cargando con un lastre invisible.

—¿Desea hacer alguna denuncia, ciudadano...?

—Comandante Lavrov —atajó mostrando su identificación de la Stasi.

El otro, curtido en esas lides, regresó a su estado vegetativo anterior.

—Por las escaleras, primera planta, área administrativa.

—Muy amable. Y no, no es necesario que me acompañe, conozco el camino.

Le costó reconocerla en la prospección inicial que hizo de aquel espacio mal iluminado por la luz fluorescente que se escurría lánguida del techo. Este, amarilleado por el humo del tabaco preso en el ambiente, estaba en consonancia con los rostros de quienes trabajaban debajo. En otra intentona más minuciosa distinguió el de Birgit, entendiéndolo en el acto el motivo por el que no la había reconocido antes. Buscaba una cabellera rubia con el volumen propio del cardado y flequillo abombado hasta las cejas, pero se encontró con un discreto recogido en una coleta que no sobrepasaba la línea de los hombros. También había perdido algo de peso, o bastante, a juzgar por lo holgado que le quedaba el uniforme verde oliva, antaño opresor de su generoso volumen. Diría

incluso que estaba guapa, adjetivo que nunca antes había asociado a esa mujer. Sin darse cuenta de que la alteración con la que llegó se había volatilizado, caminó describiendo una pronunciada curva para abordarla por la espalda.

—Buenos días, me han dicho que usted es, con diferencia, la más cariñosa de la comisaría.

En su cara se agigantó una sonrisa.

—Es cierto, pero solo con hombres sin enfermedades venéreas —respondió ella sin volverse del todo.

—Prometo entonces vaciarme fuera del...

Birgit Bauer se giró para golpear al ruso en el abdomen.

—¡Cerdo!

—Pero ¡qué impetuosa, agente! —continuó.

—Sargento —le corrigió dando unos golpecitos sobre sus nuevos galones cosidos en el hombro de la chaqueta.

—Mi más sincera enhorabuena. Inmerecido, pero enhorabuena igualmente. ¿Desde cuándo?

—Hace dos meses y pico. Los noventa y dos marcos de aumento se los habría metido uno a uno por donde tú y yo sabemos al comisario principal Schoenberg si alguien me hubiera contado lo que implicaba el ascenso —dijo en voz queda.

—¿Me estás queriendo decir que no te llega para invitarme a un café o que no tienes tiempo?

—No he tenido tiempo ni dinero para comprar el último disco de Dean Read, hazte una idea de cómo ando...

—¿Entonces?

Birgit hizo como si se lo pensara.

—Uno rápido.

—No te imaginas las veces que he soñado con que una mujer me dijera eso a la cara.

—Cerdo.

De camino al bar de Agnus, Birgit le puso al día de las últimas novedades. En el plano profesional estaban vinculadas con sus nuevas responsabilidades, todas muy poco sugestivas en comparación con las que le afectaban en lo personal. Todavía coleaba el asunto cuando Agnus les llevó los cafés a la mesa.

—Y parecía una mosquita muerta... Dos años pegándomela con la dependienta de la frutería de la esquina de casa. Con razón Hans se ofrecía siempre a hacer la compra semanal. ¿Y sabes lo que más me ha molestado de todo?

—¿Que te cobran más caro el kilo de naranjas?

—Uy, no, cuando me planté allí y se lo conté al dueño, que lo conozco de toda la vida, la puso de patitas en la calle al momento. Lo que me ha cabreado de verdad es lo rápido que me he acostumbrado a vivir sin Hans, hecho que prueba lo poco enamorada que estaba de él. Incluso he cambiado de número de teléfono para que dejara de molestarme con llamadas nocturnas para contarme lo arrepentido que estaba y lo mucho que me quería. Imbécil.

—El matrimonio y el amor son cosas distintas; a veces, hasta compatibles.

—Gracias por la lección, Viktor. Y lo tuyo con Erika, ¿cómo va?

—En febrero nos fuimos a vivir juntos a un apartamento en Rosenstrasse, y la cosa por ahora funciona.

Cerca estuvo de añadir que al mes siguiente se había marchado a Moscú y aún no había regresado, pero evitó tener que mentir ante una más que probable pregunta incómoda.

—Por cierto, hace muy poco me acordé de ti —retomó ella.

—Sabía que te había calado bien hondo —comentó él componiendo una mueca lasciva.

—Ya quisieras. Si te callas te cuento por qué.

Viktor se tapó la boca con la mano.

—Dentro de mis nuevas responsabilidades está la de comprobar que los casos se cierran según dicta el procedimiento, así que me toca revisar todos los expedientes de la Brigada de la Kripo de mi comisaría en los que aparece un cadáver. Hace un mes, diría yo, encontraron a una señora muerta en su domicilio, en apariencia, por causas naturales.

—¿En apariencia?

—Sí, eso aparentaba y así se confirmó. Un ataque al corazón.

—¿Y dónde reside el misterio?

—En que logres mantener la boca cerrada veinte segundos seguidos. Ahí está el misterio.

Viktor Lavrov dio rienda suelta a su risa de hiena llamando la atención de los presentes.

—La mujer tenía a su cargo a una niña pequeña cuyo apellido me llamó la atención: Popp.

Y, como si de una tormenta de verano se tratara, su rostro se oscureció de inmediato.

—No...

—Sí.

—¿La madre de Annike ha muerto?

—Al parecer estaba bastante enferma, no recuerdo exactamente de qué.

—Sí, lo estaba —confirmó él, compungido—. Se llamaba Franka —recordó—. ¿Y qué ha sido de Nadine?

—No contaba con ningún familiar más, por lo que habrá ido a parar a los Servicios para la Tutela de Menores, que, por cierto, ahora dirige Clara Steinbach.

—Me quiere sonar ese nombre...

—Otto y yo la investigamos cuando el nombre del orfanato que dirigía, Santa Eduvigis, salió entre los que llevaban a cabo prácticas poco decorosas, por decirlo de alguna forma.

—Sí, me acuerdo. No siempre a todos los cerdos les llega su San Martín.

—No, no siempre.

—O sea, que Nadine acabará en uno de esos hospicios del Estado... Menuda mierda.

—La criatura tiene un año, alguien se hará cargo de ella.

Viktor Lavrov no pudo evitar que un latigazo de culpabilidad le sacudiera en la cara.

—Cuando la vida quiere ser cruel, no hay mayor crueldad que vivir —sentenció él entre dientes.

Un cenagoso silencio se hizo fuerte durante el lapso de tiempo que uno necesitó para procesar la noticia y la otra para digerir el sentido de la frase.

—¿Tienes alguna noticia de Otto? —quiso saber el ruso, y no solo por cambiar el rumbo de la conversación.

—En realidad, sí, pero ninguna buena.

Formulado el prólogo, bebió un sorbo de café y desvió la mirada hacia algún punto perdido tras la espalda de su acompañante.

—Hará cosa de tres semanas o cuatro, ya ni sé, fui a buscarlo a su casa. No estaba, pero cuando me marchaba me tope de bruces con el casero y me contó que había tenido que dejar el apartamento porque no le llegaba el dinero para pagarlo. No me quedaba otra opción que darme una vuelta por los sitios esos que suele frecuentar por las noches. Incluso llamé por teléfono a Heinrich para ver si él sabía algo. Ya te conté que se volvió a Leipzig, ¿verdad?

—Sí, eso sí me lo contaste la última vez que nos vimos.

—No le culpo. Desde que le llegó la confirmación de la sanción se volvió muy agresivo. A eso se le juntó que no ha sido capaz de asumir la pérdida de la movilidad de la mano izquierda para volverse una persona insoportable. Detesta al resto de los seres humanos que le rodean, que, por lógica, cada vez son menos, pero, sobre todo, se detesta a sí mismo. ¿Sabías que ha vuelto a boxear?

—Pues no.

—Desde hace tiempo su rutina se reduce a levantarse tarde, ir al gimnasio, entrenar hasta desfallecer y meterse en la cama a descansar antes de irse de juerga por ahí. Bastante aguantó Heinrich.

—Ya.

—El caso es que di con él en uno de esos tugurios de Prenzlauer Berg. Mulackritze Club se llamaba, y menos contento por verme..., de todo. Él estaba muy borracho y yo muy cabreada, así que nos dijimos de todo. Para demostrarme que había perdido la sensibilidad del brazo se apagó un cigarro y fue tal la bronca que le monté que tuvo que intervenir el personal de seguridad.

En ese punto se vio forzada a hacer una pausa. El labio inferior le temblaba.

—¡Qué animal! La emprendió a golpes con todo aquel que se le acercaba. Incluso le rompieron una jarra en la cabeza y siguió

dando puñetazos hasta que se cansó y se fue. Tres hospitalizados. Desde ese día no lo he vuelto a ver.

—Vaya, lo siento de veras —dijo él agarrándola de la mano. Ella liberó un prolongado suspiro y se frotó la cara intentando reponerse.

—Bueno, ya está. Quiero pensar que es un bache que va a superar antes o después.

—Sí, seguro, aunque precisamente ahí reside el quid de la cuestión.

—No te sigo.

—Me refiero a que conviene que lo supere antes que después.

El rostro de Birgit se oscureció por la sombra de la incertidumbre.

—Como sea —concluyó ella—. Entonces, dime: ¿qué te ha traído por aquí? Conociéndote, no creo que hayas venido para tomar un café y ponerte al día con la familia Bauer.

—No, lo cierto es que no, pero ahora que me cuentas lo de Otto me acaba de invadir un mal presentimiento.

—¡No me asustes más de lo que estoy, te lo advierto!

—Escucha, Birgit. Me han encargado que colabore en la investigación de un asesinato que está conectado con otros dos anteriores. El problema es que la Compañía se niega a relacionarlos para evitar que se manche la imagen de la civilizada y decorosa sociedad de la República Democrática Alemana.

—Me suena. Sigue.

—Las víctimas son homosexuales y el bastardo que los está matando no se va a conformar con tres.

Ella quiso decir algo, pero prefirió permanecer callada. Su expresión había mutado desde la pesadumbre a la irritación en décimas de segundo.

—De las dos primeras víctimas lo único que sé es que una fue hallada en marzo y la otra en mayo; a esta, por cierto, todavía no la han identificado. También sé que la última vez que se vio a la que me han encargado investigar fue en el Der Bacchanal, que está en...

—Sé dónde está. Otto también lo frecuenta.

Ella tragó saliva y frunció los labios.

—Viktor, ¿me estás insinuando que una de esas víctimas podría ser Otto?

—No creo. No sé.

—¿En qué quedamos?

—No sabría decirte con seguridad, Birgit, pero hemos de pensar que Otto no llevaría encima su célula de identificación a esos sitios y tú no sabes nada de él desde marzo.

Esta se incorporó repentinamente buscando a Agnus.

—¿Cuándo ha sido la última vez que has visto a Otto?! —le abordó.

Este dio un paso hacia atrás como si quisiera ganar distancia con la respuesta.

—Hace un par de meses como poco, diría yo.

—Un par de meses... ¿Puedo hacer una llamada desde tu teléfono?! —le pidió a Agnus.

—Claro.

Viktor Lavrov se limitó a observar cómo Birgit se dejaba consumir por la ansiedad y el miedo mientras escuchaba un pitido continuo a través del auricular. A continuación acudió al listín telefónico y repitió la operación con idéntico resultado.

—¡Mierda!

Cuando regresó a la mesa respiraba con dificultad y dos manchas rubías coloreaban sus mejillas.

—En el gimnasio me han dicho que hace tiempo que no pisa por ahí. No saben concretar cuánto, pero creen que más de un mes.

—Tranquila, seguro que está bien.

—Ya he pasado por esto. No tengo fuerzas para ponerme a buscarlo por todo Berlín.

—Hay una forma más rápida de asegurarse de que no se trata de él.

Restaurante Die Krähe

No podría decirse que fuera su restaurante favorito de Berlín, pero Florian Klein acudía casi a diario a almorzar atendiendo a la autoimpuesta exigencia de desconectar un rato de la realidad. Como

decía su padre: «Por higiene mental», aunque más le habría valido a él prestar una mayor atención a su higiene corporal.

Siempre le daban la misma mesa, una pegada a la pared del fondo con un campo visual perfecto que abarcaba todo el local. Los seis minutos a pie que empleaba en llegar desde la jefatura de policía los invertía en hacer balance de la mañana para pasar página antes de sentarse a comer. Esa, en concreto, había estado marcada por la visita de un impertinente psicólogo ruso que había logrado en apenas media hora lo que muy pocos habían conseguido en una vida: sacarle de sus casillas. En cuanto se marchó, levantó el teléfono e hizo dos llamadas: una para solicitar toda la información que tuviera la Compañía sobre Viktor Lavrov y la otra para enviar a una pareja de agentes al apartamento de Johannes Allendorf con el objeto de comprobar que lo de la cortina no era fruto de un efecto fotográfico. Que no lo fuera le provocó cierto malestar, pero, casi de inmediato, se dio cuenta de que nada le impedía apuntarse el tanto. Tan sencillo como incluirlo en su informe preliminar junto con la encarecida recomendación de estudiar el *modus operandi* del asesino con el propósito de trazar un perfil que les permitiera anticiparse a su siguiente movimiento. No le llevó más de una hora poner el punto final. Lo estaba grabando cuando sintió un molesto vacío en el estómago.

—Cuando regrese de almorzar espero que tanto el camarada ministro Mielke como el camarada ministro Dickel lo tengan en sus manos —le dijo a su ordenanza dejando caer el informe sobre su escritorio. Este se limitó a asentir con la cabeza sin que se le notara demasiado la animadversión que le generaba aquel maldito engreído.

Al traspasar la puerta de entrada, Klein se percató de que había más bullicio que de costumbre. Por suerte, la mesa del fondo, su mesa, estaba libre, por lo que se ahorraba el bochorno de tener que conminar a alguno de los dueños a desocuparla en el acto. Con el semblante agriado por la muchedumbre se encaminó hacia allí apretando el paso, no fuera que se le adelantara esa pareja de operarios con pinta de no haber comido en semanas. Se quitó la chaqueta del traje y se desaflojó la corbata al tiempo que llamaba la

atención de Sean, uno de los dos hermanos que regentaban el negocio. Este asintió solícito y acudió a la llamada.

—¿Qué pasa hoy? —preguntó obviando el «buenos días» con el que el otro le saludó.

—Dieciséis de junio: Bloomsday.

—¿Cómo?

—Los irlandeses tenemos marcado en el calendario este día en honor a Leopold Bloom, el personaje del *Ulises* de James Joyce.

El inspector Klein lanzó una búsqueda en sus archivos mentales, pero no encontró nada relacionado con aquellos nombres.

—¿Sois irlandeses?

—Nuestros abuelos lo eran. Pensé que lo sabía. *Erin go Braugh!* —exclamó. El lema «Irlanda para siempre» no obtuvo la respuesta esperada.

—Pues no, no era consciente de ello. Si tuviéramos que aprendernos los días relevantes de todos los países a los que damos cobijo en la República Democrática Alemana, no tendríamos espacio ni para la tabla de multiplicar. Y, bueno, ¿en qué afecta al restaurante?

Sean se pellizcó el muslo a través del bolsillo del pantalón. Era un truco que usaba para recordar que el mundo está repleto de imbéciles y que estos también gastan dinero en restaurantes.

—La tradición manda que hoy se coma lo mismo que se detalla en la novela, y como somos de los pocos que la mantienen, tenemos a muchos compatriotas deseando probar nuestra especialidad de carne asada con puré de patata y col hervida, o nuestras chuletas de cerdo a la brasa con vegetales frescos, el arenque ahumado, el tocino fresco y, cómo no, nuestras archiconocidas morcillas —recitó orgulloso.

—Odio los arenques, ahumados y sin ahumar. El resto de platos, los de siempre, también los servís, ¿verdad?

—Sí, claro, pero hoy le aconsejo que...

—Menestra de verduras y bolas de pasta rellenas de hígado de ternera —le interrumpió, tajante.

—Como desee. Lo único que hoy tardaremos un poco más de lo normal.

—No hay problema si es verdad que es un poco más de lo normal.

—¿Para beber?

—Agua.

—Enseguida.

En efecto, la comida tardó en llegar un poco más de lo normal, intervalo durante el que se entretuvo en observar el comportamiento de los muchos clientes que llenaban el comedor. Una mujer morena con la que intercambió una sonrisa le hizo olvidar el retraso, el Bloomsday, al impertinente psicólogo ruso y todo lo que no estuviera relacionado con la forma de abordarla antes de regresar al trabajo. Pensando en ello mientras perseguía con el tenedor una bola que se resistía a ser pinchada, sintió una presencia cercana que le forzó a levantar la vista.

La parálisis que le provocó reconocer su rostro se alió con la causa rebelde.

—Que aproveche, camarada inspector Klein —dijo Markus Wolf con su aterciopelado tono.

Comisaría de Karlshorst

Visiblemente más calmada, Birgit probaba suerte con la comisaría del recién creado distrito de Marzahn. La sargento no se andaba con rodeos. Previa identificación, preguntaba directamente si estaban investigando el asesinato de un hombre que hubiera fallecido desangrado después de sufrir daños severos en el recto. Tres llamadas antes, el compañero de la Kripo que la atendió de la comisaría de Friedrichshain le había facilitado los datos de la víctima que apareció en su domicilio el 21 de marzo. No tenían noticias de que hubiera otro homicidio similar. Antes de colgar y darle las gracias, logró sin demasiado esfuerzo que le enviara lo que tuviera al telefax de su departamento como le había pedido Viktor Lavrov.

Tras repetir la fórmula, la respuesta de la agente Luttenberger se hizo esperar.

—En efecto, tenemos un caso así, pero aún no hemos conseguido identificar a la víctima.

Su corazón, más que un latir, golpeaba contra las costillas. Viktor Lavrov le puso una mano en el hombro y presionó ligeramente.

—Oficial Bauer, ¿sigue ahí? —escucharon por el auricular.

—Sí, disculpe. ¿Dispone de las características morfológicas del cuerpo?

—Doy por hecho que estarán recogidas en el informe forense, pero no lo tengo aquí delante. El caso se lo han asignado al grupo dos, yo pertenezco al uno.

—Entiendo. Verá... No queremos inmiscuirnos en la investigación, pero le agradecería mucho que averiguara en qué depósito descansa el cadáver para descartar que se trata de uno de nuestros desaparecidos.

—Ah, eso no hace falta que lo averigüe. Nosotros siempre los trasladamos al de Hellersdorf, ¿lo conoce?

—¿En Döbelnerstrasse?

—Antes de llegar al parque.

—Lo conozco, muchas gracias.

—Suerte.

A Viktor le costó seguir el ritmo endiablado de Birgit por las dependencias policiales hasta la campa donde estaba el GAZ-24 modelo Volga que tenía asignado la sargento Bauer.

—¿Quieres que conduzca yo? —se ofreció él.

—Depende de lo que nos encontremos allí, puede que a la vuelta.

Restaurante Die Krähe

Por aquel entonces, el jefe del Servicio de Inteligencia en el Extranjero de la Stasi ya era un mito viviente del espionaje y, por lo tanto, estaba muy acostumbrado a que su sola presencia causara esa impresión en los demás, efecto que solía acrecentarse cuando se trataba de jóvenes promesas de la Compañía que veían en Markus Wolf el espejo aspiracional donde mirarse. Pero transcurrían los segundos y ese al que había ido a buscar no reaccionaba.

—¿No me invita a acompañarle a la mesa? —le preguntó cuando se le agotó la paciencia.

—Por supuesto, por supuesto, camarada teniente general —le ofreció incorporándose de forma tan torpe como súbita. Klein lo había visto dos veces. Una, de lejos, durante el desfile conmemorativo del Día de la Patria; y otra, más de cerca, al final de su acto de graduación.

—Gracias. ¿*Leberknödel*? —preguntó este señalando el plato.

—Sí, aquí las preparan al modo tradicional. ¿Quiere probarlas?

—Siendo hoy el Bloomsday, y estando donde estamos, creo que me dejaré llevar por las sugerencias de la casa. En ocasiones hay que salirse del guion para ver la película completa.

—Claro —dijo por decir, abochornado.

—¿Le traigo la carta? —intervino Sean.

—No es necesario, me fío de su criterio.

—¿Un variado irlandés entonces?

—Un variado irlandés sería estupendo.

—¿Para beber? Hoy tenemos Guinness en botella a un precio especial, pero mejor se la traigo servida en jarra.

—Pero me mantienes la oferta, ¿no?

—¡Por descontado!

—*Erin go Braugh!* —gritó el del HVA.

—*Erin go Braugh!* —respondió Sean, entusiasmado.

Florian Klein notó que se le secaba la garganta.

—¿Conoce la historia del Batallón de San Patricio? —le preguntó Markus Wolf adoptando una postura cómoda.

—Me temo que no.

—Ya. Durante la guerra entre Estados Unidos y México, una serie de soldados católicos, la mayoría irlandeses, cansados de sufrir las vejaciones de los mandos protestantes, desertaron del ejército estadounidense para engrosar las filas del enemigo. Combatieron con valentía junto al general Santa Ana, pero al final fueron derrotados y cruelmente represaliados. La traición suele doler bastante, pero escuece mucho más en tiempos de guerra.

En ese instante, Florian Klein se habría comido un plato de arenques crudos sin masticar por dilucidar si aquella historia tenía

una moraleja relacionada con él.

—Sin duda —dijo naufragando en aquel mar de dudas.

Markus Wolf se atusó el pelo de las sienes y sonrió.

—Viktor Lavrov.

—Sí.

—Hoy ha ido a verle.

—Así es.

—Cuénteme.

Para cuando terminó de narrarle el encuentro con el ruso, el número dos de la Stasi ya había dado cuenta de la chuleta de cerdo y se disponía a atacar la morcilla.

—Como le digo, un tipo engreído y totalmente desubicado —recalcó.

—Desubicado. Ajá. Doy por hecho que es consciente de que pertenece al KGB.

—Por supuesto —mintió.

—¿Y usted cree que el KGB tiene en nómina a agentes que no saben adónde van ni de dónde vienen?

—No, verá, yo lo que quería decir es que Lavrov piensa que puede hacer lo que quiera, cuando quiera y como quiera, y eso no es así. No en la República Democrática Alemana.

—¿No?

—No —se arriesgó el inspector.

El otro terminó de masticar un trozo de morcilla sin despegar la vista de su interlocutor. Después de tragar, dejó los cubiertos encima del plato y se oprimió los lacrimales sin quitarse sus enormes gafas. Luego entrelazó los dedos de las manos y fijó su mirada en los titubeantes ojos de Florian Klein.

—¿Sabe dónde se encuentra en estos instantes Viktor Lavrov?

De nuevo la sequedad.

—No, camarada teniente general.

—Entonces ¿cómo sabe con certeza que no está haciendo lo que quiere, cuando quiere y como quiere?

—Porque yo dirijo la investigación y él es un mero colaborador —se revolvió Klein, petulante—. Le he dejado muy claro que en el momento que cruce la línea y entorpezca de una forma u otra el

trabajo de mi unidad, le apartaré del caso por la vía rápida —exageró.

Markus Wolf inclinó la cabeza y lo miró por encima de los cristales de aumento.

—¿Y cómo pretende averiguarlo si no sigue sus movimientos?

—Sinceramente, no pensé que representara una amenaza para mí.

—No solo para usted, camarada. No solo para usted —precisó Wolf.

—Le pondré remedio inmediato.

—Muy bien. ¿Quiere probar las chuletas?

—Muchas gracias, pero mi estómago no da para más.

—Hace bien. Es importante cuidar la forma física.

—Eso intento.

El otro apuró la jarra y repasó con la lengua los restos de espuma adheridos a los labios.

—¿Me permite sugerirle la mejor forma de controlarlo?

—Faltaría más.

—Dele rienda suelta.

—¿Perdón?

—Permítale que se mueva con libertad. Déjele hacer y deshacer, pero siempre bajo su supervisión directa y sin que él lo perciba. Que se sienta cómodo. Ayúdelo.

Florian Klein pestañeó dos veces seguidas como si quisiera verificar lo que estaban registrando sus oídos. Wolf, por su parte, trataba de ocultar tras una forzada expresión hierática su descarada actitud zangolotina.

—Camarada teniente general, ¿puedo hacerle una pregunta delicada?

—Cincuenta y ocho años —bromeó. Su risa, flácida y artificiosa, sonó como la de un adolescente al que le piden su primer beso—. Adelante.

—¿Hay algo que deba saber y no sepa?

Markus Wolf se masajeó el lóbulo de la oreja derecha, pensativo.

—Muchas cosas, camarada, muchísimas. —El tono se tornó sobrio, tajante—. Pero en lo relativo a lo que hoy nos ocupa, sabe lo

que tiene que saber para estar a la altura de lo se espera de usted. Lo que el camarada ministro Mielke y yo esperamos de usted — aderezó.

Un espasmo muscular localizado en el cuello fue el prelude de un más que probable ataque de discinesia.

—Entiendo —dijo por decir, a pesar de que tanto él como Wolf eran conscientes de que no había entendido nada de nada.

—Manténgame informado.

—Por supuesto.

—Por cierto, camarada, no desaproveche la oportunidad de pedir el bizcocho de manzana al whisky que prepara Connor, le encantará.

Instituto Anatómico Forense de Hellersdorf

El hombre decía llamarse Jan y aseguraba que de los sesenta y un años que había cumplido llevaba cuarenta trabajando allí. Pero nada de lo que dijera parecía importarle a Birgit, que caminaba agarrotada tras el celador tratando de mantener el ritmo de la respiración para no perder el paso. A su lado, Viktor la controlaba de reojo por si fuera necesario asistirle en cualquier instante. Sobre el enlosado del corredor, angosto y hermético, se proyectaban tres sombras que, a modo de cortejo fúnebre, los acompañaban guardando un silencio con trazas más agoreras que respetuosas.

—Por aquí accedemos al sótano —indicó Jan empujando una puerta recubierta por una fina capa de óxido—. Tengan cuidado con los primeros escalones. Llevo años pidiendo que los arreglen, pero nunca hay fondos. Para los muertos no hay jamás. El interruptor está a su izquierda.

El ruso lo apretó de un manotazo y una luz cerosa inundó el recorrido. Birgit se secó las palmas de las manos en el pantalón antes de agarrarse al pasamanos. Conforme descendían, el olor a productos desinfectantes se hacía más intenso hasta hacerse casi insoportable cuando llegaron al final.

—Mi olfato está acostumbrado ya después de tantos años —dijo el hombre al ver que sus acompañantes se tapaban la nariz—. El problema es que apenas distingo un estofado de carne de otro sin carne. Cuando el Ejército Rojo entró en la ciudad descargábamos los fiambres en esa sala —señaló sin detenerse— y los dejábamos en el suelo hasta que venían a identificarlos. Si pasaban tres días sin que nadie los reclamara, les hacíamos una foto y los enterrábamos arriba, en una fosa enorme que abrimos con dos excavadoras. Apilábamos los cuerpos y luego los empujábamos con un buldócer. El 29 de abril de 1945, un día antes de que el Führer decidiera mandarlo todo a la mierda, no se me podrá olvidar en mi vida. Hacía tanto calor y llegaban tantos muertos que decidimos ponerlos bajo tierra directamente sin pasar por aquí abajo. Casi todos eran mujeres, ancianos y niños, que eran los únicos que aún podían morir. Cuando uno tiene que ver esas cosas, pierde la fe en Dios y en todos los santos del cielo. Ahí está la morgue.

Frente a ellos, una puerta con cristal esmerilado. Birgit se agarró con fuerza del brazo de Viktor y trató de pronunciar algo, pero sus cuerdas vocales se negaron a fabricar sonido alguno.

—Tranquila —se le ocurrió decir a él.

Jan los invitó a entrar. El espacio lo presidía una mesa metálica para practicar autopsias y otra auxiliar con el instrumental pertinente. Al fondo, de pared a pared, un panel de celdas rectangulares de acero.

—Aquí dentro hace frío. En el interior de los nichos mantenemos la temperatura bajo cero para evitar que..., ya saben, que la naturaleza haga su asqueroso trabajo. Ahora mismo solo hay seis clientes en todo el hotel y el que buscan, si no recuerdo mal, está en la habitación doce.

Ninguno de los dos se movió mientras que el hombre lo corroboraba en un listado que colgaba de la pared.

—Olfato no tendré, pero memoria... —comentó Jan.

—Te prometo que si no se calla, lo dejo seco aquí mismo y lo meto en la suite —musitó el ruso.

No había rastro de rubor en el rostro de ella.

—Viktor, por favor, encárgate tú. Yo no...

El chasquido que se produjo al accionar la palanca de apertura hizo que ambos se estremecieran al unísono. Birgit se soltó del brazo, se apoyó en la mesa auxiliar y se dio media vuelta. Murmuraba algo cuando él dio los primeros pasos hacia la camilla extensible sobre la que reposaba un bulto cubierto con una sábana blanca. Con sorprendente e inesperada delicadeza, Jan agarró la parte superior de la tela y lo miró esperando que este le diera su consentimiento.

Lo hizo con un movimiento casi imperceptible de la cabeza.

—¡Maldita sea! —profirió el ruso.

Lo siguiente que se escuchó fue el ruido que produjo el aparataje quirúrgico golpeando contra el suelo justo antes de que Birgit se desvaneciera.

CONDICIONANTE NECESARIO

*Despacho de Erich Mielke
Ministerio para la Seguridad del Estado. Berlín Oriental (RDA)
16 de junio de 1981*

Tenía usted razón: ese fulano no daría con la aguja del pajar aunque la tuviera clavada en el culo —dijo Markus Wolf nada más sentarse.

—Un cero a la izquierda, como el imbécil de su padre —calificó Mielke rozando el especismo, como si considerara que los Klein pertenecieran a una escala evolutiva inferior—. Un imbécil con mucha suerte, por cierto. Lo conocí en la Batalla de Teruel, en enero del treinta y ocho. Su unidad de las Brigadas Internacionales se topó con un Panzer I y los barrió del mapa a todos menos a él. Poco más tarde escuché decir que había muerto en el Frente del Ebro ametrallado por un Stuka, pero también se salvó. Casi al final de la guerra cayó prisionero no me acuerdo dónde y, en vez de fusilarlo como hacían esos hijos de puta con todos nosotros, lo usaron para un intercambio de prisioneros.

Wolf, acostumbrado a escuchar sus remembranzas de la guerra civil española, aguardó pacientemente a que terminara. Cuando lo hizo, el número uno de la Stasi agarró el puro entre el índice y el pulgar para calibrar su firmeza. Había elegido el Cohiba por el tono canela de la capa, homogéneo y brillante, pero, sobre todo, por su punzante aroma con matices mohosos y tostados. Se lo acercó a la oreja y presionó con artística delicadeza. Ningún crujido.

—¿No le preocupa que sigan apareciendo cadáveres de maricones?

—A quien tiene que preocuparle eso es a Friedrich Dickel, que es quien tendrá que dar explicaciones en la Cámara Popular y en el despacho de Honecker. Y por la conversación que mantuve ayer con él no parece que el asunto le quite el sueño a nuestro camarada ministro del Interior. Confiemos en que ese degenerado cometa un error más pronto que tarde. Hasta entonces será mejor no frecuentar esos antros, ¿no le parece? —bromeó antes de guillotinar el gorro.

—Tendría que haber visto su expresión de desconcierto cuando le recriminé que no hubiera ordenado el seguimiento del ruso «caracráter» justo antes de aconsejarle que le diera rienda suelta y le dejara trabajar. No sabía dónde meterse el pobre desgraciado.

—Es usted terriblemente cruel.

Dicho lo cual prendió el fósforo e hizo girar el cigarro a un centímetro de la llama manteniendo un ángulo perfecto de noventa grados. Cuando adquirió el punto de incandescencia que deseaba, se lo llevó a la boca y dio tres profundas caladas. Una nube de humo se estancó entre él y su mano derecha.

—¿Cuándo llega ella? —quiso saber Mielke.

—El viernes aterriza en Schönefeld a las 18:45. Nuestro agente en Moscú se encargará de darle instrucciones para que al día siguiente se reúna conmigo. Yo, personalmente, le explicaré los pormenores de su misión.

—¿Confía en ella?

Markus Wolf trató de no exteriorizar el malestar que le produjo la pregunta.

—Se la ha ganado a pulso.

El ministro calibró esas palabras antes de abrir la boca para que el humo escapara por sí solo.

—La confianza es un ser vivo, y como tal, nace, crece, se reproduce y muere —sentenció Mielke como si la frase fuera de su propia cosecha.

—Considere entonces que está en plena adolescencia. Antes de marcharse a Moscú, Erika Eisemberg ya era uno de mis activos con

más potencial, pero tras su paso por Lubianka deberíamos considerarla uno de nuestros agentes más valiosos.

—Le daré la razón cuando termine este asunto. Tenemos que anticiparnos al KGB y atraer a Werner Wögler a nuestro terreno. Es la oportunidad que estábamos buscando para demostrar a la cúpula del partido que ya no necesitamos el pegajoso paternalismo soviético.

Por mucho que se esforzara en verbalizarlo, Markus Wolf intuía que no era ese el motivo por el que Erich Mielke estaba tan interesado en dar con el Ciudadano W. Y estaba tan seguro de ello como de que si había una persona a la que nunca le confesaría sus máximas preocupaciones, esa era él. Por eso mismo, Wolf había resuelto averiguarlo por sus propios medios lanzando sus redes en las aguas territoriales del Mossad, las menos agitadas pero no por ello escasas de posibles capturas.

—Si lo conseguimos, no creo que Andrópov se lo perdone jamás —dijo el del HVA para dar de comer al hambriento ego del ministro.

—Él mejor que nadie sabe cómo es este juego. De otra forma no se lo habría encargado a los suyos, nos lo habría pedido a nosotros. Si Werner Wögler termina en Moscú, será porque yo se lo entregue. A cambio de algo, por supuesto —agregó altivo—. En España aprendí un refrán que viene al pelo para definir esta situación: «A río revuelto, ganancia de pescadores» —dijo en alemán—. Pero debemos tener preparadas las cañas si queremos pescar los mejores ejemplares antes que el vecino, ¿me explico?

Markus Wolf se estremeció al escuchar el paralelismo. A veces tenía la sensación de que Mielke podía leer sus pensamientos y pocas cosas podrían ser tan catastróficas como esa.

—Las tendremos. Pero, dígame camarada ministro, ¿por qué Lavrov? Me sorprende tanto que no esté mecanografiando informes en un sótano que...

—Nikolai Kokorin es de la vieja guardia, sus razones tendrá —le cortó—. No lo subestime solo porque le haya marcado un gol. Esto no termina hasta que el árbitro pite el final.

—No lo haré. Nunca lo hago —aclaró tajante—. Pero me preocupa más que la CIA decida intervenir de verdad en el asunto y

lo complique todo.

—Que no le quepa duda. Bill Casey tratará de impedir que cualquier cosa relacionada con MK Ultra salpique su gestión al frente de la CIA.

—¿Cree que llegaría incluso a ordenar que dieran de baja a Wögler? Me he enterado de que el Cuervo está en Berlín.

A Wolf no le importaba en absoluto —más bien al contrario, se preocupaba y ocupaba de hacerlo— el hecho de compartir la información que más pronto que tarde acabaría llegando a los oídos del ministro.

—Aún tengo que comprobarlo —prosiguió el del HVA—, pero si lo han enviado para resolver este asunto... Feo. Puedo equivocarme, pero no creo que «Wild Bill» Casey esté pensando en mantener una charla con Wögler.

Erich Mielke acercó el puro a los labios y se recreó en la calada mientras cavilaba. Luego lo posó en el cenicero, levantó la vista y soltó el humo.

—Si llegan hasta él, tratarán de callarlo para siempre con su mejor arma: dólares. Pero a los setenta no sé si Wögler estará pensando en vivir sus últimos años en una cabaña a las orillas de un pequeño lago perdido de Nebraska. Dicho esto, lo mejor será no brindarles la oportunidad de que contacten con él. Y sí, coincido con usted, que hayan enviado al Cuervo no es buena señal, principalmente para Wögler. Quizá el problema de los norteamericanos es que no tienen más cabañas disponibles.

Wolf le premió la ocurrencia con una mueca de complicidad. El prolongado silencio que llegó después parecía el prelude de una despedida, pero no fue así. Un gesto de Mielke, que casi podría calificarse de simpático, hizo que Markus Wolf permaneciera sentado y a la expectativa.

—No deja usted de sorprenderme —observó Mielke—. Y son ya muchos años trabajando codo con codo.

—Lo tomaré como un halago.

—Lo es, pero me intriga que todavía no me haya preguntado cómo es posible que tuviéramos a Werner Wögler y que solo Johannes Allendorf conociera su verdadera identidad.

—Conocer los motivos en nada modifica la situación en la que nos encontramos hoy.

—Buena respuesta, pero se lo voy a contar de todos modos porque le conviene saberlo.

Una concatenación de secos tosidos impidió que lo hiciera de inmediato.

—Ya sabe que a nuestro amado expresidente Ulbricht todo lo relacionado con los servicios de inteligencia le generaba retortijones. A él solo le preocupaba construir el país, pero, sobre todo y por encima de todo, se ocupaba de mantener su cargo como secretario general. En el sesenta y uno, cuando se encontró con este regalito, estaba excesivamente ocupado levantando un muro de hormigón de ciento cincuenta y cinco kilómetros, por lo que no le prestó demasiada atención al acuerdo que proponía Wögler. Al margen, parece ser que lo que traía en la cartera el Ciudadano W era demasiado peligroso como para responsabilizarse de que cayera en manos del enemigo. Por tanto, tomó el camino del medio contentando a unos y a otros. Y él, a lo suyo.

—¿Y usted no se opuso?

—Cuando quisieron contármelo, Ulbricht ya había estampado su firma en el acuerdo y en aquellos días no cabrear a Nikita Jruschov pesaba más que ofenderme a mí.

—Sí, recuerdo esa época. Hay que reconocer que Allendorf hizo bien su trabajo.

El ministro hizo caer la ceniza de un solo golpe en el cenicero.

—Si supo tapar su condición sexual durante toda su repugnante vida, ¿cómo no iba a ser capaz de esconder a un alemán entre diecisiete millones?

Exterior del Instituto Anatómico Forense de Hellersdorf

El rubor no había regresado a su rostro y aún podía sentir el vacío que se generó en su pecho cuando creyó que el cuerpo que reposaba sobre la camilla era el de Otto.

—Siento haberte asustado, Birgit, lo siento de verdad, pero me ha impresionado ver la expresión de ese pobre hombre. ¡Mierda, si parecía que iba a gritar en cualquier instante! Luego me lo ha explicado el tal Jan, que el tío parecerá un idiota, pero de muertos sabe, vaya si sabe. Se trata de un fenómeno poco frecuente denominado signo de Puppe y que implica la contracción de los músculos faciales cuando la muerte llega de manera violenta, como fue el caso, y está causado por el colapso del sistema nervioso central.

—Para colapso el que me ha dado a mí cuando te he oído gritar estando al borde del ataque de nervios.

—Te has desplomado como si no hubieras estado viva jamás. ¿De verdad que no te duele nada?

—Un poco el codo y la cadera, pero ahora se me pasará. Tengo la boca seca.

—Busquemos un sitio para remediarlo por aquí cerca.

Cerca no había ninguno, pero les vino bien caminar hasta la primera cafetería que encontraron en el cruce de las calles Hönower y Lübzer. Después de dos vasos de agua y de pasar por el baño para recomponerse, Birgit parecía haberse recuperado del susto.

—Este café lo han hecho con los posos de la semana pasada — juzgó el ruso tras el primer sorbo.

—Antes, mientras me mojaba la cara, me he dado cuenta de que el destino nos la puede jugar muy fácilmente. Aquí estamos tú yo, de nuevo frente a frente como hace unos meses y con el mismo propósito: encontrar al idiota de Otto. Muchas noches todavía me despierto empapada en sudor rememorando las escenas que vivimos en casa de los Köller. Sobre todo se repite el momento en el que entramos en aquel cobertizo y... ¿Recuerdas?

—¿Cómo olvidarlo?

—En mis pesadillas nunca lo conseguimos. Empezamos a quitar cajas y cajas, pero siempre aparecen más. Es horrible. Espero que ese cabrón se siga quemando en el infierno.

Viktor Lavrov no quiso esquivar la oportunidad de contarle la verdad.

—Verás, Birgit, sé que te vas a cabrear conmigo, pero hay algo que no te he dicho y que creo que tienes derecho a saber.

Esta frunció el ceño a la vez que ladeaba la cabeza.

—Pocos días más tarde se puso en contacto conmigo Wolfgang Fraatz, ¿te acuerdas que era el tipo que...?

—Lo recuerdo —le confirmó ansiosa.

—Bien. Me llamaba para avisarme de que, escuchando la radio, había reconocido la voz de Mirta Schäfer.

—La Dama —completó.

—Exacto. En clave, como solían hacer, anunciaba la celebración de una de esas Veladas Rojas, así que me facilitó la dirección y me planté allí para hablar con ella. Me podía la curiosidad o la necesidad de terminar de entender todo lo que rodeaba a la atracción que sentía esa gente por la sangre. Resumiendo te diré que me pareció una mujer ciertamente especial, con un poder de seducción natural, no sé si maligno, pero sí muy poderoso. Hipnótico —definió.

Superando la amargura de aquel café de suburbio, el ruso apuró lo que quedaba en la taza antes de abordar el meollo de la cuestión bajo la más que atenta mirada de Birgit.

—Mirta me contó cómo había sido esa etapa en la que compartió techo y cama con los Köller después de que la recogieran medio muerta de aquella velada en la que...

—Doris era la Araña —se anticipó.

El ruso se lo confirmó sin la necesidad de verbalizarlo.

—Siempre lo tuve en la cabeza. He reconstruido tantas veces aquellos momentos... La últimas palabras de Martin, la extraña actitud de ella... ¡Qué hija de puta!

—Regresé a su casa esa misma noche.

Birgit se rehízo la coleta solo por tener ocupadas las manos.

—Estaba encolerizado, fuera de mí, quiero pensar que era debido al engaño, pero no lo recuerdo bien. Quería aplastar con mis propias manos a aquel ser que se había llevado la vida de todos esos niños solo por satisfacer su sed de sangre. Me la encontré en el porche, sentada en su silla de ruedas como si me estuviera esperando. No crucé una sola palabra con ella, simplemente estuve unos minutos

ahí parado, mirándola, y me marché. Pero no aplaqué mis deseos de matarla por el hecho de verla desvalida, no, fue algo que me dijo Mirta lo que me hizo cambiar de opinión cuando la tuve delante. Lo leí en su mirada: se estaba carcomiendo por dentro. Sin su marido perdía toda posibilidad de alimentarse y, esa mujer, o lo que fuera, dependía de ello.

Ella asentía con la atención puesta en el techo.

—Te agradezco que me lo hayas contado, Viktor. Ahora dame una razón que me haga comprender por qué nos lo has ocultado hasta hoy.

Este se rascó la nuca.

—Porque no encontré ninguna que me hiciera pensar que fuera necesario. Doris iba a ser trasladada a un centro para personas con dependencia donde iba a sufrir su condena cada día de su maldita existencia y, por otro lado, temía que Otto cometiera alguna de sus locuras al enterarse. Si hoy te lo estoy contando a ti es por puro egoísmo. No quiero tener que cargar con el secreto cuando esté contigo o con Otto.

La sargento valoró el argumento.

—A Otto se lo vas a contar tú —añadió Birgit—. O, mejor aún, no se lo cuentes nunca porque puede que te arregle esa cara tuya de... cabrón —resolvió.

—Antes de decidir si se lo contamos y quién, tenemos que dar con él.

—Pues ya estás agitando tu varita mágica. Me lo debes. Nos lo debes —rectificó.

—Haré todo lo que esté en mi mano, tienes mi palabra. Ahora debo marcharme, tengo una cita a la que no puedo llegar tarde. Entretanto, encárgate de conseguir los expedientes completos de los...

—¡Espera, espera! No tan deprisa, guapito. ¿Qué te hace pensar que voy a echarte una mano con este asunto?

—No lo pienso, lo sé como sé que no voy a pagar una sola moneda por este café repugnante. Llámalo intuición, o como te dé la gana. Este es mi número de teléfono de casa. —Lo escribió en un trozo de papel que arrancó del mantel—. Y si necesitas verme, ya

sabes dónde encontrarme. Por cierto, estás preciosa, que no te lo había dicho.

El del KGB se estaba incorporando cuando Birgit le agarró enérgicamente de la mano.

—Viktor, por lo que más quieras, encuentra a Otto cuanto antes.

Y no, en ese momento no era esa la primera en su listado de prioridades, pero antes de poner los pies fuera de la cafetería, Viktor Lavrov ya sabía cómo hacerlo.

Calles del barrio de Uhlenhorst

Era muy rubio y muy alto para su edad; sin embargo, bajo esa camiseta negra no parecía demasiado fornido, más bien al contrario. Lo había seguido desde la puerta de la escuela donde se las ingenió para que un alumno identificara a Marco Zoecke. La respuesta del niño de ojos verdes le refrendó en sus intenciones: «Sea lo que sea que le vaya a hacer se lo tiene más que merecido» —expuso sañudo—. Todavía no había decidido cómo iba a amedrentarlo para que no se volviera a acercarse a su Patrik, pero su intuición le decía que lo más prudente era abordarlo en un lugar exento de miradas ajenas.

Un lugar como ese.

Los alrededores del estadio Alte Försterei, perteneciente al FC Union Berlin, se utilizaban como aparcamiento para los aficionados cuando había partido. No era el caso, por lo que apenas se contaban algunas decenas de vehículos repartidos de forma dispersa en aquella explanada. Aceleró el paso para dar alcance a aquel delincuente en potencia que tanto se había divertido a costa de su hijo durante el curso escolar que estaba a punto de terminar. No podía consentir que al año siguiente siguiera acosándolo, aunque habría preferido que Patrik se hubiera hecho cargo de la situación tal y como él le había dicho y repetido al menos una docena de veces. A escasos dos metros para llegar, Marco se giró alertado por el ruido de sus pasos sobre la grava. Un impulso más poderoso que su limitada capacidad de autocontrol culminó en un sonoro bofetón

que, además de contar con la inercia de la acelerada marcha, llevaba un plus de intensidad fruto de su colérico estado. El resultado no podía ser otro que el agredido besando esa lona a medio asfaltar. Inmóvil desde esa desventajosa posición, el muchacho le atravesó con la mirada. Sostenía la expresión retadora de quien está acostumbrado tanto a dar como a recibir, consciente de que la violencia tiene un principio, pero también tiene un fin. Sea el sea.

—¿Sabes quién soy? —le preguntó.

Su semblante decía que no.

—Soy el padre de alguien a quien llevas molestando todo el año.

—Como no me des más pistas... —expuso él casi ufano.

—Patrik Kemke.

—¿Panqueque?

Este tardó en entender el juego de palabras.

—¿Así lo llamáis?

—Hay apodos peores.

—¿Cuál es el tuyo?

—Yo no consiento que nadie me llame por otro nombre que no sea el que me pusieron mis padres —arguyó convincente.

—Ayer agrediste a mi hijo. Quiero saber por qué.

Marco se encogió de hombros.

—No lo recuerdo, pero seguramente no haya un porqué.

—¿No?

—No.

—Por la misma regla de tres, no me hace falta ningún motivo para patearte la cabeza ahora mismo.

—No, pero en su caso sí lo tiene: la venganza. Así que si va a hacerlo mejor que empiece cuanto antes —le desafió—. No quiero hacer esperar a mi abuela.

Aquello terminó de desconcertarle del todo.

—¿Ibas a ver a tu abuela?

—Vivo con ella, ¿pasa algo?

—No, nada.

—¿Y bien?

—Y bien, ¿qué?

—Que si va a patearme o me puedo levantar de una vez.

Waldemarstrasse. Distrito de Friedrichshain

Tras el encuentro con Birgit, Viktor Lavrov había pasado por su despacho en Normannestrasse con el fin de convencer telefónicamente al inspector Klein del siguiente paso que debían dar en la investigación. Le sorprendió sobremanera que no pusiera objeción alguna a su propuesta, consistente en poner en marcha una operación coordinada desde su unidad mediante la cual se visitaran los siete locales de ambiente gay reconocidos como tal por la Stasi con el propósito de identificar tanto al personal como a los clientes. Con ello perseguía dos objetivos: localizar a Otto Bauer y elaborar un listado de posibles sospechosos con el que entretener a Klein. A continuación informó a su ordenanza, la sargento Kunkel, de que se iba a ausentar el resto de la jornada y se dirigió a su siguiente cita.

Si hubiera tenido que apostar, lo habría hecho a que el edificio que estaba buscando era el que ahora tenía enfrente, justo en el número 100. Su fachada de corte neoclásica resaltaba del resto como un immaculado vestido de novia entre decenas de grasientos monos de trabajo. Sin saberlo con certeza, supuso que aquel sería el único que se habría librado de las bombas aliadas y la artillería soviética, mientras que el resto había sido reconstruido siguiendo el manual de arquitectura brutalista impuesta por el pragmático y obtuso régimen estalinista. No muy lejos de allí vivía Helmut Wegener, el poeta disidente que tanto había experimentado con los placeres de la carne con quien conversó algunos meses atrás siguiendo el rastro de Mirta Schäfer, la Dama. Y como si el destino quisiera recordarle que la vida no era más que un bucle repetitivo de acontecimientos, el conserje de la finca le salió al paso igual que le sucediera aquella vez.

Mismo proceder, idéntico resultado.

—Si necesito algo de usted será el segundo en saberlo, ciudadano —le despachó—. ¿Qué piso me ha dicho que era?

Las escaleras le llevaron hasta el tercer piso, planta que ocupaban por completo los Allendorf, cuyo cabeza de familia acababa de ser enterrado. No había concertado la visita con la viuda, pero un pálpito le decía que no se iría de allí con las manos vacías. Esperando no equivocarse, pulsó el timbre.

El rostro de una mujer con un pañuelo anudado en la cabeza apareció en el espacio que permitía la longitud de la cadena.

—¿Qué desea?

—Muchas cosas, demasiadas, pero lo que hoy me ha traído aquí es hablar con Frau Allendorf.

—Lo siento mucho Herr...

—Comandante Lavrov. Administración 12 del Ministerio para la Seguridad del Estado.

Su insulso parpadear le hizo entender que su fórmula de presentación no había surtido el efecto esperado.

—Como le decía, Frau Allendorf no se encuentra en disposición de atender visitas.

—No.

—¿No?

—Me refiero a que el motivo que me trae hasta aquí no es —recalcó— ninguna visita. Como puede comprobar, no traigo flores ni bombones; ni siquiera buenos deseos. He venido como responsable de la investigación, y dando por hecho que Frau Allendorf es la primera interesada en que se esclarezca la muerte de su marido, le pido que vaya a avisarla a la mayor brevedad.

Parpadeo.

Parpadeo.

—Aguarde un instante.

Pero transcurrió casi un minuto hasta que volvió a ver su cara.

—Pase y espere en la salita si es tan amable. Frau Allendorf le atenderá en breve. ¿Desea tomar algo?

Casa de comidas Kiefer

Marco Zoeke había aceptado su invitación a almorzar a cambio de enterrar el incidente en el cementerio del olvido. Antes de entrar en aquel mesón plagado de obreros, llamó a su abuela desde una cabina pública para avisarla de que llegaría más tarde de lo habitual, lo cual fue un gesto que a los ojos de Asa sumaba mucho a su favor. Lo decían las Sagradas Escrituras: «Instruye al niño en el camino correcto y aun en su vejez no lo abandonará». Y ese niño, bien instruido, podría constituirse en un buen instrumento.

Frente a aquella bandeja que combinaba salchichas tipo Bratwurst y Frankfurter con puré de patata no parecía tan sobrado de arrogancia, más bien necesitado de nutrientes. Por el momento, lo único que sabía de él era que su padre había muerto cuando él tenía ocho años, que su madre trabajaba de sol a sol limpiando portales y que aspiraba a ser jugador de fútbol profesional.

—¿No se va a terminar su estofado? —le preguntó el muchacho.

De un modo prodigioso, el plato se trasladó a su lado de la mesa sin darle la oportunidad de contestar.

—Su hijo...

—¿Qué pasa con mi hijo?

—Si le sacudí el otro día, cosa que no recuerdo, la verdad, es porque me plantó cara. La mayoría no se atreven. Tengo una reputación, ¿sabe?

—¿Y de qué te sirve?

—Para llamar por teléfono desde una cabina, por ejemplo. Esas monedas no estaban en mi bolsillo cuando salí de casa. Normalmente las uso para comprar cigarrillos sueltos, pero...

—Fumando no creo que te fiche ningún equipo de la Oberliga.

—Y sin fumar tampoco, pero que no sea por no intentarlo —rebatió el muchacho con la boca llena.

—Tienes potencial, pero ese camino que has decidido tomar solo lleva a alguna cárcel de mala muerte.

—¿Es Vopo?

—No, pero parecido.

—Ah, ya —dijo pensando que pertenecía a la Stasi—. Ahora entiendo que me haya tirado al suelo de un tortazo. Todavía me

duele la mandíbula al masticar. Joder, de haberlo sabido habría dejado a Panqueque en paz.

—Doy por hecho que no vas a volver a molestar a Patrik.

Este levantó la vista y asintió al tiempo que agarraba el vaso de agua y bebía para empujar la comida.

—¿En qué tengo potencial? —quiso saber después de tragar.

Caviló la respuesta durante unos segundos.

—Conoces la calle y sabes calibrar a la gente.

—¿Y eso de qué me sirve?

—Podría valerte si supieras cómo sacarle provecho.

—¿Me está ofreciendo un trabajo o algo?

—No, pero, quién sabe, a lo mejor un día... ¿Cuántos años tienes?

—Oiga, ¿no será usted como el padre de Burgsmüller, que iba por ahí ofreciendo dinero a los chicos para que se dejaran...? Ya sabe lo que digo.

Escucharlo le solidificó el semblante, hecho que no le pasó inadvertido al muchacho.

—No se ofenda, era solo por asegurarme.

—No soy un maldito degenerado —masculló.

—Vale, vale, es que nunca se sabe.

—¿Y qué pasó con ese cerdo cabrón?

—Ni idea, pero no hace mucho que lo hemos visto por ahí tan tranquilo.

—¿Ah, sí?

—Sí. Por cierto, hago quince en agosto, pero ya sé conducir, me enseñó un amigo y se me da mejor que el fútbol.

—Así que quince... ¿Y no te da vergüenza meterte con niños de doce?

—Usted me saca más. Muchos más —precisó—. Y mire —agregó señalándose la mejilla aún inflamada y enrojecida.

—¿Tú siempre tienes una respuesta para todo?

—No conoce a mi abuela, esa sí que tiene potencial. Algún día, cuando sea famoso, pienso devolverle todo lo que ha hecho por mí. Es la única persona que me conoce de verdad.

—Él también sabe cómo eres —dijo en un tono muy eucarístico.

—¿Dios? Dios no se ha interesado por mí jamás.

—Eso es lo que tú piensas, pero Él nos está mirando en este instante. Solo tienes que saber escuchar. Y dejarte guiar.

Marco compuso una mueca de incredulidad.

—Más o menos cuando yo tenía tu edad, mi tío me invitó a unos ejercicios espirituales que hacía con grupos de adolescentes en una cabaña que tiene alejada de todo. Allí nos enseñó a comunicarnos con Él, a verlo en los pequeños detalles, a tener fe en nosotros. A creer. Mi tío me enseñó el camino, pero fui yo quien se encargó de seguirlo. Juan 6:35: «El que a mí viene nunca pasará hambre, y el que en mí cree nunca más volverá a tener sed».

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que la fe lo puede todo.

—Ah, vale. Mi abuela habla mucho de eso de la fe. Que si los jóvenes de hoy ya no tienen fe, que si la fe para arriba y la fe para abajo.

—Tu abuela sabe lo que dice. Hoy por hoy la gente se preocupa por cosas insignificantes. Es como si todo el mundo llevara una venda en los ojos y caminara por la vida sin poder ver. Necios. Yo, cuando me siento perdido y necesito encontrar ese camino, regreso a la cabaña para encontrarme con Él. El Todopoderoso siempre está ahí cuando me hace falta. Todos necesitamos un lugar donde sentirnos protegidos. Ese es mi lugar y tú deberías encontrar el tuyo.

Aquellas palabras parecieron calar en el muchacho.

—Sentirse protegido está bien. Yo, a veces, me siento un poco solo. Por eso no me queda otro remedio que buscarme la vida, no sé si me explico.

—Por supuesto. Pero buscarse la vida a costa de otros es avanzar por el sendero equivocado. Al final, tomar atajos no hace más cómodo el viaje, simplemente lo hace más corto.

Marco resopló.

—Todo esto es demasiado para mí. Yo, por el momento, prefiero calmar mi hambre y mi sed con cosas como estas —expuso haciendo un movimiento con el brazo para abarcar la superficie de la mesa—. Por cierto, tengo que irme ya. El camino que debo seguir ahora conduce a casa de mi abuela y no sé si será el correcto o no,

pero si no llego en veinte minutos me voy a ganar una buena. Gracias por la comida. Si algún día quiere ofrecerme un buen trabajo, ya sabe dónde encontrarme. Ah, pero que le quede clara una cosa: yo no soy de esos que denuncian a sus familiares y amigos por hacer chistes de Honecker, Mielke y demás. Yo no soy un chivato de mierda.

Dicho lo cual se limpió la mano con una servilleta de papel y se la ofreció.

—Y pídale disculpas de mi parte a Panqueque.

—Hazlo tú mismo mañana.

—Imposible, tengo una imagen que mantener, seguro que lo entiende.

Residencia de los Allendorf

Que la mejor forma de tomar aquella fortaleza fuera mediante el asedio o el ariete no era algo que Viktor Lavrov tuviera aún decidido del todo. Pros y contras. Distintos caminos para alcanzar una misma meta: ganarse la confianza de la viuda Allendorf. Mientras valoraba ambas estrategias apareció ella luciendo luto con un vestido negro que podría servir igualmente para vestir en una noche de gala. Era la suya una figura sinuosa con matices arriscados. Elegante por defecto, sugerente por exceso curvilíneo, más que sobresaliente para estar rondando los cincuenta. Unas difuminadas líneas, verticales en los pómulos y horizontales en la frente, eran los únicos vestigios que el paso de los años había dejado en ese rostro exento de maquillaje. Sin embargo, bajo los ojos crecían dos manchas oscuras que, cual borrones en un lienzo, atestiguaban la huella que deja la pérdida de un ser querido.

—Buenas tardes, ¿le han ofrecido algo? —fue lo primero que dijo.

—Sí, es usted muy amable.

Cumplidas las presentaciones, pésame incluido, Viktor Lavrov adoptó una postura cómoda en la butaca antes de lanzar la primera incómoda pregunta.

—¿Conoce las circunstancias en las que murió su marido?

—Diría que dispongo incluso de más información de la que necesitaba —confirmó ella, tajante.

El del KGB dejó que aquello madurara en el aire como si esperara que la frase diera algún fruto más.

Y así fue.

—Si lo que quiere saber es si yo estaba al corriente de la doble vida que llevaba mi marido, la respuesta es sí. Johannes era un buen hombre y mejor esposo. Cuando me casé con él ya conocía sus tendencias sexuales. Le gustaban los hombres y las mujeres; igual que a mí —añadió tras un suspiro condescendiente—. El pacto consistía en que nos mantendríamos fieles con respecto al sexo contrario y me consta que lo respetaba igual que lo cumplía yo. El piso de Prenzlauer Berg lo utilizábamos los dos, pero siempre regresábamos a casa a dormir. Esa era la norma. Una de ellas —añadió—. Por ello di el aviso en cuanto me di cuenta de que no había vuelto a casa. Imaginaba que algo le tenía que haber sucedido pero nunca llegué a pensar que...

—Comprendo, Frau Allendorf —intervino— y le agradezco su sinceridad. ¿Sabe si su marido tenía alguna pareja estable?

—No. Jamás hablábamos de ello, pero me extrañaría. Buscaba encuentros fugaces para aliviar sus necesidades, por eso se veía obligado a acudir a la jungla.

—¿La jungla?

—Así denominaba él esos tugurios. No le gustaban nada de nada, pero, en este país y con sus circunstancias personales, era la única forma posible.

—Entonces, para que me quede claro, podría decirse que se trataba de relaciones extramatrimoniales pero conocidas y consentidas por ustedes.

—Puede definirlo como prefiera, comandante Lavrov. Simplemente admitíamos que la otra parte necesitaba satisfacer una demanda. Johannes siempre decía que la mejor forma de esconder algo era dejarlo a la vista. Y eso hacíamos. Por otra parte, era tan sencillo como entender que en casa se comía siempre del mismo plato pero fuera no existían restricciones culinarias siempre y cuando no afectaran a nuestros estómagos.

—Buena metáfora. ¿Algún enemigo?

Ella frunció los labios y cambió de postura.

—¿Enemigos? ¿Está usted al corriente de la actividad que realizaba mi marido dentro de la Compañía?

—Sé a lo que se dedicaba como miembro del Departamento Central para Comunicaciones Seguras y Protección Personal.

—Permítame que lo dude.

Viktor Lavrov sonrió confundido.

—Hasta donde yo sé, su responsabilidad se centraba en proteger la integridad de los altos cargos del partido.

—No lo podría haber definido mejor —dijo ella—. La integridad.

—Me temo que no la sigo.

—No se trataba de preservar sus vidas, se preocupaba de que la rectitud que se les supone a los padres del socialismo no se viera afectada por sus hábitos.

—Que se les supone —repitió él.

—Se les supone a todos, pero no todos cumplen. Y esos son los que requieren de los servicios del Departamento Central para Comunicaciones Seguras y Protección Personal.

—No en todos los casos, según tengo entendido.

Frau Allendorf amusgó los ojos.

—Digamos que su marido era especialista en hacer desaparecer hábitos poco confesables, como los suyos propios..., pero también personas.

—Ah, sí, también se encargaba de eso, pero fueron casos muy puntuales que yo desconozco por completo.

—Disculpe, Frau Allendorf —irrumpió la mujer del pañuelo sin cruzar la línea imaginaria bajo el dintel de la puerta—. Salgo a pasear con Herr Goellner.

Desde su posición solo pudo ver que tenía las manos sobre los tiradores de una silla de ruedas. El artilugio le hizo acordarse primero de su padre y después de Doris Köller, pensamientos que ahuyentó con sendos soplidos mentales como si de molestos insectos se tratara.

—¿Has avisado a Lars? —quiso saber a la vez que se levantaba a supervisar que el hombre estuviera bien abrigado.

—Está esperando fuera.

—No te olvides, por favor, de darle la propina.

—No me olvido.

—Gracias, Urszula.

Cuando se marchó, Frau Allendorf se estiró el vestido con lustrosa distinción antes de volver a sentarse.

—Mi padre vive con nosotros desde que perdió la capacidad de valerse por sí mismo. Hace ya..., diría que hace ya más de cinco años —rememoró—. El conserje nos ayuda a bajarlo y a subirlo. Estoy muy preocupada por él, desde que se enteró de la muerte de Johannes no ha abierto la boca. Lo quería como a un hijo.

—Lo siento —dijo por decir—. Retomando el asunto anterior, no me queda claro qué clase de enemigos podía tener su marido.

—De esa clase a la que le interesa conocer los trapos sucios de los demás por si algún día tuviera que utilizarlos. Como le digo, nunca me hablaba de ello, pero sé cómo funciona el partido y las luchas internas que existen por ocupar los puestos más elevados. Dicho esto, no creo que el asesinato de mi marido haya tenido que ver con su labor profesional, más bien con su vida personal. Debería, por tanto, agitar otros avisperos si de verdad quiere esclarecer el caso.

—Gracias por el consejo. No la molesto más —agregó adoptando definitivamente la táctica del asedio—. Supongo que esta no será la última vez que nos veamos, confío en que cuando así sea tenga algo más que contarle.

—Gracias. Y ya que lo menciona, le ruego que no vuelva a molestarme hasta que haya averiguado quién y por qué asesinó a mi marido.

Este se limitó a asentir con la cabeza.

—Solo una cuestión más, comandante Lavrov. No me ha dicho el motivo por el que le han encargado a usted dirigir esta investigación.

—Eso tendría que preguntárselo al ministro Mielke, pero quiero pensar que tiene que ver con el hecho de que soy psicólogo criminalista y que ello me faculta para aportar un diagnóstico diferente.

—Ya. Y, por el momento, ¿cuál sería su diagnóstico?

El ruso se incorporó y le tendió la mano.

—Que su marido tuvo mala suerte —concluyó con sinceridad—. Gracias por atenderme, Frau Allendorf.

Tan pronto puso los pies en el descansillo, el conserje abrió galantemente la puerta del portal.

—¿Todo en orden, camarada?

El del KGB contestó sin detenerse.

—El orden es un concepto caótico y subjetivo, pero sí, todo bajo control.

—Me alegro, espero que se recuperen pronto de esta tragedia, siempre he deseado lo mejor a esa familia.

Viktor Lavrov se detuvo. Lo último que le apetecía era mantener charla alguna con él, pero el comentario le abrió el apetito.

—Se llama Lars, ¿verdad?

—Así me llamo.

—¿Diría que conoce bien a los Allendorf?

—Por supuesto —respondió algo ofendido—. Desde que se trasladaron aquí hace cinco años siempre me han tratado con respeto y educación. Por eso no me cuesta ningún esfuerzo echarles una mano con Herr Goellner.

—El padre de Frau Allendorf.

—Exacto. Ahora está muy mustio, pobre hombre, pero no hace tanto era un hombre repleto de energía. Ella me dijo que padece alzhéimer y que es una enfermedad que te acaba devorando poco a poco.

—Ya, pero rara vez podemos elegir la mejor forma de morir. ¿Qué sabe acerca de la muerte de Herr Allendorf?

El conserje se pensó la respuesta.

—No mucho, sinceramente. Solo sé que el sábado por la tarde estaba vivo y que el domingo no. Una tragedia, sea lo que sea lo que le haya sucedido —añadió, precavido.

Viktor Lavrov se percató entonces de que la condición natural del conserje le empujaba a sonsacarle información.

—Mantenga los ojos bien abiertos, quizá volvamos a vernos por aquí, ciudadano —se despidió dejándolo con las ganas.

Se disponía a subirse en el Trabi cuando reconoció a lo lejos la figura de la asistenta empujando la silla de ruedas calle abajo. Y esta vez no pudo ahuyentar la escena en la que se vio en la misma tesitura por las aceras mal asfaltadas del barrio moscovita de Filimonkovskoye. Fue durante uno de esos últimos paseos cuando él le confesó que la vida solo merecía la pena vivirla si existía alguna opción de disfrutarla. Ya en el interior del vehículo se conjuró para aplicarse aquella máxima y, como si fuera un condicionante necesario, el rostro de Erika Eisemberg apareció reflejado en el parabrisas.

Un hombre que paseaba a un perro que no era suyo lo vio alejarse. Cuando dobló la esquina anotó la matrícula y la hora.

UNA OPRESIÓN DELEITOSA

*Aeropuerto de Schönefeld
Berlín Oriental (RDA)
19 de junio de 1981*

El reloj de la terminal de llegadas marcaba las 18:50. La ansiedad que le generaba el reencuentro le había empujado a llegar con mucha antelación al aeropuerto y la dilatada espera había consumido el elixir de la paciencia hacía ya muchos minutos. No recordaba la última vez que se encontraba tan nervioso, tan excitado, o como fuera que pudiera definirse eso que notaba en el estómago. Algo que duele al tiempo que provoca placer. ¿Sufrimiento placentero? ¿Goce angustioso? ¿Padecimiento gustoso?

Una opresión deleitosa.

Para combatirla, Viktor Lavrov había empleado varios métodos, todos estériles, por supuesto, como deambular de un sitio a otro o imaginarse las vidas de los rostros que le llamaban la atención y que estaban aguardando —igual que él, pero de forma mucho más contenida— a que apareciera por la puerta la persona a la que habían ido a buscar.

Hacía dos días que había hablado con ella por teléfono. Su voz sonaba un tanto apagada, cuestión que Erika achacó al estrés al que estaba sometida en Moscú, donde los días se consumían como hojas secas devoradas por el fuego de un impredecible futuro a corto plazo. Él, muy al contrario, sentía que el tiempo, cruel y

sañudo, se había congelado para lentificar y prolongar su agonía. Tanto era así, que el ruso no había sido capaz de avanzar en ninguno de los caminos que tenía abiertos. La operación que estaba llevando a cabo la Unidad Especial de Investigación Criminal de la Stasi seguía alimentando un listado con nombres y más nombres; no obstante, el que buscaba, el de Otto Bauer, seguía sin aparecer. Tampoco había recibido noticias de Birgit y con las manos vacías pero, sobre todo, con la cabeza a rebosar de Erika, había descartado volver a mantener un encuentro con la viuda de Johannes Allendorf.

Un pelirrojo con cara de roedor enfadado captó su atención interrumpiendo sus pensamientos. Según él, aquel descendiente de Satanás no podía tener una ocupación distinta que operario portaequipajes en alguna línea aérea irlandesa. Su espalda ancha y sus fornidos brazos eran evidencias más que suficientes. El cabreo —había resuelto el psicólogo— se debía a que acababa de recibir el enésimo revés sentimental y su cerebro se negaba a procesar más negativas cuando lo único que ocupaba su tejido neuronal era encontrar la forma de liberar el terrible caudal seminal que amenazaba con desbordarse de un momento a otro.

—Disculpe, ¿está usted esperando a alguien? —Oyó que le preguntaban.

Su cerebro, ocupado en encontrar la forma de liberar el terrible caudal seminal que amenazaba con desbordarse de un momento a otro, no fue capaz de procesar ese registro de voz. Al volver la cara y encontrarse con esos ojos azules casi grises clavados en los suyos, se colapsó por completo. Quería fundirse con ella en un abrazo, devorarla a besos y apropiarse de su alma, pero su organismo se encontraba muy lejos de ejecutar esas órdenes. Solo sus lacrimales parecían estar funcionales, por lo que liberó la impotencia derivada de la inacción en estado líquido.

—Erika —acertó a decir.

Por suerte, la recién aterrizada contaba con sus funciones motoras operativas al cien por cien e, interpretando acertadamente las intenciones ajenas, soltó la maleta y se arrojó a sus brazos.

—Te he echado mucho de menos —reconoció ella.

Viktor Lavrov aún tardaría unos segundos en recuperar el control, circunstancia que parecía abochornarle, puesto que no se sentía facultado para salir del refugio que había hallado en el pecho de Erika.

—Nos van a empezar a aplaudir —advirtió Erika.

El ruso se secó las mejillas con el dorso de la mano y asintió.

—Tengo el coche fuera. ¿Qué llevas aquí dentro? ¿Un cadáver descuartizado? —preguntó al agarrar la maleta.

—*Souvenirs* de tu tierra. Vodka, para ser exactos.

—No eres consciente de lo que se puede adorar a una persona.

Estaban atravesando el barrio de Lichtenberg todavía bajo los efectos emocionales del reencuentro cuando Erika propuso detener el coche para dar un paseo. Estacionó cerca de Volkspark Friedrichshain, pero ella prefirió pisar el asfalto berlinés frente a la alternativa ajardinada del parque más antiguo de la ciudad. La temperatura, pese a no alcanzar los veinte grados, invitaba a caminar despacio y, sin establecer un rumbo predeterminado, se agarraron por la cintura y se adentraron en el centro histórico de la ciudad.

—No es que quiera meterte presión, pero te mentiría si te dijera que no estoy ansioso por escucharte hablar de tu paso por Moscú —expuso Viktor—. Doy por hecho que lo que me has podido contar por teléfono no es más que la capa de barniz.

Ella compuso un mohín antes de torcer el gesto.

—¿No ha sido lo que esperabas? —se adelantó él.

—No, no tiene nada que ver con la instrucción. De eso, si quieres, hablamos en otro momento. Ahora necesito soltar algo que...

Erika apretó con fuerza los párpados como si con ello pudiera hacer desaparecer los hechos y se mordió el interior de los carrillos.

—Me estás asustando —dijo el ruso deteniendo la marcha y agarrando su cara con ambas manos. Ella dio un paso atrás y elevó la mirada hacia el cielo.

—Llevo demasiado tiempo sin ver un día claro, uno que amanezca completamente despejado, con luz... Necesito luz.

—Erika, por favor.

Un impropio silencio se ganó un espacio entre los dos.

—Hace unas semanas nos sometieron a todos a un reconocimiento médico exhaustivo y este lunes nos han dado los resultados.

El preámbulo no era nada halagüeño, pero aun así él logró mantener la compostura.

—Me han detectado una malformación uterina de origen congénito.

Pausa.

—No puedo tener hijos.

Das Glas Halb Voll

Había decidido ir antes de lo habitual. En los encuentros anteriores, lo único que había podido averiguar de él era que había perdido su trabajo recientemente, que vivía solo y que se llamaba o se hacía llamar Gunter. De él le había llamado la atención que todavía no hubiera mordido el anzuelo a pesar de que le había lanzado la caña al menos una decena de veces. No le quedaba ninguna duda de que se trataba de un hombre atormentado que había decidido ahogar sus penas en cerveza y el hecho de que no hubiera manifestado interés hacia él le excitaba. No lo necesitaba, pero el tipo que se hacía llamar Asa se había planteado aquella caza como un reto personal. El ejemplar, de buena talla y complexión atlética, bien merecía la pena.

Esa misma mañana, conduciendo de camino a la fábrica, se lo había imaginado retorciéndose de dolor mientras se abrían los pétalos de la Pera de la Angustia. Ello le había provocado una terrible erección que tuvo que sofocar encerrándose en uno de los baños del vestuario de hombres. Pero ordeñarse por pura necesidad no era lo que necesitaba. En realidad, no había transcurrido demasiado tiempo desde que había saboreado esa sensación de poder absoluto y, sin embargo, algo en su interior le pedía, le imploraba, volver a paladearla. Resultaba adictivo tener que decidir el destino de los impíos, de esos que se meaban en la memoria de Jesucristo entregándose como sucios animales a los placeres de la

carne. No pudiendo prever cuándo se presentaría la oportunidad de repetir la experiencia, había resuelto llevar consigo sus herramientas dentro de un maletín de mano que, además, cumplía las funciones de complemento perfecto para consolidar una identidad que ya no le costaba interpretar: un respetable profesor de Historia Medieval recién salido de una traumática relación homosexual.

Podría decirse que ya estaba del todo acostumbrado a aquel tipo de música porque apenas le molestaba, no como cuando empezó a frecuentar antros como ese por obligación. Echó un primer vistazo a la barra con la esperanza de localizar a Gunter en el sitio que ocupaba siempre, pero en su lugar encontró a un hombre sobrado de kilos que, al cruzarse con su mirada, le sonrió abiertamente.

—Jodida maricon de mierda —murmuró para sí.

Algo decepcionado se dirigió al lado opuesto, tras una columna forrada de espejos desde la que podía controlar la entrada. No le habían servido la cerveza cuando lo vio entrar. Se le aceleró el corazón como si en verdad se tratara de su amado, pero no quiso girarse confiando en que fuera Gunter quien se acercara.

—¿No es un poco temprano para ti? —oyó.

Invirtió unos segundos en girarse tan lento como fue capaz.

—Un maestro que tuve en la escuela decía que no hacía falta esperar a ver el sol para levantarse. Hoy he tenido un día complicado y necesitaba un trago.

—Entiendo, lo mismo prefieres estar solo —elucubró.

—No, para nada. De hecho he venido en busca de compañía. De tu compañía —precisó.

Aunque se empeñó en no exteriorizarlo, a Gunter se le notaba que le complacía que le regalasen los oídos como a cualquier otra persona. Con un gesto ordenó una jarra de cerveza y se sentó en el taburete de al lado.

—Y, cuéntame, ¿qué significa tener un mal día para un profesor de Historia Medieval de la Universidad de...? ¿De dónde?

—De Dresde.

—Me acordaba, solo te estaba poniendo a prueba.

La historia la tenía más que aprendida y la interpretaba con suma facilidad. No le resultaba complicado hacer creer que hubiera pedido

el traslado a Berlín después de fracasar su relación con un colega de trabajo. Las habladurías, sin embargo, le perseguían por muy lejos que se desplazara, y, no solo tenía que demostrar que estaba cualificado para impartir clases de calidad, también debía hacerlo en el campo de la ética socialista. Sonaba todo muy veraz.

—Sé muy bien lo desesperante que puede resultar la burocracia en este país, créeme.

—¿Sí? Cuéntame.

—Primero vas a tener que contarme de dónde sale el nombre de Asa, estoy seguro de que tiene que haber una razón de peso. Déjame intentar adivinarlo...

El otro teatralizó un gesto propio de un adolescente ruborizado, bebió un trago y se secó la comisura de los labios usando el índice y el pulgar con forzosa lascivia.

—Adelante.

—Apuesto a que tiene que ver con tu lugar de procedencia, o el de tus padres. Tus rasgos no son muy habituales por aquí.

—Frío, frío...

—¿Es algún apodo?

—No.

—Pues no se me ocurre nada más, la verdad.

—Pronto te rindes. Pero, mira, en lo que sí has acertado es en lo de mis raíces.

—¿De dónde eres? —quiso saber.

—Yo nací en Dresde, pero mi madre era de Uzbekistán.

Según terminó la frase se arrepintió de haber dicho una verdad.

—No sabría situarlo en un mapa.

—Ni tú ni casi nadie. Es uno de los territorios de Asia Central que ahora pertenecen a la Unión Soviética. Aquello debe de ser un desierto asqueroso que no he visitado ni visitaré. En cuanto a lo de Asa..., es un poco enrevesado e irónico, como lo soy yo. Asa fue el quinto rey de la casa de David, bisnieto directo de Salomón.

—¿Eres judío?

—No, Asa lo era. Gobernó el reino de Judá durante cuarenta y un años, y por no andarme con rodeos te diré que era un cabronazo. Dedicó toda su vida a perseguir a los idólatras y a aquellos que no

cumplían con la estricta observancia del judaísmo. Y la sodomía no era una práctica que estuviera incluida, precisamente —satirizó—. Se le considera el primer gran castigador de la homosexualidad, mucho antes de que lo hiciera la Inquisición.

Gunter frunció el ceño.

—¿No lo pillas?

—No, la verdad es que no.

—A mí me habría encantado dar por el culo a Asa, ¿a ti no?

Tardó unos segundos en liberar una sonora carcajada que llamó la atención del camarero ganándose un ademán de reprobación.

—Ahora entiendo lo de la ironía.

En ese instante, la música cesó y unas voces que venían del fondo del local captaron la atención de los presentes. Reflejados en el espejo pudo distinguir a dos hombres que, con sus identificaciones en alto, impartían órdenes para agrupar a los clientes.

—Maldita sea —dijo Gunter al entender lo que estaba ocurriendo—. Esos cabrones son de la Stasi. Estamos bien jodidos. ¿Te encuentras bien?

Sudores fríos.

Calles del distrito de Mitte

Nunca se había planteado tener descendencia, pero escuchar a la persona con la que había decidido envejecer que no podía tener hijos le produjo una fuerte conmoción. Quizá por ello, por dilatar lo máximo posible la irremediable llegada de las palabras, Viktor prolongó todo lo que pudo el abrazo con el que trató de arropar la aflicción de Erika. Tocaba decir algo, pero no valía cualquier cosa.

—No sé si te servirá o no, pero una vez escuché decir que los problemas que no tienen solución dejan de ser problemas, y por lo tanto no hay que preocuparse por ello, hay que ocuparse de afrontar la nueva situación y aprender a convivir con ella.

—Eso llevo tratando de hacer desde el lunes, pero no es fácil. Nada fácil —subrayó ella con la voz rota.

—Será más sencillo si lo hacemos juntos.

Ella inspiró con vehemencia por la nariz, como si quisiera inhalar esas palabras y apropiarse de ellas como suyas.

—Jamás me había llamado la atención, pero, de un tiempo a esta parte, cuando veo una familia con niños pequeños, carritos de bebé, niños jugando..., se me encoge algo aquí dentro —dijo agarrándose el vestido a la altura del corazón— que no puedo soportar. ¿Cuánto tiempo va a durar esto? ¡¿Eh, cuánto?!

Los ojos se le anegaron de lágrimas.

—No lo sé, Erika. Supongo que tendremos que digerirlo poco a poco aunque no sabría decirte si algún día desaparece. Quiero pensar que sí. Debemos pensar que sí. El ser humano está capacitado para asumir como propias las mayores desgracias y al mismo tiempo ahogarse sin remedio en ínfimas dificultades. Todo depende de esto —identificó acariciándole la cabeza. Vamos a caminar un poco, nos vendrá bien.

—Sí, caminemos.

Los tilos que daban nombre a la avenida más famosa del Berlín Oriental fueron testigos del proceso de tratamiento en pareja de un hecho radiactivo que amenazaba con ulcerar su relación. Así, detectaron y aislaron la irradiación para enterrar los residuos en algún lugar recóndito fuera del alcance de su nocividad.

—No sé cómo decirte lo que te agradezco que... —retomó Erika tras unos segundos de silencio cuando estaban a punto de llegar al apartamento que apenas habían tenido ocasión de disfrutar juntos.

—No me lo digas, demuéstremelo —le cortó él.

—Ya sé por dónde vas, pero no sé si estoy yo para muchos roces.

—La naturaleza obra milagros —argumentó el ruso—. Dejemos que el amor fluya.

—El amor... Ya sé en qué estás pensando tú.

Se disponía a besarla en los labios cuando oyó que alguien lo llamaba desde la distancia.

Era Birgit.

—No, ahora no —musitó Viktor.

—¿Pasa algo? —quiso saber Erika.

—Luego te cuento.

—¡Erika, me alegro mucho de volver a verte! —dijo ella, azorada.

—Verás, Birgit, no es buen momento. Erika acaba de regresar y necesitamos...

—Se trata de Otto —le cortó—. He intentado localizarte toda la tarde, incluso he pasado por Normannestrasse, pero al decirme que no te esperaban por allí he decidido venir a esperarte.

—Se está convirtiendo en una fea costumbre la tuya. La última vez que viniste a buscarme a mi casa...

—Ya, ya, no me lo recuerdes. Escucha: conseguí los expedientes completos de los dos homicidios tal y como hablamos, pero hoy por la mañana me han avisado de que han identificado el cuerpo que faltaba.

Aquello logró captar la atención del psicólogo.

—Mathias Buback. Según parece, su hermano trabaja en Cottbus y hacía tiempo que no pasaba por Berlín. El martes fue a comisaría a presentar la denuncia de la desaparición de Mathias y... ¡Boom! Según ha declarado, era bastante discreto con su condición homosexual, pero poco antes de desaparecer había hablado con él y le había dicho que estaba empezando a abrirse. Que frecuentaba el Mulackritze Club, un garito de ambiente que le estaba ayudando a conocer a otras personas como él. Tengo aquí su foto, mira —le mostró—. Y esta cara no se olvida con facilidad, ¿no crees?

Tenía razón, sus afilados rasgos faciales, el peinado a lo Rod Stewart y el bigote de Freddie Mercury denotaban esa necesidad tan habitual de diferenciarse por fuera de quienes se sienten distintos por dentro.

—Se parece muy poco al tipo que vi en el depósito, pero sin duda es él. Ahora dime: ¿qué tiene que ver todo esto con Otto?

—El Mulackritze Club es el último sitio donde lo vi. ¡Donde tuvo la pelea! ¿Recuerdas?

Viktor hizo un gesto de afirmación.

—Se me ocurre que podrías pasarte por ahí a ver si logras matar dos pájaros de un tiro. Te llevas la foto de Mathias y preguntas, por si alguien lo reconoce. O, mejor aún, por si lo vieron salir acompañado la noche que desapareció. La fecha está anotada por detrás. Y, ya que vas, puedes tratar de averiguar si han vuelto a ver

a Otto. Iría yo, pero con la que montamos la última vez no creo que sea bienvenida.

Llegados a ese punto, Erika, confundida, intervino en la conversación.

—A ver, ¿alguien puede decirme qué le ha pasado a Otto?

—Llevo varias semanas sin saber nada de él y hay un loco suelto por ahí que está asesinando homosexuales de una forma...

—Lo siento, pero no me ha dado tiempo a contártelo —se excusó él.

—Ya —reconoció Erika—. Solo hemos hablado de lo mío.

—¿De qué? ¿Te pasa algo, Erika? —intervino Birgit.

—No, nada, nada. Seguid con lo vuestro. Yo, si no os importa, voy a subir a casa a darme una ducha y a descansar. Mañana me ponéis al día de todo.

—¿Estás segura? —quiso cerciorarse Viktor.

—Muy segura —certificó con un beso—. Que tengáis suerte.

El del KGB fulminó a Birgit con la mirada.

—Un día de estos...

Exterior del Das Glas Halb Voll

Conforme se fue alejando el coche en el que se marchaban los dos agentes de la Stasi, sus pulsaciones empezaron a recobrar el ritmo habitual.

—Cálmate, hombre, que no ha sido para tanto —le tranquilizó Gunter dándole un par de palmadas en la espalda.

Y era cierto. Se habían limitado a pedir las cédulas de identidad de los presentes y anotar nombres y ocupaciones en un listado. Por suerte, a él le había bastado con identificarse como Ruslan Kemke, profesor de Historia Medieval de la Universidad Técnica de Dresde, mostrando la credencial que siempre llevaba encima. Para hacerlo creíble forzó el acento propio de Sajonia cuando le tocó justificar su estadía en Berlín. No lo había planificado así, pero mucho tenían que torcerse las cosas para que aquel incidente no terminara jugando a su favor.

—Antes del sesenta y ocho era mucho peor —prosiguió Gunter—. Hasta que no eliminaron el artículo 175 del código penal, si te pillaban magreándote con alguien de tu mismo sexo pasabas una larga temporada entre rejas. O, peor aún, se encargaban de hacerlo público y entonces te convertías en un auténtico marginado. Libre, pero aislado de todos y de todo. Tú no tienes pinta de haber vivido esa época, ¿me equivoco?

—No.

—En el otro lado, las autoridades de la República Federal Alemana (RFA) todavía lo siguen considerando un delito, por eso vienen tantos hermanos occidentales, principalmente los fines de semana. Se limitan a controlar que las asociaciones de gays y lesbianas no se reúnan en clandestinidad y, como habrán comprobado, por aquí muchos panfletos opositores no hay.

—¿Y qué crees que harán con esos listados? —quiso saber exagerando su preocupación.

—Lo que hacen siempre: guardarlos para cuando los necesiten. Es una forma de decirte que si te mueves vas a salir mal en la foto.

—Y ahora ¿qué? Esto está muy muerto.

—Sí, y es más que probable que esos cabrones se pasen por los otros —conjeturó Gunter—. No nos conviene que nuestros nombres aparezcan más veces esta noche, ¿no crees?

Este lo miró con impostada complicidad.

—¿Y qué propones?

—Saldar cuentas con Asa.

Mulackritze Club

Salía el ruso con la misma expresión con la que había entrado once minutos atrás. En el interior del coche, Birgit aguardaba con notable impaciencia, anhelando que trajera alguna noticia positiva, pero, sobre todo, cualquier novedad que tuviera que ver con Otto.

—Ocho personas, ocho —enfaticó nada más entrar—. La gente del inspector Klein está espantando al personal. Ayer se pasaron

por aquí y hoy han sido pocos los que se han atrevido a venir. Sin embargo...

—Sin embargo, ¿qué? —quiso saber ella, ansiosa.

—Lo han reconocido.

—¿A quién? ¿A Otto?

—No, a Mathias, la víctima.

La decepción se apoderó de sus facciones.

—¿No era eso a lo que hemos venido?

—Sí, sí. ¿Y?

—El barman me ha dicho que se acuerda de él porque era de los que siempre pillaban cacho.

—¿Y eso qué significa?

—¿De verdad necesitas que te lo explique?

Su cara decía que sí.

—Que encontraba pareja de baile con facilidad.

—Vale. Por tanto, va a ser complicado que sepamos con quién se fue la última vez.

—Imposible, diría yo, porque, para empezar, ni siquiera sabemos con exactitud cuándo fue la última vez. No obstante, sí sabemos que a quien buscamos considera este tipo de sitios su coto de caza. Y eso ya es algo.

—Bueno, es posible que ahora que le has ahuyentado el ganado decida cambiar.

—Podría ser, pero no lo creo. Si los lobos tienen rebaños de ovejas dentro de su territorio es muy difícil que busquen otro por muchos perros pastores que los defiendan. Pueden ampliar su radio de acción, pero en la RDA fuera de estas calles hay muy poco donde elegir. Se arriesgaría demasiado. Aquí cuenta con el anonimato del bullicio. Es más, me sorprendería mucho que no aumentara la frecuencia de sus ataques. Ya sabe cómo hacerlo, tiene su método y le funciona. Ser consciente de ello le hará incrementar su voracidad. Los depredadores funcionan así, y esa, precisamente, es su mayor vulnerabilidad.

—¿Cuál?

—Creer que su método es infalible. Cuanto más matan, menos precavidos son.

—¿Por tanto? ¿Qué propones? ¿Nos sentamos a esperar a que aparezca el siguiente cadáver, y el siguiente, y el siguiente, hasta que cometa un error?

—Yo no he dicho eso, Birgit. Mañana revisaré los listados por si encuentro algo que me llame la atención y hablaré con Klein para controlar estos tugurios por dentro y por fuera con mayor discreción. Tú sigue investigando los dos casos anteriores a ver qué encuentras. Nos interesa establecer un perfil de la víctima para comprobar si selecciona a su presa o elige al azar, si le da lo mismo vaca que oveja, o busca un tipo de oveja determinada. Por ahora no podemos hacer más —zanjó.

Birgit se repantingó en el asiento tratando de encontrar la forma de acomodar su incomodidad.

—Bueno, pues entonces nos vamos, ¿no? —dijo ella agarrando el volante.

—No.

—¿No?

—Podríamos aprovechar que estamos cerca del lugar donde me han dicho que podría encontrar a Otto.

Viktor Lavrov permitió que la tensión se adueñara de aquel reducido espacio.

—Eres mucho peor persona de lo que imaginaba.

—Me has estropeado mi reencuentro amoroso con Erika, menos no te mereces.

—¿Dónde es?

—Das Glas Halb Voll, me encanta el nombre. Baja por Prenzlauer Allee, la tercera calle a la izquierda y la primera a la derecha. Está metido en un callejón, pero tiene un rótulo de neón rosa. Me ha dicho que no tiene pérdida.

—¿Quién? —preguntó al tiempo que metía la primera.

—El barman. Cuando le di su descripción y le dije que no hacía tanto se había peleado con medio bar se acordó de inmediato. No te lo vas a creer, pero pocos días después le estuvieron buscando para ofrecerle el puesto del portero al que había mandado al hospital.

—Degenerados.

—Según me ha contado, ahora es el garito de moda y parece ser que Otto no sale de allí. Estaría bien que no tuviéramos un accidente de camino, Birgit.

—Estoy nerviosa, ¿de acuerdo? Y es culpa tuya.

—Vaya por Dios...

No tardaron más de tres minutos en llegar.

—Aparca ahí y espérame.

—No te lo crees ni tú. Yo entro.

No hacía falta ser psicólogo para saber que no iba a ser posible hacerle cambiar de opinión. La luz asalmonada que se escapaba del callejón les indicó el camino que debían seguir. Dos siluetas masculinas que avanzaban presurosas en sentido contrario ocupando el ancho del lóbrego pasadizo los obligaron a echarse a un lado. Al ruso solo le dio tiempo a fijarse en el rostro de uno de ellos cuando este le rozó con el hombro.

—Esos dos tienen bastante prisa —comentó Birgit.

—Hay que aprovechar el fuego antes de que se apague. Déjame hablar con ese gorila, a ver si hay suerte.

—Bienvenidos —los saludó este con naturalidad—. He de decirles que esta noche hemos recibido una visita inesperada y prácticamente no queda nadie en el local.

Ambos supieron de inmediato a qué se refería.

—¡Mierda! —soltó ella.

Viktor Lavrov la agarró del brazo con suavidad.

—Verá, camarada, estamos buscando a una persona que nos han dicho que suele venir por aquí. Es muy amigo mío y su hermano.

—Hermanastro —aclaró ella.

—Por aquí viene mucha gente, no sé si podré ayudarlos.

La fantástica descripción física del ruso le iluminó su cara.

—¿El boxeador manco? ¿El que la armó en el Mulackritze Club?

—Ese —confirmaron al unísono.

—Lo conozco, sí. Dicen que podría haber llegado muy lejos como profesional. Al otro lado del Muro, claro. Un tipo de pocas palabras. Ha estado aquí, pero se ha marchado, como la mayoría, justo después de que se fueran esos cabro..., los de la Stasi —rectificó.

—¡Mierda, mierda, y más mierda! —profirió Birgit girando sobre sí misma al tiempo que se golpeaba los muslos con ambas manos.

—Vuelvan mañana, suele visitarnos casi todas las noches.

—Eso haremos, muchas gracias.

—¿Por casualidad sabe dónde vive?

—No, lo siento. A tanto no llego.

—Por supuesto.

—Lo que sí puedo decirle es que hoy se ha marchado acompañado y no es lo habitual. Normalmente llega solo y se va solo.

—¿Acompañado? —repitió Birgit.

—Eso he dicho, sí: acompañado.

Algún lugar en Lichtenberg

Se sentía como un veterano de guerra afrontando una batalla más con absoluta naturalidad. Tener la seguridad de que su mano estaba guiada por Dios le otorgaba un punto más de seguridad cuando se aproximaba el momento crucial. Solo tenía que encontrar la forma de colocarse a su espalda y practicarle la llave del sueño. Igual daba que fuera más corpulento que él: el oxígeno no entiende de morfología.

—No hace mucho que me he trasladado aquí. El apartamento no es muy grande, pero para mí solo me basta y me sobra —dijo Gunter encendiendo la luz del pasillo.

—Menos que tienes que limpiar.

—De eso se encarga una vecina que me cobra doce marcos al día por tres horas. Todavía me llega para pagar eso. Puedes dejar ahí tu cartera —le indicó señalando una esquina ocupada por un paragüero vacío.

—Prefiero tenerla siempre a la vista. Es una manía, qué le voy a hacer.

—Como prefieras. ¿Te apetece tomar algo? Tengo cerveza y creo que me queda un poco de vodka.

—Mi cuerpo me pide otra cosa.

Gunter lo miró fijamente antes de tenderle la mano. Este la tomó y se dejó guiar hasta el dormitorio. La fina capa de sudor frío que notaba entre su piel y la suya le generó cierta repulsa pero supo contener el impulso de soltarse hasta que entraron en la habitación. Posó la cartera en el suelo y concentró su atención en la cama con el fin de examinar las posibilidades de inmovilización. Siempre había una, lo importante era decidir cuál era la más idónea. En el caso que le ocupaba, habiendo cabecera y pie, no se le planteaba ninguna duda.

—Es más cómoda de lo que parece —valoró su propietario malinterpretando sus intenciones.

Sin necesidad de decir nada más, tomó la iniciativa. Con un rápido movimiento culebreó para colocarse a su espalda y apretarse contra su cuerpo. Gunter se dejó hacer. Respiraba de manera acelerada mientras permitía que el tipo que se hacía llamar Asa le rodeara con los brazos. La excitación le invitó a inclinar la cabeza hacia atrás. Más fácil no se lo podía poner. El primer paso consistía en encontrar un punto de fijación para la rodilla izquierda más o menos a la altura de la cadera a la vez que rodeaba su cuello con el brazo. La clave estaba en sincronizar el movimiento con el fin de combar la espalda hacia atrás anulando así cualquier posibilidad de resistencia. Finalmente solo debía aplicar la presión suficiente en las carótidas durante el tiempo necesario hasta que perdiera la conciencia. El factor sorpresa y la inmediatez con la que surtía efecto eran sus mejores aliados. Ni siquiera le dio tiempo a emitir un par de gruñidos antes de desvanecerse.

No sin esfuerzo, logró sujetar su cuerpo para dejarlo caer sobre la cama y ahorrarse el trabajo de tener que cargar con esos más de noventa kilos de carne. Tocaba entonces actuar con absoluta celeridad e inmovilizar a su presa, suerte en la que tampoco era tarde.

La secuencia que se iba a producir no por repetitiva resultaba menos placentera.

Guantes, bridas y cuerdas.

Trapo en la boca.

Reanimación.

Charla.

Y, por fin, la Pera de la Angustia.

Aspirar el sufrimiento que nace del dolor ajeno y expulsarlo en un orgasmo infinito. Sentir la verdadera supremacía mientras se extinguía la vil existencia de un ser que no merece ser. Y mucho menos estar. El fluir de energías: una que desaparece y otra que se expande. El clímax con el que concluye la vida y que confluye en la muerte.

Todo y nada en un pestañeo.

Poder absoluto.

Eran las dos y ocho minutos de la madrugada cuando Gunter dejó de respirar. Había tenido un final digno, expiatorio. Ciclo completo y cumplido. Hora de recoger. El pulsador, recubierto de heces y plasma sanguíneo, asomaba un par de centímetros fuera del ano. Lo accionó con el pulgar para iniciar el plegado y poder extraerlo; sin embargo, le extrañó no escuchar el sonido del mecanismo al ponerse en marcha. Lo presionó de nuevo obteniendo el mismo resultado: ninguno. Seis veces lo intentó hasta que agarró el eje del artilugio entre el dedo índice y el corazón y tiró de él. No se movió. Los pétalos, desplegados por completo, se habían hecho fuertes en la cara interna del arco púbico impidiendo la extracción manual.

—¡No! ¡Devuélvemela, condenado hijo de puta! —le exigió tirando de ella con denuedo.

Encolerizado, trató de abrirse paso con la mano en la cavidad rectal para desatascar el artilugio logrando introducirla hasta la muñeca. No obstante, en ninguna de sus tentativas estuvo cerca siquiera de superar la terquedad osteológica de la cadera. Rendido a la cerrazón de la anatomía y apremiado por la conveniencia de abandonar el escenario del crimen cuanto antes, el hombre de duras pero proporcionadas facciones orientales se marchó ofuscado.

Mientras bajaba por las escaleras su cerebro buscaba soluciones.

Antes de salir del portal ya había encontrado una.

Y era realmente maravillosa.

PLANIFICACIÓN, PROCEDIMIENTO Y PERSEVERANCIA

*Frente al restaurante Papier Palace
Berlín Oriental (RDA)
20 de junio de 1981*

Se detuvo Erika Eisemberg en la acera de enfrente y esperó a que el tipo que llevaba una gorra de obrero estajanovista le hiciera la señal correspondiente. Los rayos de sol más audaces trataban de atravesar el denso entramado de nubes que tapizaba el cielo berlinés, favoreciendo que la ciudad se recubriera de una luminosidad vaporosa, metálica, del todo perecedera. Parpadeaba el *Ampelmännchen* igual que lo hacían sus emociones, cual si fueran una advertencia de detonación inminente.

Se había levantado a hurtadillas para no despertar a Viktor, a quien había sentido llegar de madrugada y engancharse a su espalda casi de modo parasitario. Ella no quiso dar señales de vida temiendo el apetito sexual del hombre de quien se había enamorado, rompiendo así con el precepto básico del manual escrito por la persona que la estaba esperando en el restaurante. Durante los meses de instrucción en Moscú había tratado de desprenderse de aquellos sentimientos, anteponiendo su labor como espía Julieta del HVA —el Servicio de Inteligencia en el Extranjero de la Stasi que dirigía Markus Wolf—, intentando que pesara más su compromiso con el Estado que lo que le dictaba el corazón. No fue del todo consciente de la magnitud de su fracaso en

esa parcela hasta que se reencontró con él en el aeropuerto y se vio desbordada por la intensidad de esas emociones. Emociones que ahora debía ocultar si no quería que Wolf las olfateara y siguiera el rastro bajo su piel para ver lo que estaba ocurriendo debajo. Aquella tan inoportuna como imprudente realidad se solapaba con la reciente noticia de su incapacidad de tener hijos, desdicha aún no digerida como mujer con todo un futuro por delante.

El semáforo de peatones estaba a punto de ponerse de nuevo en rojo cuando un claxon la hizo volver en sí. Apretó el paso para cruzar la calle y, sin cruzar la mirada con el agente que cubría la entrada, empujó la puerta metida ya en su papel. Un hombre de confianza de Wolf la recibió con un frío saludo y la guio hasta el reservado.

Nada le generaba tanta prudencia como aquella seductora y en apariencia inocua sonrisa.

—Camarada teniente general —le saludó ella con sobriedad.

—Póngase cómoda. ¿Ha desayunado ya? —le preguntó sin levantar la vista del periódico.

—Sí, gracias —mintió.

—¿Ha leído los titulares de la prensa de hoy?

—No he tenido la oportunidad.

—Claro, es aún muy temprano y olvidaba que además es sábado. Fíjese —dijo mostrándole la portada del *Neues Deutschland*. En la foto aparecía un hombre en muletas abalanzándose sobre otro que trataba de defenderse sin levantarse de su silla—. Es Karl Carstens. Increíble, ¿verdad?

Erika, que no manejaba el contexto de los hechos, se encogió de hombros.

—Ayer, durante una reunión en la que se trataba la situación de los disminuidos físicos en Dusseldorf, un minusválido se acercó sin problema alguno hasta el presidente de la República Federal de Alemania y le agredió golpeándole con sus muletas. Eso, en nuestro país sería del todo imposible que sucediera.

—Imposible —coincidió ella.

—Por este tipo de acontecimientos debemos concluir que a las dos Alemanias nos separa mucho más que un muro de cemento y

hormigón —consideró modulando el tono para convertir la frase en sentencia—. Nos separa la distancia que existe entre dos concepciones que son antagónicas. Enfrentadas en lo político, opuestas en materia económica, incompatibles social y culturalmente hablando... Lo que me resulta imposible de creer es que un día formáramos una única entidad nacional con objetivos comunes y compartidos. Supongo que Bismarck estaría muy borracho cuando pensó que, como un día conseguimos convivir juntos bajo la bandera del Sacro Imperio Romano Germánico, estábamos capacitados para conformar un país. Bávaros y prusianos juntos, qué disparate. En fin, vamos a lo nuestro —añadió dando por finiquitada su disertación—. Voy a empezar confesando que estaba algo ansioso por volver a verla. No hace falta que le diga que la considero, y así se lo he hecho saber al ministro Mielke, uno de mis activos más importantes.

El posesivo no pasó desapercibido para Erika. Era su particular y sucinta manera de hacerle ver que ella formaba parte de sus pertenencias.

—Me siento muy halagada por ello.

—Y, dígame, ¿cómo resumiría su paso por Lubianka?

—Intenso, aunque he de decir que mucho más en el ámbito mental que en el funcional.

—Así trabajan nuestros hermanos mayores, primero te lavan el cerebro para luego ensuciarte el alma. Confío en que no hayan logrado su objetivo con usted.

—Yo mi alma ya se la había vendido a usted antes de pisar la Unión Soviética.

Markus Wolf se tomó su tiempo para sorber el tuétano de esas palabras.

—¿Le han encomendado alguna misión o está a la espera de recibir órdenes?

—Solo me han dicho que serviré de soporte operativo al comandante Lavrov. Ellos piensan, o quieren pensar —precisó—, que ni siquiera conozco su verdadera identidad.

—Podía haber apostado por ello. En Estados Unidos, el KGB está sacando mucho provecho de la fórmula de los matrimonios latentes,

pero nosotros le hemos dado una vuelta de tuerca más. Dígame, ¿cómo fue su reencuentro con él?

—No tan intenso como cabía esperar. No he conseguido averiguar qué tiene entre manos, pero debe de ser importante porque anoche tuvo que marcharse de forma un tanto precipitada.

—¿Anoche?

—Sí, pero no estoy segura de si tuvo que ver con algo profesional o era personal. Aún no he tenido tiempo de averiguarlo.

—Ya. ¿Seguro que no quiere tomar nada? —persistió señalándole lo que debía de ser algún tipo de infusión.

—Seguro.

—Doy por hecho que todavía no ha recibido instrucciones de Lavrov.

—No ha tenido la posibilidad de hacerlo. Apenas estuvimos un par de horas juntos.

El alemán se quitó sus enormes gafas para apretarse los lacrimales antes de seguir adelante.

—Werner Wögler.

El semblante imperturbable de Erika le invitó a lanzar la segunda pista.

—Supongo que ha oído hablar del proyecto MK Ultra.

—Sí, pero desconozco qué hay de cierto en todo ello.

—Todo y nada, pero por eso no se preocupe, que yo la pongo al día.

Antes de que terminara de hacerlo y de explicarle el rol que había jugado Wögler, Erika supo en qué iba a consistir la tarea que le tenía preparada.

—Hemos encargado a Lavrov que investigue el homicidio de Allendorf, aunque lo cierto es que esclarecer el caso nos interesa más bien poco. Nuestra teoría es que tuvo la mala fortuna de encontrarse con alguien que no es muy amigo de los maricones y se lo terminó llevando por delante. También somos conscientes de que el KGB está muy interesado en averiguar el paradero de Wögler, por lo que debemos pensar que Kokorin le habrá encargado que se acerque a la viuda para tratar de sonsacarle información.

—Comprendo, pero permítame que le pregunte: si le perdieron la pista hace tantos años, ¿cómo saben que sigue vivo?

—Que lo busque el KGB y la CIA son razones suficientes como para creer que lo está. Pero, en caso de que no lo estuviera, también queremos ser los primeros en saberlo. No, permítame que rectifique: quiero ser el primero en saberlo.

Erika frunció el ceño.

—Conozco al ministro Mielke desde hace más tiempo del que soy capaz de recordar y lo noto demasiado involucrado en el plano anímico. Lo he visto gestionar problemas mucho más sensibles con mayor frialdad y me pregunto por qué.

—¿Le unía algún vínculo personal con Allendorf?

—Él se ha empeñado en hacerme ver que sí, pero odia tanto a los que se salen de la línea recta que no me lo trago. Tiene que haber algo más y yo tengo que saber qué es. Su cometido consiste en lograr que Lavrov le pida que colabore con él o, cuando menos, que comparta con usted sus averiguaciones.

—Entendido. Doy por hecho que queremos vivo al científico.

—Nosotros sí y diría que el KGB también.

—Pero no así la CIA.

—A los norteamericanos les interesa y mucho que no trascienda nada referente al proyecto MK Ultra, por lo que intentarán cerrarle la boca de una forma u otra.

—Comprendo.

—Siguiendo las recomendaciones que nos han llegado desde Lubianka a través de la Administración Central de Coordinación, el lunes se incorporará a su nuevo puesto en Normannenstrasse. Hemos creado un grupo de élite —definió con aire burlesco— dentro de la Sección de Espionaje, Soporte y Actuación en terceros países que dirige el coronel Klaus Prosetzky. El viejo Prosetzky es de mi cuerda, pero ni siquiera él está al corriente de la relación que mantenemos usted y yo, y mucho menos de su misión.

—Por supuesto.

—Tiene toda la información que necesita en esta carpeta. —Wolf alargó el brazo para extraerla del maletín que descansaba a sus pies—. Léala con atención y memorice lo que estime oportuno

porque no saldrá de aquí con ella. Comuníquese conmigo solo cuando sea del todo necesario siguiendo el mecanismo habitual. Otra cosa: quiero tener controlado en todo momento a Lavrov; por ello, mi asistente le va a facilitar un nuevo dispositivo de rastreo por satélite que nuestros hermanos soviéticos han tenido a bien suministrarnos. Una joya. Lo mejor de todo es que la NASA y el Departamento de Defensa norteamericano llevan trabajando en el desarrollo de esta tecnología desde 1965 bajo el nombre de Sistema TRANSIT. El KGB, como siempre, se ha limitado a robarla cuando esta ha empezado a dar sus frutos y la han rebautizado de otra forma: TSICADA. ¿No le parece tremendamente gracioso que ahora nosotros la empleemos para seguir a uno de los suyos?

Erika se esforzó en componer una mueca que estuviera en sintonía con el jocoso comentario de su superior.

—Lo único que tendrá que hacer es colocarlo en algún lugar no visible del Trabant Kübel de Lavrov. ¿Alguna duda?

—Ninguna. Bueno, en realidad sí.

—Dígame.

—¿También han sembrado mi casa?

—No necesitamos escuchas cuando tenemos sus oídos a nuestra disposición las veinticuatro horas al día. Además, doy por hecho que él lo comprueba cada cierto tiempo como dicta el procedimiento del KGB.

—Si es así, no lo hace delante de mí. ¿Y qué le hace pensar que no comprobará su coche?

—Desconozco las particularidades específicas del artilugio, pero me han asegurado que el receptor no es sensible a los barridos de radio de baja frecuencia de los detectores de escuchas.

Erika asintió, conforme.

—Ahora tengo que marcharme, quédese el tiempo que necesite.

Markus Wolf se incorporó y le ofreció la mano.

—El camarada ministro Mielke tiene los ojos puestos en esta misión, confío plenamente en que volveremos a salir exitosos gracias a su buen desempeño. No le decepcionemos —culminó dando rienda suelta a su lacerante ironía.

—Pondré todo de mi parte para que así sea.

Su respuesta le debió de hacer gracia a Wolf.

—Solo una cosa más: ¿ese perfume que lleva se lo regaló Lavrov?

—No.

—Entonces deje de usarlo, no está a su altura.

En algún lugar en Lichtenberg

Siempre tocaba un par de veces con los nudillos por si estaba en casa, aunque se contaban con los dedos de una mano las veces que había coincidido con él. Poco era lo que Bianka sabía del inquilino más allá de su nombre y que se había trasladado allí hacía un par de meses. Muy poco era lo que le importaba. Trabajar en casas como esa lo consideraba un privilegio que no podía perder. A dos pisos de distancia, tres veces por semana, un par de horas o tres como mucho. Los ciento cincuenta marcos que le pagaba más los otros casi quinientos que sacaba en el resto de casas eran un complemento excelente a los mil doscientos que su marido cobraba en la fábrica. No les llegaba para ahorrar ni para comprarse un televisor a color, pero sí para vivir con relativo desahogo. Por todo ello, limpiar esa casa era algo que afrontaba con buen talante, no como cuando tenía que ir a la del cerdo del portal siete.

Bianka aguardó unos instantes antes de sacar la copia de las llaves que le había proporcionado para entrar cuando él no estuviera. Le extrañó que no hubiera echado el cerrojo de arriba como era su costumbre, anomalía que se vio solapada por otra de naturaleza olfativa mucho más intensa y desagradable que notó tan pronto cerró la puerta. Aquel olor fétido le hizo revivir el episodio en el que tuvo que limpiar una alacena repleta de patatas podridas e infestadas de pequeños insectos que revoloteaban a su alrededor. Apreció no obstante matices diferentes, particularidades que la forzaron a taparse las fosas nasales con la mano. La primera arcada le sobrevino cuando recorría el pasillo atraída por la necesidad de descubrir el origen de esa pestilencia. Con las siguientes logró contener a duras penas las ganas de vaciar su estómago, pero

cuando su nariz guio sus pasos hasta el dormitorio, descubrió el cuerpo y entendió cómo y por dónde se le había escapado la vida, no lo pudo aguantar más. Bianka se volvió hacia la pared, apoyó su peso sobre las palmas de las manos y se inclinó hacia delante antes de vomitar.

Tres fuertes contracciones fueron suficientes.

Residencia de Viktor Lavrov y Erika Eisemberg

Estiró el brazo para comprobar lo que era una sospecha fundamentada entre sueños: Erika no estaba en la cama. Aguzó el oído con la esperanza de escuchar algún ruido, pero solo recogió el alborotado piar de los pájaros que anidaban en las copas de los árboles aledaños. Cuando llegó de madrugada se la encontró dormida, así pues, reprimiendo las ganas de arrancarle el camisón, se acurrucó a su lado y se dejó arrastrar hasta los dominios de Morfeo.

Conjeturaba Viktor acerca de dónde habría ido Erika durante los instantes que precisaba para desprenderse de la molesta galbana matutina, pero el sonido del timbre activó su sistema motor haciéndole saltar del colchón. Los cuatro segundos que invirtió en llegar hasta la puerta y abrirla no eran margen suficiente como para darse cuenta de que no tenía ningún sentido que ella llamara a la puerta teniendo llaves.

Gestos severos, expresiones circunspectas.

—Buenos días, camarada comandante Lavrov. Lamentamos molestarle, pero nos envía el inspector Klein. Tiene que acompañarnos.

—*Chert voz'mi!* —contestó en ruso—. Lo que tarde en ducharme y vestirme. Espérenme abajo.

—Se lo agradezco.

Viktor Lavrov dudó entre si lo que le agradecía era su buena disposición o el mero hecho de ponerse ropa. No podría decirse que el del KGB se diera excesiva prisa en cumplir con su palabra, pero la tardanza no modificó un adarme las reservas de paciencia de los

hombres de Klein. El ruso se subió en la parte de atrás de un Wartburg 353 negro que olía a recién sacado de fábrica.

—¿Me van a decir adónde vamos? —indagó en cuanto el conductor arrancó aquel motor de dos tiempos.

—A Lichtenberg. Ha aparecido otro cadáver.

No necesitaba saber más.

Florian Klein lo estaba esperando en el descansillo. Bañado por la luz artificial que manaba del techo, tenía la tez macilenta y la frente sudorosa como si estuviera inmerso en un proceso gripal, suposición que cobró sentido al ver cómo se embozaba el rostro con un pañuelo.

No tardaría en formular otra teoría.

—Es insoportable —calificó el policía—. Va a necesitar uno de estos si es que pretende entrar ahí dentro.

—Otro día. ¿Quién lo ha descubierto?

—Una vecina que se encarga de la limpieza. Cerca de las diez de la mañana ha entrado en la casa y se lo ha encontrado como ahora va a ver. La cerradura no está forzada, por lo que debemos pensar que la víctima lo invitó a entrar.

—Procedimiento.

—¿Cómo dice?

—Planifica un procedimiento que le funciona y que no va a cambiar. Es perseverante en su forma de actuar. Planificación, procedimiento y perseverancia —repitió como si fuera un mantra.

—¿Y eso qué implicaciones tiene desde su punto de vista?

—Estamos ante un asesino organizado, de eso no tengo ninguna duda. Por lo tanto, debemos pensar que está bien integrado en la sociedad, seguramente esté casado y tenga hijos, un trabajo estable y, sobre todo, una buena imagen de cara al exterior. Le importa y mucho lo que piense el resto de él. Ese es su disfraz. Le gusta tener el control de la situación en todo momento: maneja y decide el cómo, el cuándo y el dónde. Es metódico hasta el extremo. Se controla a sí mismo, controla a la víctima y controla a la policía.

—Bueno, yo creo que eso es mucho decir.

—Que no le quepa duda. Hasta ahora él tiene el dominio absoluto de la investigación. Prepara la escena del crimen y nos deja

mensajes. Juega con nosotros porque lo tiene todo bajo control. O eso piensa. Va siempre unos cuantos pasos por delante; por eso es del todo vital que descifremos su forma de proceder, porque si lo logramos podremos prever su próximo movimiento.

—Anticiparnos, ya recuerdo —dijo con hastío.

—Exacto. De otra forma va a ser muy difícil que...

—A no ser que cometa un error —le interrumpió.

—¿Qué error?

Una mueca de satisfacción llenaba la cara de Florian Klein.

—Entre y compruébelo usted mismo.

El inspector se cubrió de nuevo la nariz y la boca antes de indicarle la dirección que debía seguir. Viktor Lavrov se vio tentado a hacer lo mismo con la mano en cuanto puso los pies en el dormitorio. Una mujer tomaba fotos del cadáver que yacía sobre un colchón impregnado en fluidos corporales. Su posición denotaba que la muerte le había sobrevenido en pleno sufrimiento. Otro hombre pertrechado con una mascarilla, bata y guantes inspeccionaba entre las piernas de la víctima.

—Doctor Reister, ¿ha logrado averiguar de qué se trata? —preguntó Klein.

Este se volvió.

—Mucho me temo que hasta que no le practiquemos la autopsia no vamos a saberlo.

El ruso frunció el ceño desconcertado.

—Tiene algo metido en el culo —desveló el inspector.

—Se trata del objeto que le ha provocado una hemorragia severa, y que es, casi con toda probabilidad, lo que le ha terminado causando la muerte —precisó el galeno usando un tono más académico—. Solo vemos la parte que sobresale, pero hay otra desplegada dentro que se ha quedado enganchada en la estructura ósea de la cadera.

—Ya veo —comprobó Viktor—. ¿Han encontrado restos de semen?

El otro se mostró sorprendido.

—No los hemos buscado.

—Háganlo. Es evidente que disfruta causando un dolor extremo. Asistir al proceso agónico que desemboca en la muerte le genera un enorme placer, placer que tiene que liberar de alguna forma. Ahora bien, lo importante es entender el porqué. Es posible que los esté castigando.

Klein lo contemplaba mientras el ruso seguía verbalizando sus notas mentales.

—Odia a los homosexuales, quizá porque él lo sea y sea su manera de luchar contra una condición que no admite. Es un excelente manipulador y es capaz de pasar inadvertido porque se adapta al medio como un camaleón. Está incapacitado para ponerse en su lugar —aseguró señalando a la víctima—. El sufrimiento que les genera no le afecta. No le afecta en absoluto —agregó asertivo—. Está exento de toda culpabilidad, no tiene remordimientos. Esa es la gran ventaja competitiva con la que cuenta el psicópata.

—¿Cuál? —quiso saber el inspector.

—No verse afectado por las emociones.

—¿Quiere decir que actúa como si fuera una máquina programada?

—No lo definiría así, pero si de ese modo lo entiende mejor... Doctor, ¿cree usted que podría tratarse de la herramienta que utilizó con los otros?

—¿Se refiere a Johannes Allendorf? —preguntó extrañado.

—Sí, eso es —acortó al darse cuenta de que no estaba al corriente de los homicidios precedentes.

—Así lo creo, en efecto.

—¿Ha intentado extraerlo de manera manual?

—Sí, y resulta del todo imposible sin el instrumental apropiado.

—Por tanto, lo razonable es creer que su dueño tampoco ha podido.

—De ahí lo del error que le apuntaba antes —intervino Florian Klein, con la voz ahogada en el tejido del pañuelo.

—Bien visto. ¿Lo han identificado? —prosiguió el psicólogo.

—Sí, los agentes que acudieron a la llamada se han llevado su cartera. En breve nos dirán de quién se trataba.

Viktor Lavrov rodeó la cama para ver su rostro.

—¡Mierda, joder! —profirió entre dientes.

—¿Qué pasa? ¿Lo conocía? —quiso saber Klein.

Este se limitó a confirmarlo con un leve movimiento de la cabeza.

Domicilio de los Kemke

El timbre sonaba como si el teléfono sufriera algún tipo de afonía severa. Llevaba así desde el día que a Adalia se le enganchó el cable en el vestido y, sin percatarse de ello, siguió caminando por el pasillo hasta que escuchó que el aparato se estrellaba contra el suelo. Al tercer ronquido escuchó, tal y como esperaba, que Kristen levantaba el auricular. Luego tuvo que afinar el oído para apreciar el sigiloso caminar de su esposa en su recorrido hasta la salita donde aguardaba él fingiendo que leía el periódico.

—Preguntan por ti. Es tu sobrino segundo Kilian.

—¿Mi sobrino Kilian? ¿El hijo de mi primo Hubert?

—No ha dicho de quién es hijo —contestó ella, precavida.

—Vaya... Algo ha tenido que pasar —vaticinó mientras se incorporaba.

Recorrió el pasillo con cara de circunstancias y se aclaró la garganta antes de hablar.

—Dígame. —Silencio—. Entiendo. ¿Y qué dicen los médicos? ¿Es grave? —Silencio—. Comprendo. Dile a tu padre que mañana estaré allí a primera hora. ¿En qué hospital está? —Pausa—. Anotado. Muchas gracias por llamar, Kilian —se despidió.

Kristen, empeñada en limpiar el polvo de los cuadros del pasillo, le solicitó con la mirada que le completara la información.

—Mi primo ha sufrido un accidente en el trabajo y, aunque Kilian no ha sabido precisar, parece que es grave. No te he hablado mucho de él, pero Hubert y yo nos criamos juntos en Dresde.

A Kristen esos nombres le resultaban del todo desconocidos, pero no le pareció extraño, dado que la relación que mantenía con la familia de su marido era casi inexistente.

—Vaya, lo siento —dijo ella.

—Aprovechando que mañana es domingo iré a verle al hospital, así que voy a revisar el coche, no quiero que me deje tirado. Enseguida vuelvo. Por cierto, pasa el plumero a la parte de arriba de la alacena del salón, está indecente.

A dos calles de distancia estaba la cabina telefónica donde había quedado con Marco Zoecke.

—¿Qué tal lo he hecho?

—Bien, pero no esperes ninguna condecoración.

—Con que me pague los veinte marcos que me prometió me conformo.

—Aquí tienes lo tuyo.

—Mañana no tengo nada que hacer. Si necesita que le acompañe, con el doble me conformo.

Este le dio unas palmaditas en la mejilla.

—Quizá en otra ocasión.

—No tiene que ser fácil, ¿verdad?

—¿El qué?

—Pues eso de ser espía y que ni siquiera su familia lo sepa.

—No. No lo es.

—¿Y qué hay que hacer para...? Ya sabe.

—No, no sé.

—Para ser espía del Gobierno.

—Saber usar esto —contestó señalándose la cabeza.

—Mi abuela dice que soy muy inteligente.

—Los inteligentes aspiran a llegar a la universidad para demostrar que lo son, los listos nacemos graduados.

Marco permaneció unos segundos observando cómo se alejaba aquel hombre y preguntándose si era de listos o de inteligentes hacerse pasar por un espía para ser infiel a su esposa.

Herzbergstrasse. Distrito de Lichtenberg

No iba a reconocerlo jamás, y menos delante de Florian Klein, pero si permanecía un minuto más en aquel condenado piso, Viktor Lavrov iba a terminar desmayándose.

—¿Y bien, camarada comandante, va a decirme de una vez por todas de qué conocía a Gunter Sülle? —le preguntó el inspector.

El psicólogo criminalista acompañó con la mirada el lento transitar del tranvía que bajaba la calle. De entre los pasajeros le llamó la atención una madre que sostenía en uno de sus brazos a un bebé mientras que con el otro se aferraba a una barra para no perder el equilibrio. En ese instante, como si de una broma macabra se tratara, su cerebro sustituyó el rostro de la joven por el de Erika, obsequiándole una imagen que no podría llegar a producirse más que en su imaginación.

—¿Así se llamaba? —respondió apático a la vez que contemplaba cómo se alejaba.

—Mi gente acaba de confirmármelo. ¿Lo conocía o no lo conocía?

—No, pero lo vi la pasada noche saliendo de un local de ambiente llamado Das Glas Halb Voll. Al cruzarnos me rozó con el hombro y lo miré a la cara. No tengo ninguna duda de que se trataba de él.

Viktor Lavrov omitió añadir deliberadamente que estaba acompañado por otro hombre en cuyos rasgos faciales no se fijó.

—Justo antes se había producido un registro de sus nombres. No sería de extrañar que el nombre del asesino quedara registrado en ese listado, por lo que deben comprobarlos uno a uno y...

—¿Y puedo preguntarle qué hacía allí? —le interrumpió.

—Puede, por supuesto que puede.

Tras unos incómodos segundos de espera, el inspector de la Unidad Especial de Investigación Criminal de la Stasi comprendió que su pregunta no se iba a emparejar con ninguna respuesta.

—Como prefiera —claudicó—. He pedido que me informen de inmediato tan pronto le saquen lo que fuera que tuviera metido en el culo. Le avisaré cuando tenga el informe de la autopsia.

—Se lo agradezco.

—Apuesto a que se trata de algún juguete sadomasoquista o similar.

El psicólogo clavó sus ojos saltones en los de Klein.

—¿Cuánto?

—Cuánto, ¿qué?

—Que cuánto quiere apostar.

—Era una forma de hablar.

—Entonces ¿retira la apuesta?

—No —respondió desconcertado.

—¿Cien marcos?

—Quinientos.

—Quinientos —repitió el ruso—. Yo digo que no se trata de nada relacionado con el sexo. Confío en que sea usted un hombre de palabra. Dígame: ¿han terminado con los listados?

—Estaba previsto que anoche visitaran los tres últimos locales, pero aún no me ha dado tiempo a corroborarlo.

—Son ustedes muy diligentes, seguro que han cumplido. Por favor, hágame llegar una copia del listado a mi despacho a la mayor brevedad.

—Así lo haré. ¿Tiene alguna esperanza de que su nombre aparezca en alguno de esos listados?

—Estoy convencido de ello. ¿Quiere apostar otros quinientos?

—Mi sueldo no da para tanto, camarada. ¿Y cómo cree que va a ser capaz de dar con el nombre correcto de entre los más de trescientos que hemos anotado?

—Nuestro objetivo es ir reduciendo ese número, y, a poder ser, antes de que vuelva a actuar.

—Yo diría que el mero hecho de haberse dejado olvidado —definió con sorna— eso dentro de su última víctima va a modificar su comportamiento. Por primera vez las cosas no le han salido como esperaba y eso, de un modo u otro, tiene que afectarle.

Viktor Lavrov lo miró con sincera fascinación.

—Es lo más brillante que le he escuchado decir desde que lo conozco, camarada inspector.

—Bueno, yo diría que es muy obvio que...

—Sí, sí, por supuesto que lo es —le interrumpió—. Pero ha dado con la palabra clave: «Comportamiento». El problema es que tendríamos que poder descifrar cómo funciona una mente criminal para...

—Anticiparnos, sí, ya lo he entendido.

El del KGB sonrió.

—Se está ganando usted la posibilidad de que me deje invitarle a una cerveza.

—Pues ahora que lo dice, conozco un tugurio...

—¡Espere, espere! —le pidió mostrando ambas manos con los índices apuntando al cielo—. ¡Maldita sea! Pero ¡¿cómo no me he dado cuenta antes?!

—¿De qué?

—De que solo un psicópata sabe cómo trabaja el cerebro de un psicópata.

—¿Y eso es una ventaja?

—Lo es si conoces a uno. ¿Sabe dónde está la taberna Wirtsgarten?

—¿La de Köpenick?

—Esa. Invíteme a ese trago a cuenta de los quinientos que me debe y se lo explico.

Exterior de la taberna Wirtsgarten

Korbinian Zozulia ató el perro cuyo nombre desconocía a la farola de la esquina, le acarició el lomo y se dispuso a entrar. No se consideraba un experto en previsiones climatológicas, pero su sentido común le decía que iba a llover. Al entrar se encaminó directamente a la barra con las manos metidas en los bolsillos y pidió una Kölsch. Era la primera vez que entraba allí, pero el lugar lo tenía más que controlado por ser uno de los puntos de encuentro habituales del alto funcionariado de la RDA. No obstante, de entre los muchos parroquianos que abarrotaban el sitio, solo dos le interesaban: esos que estaban sentados en una mesa junto a la columna de la entrada. Se colocó de espaldas a la barra e inició el disimulado barrido visual para comprobar que el nivel de cerveza de sus jarras —traducido en minutos de permanencia en el local— le otorgaba tiempo suficiente como para retratarlos sin prisa. Entre él y sus objetivos solo se interponían los clientes que pasaban por delante, por lo que solo tenía que elegir bien el momento. Jarra en mano, Zozulia regresó a la posición original y aguardó unos

segundos antes de sacar la cajetilla de cigarrillos del bolsillo de la chaqueta. No fumaba, pero extrajo uno y se lo colocó en los labios. Se tomó su tiempo para prenderlo y luego guardó el paquete sin dejar de mirarlos a través del espejo que tenía frente a él y que estaba pidiendo a gritos que alguien lo acariciara con un trapo. El peso de la conversación lo llevaba el tipo de los ojos saltones y la cara picada al que le habían encargado identificar. El otro, el coqueto inspector de la Unidad Especial de Investigación Criminal de la Stasi que ya conocía, se limitaba a escuchar haciendo alarde de dominar un amplio abanico de muecas y ademanes de distinta naturaleza. Todavía con la mano dentro del bolsillo, palpó para asegurarse de que agarraba la cajetilla correcta antes de sacarla. Exteriormente eran idénticas, pero la que le interesaba en ese instante pesaba cuatro veces más. En concreto los doscientos ochenta y cuatro gramos de la minicámara Minox que ocultaba en su interior. Con cuatro velocidades de disparo y otras tantas opciones de apertura del objetivo, contaba con dieciocho intentos para sacar una fotografía que presentar a sus superiores. Habida cuenta de su dilatada experiencia en esas lides y de las favorables circunstancias en las que se encontraba, no necesitaría más de dos, pero, por curarse en salud tenía previsto hacer al menos seis. La calibró mientras hacía como si jugueteaba con ella a la vez que se volvía hacia ellos para ajustar el encuadre. Con la muñeca apoyada en la cadera apretó el pulsador con el pulgar y se la introdujo de nuevo en el bolsillo. Sin premura alguna apuró su cerveza, pagó y abandonó el local con la vista al frente. Misión cumplida.

Minutos más tarde, Korbinian Zozulia tomaba asiento en un banco próximo a la entrada del Volkspark de Köpenick. Del Cuervo solo sabía que era la persona a la que le tenía que entregar el material y que, supuestamente, ahí terminaba su labor en un asunto del que nada le habían contado. Era mejor así. Menos responsabilidad, menos riesgo. Lo había visto una vez. Fue en Lisboa, cuando desde Langley tuvieron que recurrir a él para resolver una operación que se les había ido de las manos por culpa de la intromisión de la inteligencia británica. Cuatro féretros. Desde aquello habían transcurrido tres años, pero lo recordaba con ese aspecto de

predicador vicioso, con su traje negro de levita, camisa blanca abotonada hasta el cuello, botines de charol negro y sombrero amish.

No se percató de que alguien se había sentado junto a él hasta que vio que una mano rascaba detrás de la orejas del dichoso perro.

—¿Cómo estás hoy, Gengis? —le preguntó al animal, sentado sobre sus cuartos traseros.

A Korbinian Zozulia no le hizo falta mirarlo para saber que se trataba de él. Su alemán era más bien precario, más aún si lo comparaba con el suyo, muy perfeccionado después de los años que llevaba viviendo en Berlín. De origen lituano, su familia había caído en desgracia con las primeras depuraciones del Ejército Rojo orquestadas por Stalin. Su abuelo, coronel de artillería, fue pasado por las armas, y a su padre —gracias a que solo lucía galones de capitán— lo condenaron a diez años de prisión, tras los cuales emigró a la Alemania comunista con la esperanza de cruzar al oeste en cuanto se presentara la ocasión. Fue la muerte, sin embargo, lo que se le presentó disfrazada de fallo renal, terminando así con sus esperanzas y las de los suyos. El joven Korbinian, de espíritu mucho más transgresor que ahora, pasó a formar parte de grupos alborotadores antisistema en los que pescaban con frecuencia los servicios de inteligencia occidentales. Él mordió el anzuelo de la CIA en el año sesenta y cuatro y, desde entonces, trabajaba como agente de campo ilegal —no reconocido por el gobierno norteamericano— dentro del Grupo de Operaciones Encubiertas.

—Tengo lo que me han encargado.

—Lo veo más delgado.

—Trato de controlar las comidas.

—Me refiero a Gengis. Usted está exactamente igual que hace tres años. Bueno, algo más gordo, quizá. ¿Se encarga usted de cuidarlo?

—No. A mí solo me han dicho que lo pasee.

—¿Se dedica a pasear a Gengis?

—Podría decirse que sí.

—Creo que voy a solicitar su puesto. ¿Tiene la dirección?

Este se la proporcionó de viva voz.

—Ayer mismo fue a buscar a una mujer al aeropuerto de Schönefeld. Venía en un vuelo procedente de Moscú.

—Interesante. ¿Lo tiene documentado?

—No, ayer no disponía de la cámara —le explicó al tiempo que le entregaba el paquete de cigarrillos.

—¿Y puedo saber por qué?

—Las tres que tenemos estaban ocupadas.

—Mucho trabajo, ¿eh?

—Demasiado. Supongo que ya lo sabe, pero cuando extraiga el microfilm, hágalo en una habitación a oscuras.

—Tranquilo, no lo haré yo.

—Entiendo.

—Hábleme de Lavrov.

Korbinian Zozulia tomó aire.

—Solo llevo cinco días tras él. No tiene una rutina fija. No se levanta a la misma hora y regresa a casa en horarios muy dispares. Desde que Mielke le hizo el encargo se ha movido de aquí para allá como un pollo sin cabeza recorriendo locales nocturnos de ambiente. También ha mantenido un encuentro con Frau Allendorf, pero no tenemos ni idea acerca de lo que hablaron porque en esa casa es imposible meter alguna escucha.

—Difícil, puede; imposible, no.

El agente de campo de la CIA no quiso contradecirle.

—¿Y nuestro mirlo blanco en la Stasi qué nos cuenta? —quiso saber el Cuervo.

La expresión se usaba dentro de la CIA para definir a un agente doble de contrastada validez, circunstancia que era tan rara de conseguir como de ver un mirlo blanco.

—Que yo sepa, nada. Por ahora —añadió Zozulia—. Diría que su objetivo es muy reservado.

—Lógico, trabaja a las órdenes de Nikolai Kokorin. Pero si tenemos a alguien dentro tendremos que hacerlo cantar, ¿no cree? ¿De qué sirve un pájaro muerto en una jaula de oro?

—Tiene razón, pero ya sabe que no habla con cualquiera.

—Usted no es ningún cualquiera, pero, no se preocupe, yo me ocupo personalmente de él.

—¿Qué más necesita?

—Quiero saber con qué equipo de apoyo cuenta Lavrov. Eso es importante. Muy importante —precisó.

—No va a ser fácil, en ocasiones van rotando y no puedo asegurar que tengamos controlados a todos los activos del KGB en Berlín. Sin embargo, hay algo que me ha llamado bastante la atención. El martes, después de pasar por Keibelstrasse, se fue a la comisaría de Karlshorst y estuvo tomando un café con una oficial de la Kripo con la que le he visto un par de veces más. No sé qué se traen entre manos.

—Sería conveniente saberlo, ¿no cree?

—Sí, pero mis órdenes...

En ese momento el Cuervo lo miró. Sonreía, pero Korbinian no percibió nada amable en aquellos ojos castaños oscuros.

—Puedo tratar de enterarme. Es decir, me enteraré.

—Muy bien. Y, de paso, averigüe si Boris Kliuka está en el ajo. Tengo una cuenta pendiente con él. ¿Algo más que deba saber?

—Creo que no me dejo nada en el tintero.

El otro se dio unas friegas en los muslos y elevó la mirada al cielo.

—Del uno al diez, siendo el uno muy poco peligroso y el diez extremadamente peligroso, ¿qué puntuación le daría a Viktor Lavrov?

El agente meditó la respuesta.

—Un seis.

—Me lo temía. Cuanto menos peligrosos aparentan ser, más cuidado hay que tener. Ha sido un placer y, por favor, encárguese de que alimenten a mi perro.

—¿El perro es suyo?

—No tiene dueño, pero como si lo fuera —dijo regalándole una carantoña antes de marcharse.

Residencia de Viktor Lavrov y Erika Eisemberg

Conectado con ella a través de su mirada, Viktor Lavrov tenía todo su empeño puesto en amarrar las riendas del orgasmo que

amenazaba con desbocarse desde el mismo instante en el que la penetró. Aquel maravilloso calvario había empezado mucho antes, justo después de salir de la taberna Wirtsgarten con su objetivo cumplido y de despedirse de Florian Klein hasta el día siguiente. Solo entonces vació su cabeza de cualquier idea, propósito, tarea, intención o deseo que no fuera mantener una intensa y prolongada sesión de sexo con Erika.

A pesar de que el germen de la idea había partido de Klein, no le había resultado nada sencillo convencer al insigne inspector de la Unidad Especial de Investigación Criminal de la Stasi de que su plan tenía sentido. Necesitaba conocer el comportamiento de la mente del asesino, y no se le ocurría un camino más recto que recurrir a la única persona facultada para hacerlo: Peter Sutcliffe. Y para ello debía lograr que su impuesto e impostado compañero se encargara de mover los hilos de la diplomacia para que le permitieran volar a Inglaterra y visitar de nuevo el presidio de alta seguridad de Parkhurst. Muy a su pesar, Viktor se había visto en la necesidad de desplegar todo su arsenal sugestivo y aderezarlo con tecnicismos psiquiátricos con el fin de someter la tenaz resistencia del alemán. La puntilla se la dio al detallarle el historial de Sutcliffe, haciéndole entender las nefastas consecuencias que tendría un caso similar para el actual gobierno de la RDA, tanto de puertas adentro como de cara al extranjero. De este modo consiguió obtener su compromiso para tramitar la petición a través del Ministerio del Interior con la única condición de estar al corriente de los resultados. En un tono más jocoso, el ruso le advirtió de que no se haría cargo de las posibles secuelas que ello le provocara, como tampoco pensaba asumir el pago de las tres rondas de cervezas que se habían bebido durante el proceso.

En el proceso en el que se encontraba ahora, a punto de liberar el torrente orgásmico que amenazaba con hacerle estallar los testículos, únicamente le importaba no perder el contacto con esos ojos azules casi grises que tanto había añorado.

Tres violentos golpes rompieron el hechizo.

Ambos se paralizaron.

Otros tres golpes, más violentos aún, hicieron que Erika reaccionara sacándose de encima a su amante.

—Alguien estaba aporreando la puerta —dijo ella.

—Pero ¿quién...?!

La frustración y la ira no le permitieron terminar la frase.

De nuevo la secuencia.

—¡Me voy a cagar en la cochina madre que trajo al mundo a quien sea que esté ahí! —vociferó en ruso mientras se ponía los pantalones y abría el primer cajón de la mesilla, donde guardaba su Makarov PM de 9 mm. Encolerizado, recorrió el pasillo a grandes zancadas. Antes de mover la pestaña de la mirilla pegó el cañón de la pistola contra la puerta a la altura del pecho del inoportuno visitante.

Su giro fusiforme empleó un par de segundos en reconocer esos rasgos faciales, pero cuando envió el resultado lo hizo sin dejar espacio a la duda.

Era él.

Era Otto Bauer.

Piso franco del Mossad. Distrito de Mitte

A Uri Jamchi se le aceleró el pulso antes de releer la última línea del mensaje cifrado. Le había alterado no tanto el contenido como el hecho de venir firmado por Yitzhak Hofi, director del Mossad.

«Utilice el acercamiento de Wolf como entienda oportuno para lograr intervenir la oficina consular de la OLP en Berlín Oriental».

Tajante.

Necesitaba atemperar su estado de nervios y, aprovechando que estaba solo, no encontró mejor manera de hacerlo que liándose un buen canuto de esa marihuana que le traían de Holanda.

En sus nueve años como miembro del servicio de inteligencia israelí jamás había recibido comunicación alguna desde Tel Aviv de tanta entidad. No eran esas, ni mucho menos, las misiones que solían encomendarle, siempre dirigidas a neutralizar activos considerados enemigos de la causa judía. Pero las circunstancias

habían cambiado y la rumorología llevaba un tiempo apuntando en la misma dirección: el descrédito de Hofi, provocado principalmente por su escasa relación con el nuevo ejecutivo encabezado por Menájem Beguín. Desde que ocupó el cargo, el líder del Likud había empezado a explorar una vía de acercamiento con los Estados árabes vecinos menos beligerantes —estrategia que para nada era favorable a los intereses del Mossad—, una nueva vía que había cristalizado en los acuerdos de paz de Camp David del setenta y ocho y que desembocó en el acuerdo de paz con Egipto que le valió para hacerse merecedor del Premio Nobel de la Paz compartido con Al-Sadat. Beguín contaba con el reconocimiento internacional y ya se había ganado el apoyo interno de la ciudadanía con la puesta en marcha de la Operación Litani contra los intereses palestinos en el Líbano y con la muy reciente Operación Ópera en la que destruyó un reactor nuclear iraquí tras un bien planificado ataque aéreo preventivo. En esta tesitura, a Yitzhak Hofi no le quedaba otro remedio que concentrar sus esfuerzos en combatir las muchas organizaciones terroristas que atentaban contra los intereses judíos en cualquier parte del planeta. La matanza de Múnich había encumbrado a Septiembre Negro en el número uno del ranking antisionista, pero, después de la venganza ordenada por Golda Meir y consumada con más o menos éxito por comandos israelíes, el objetivo principal del Mossad —y por extensión de Kidon— era frenar el crecimiento e influencia de la Organización para la Liberación de Palestina en el mundo árabe. Que desde septiembre de 1973 la OLP contara con presencia física en Berlín Oriental y que el hecho estuviera auspiciado por el gobierno de Honecker era una evidente declaración de intenciones del alineamiento de la RDA, cómo no, con el antisionismo impulsado por la Unión Soviética. Estaba claro que, igual que había interpretado él, Yitzhak Hofi consideraba que se podía sacar mucho provecho del acercamiento de un hombre del calado de Markus Wolf, aunque este estuviera motivado por intereses de índole personal.

Uri Jamchi ya tenía la autorización que necesitaba, ahora solo debía averiguar qué era eso que, según el alemán, escondía el

ministro tras el excesivo interés demostrado por el asunto de Werner Wögler.

Solo.

El principio de aletargamiento provocado por el cannabis le ayudaba a diseccionar al paciente con más calma.

Los informes del Mossad aseguraban que el KGB estaba ciertamente interesado en recuperar al científico para consolidar su obsesiva investigación en el campo del armamento químico y biológico. También era incuestionable que la CIA quería tapar todo lo relacionado con el proyecto MK Ultra que tanto les había hecho sonrojar en el Senado, pero ¿qué podría mover a la Stasi para que quisieran adelantarse a Moscú? La falta de respuesta generaba otras incógnitas, variables que bien podrían estar en consonancia con las sospechas de Wolf. ¿Y si fuera cierto que Johannes Allendorf manejaba información comprometida vinculada con Erich Mielke? De confirmarse, estaba claro que tendría muchísimo valor para Markus Wolf, y por tanto él podría hacérselo pagar al precio que considerara oportuno. Más aún si le pedía algo que no iba contra sus intereses personales ni contra los de su país: que le diera vía libre para sembrar de escuchas ese maldito consulado de la OLP desde el que, supuestamente, partían las acciones terroristas de los palestinos en Europa. Pero, yendo un paso más allá y dependiendo de la gravedad del asunto, ¿quién les impediría utilizar esas revelaciones para quitarse de en medio a un antisionista declarado como era el ministro Mielke?

Jugoso, muy jugoso.

Ya tenía decidido que a primera hora de la mañana iba a reunir a su equipo con la idea de establecer una estrategia. Tenían que moverse muy rápido y contaban con la dificultad añadida de encontrarse en territorio hostil. No iba a ser sencillo, pero, por suerte, disponía de marihuana de sobra para empezar a esbozar esa misma noche su plan de acción. Uri Jamchi arrancó una hoja del cuaderno y escribió el nombre del desencadenante en el centro: Johannes Allendorf. A continuación dio una calada al porro y anotó los del resto de intervinientes provisionales. No había liberado el

humo cuando se percató de que le faltaba uno harto importante: el del agente del KGB al que le había caído semejante marrón.

Y esa era la primera incógnita que iba a despejar.

Residencia de Viktor Lavrov y Erika Eisemberg

Estaba borracho, eso era más que evidente, pero, así y todo, Otto conservaba un nivel cognitivo suficiente como para sostener una conversación. Sin embargo, el alemán solo había articulado la frase: «Tengo que contarte algo importante», que tuvo por respuesta un: «Ya puede serlo para haberme estropeado el mejor polvo de mi vida». A regañadientes, Otto Bauer había aceptado el café que Erika le había ofrecido y ambos aguardaban en el salón a que esta regresara sosteniendo un incómodo y viscoso silencio.

—Tú también me jodiste un buen polvo una vez, ¿recuerdas? — pronunció Otto al fin casi con total corrección.

—Tenía un buen motivo, creía que te estaban atacando.

Al otro se le escapó una risa tonta que supo detener cuando notó que empezaba a teñirse de melancolía.

—Birgit y yo hemos estado buscándote por toda la maldita ciudad.

—¿Sí?

—Sí. Puedes estar seguro de que sí, amigo —certificó Viktor en un tono nada amistoso.

—Mi hermanita sigue empeñada en manejar mi vida. Tenía que haber sido asistente social, no policía.

—Birgit es una excelente policía, no seas cabronazo. Es más, gracias a ella estás vivo.

—No me lo recuerdes, joder. Intento pasar página.

Inconscientemente, quitó el brazo izquierdo del reposabrazos y escondió la mano bajo sus piernas como si se avergonzara de ella de manera repentina. El incómodo momento se difuminó con el tintineo que precedió la aromática entrada de Erika sosteniendo una bandeja.

—Espero no haberme perdido el final de la película —dijo ella, risueña.

—¡Uy, qué va! Si ni siquiera hemos terminado con el guion. Justo ahora estábamos decidiendo si el inoportuno personaje del inspector jefe que tanto molesta al protagonista debe o no morir en esta escena —bromeó el psicólogo.

—¿Cómo lo tomas? —le preguntó ella a Otto.

—Solo, gracias.

Otro silencio se agigantó entre ellos en el instante en el que se hizo evidente cuánto le temblaba el pulso al invitado al posar la taza sobre el platito de café.

—Cuando quieras, somos todo oídos —le animó Viktor.

Otto Bauer dejó el mensaje acusador encima de la mesa, se rascó las patillas y se prendió un Karo sin filtro —y sin permiso— antes de hablar.

—Te he visto esta tarde en el Wirtsgarten —desveló.

—¿En serio? ¡¿Me has visto y no has tenido cojones para decirme nada?!

—Te lo estoy diciendo ahora.

—Viktor, por favor, déjale hablar —terció Erika.

—Últimamente voy mucho. De hecho, suelo empezar allí.

—Birgit se va a tirar de los pelos cuando se lo cuente. Sigue.

—Estaba al final de la barra cuando os vi entrar. Me habría acercado si no hubieras estado acompañado por el imbécil de Klein.

—¿Lo conoces?

—Y quién no... Lo último que quería en ese momento es aguantar su cara de comemierda.

—Tenemos un asunto entre manos que luego te contaré. Continúa.

—¿Con Klein? Pobre de ti. El caso es que al rato entró otro tipo al que no había visto nunca antes en el Wirtsgarten y me di cuenta de que no os quitaba la vista de encima. Pidió una cerveza, os hizo unas cuantas fotos y se largó.

—¿Cómo?

—Lo que has oído. Ese tipo entró para eso.

—¡¿Estás seguro?!

—Por completo.

Viktor se incorporó para maldecir en su idioma más cómodamente.

—Siéntate, por favor —le pidió Erika.

Este obedeció de mala gana.

—¿Qué aspecto tenía?

—Común. De unos cuarenta, pelo castaño, estatura media, complexión delgada y atuendo... No sé, normal —definió—. Cuando os despedisteis te seguí hasta aquí con la intención de contártelo, pero...

—Pero ¿qué?

—He necesitado un par de tragos más para poder subir.

—Joder, Otto.

—Así vienen dadas las cartas —se justificó bajando el tono un par de octavas.

—Está bien —se sosegó el ruso—. Te agradezco que me hayas avisado.

—¿Qué negocios te traes entre manos con Klein?

Viktor Lavrov le dio el último sorbo a su café.

—Me voy a tomar un vodka, pero ni se te ocurra pedirme una gota porque necesito que estés despejado.

No había transcurrido una hora desde que el ruso hizo el mismo ejercicio de concreción con Erika para ponerla al día de la investigación que le había encargado Erich Mielke. Otto Bauer se limitó a escuchar y a fumar un cigarro tras otro mientras el del KGB le detallaba los pormenores del caso.

—De ahí las redadas de estos últimos días —dedujo.

—Exacto. Por eso Birgit y yo te estábamos buscando. Incluso llegamos a pensar que, al no dar señales de vida, podías ser tú la víctima sin identificar.

Este sonrió.

—Hace falta algo más que un tarado de los cojones para mandarme a mí al otro barrio.

Viktor chasqueó la lengua.

—Supongo que eso mismo pensarían los cuatro tipos a los que ya se ha llevado por delante. No se trata de ningún tarado, Otto.

—Estaré alerta —dijo, divertido—. Bueno, yo creo que va siendo hora de que os deje descansar. O lo que sea.

—No tan deprisa, querido. Antes dime cómo puedo localizarte. Y prepárate para hablar con Birgit, porque mañana mismo la tienes en tu casa.

Otto, resiliente, le dio una dirección del barrio de Prenzlauer Berg.

—¿Esto está cerca de Kollwitzplatz?

—Al lado, ¿lo conoces? —quiso saber, sorprendido.

—Vagamente —calificó obviando el hecho de que allí mismo estaba ubicada la tienda de repuestos Weber, la estación de comunicaciones de la Oficina S en Berlín.

—Buenas noches —se despidió el alemán.

—Trata de descansar, Otto, te vendrá bien —le dijo Erika.

—Si, eso, duerme un poco, que lo mismo a primera hora nos tienes en tu casa para que nos invites a desayunar.

En cuanto se cerró la puerta, Viktor se volvió hacia Erika y le agarró la mano.

—¿Retomamos?

Esta dio un paso atrás.

—Estás enfermo. Yo me voy a dormir, ahí tienes el baño si tanta necesidad tienes.

—Maldito seas, Otto Bauer —bisbiseó entre dientes.

SUDOR FRÍO

*Barrio de Blasewitz
Dresde (RDA)
21 de junio de 1981*

Se secó la fina y molesta capa de sudor que le cubría las palmas de las manos en los pantalones para poder asir con firmeza el volante. Buscaba un lugar para tomar un café cerca de la tienda del relojero, despejarse y enfriar la cabeza antes de afrontar aquel paso crucial. Quien guiaba su mano había querido que ese capítulo trascendental se desarrollara en su ciudad natal. Tal era su infinita sabiduría aunque él no alcanzara a entender el porqué. La tensión acumulada no le había dejado dormir más de cuatro horas sumando los minutos de los infinitos microperíodos en los que había logrado desconectarse de la realidad. Y esta, cruda y sincera, le decía que había llegado el momento de dar la estocada final. Los acontecimientos se habían ido desarrollando a su favor, si bien no podría decir que se hubieran ajustado con pulcritud a como él los había planificado. Todo se había precipitado a raíz de la muerte de Johannes Allendorf, circunstancia que sin duda había originado las batidas en los locales de ambiente por parte de la Stasi. Que hubieran registrado su presencia en uno de ellos implicaba cierto peligro, pero enseguida supo ver que más pronto que tarde resultaría favorable para sus intereses. Sin embargo, lo que no podía haber imaginado jamás era que la torpeza de dejarse de forma no voluntaria el arma homicida en el escenario del crimen

terminara resultando un gran acierto. Nada era fruto del azar y si de algo estaba seguro en ese preciso instante era de que el Todopoderoso continuaba de su lado. Así las cosas, a pesar de que solo tenía que hacer una comprobación en el taller de reparación de relojes Kaufmann, el simple hecho de asumir el riesgo que conllevaba regresar allí hacía que se le acelerara el pulso. Tenía que sosegar, y para ello no había mejor forma que recurrir a las Sagradas Escrituras. Al tiempo que maniobraba para aparcar frente a una cafetería, buscó el bálsamo en su archivo mental.

—Así que no temas, porque yo estoy contigo; no te angusties, porque yo soy tu Dios. Te fortaleceré y te ayudaré; te sostendré con mi diestra victoriosa —citó.

Se había criado en la parte nueva levantada en el margen derecho del río Elba, y, no obstante, se desenvolvía a la perfección en el centro histórico de Dresde, cuyas calles y casas —en perpetua reconstrucción— habían quedado arrasadas por completo tras los cruentos bombardeos aliados casi al término de la Segunda Guerra Mundial. Más de cuatro mil toneladas de bombas y artefactos incendiarios provocaron una tormenta ígnea que en dos días redujo a cenizas la denominada Florencia del Elba. La mayor parte de sus edificios emblemáticos del barroco tardío fueron destruidos o demolidos como consecuencia de los irreparables daños estructurales. De su infancia recordaba las historias que le contaba su padre acerca de cómo logró sobrevivir bajo tierra rezando para que el techo no se les desplomara encima; del atronador ruido de las explosiones; de la angustia que le provocaba buscar a familiares y amigos entre los cientos de cadáveres esparcidos por las calles; del hambre y la miseria, pero, principalmente, les hablaba acerca de la manera de convivir a diario con la adversidad gracias a que mantuvo la fe en el único Dios verdadero. La capacidad de superación del pueblo alemán hizo el resto, y en apenas una década la capital de Sajonia parecía repuesta y dispuesta a recobrar el esplendor de tiempos pretéritos. Tanto era así, que ya se consideraba a Dresde el motor que hacía latir el corazón del tejido industrial de la República Democrática Alemana, erigida por méritos propios en adalid del exitoso modelo económico socialista. Además

de aquellos ejemplificadores relatos del pasado, de su padre recibió mucha disciplina y un legado de convicciones castrenses del que no supo ni quiso escapar. Así, con dieciocho años recién cumplidos ingresó en la Academia Militar del Ejército Popular Nacional de Dresde dispuesto a entregar los mejores años de su vida para cumplir con el lema de la recién creada institución: «Por la defensa del poder obrero y campesino».

Nada se decía de la defensa de los jóvenes aspirantes a militares.

—¿Desea algo de comer? —oyó que le preguntaba el camarero sacándole de sus pensamientos.

—No, gracias.

Degustó con calma el café y salió al exterior repasando mentalmente el procedimiento que había elaborado durante el trayecto por carretera de tres horas y media. Siendo domingo, la mayoría de negocios estaban cerrados al público. Ese, cuyo anticuado letrero rezaba: «Taller de relojería Kaufmann» también lo estaba, pero al ser judío el propietario confiaba encontrarlo trabajando, del mismo modo que cuando le hizo el encargo del fabuloso artilugio. Le costaba asumir que no volvería a disfrutar de los efectos que la Pera de la Angustia provocaba en sus víctimas y, al mismo tiempo, admitía que se trataba de un mal menor considerando que, si todo salía como esperaba, ya no tendría que volver a usarla jamás.

El hombre de duras pero proporcionadas facciones de corte oriental se aproximó al pequeño y único escaparate del establecimiento. Tras este, una vieja cortina dejaba pasar la tímida luz que bañaba el interior de la tienda. Se adecentó el traje y colocó el pelo antes de golpear el cristal exhibiendo su mejor sonrisa. Iba a repetir la operación cuando de improviso apareció la cara del dueño por un lateral.

—¡Está cerrado! —dijo el artesano elevando la voz para superar la transparente barrera de vidrio.

—¡Será solo un segundo, Herr Kaufmann!

El relojero se quitó las gafas y amasgó los ojos. Luego articuló una mueca que llevaba implícito el malestar que le generaba no saber decir que no. Su oficio dependía del cliente y ese que le

estaba importunando, sin duda, lo era. Con la mano le indicó que se dirigiera a la puerta e instantes después escuchó el sonido de la cerradura.

—Muchísimas gracias.

—Pase, pase, no se quede ahí, que no quiero que nadie piense que tengo abierto al público y me genere un problema con la municipalidad.

—Es usted muy amable.

—Tome asiento —le indicó al tiempo que se dirigía hacia el mostrador—. Tengo que terminar algo.

—Por supuesto —contestó él girándose para observar en derredor. Habría jurado que cada objeto presente en aquel diminuto local permanecía en el mismo lugar que la última vez que estuvo allí hacía más de un año. A ojos profanos podría ofrecer una apariencia caótica, como si aquel fuera un espacio abandonado a la anarquía; no obstante, podían apreciarse tres áreas bien diferenciadas: las estanterías que forraban las paredes desde el suelo hasta el techo y cuya función era la de satisfacer las necesidades de almacenaje que conllevaba la fecunda forniture propia del gremio. Al fondo, tomando como referencia la puerta de entrada, se encontraba el taller, conformado por tres mesas provistas del instrumental necesario para acometer una u otra tarea. Por último, la zona de atención al cliente, aunque, visto lo visto, también la dedicaba a la reparación cuando no había clientes que atender.

Pasados unos minutos, Tobias Kaufmann levantó la vista de las tripas dentadas del reloj de pulsera que estaba manipulando, introdujo las pinzas en el estuche y se tomó su tiempo para limpiar y guardar el destornillador antimagnético de precisión que acababa de utilizar. En su rostro arado por el paso del tiempo se bosquejó lo que parecía conformar una sonrisa sarcástica.

—¿Y bien? ¿Cómo le fue con la exposición, profesor Kemke?

Residencia de Viktor Lavrov y Erika Eisemberg

Estaba exprimiendo el zumo de la segunda naranja cuando sonó el teléfono.

Y de nuevo las injurias, execraciones y juramentos salieron de la boca de Viktor mientras caminaba presuroso hacia el lugar exacto donde aquel timbre le gritaba que su concienzudo plan dominical estaba a punto de irse al garete. Este tenía tres fases: la primera contemplaba despertar a Erika desplegando su mejor arsenal de besos y caricias; la siguiente consistía en compartir con ella un frugal aunque deleitoso desayuno; por último, pero no por ello menos importante —más bien al contrario—, retomar y rematar la faena que se vio interrumpida con la inesperada aparición de Otto Bauer y que se había convertido en una necesidad imperiosa, una urgencia vital equiparable a la de evacuar la vejiga o el vientre.

O respirar.

Eso era: su organismo requería eyacular tanto como oxigenar la sangre. Lo tenía al alcance de la mano, casi podía sentir el inicio del orgasmo con solo pensarlo, pero esa inoportuna y tempranera llamada telefónica amenazaba con echar por tierra su menesterosa planificación.

—¡Dígame! —contestó la crispación a través de sus cuerdas vocales.

—¡Buenos días, camarada comandante Lavrov! Espero no haberle despertado, pero tengo excelentes noticias.

—¿Inspector Klein?!

—El mismo. ¿Pensaba que no iba a ser capaz de averiguar su número de teléfono?

Viktor apretó los párpados con fuerza y en su cara interior lo vio tirado sobre una superficie en llamas, eviscerado pero aún vivo, sumido en una agonía eterna que lo consumiría el resto de sus días.

—Es domingo, maldita sea...

—El mal nunca descansa, ya debería saberlo —bromeó—. Ayer les pedí a los técnicos que si averiguaban algo relacionado con el artefacto que encontraron en..., ya sabe —acortó—, que me informaran de inmediato. Tenía usted razón: no se trata de ningún juguete sexual, es una réplica de un instrumento de tortura medieval.

—Estupendo, me debe quinientos marcos —le recordó sin euforia alguna.

—Menos los doscientos diez que me gasté en la taberna esa de Köpenick.

—Miserable.

—Resulta que al desmontarlo han encontrado la firma del fabricante, práctica que, según me dicen, es muy habitual entre los artesanos de relojería. Lo hemos identificado y se trata de Tobias Kaufmann.

—Tobias Kaufmann —repitió.

—Un reputado relojero de Dresde. ¿No se da cuenta?

—De qué. ¿Cree que el tal Kaufmann es nuestro hombre?

—¡No! El hombre tiene casi setenta años, pero podría acordarse de quién le hizo un encargo tan especial. Y, si no lo recuerda, seguro que lo tiene anotado por algún sitio. Los judíos son así. Ese hijo de perra tiene los días contados.

Escuchar esa última frase hizo que un impulso eléctrico recorriera su médula espinal y le estallara en el bulbo raquídeo.

Silencio.

—Es un paso importantísimo, camarada comandante. Mañana tenemos que ir a Dresde sin falta, conozco un lugar donde ponen unas...

—Un segundo —le interrumpió.

—Vamos a Dresde, interrogamos a Kaufmann y antes de regresar paramos en...

—¡Un segundo, por favor!

—¡Ah, y otra cosa más antes de que se me olvide! Han hallado restos de semen en la funda de la almohada en el apartamento de Gunter Sülle tal y como...

—¿Puede cerrar el pico un maldito segundo?! ¡Solo le pido un maldito segundo! ¡Solo uno! —vociferó.

Silencio prolongado.

—¡Tiene que enviar a alguien de inmediato! —vociferó Viktor.

—¿Qué dice? ¿Enviar a quién? ¿Adónde?

—¡A la maldita policía de Dresde a la tienda del relojero! El que tiene los días contados es Kaufmann. Es de imaginar que el tipo que

lo mandó fabricar es consciente de que el dichoso artilugio nos va a llevar hasta él, y no creo que vaya a permitir que este lo identifique así, sin más.

—¿Usted cree?

—Lo creo, sí. Lo creo con todas mis fuerzas y si estoy equivocado no perdemos nada. Que lo mantengan bajo custodia hasta que lleguemos nosotros.

—¿Nosotros? ¿Hoy?

Viktor escuchó un prolongado resoplido al otro lado de la línea.

—Por favor, Florian —dijo atemperando el tono—, haga lo que le he dicho y contacte enseguida con la policía de Dresde. Por favor —insistió.

—Está bien, lo haré.

—Gracias. En quince minutos estaré listo. Le estaré esperando abajo.

El psicólogo colgó el teléfono y se presionó las sienes con las palmas de las manos.

—¿Estás bien? —le preguntó Erika.

—Sí. No. ¡Yo qué mierda sé! Tengo que marcharme.

Taller de relojería Kaufmann. Dresde

Había barajado la posibilidad de que se acordara de él, cierto, pero en ningún caso de que recordara su nombre, ya que apenas lo mencionó en un par de ocasiones. Perplejo, no logró contener un ademán de sorpresa.

—Voy a cumplir sesenta y nueve en septiembre, pero mantengo la memoria intacta gracias a que sigo memorizando cada una de las referencias que manejo —le explicó.

—Prodigioso —calificó—. Verá, Herr Kaufmann, he perdido la factura que me entregó, y ahora que está a punto de estrenarse la exposición me solicitan que justifique todos los gastos. ¿Sería usted tan amable de entregarme una copia de algún documento que demuestre que le hice personalmente el encargo?

—¿Todavía no ha llegado a estrenarse?

—Me temo que los intereses del decano están dirigidos hacia otros menesteres y no cuento con la ayuda que necesito para sacarla adelante —improvisó.

—Y tanto que no —dijo con aire acusador.

—¿Disculpe?

—Verá: no hace más de dos meses que me encontré a la salida de la sinagoga con un antiguo conocido que pertenece a la Junta Rectora de la Universidad Técnica de Dresde. No podría considerarlo un amigo, pero aun así me atreví a preguntarle por la exposición que usted me mencionó. Mentiría si dijera que no se me quedó cara de idiota cuando me dijo que no tenía ni la más remota idea de qué le estaba hablando.

El relojero hizo una pausa para tomar aire.

—¿Y cómo dice que se llama ese conocido suyo?

—No lo he dicho, pero se trata de Daniel Rosenbaum.

—Me suena el apellido, pero no lo conozco en persona. Aquello es como un ministerio —se defendió—, es imposible que nos conozcamos todos.

—Sin embargo, él sí le conocía a usted. Le considera un buen docente aunque me dijo que no tenía mucho trato con usted por su carácter introvertido y reservado. También mencionó que estaba obsesionado con los instrumentos de tortura de la época medieval en general, y con los que usaba la Santa Inquisición en particular. Y ahí quedó la conversación.

—Ya, bueno, seguiré insistiendo, nunca se sabe cuándo es el mejor momento. ¿Podría revisar sus archivos y comprobar si puede facilitarme eso que le he pedido?

—El caso es que siempre he sido muy puntilloso. Deformación profesional, ya sabe. Si una pieza no está bien puesta, por muy pequeña que sea, el mecanismo completo no funciona. Así que no me queda otro remedio que prestar la misma atención a todos y cada uno de los engranajes. Los detalles, por muy irrelevantes que aparenten ser, cuentan y mucho. ¿Me entiende?

El tipo que se hacía llamar Asa exteriorizó casi de un modo grosero que se le estaba agotando la paciencia.

—Le sigo, le sigo.

—Por eso, dejé pasar unos días y me acerqué a la universidad. Hay un autobús que te deja en la puerta, ¿sabía eso? Bueno. Allí me indicaron cómo llegar a las instalaciones de la Facultad de Historia y pregunté a una secretaria muy diligente y amable apellidada Kolowski por la persona que organizaba las exposiciones y, ¿sabe qué?

—No, no sé qué.

—Que me dijo que ella misma se encargaba de formalizar las solicitudes de las distintas asociaciones y particulares interesados en poner en marcha alguna actividad cultural dentro de las instalaciones de la facultad. No le sonaba que hubiera tramitado la suya, pero, aun así, las revisó todas. Una a una.

El relojero endureció el semblante.

—Usted nunca ha estado interesado en montar ninguna exposición ni nada que se le parezca, ¿verdad, profesor Kemke?

—Está bien, está bien..., lo confieso, me ha pillado. Tuve que inventarme esa historia para no levantar suspicacias con el encargo. Lo siento de veras. No sé si tiene muchos clientes que le pidan que les fabrique ese tipo de artilugios de manera habitual, por eso yo...

—Me mintió.

—Bueno, Herr Kaufmann, ya lo he reconocido, y le he pedido disculpas por ello. Ahora, por favor, le vuelvo a insistir en lo que me ha traído hoy hasta aquí. ¿Podría decirme si dispone de documentos que acrediten el encargo?

—¡Por supuesto que los tengo! ¿Por quién me ha tomado? Este negocio sobrevivió a las bombas de los aliados por algún motivo que desconozco, pero se mantiene porque yo lo manejo con total y absoluta pulcritud.

Asa sonrió.

—Me engañó de manera miserable y desde entonces me he preguntado por qué. ¿Qué motivo puede tener un profesor de universidad para gastarse un dineral en fabricar un objeto cuya finalidad es provocar el dolor y añadirle un mecanismo de relojería para asegurarse de que funciona? ¿Es solo por coleccionismo o hay algún otro interés oculto? Pero, lo que más me molesta de todo es que aquel día usted me tomó por estúpido y hoy ha intentado volver

a hacerlo. ¡Márchese por donde ha venido antes de que llame a la policía!

Mientras aguantaba estoicamente la reprimenda, el hombre de duras pero proporcionadas facciones orientales visualizaba la forma más conveniente de hacerlo.

—¡Le estoy diciendo que se marche de mi establecimiento de una vez! ¡¿Es que no me ha oído?!

—Te oigo pero no te escucho, Rodl. ¡Estoy tratando de concentrarme!

Podría decirse que los neumáticos del GAZ-24 de la Volkspolizei no rozaban el asfalto. El agente Peter Schöder, al volante y con la vista al frente, meneó la cabeza para manifestar su ofuscación ante las continuas recomendaciones de su compañero.

—Ten cuidado en el cruce con Stübelallee, que como te salga uno nos lo comemos —le advirtió Hansi Rodl, el agente más veterano de la comisaría—. De nada nos sirve correr si no llegamos a nuestro destino.

Pero no se trataba solo de llegar. Se trataba de llegar primero. Cuando recibieron el aviso desde Berlín y el sargento ordenó a los coches 4 y 9 acudir al taller de relojería Kaufmann, el compañero de promoción del agente Schöder, Daniel Schell, trató de convencerlo de que la ruta más rápida para llegar al barrio de Blasewitz era por Endestrasse. Se equivocaba, y él iba a encargarse de demostrárselo.

Las ruedas de atrás protestaron cuando redujo una marcha y dobló en Schandauer sin importarle el color del semáforo.

—Me parece increíble que esa tienda siga abierta —comentó Rodl—. Tendría yo veinte o veinticinco años cuando le llevé a arreglar el reloj de pared que estaba en casa de mi abuelo. Cuidado con esa bicicleta. Era de esos de cuco y a mi mujer le hacía ilusión plantarlo en nuestro salón. ¿No vas mejor por Augsburgerstrasse?

Silencio. Concentración.

—El arreglo me costaba ciento cuarenta marcos. ¡Ciento cuarenta! En aquella época era una fortuna que nadie habría

pagado aunque hubiera podido. Cuando le dije que no, el viejo me ofreció cincuenta y no me lo pensé. Luego le dije a Greta que no tenía arreglo y fin de la historia. Con el paso de los años me he dado cuenta de que lo que quería el muy judío era quedarse con el reloj, por eso subió tanto el precio del arreglo.

—Es la segunda a la izquierda, ¿verdad? —quiso asegurarse el otro, ajeno por completo a la condenada historia del reloj de cuco.

—La segunda, sí.

El agente Schöder esbozó una sonrisa al enfilar la calle y no ver el coche de Schell.

—El portal es el número seis —añadió Rodl.

—Hay luz en la tienda —observó su compañero deteniéndose justo frente al letrero.

—Mejor aún. Estará trabajando en el taller. ¿Te encargas?

—¿Tú no piensas bajar?

—¿Necesitas ayuda para convencer a un anciano de que tiene que acompañarte a comisaría y que allí le explicarán?

Schöder aplaudió cuando oyó la sirena del otro coche patrulla.

—El motor del 9 no tira una mierda —arguyó Schell dando un portazo de frustración.

—Claro, claro... El motor.

—¿Rodl se queda?

—Eso parece.

—¿Entramos o qué? —propuso el oficial Rohmer al tiempo que presionaba el botón del timbre.

Iba a insistir cuando Schell probó con el picaporte.

—Está abierto. ¡Herr Kaufmann, somos de la policía, vamos a entrar! —gritó este con decisión.

Como polillas atraídas por la luz, los tres se encaminaron hacia el mostrador.

—Herr Kaufmann, ¿está usted ahí? —preguntó Uli Rohmer alzando la voz—. Echa un vistazo por allí —le indicó a Schell.

Algo que sobresalía por detrás del mostrador llamó la atención de Schöder.

—¡Está aquí! —chilló al entender que esos zapatos no podían sostenerse por sí mismos en esa posición—. ¡Avisad a una

ambulancia!

—¡Joder! Creo que no va a ser necesario —apuntó el agente Schell con acierto al verle la cara.

Cruzando el puente de Carola. Dresde

Espoleados por la incertidumbre, entraban en el puente a más velocidad de la permitida. Desde que salieron de Berlín no habían sido muchos, ni mucho menos variados, los temas de conversación que se habían desarrollado dentro de ese habitáculo. El ruso se había entretenido revisando los listados de nombres elaborados por los agentes de la Unidad Especial de Investigación Criminal de la Stasi. Se centró en el del Mulackritze Club, donde aparecía el de la última víctima, Gunter Sülle, y mentalmente subrayó uno: Ruslan Kemke, profesor de Historia Medieval en la Universidad Técnica de Dresde. Durante unos instantes especuló con compartirlo con Klein, pero no pasó de ahí: de la mera especulación.

A través del cristal de la ventanilla, Viktor no perdía detalle de la capital sajona.

—¿A la tienda o a comisaría? —le preguntó Klein.

—Si está vivo lo habrán llevado a comisaría —dedujo el ruso—. Por lo tanto, a la tienda.

El inspector lo miró con notable interés, como si quisiera descifrar por dentro a aquel tipo con la cara sembrada de cráteres.

—Optimista por naturaleza, ¿eh?

—Realista. Si el percance con su juguetito le ocurrió la noche del viernes al sábado, ha contado con tiempo más que suficiente para valorar, decidir, preparar y desplazarse a Dresde.

—Hace dos horas, cuando desperté al intendente de la Volkspolizei de Dresde, Kaufmann estaba vivo.

—O no. Podría estar muerto y que no fueran conscientes de ello.

Florian Klein cargó con el peso del razonamiento en silencio.

—De cualquier modo, lo sabremos en breve —añadió el psicólogo.

No podría calificarse de breve el espacio de tiempo que transcurrió hasta que dieron con la dirección de la tienda, pero sí el que tardaron en asumir que habían llegado tarde, en cuanto vieron el espectáculo de luces frente al establecimiento.

—A la mierda —concluyó Viktor Lavrov.

Espoleado por el entusiasmo, salía del puente a más velocidad de la permitida. Recordaba con total nitidez el día que lo inauguraron después de la reconstrucción. Corría el año 1971 y no había un solo vecino de Dresde que fuera ajeno a un evento que significaba un punto y aparte en el largo y tedioso proceso que tenía que llevarlos en volandas hacia la modernidad. Tan solo algunos meses más tarde lo cruzaba él en aquella misma dirección, e iba tan cargado de rabia que no pudo evitar que esta se licuara a través de sus lacrimales. La humillación padecida y la impotencia de verse absolutamente desprotegido por la institución en la que tantas esperanzas había depositado le consumía por dentro. Hoy, muy en cambio, había regresado a su ciudad natal para despojarse de un pesado e ignominioso lastre y el resultado podría calificarse de muy satisfactorio. Era como si sus manos hubieran absorbido la energía vital del viejo conforme se le iban agotando las reservas de oxígeno y, aunque no había llegado a excitarse como con los anteriores, sí pudo paladear la vigorosa esencia del poder absoluto. No existía nada igual.

Aún tenía que pasar por el barrio de Gorbitz antes de regresar a Berlín. A esa hora él ya habría salido de casa para acudir al oficio de las doce, por lo que no tendría ningún problema en tachar el último punto de la agenda del día. Si nada se torcía, pensó que podría ser un gran acierto pasar la tarde junto a su familia en el parque Friedrichshain. Ahora que estaba a punto de cumplir con su cometido, podría prestar más atención a los suyos mientras se enfriaba el interés de la policía. Por suerte, el agitado devenir político de la RDA era mucho más turbio e intenso que cualquier investigación criminal, y solo tenía que dejar pasar unas semanas para que apareciera algún asunto que captara el interés de las

autoridades. Esa era una de las grandes ventajas que tenía vivir en el país encargado de luchar contra el avance imperialista en Europa.

Enfrentarse a la imagen eufórica que le devolvía el espejo retrovisor le hizo hundir el pedal del acelerador a la vez que liberaba una estafalaria risotada tan estruendosa como su estado de ánimo.

Barrio de Prenzlauer Berg

No habían transcurrido treinta minutos desde que recibió la llamada de Erika contándole lo sucedido durante la pasada madrugada. En escasa media hora, a Birgit Bauer le había dado tiempo a arreglarse, a dejar a los niños en casa de una vecina y a desplazarse hasta allí. Estaba algo molesta por no haber sido ella la primera opción, pero las ganas de abrazarlo superaban con creces cualquier ofensa.

Ya tendría tiempo para hacérselo pagar con creces.

El bloque de viviendas, gris colmena de acero y hormigón, no le hizo albergar demasiadas posibilidades de que Otto hubiera enderezado su vida. No hacía ni dos semanas que había tenido que acudir cerca de allí para atender la llamada de una mujer a cuya pareja se le había ido la mano primero y la vida después con y por la heroína. Tomó aire al empujar la puerta del portal y lo retuvo hasta que sus pulmones demandaron más oxígeno para afrontar el esfuerzo de subir cuatro pisos por las escaleras. Olía a la digna miseria que exudaba por los poros de la ortodoxia socialista, a declive del ideario patriótico, a derrota anticipada del régimen frente a un enemigo imposible de vencer. Fatigada, permitió que sus pulsaciones recobraran un ritmo más pausado antes de recorrer aquel largo y oscuro pasillo hasta la letra F. El timbre, mudo de nacimiento, le hizo explorar la vía manual con los nudillos, pero la ansiedad traducida en intensidad la convidó a golpear con más fuerza de la que habría querido.

—¿Quién es? ¿Qué quiere? —escuchó al cabo a través de la puerta. Era una voz femenina de mediana edad, calculó a vuela pluma.

—Estoy buscando a Otto, soy su hermana.

—Está dormido. Vuelva a partir de la una más o menos.

Birgit relinchó.

—No me voy a mover de aquí hasta que me abras la puerta. No me obligues a tirarla abajo.

—¿Quiere que llame a la policía?

—Tú sabrás si te conviene. Y que, ya que vienen, registren la vivienda o comprueben hacia dónde tenéis orientada la antena de televisión.

El sonido de la cadena interrumpió su siguiente argumentación. Una chica de unos treinta años que sostenía un cigarro a punto de convertirse en colilla la miraba con recelo.

—Así que la hermana de Otto, ¿eh? —preguntó con notable dejo de incredulidad.

—Hermanastra, para ser más exactos.

—Lo que sea. Su habitación es la última de la derecha. Pase sin llamar.

Y eso hizo.

Una cama estrecha, un armario de madera que se sostenía en pie de forma milagrosa y una solitaria silla frente a una mesilla de noche conformaban el ajuar de ese zulo sin ventanas. Otto dormía desnudo, boca arriba y con los brazos en cruz como si hubiera caído muerto sobre el colchón. Los efluvios del alcohol, liberados poco a poco durante la noche, se habían apropiado de la atmósfera imponiéndose al aroma del tabaco impregnado en la ropa que estaba esparcida por el suelo y al compendio de matices corporales de distinta naturaleza. Habiendo dejado la delicadeza para el uso y disfrute exclusivo de sus hijos, un vaso con agua que reposaba en la mesilla le pareció el camino más corto hacia el ansiado reencuentro.

Aunque puede que no fuera el más apropiado.

Fundamentalmente bajo la perspectiva de Otto.

Taller de relojería Kaufmann

Tras identificarse y realizar una primera inspección ocular del local, el inspector Klein, en exceso diplomático, solicitó hablar con el médico forense que se había personado en el lugar de los hechos. El hombre, de preocupante complexión delgada, se quitó las gafas y se las guardó en el bolsillo de la camisa antes de aclararse la garganta.

—Todo apunta a que lo han asfixiado manualmente.

—Estrangulado, vaya —tradujo de manera innecesaria el oficial de la Volkspolizei que lo acompañaba.

—Presenta equimosis puntiforme en el cuello y las mejillas, así como signos de hemorragia conjuntival —prosiguió el galeno—. Cuando lo abra y analice sus pulmones es más que probable que me encuentre evidencias de la congestión y algún que otro enfisema. He apreciado una posible luxación o fractura de la laringe fruto de la opresión a la que la sometió con los pulgares. No parece que presentara mucha oposición. Pobre hombre.

—¿Cuándo diría que sucedió? —quiso saber Klein.

El forense esperaba la pregunta.

—Al no haber pérdida de sangre, las livideces cadavéricas aparecen pronto, pero apenas se observan en la espalda y los muslos, que es donde se ha acumulado el plasma al cesar el bombeo. Por ello, el enfriamiento del cuerpo y la rigidez sobrevienen con más retraso de lo habitual.

—¿Y todo eso qué quiere decir? —insistió el de la Stasi, apabullado por la terminología forense.

—Diría que falleció hace menos de dos horas.

Klein miró a Viktor Lavrov y murmuró algo para sí.

—Había bastante dinero en la caja y hemos visto algunos relojes pendientes de recogida que tendrían un precio nada desdeñable en el mercado negro —intervino el oficial Rohmer—. A simple vista no parece que falten objetos de valor.

—Eso depende —le corrigió el ruso.

—¿Depende de qué, camarada? —quiso saber el policía frunciendo el ceño.

—De a lo que le dé valor quien lo mató, por ejemplo. Yo, en mi caso, valoraría mucho encontrar una agenda donde Herr Kaufmann

anotara los encargos y las entregas, pero no hemos hallado nada similar, ¿verdad?

—Si le sirve, hemos visto que hay un archivo en la trastienda ordenado por años, según he comprobado yo mismo, pero se remonta..., no sé, creo que al siglo pasado —bromeó.

—¿Sí? ¿Podría mostrarme dónde?

—Por supuesto —dijo haciendo una señal a un uniformado que acudió de inmediato—. Agente Schell, acompáñelo a la trastienda, pero asegúrese de que no toque nada.

—Tengo que hacer algunas comprobaciones ahora mismo y, además, necesito que me ayuden sus hombres —le explicó el ruso.

—Eso lo tiene que autorizar el comisario principal Zimmermann y, la verdad, no creo que lo haga hasta que ustedes le den una explicación coherente sobre lo que está ocurriendo aquí —objetó.

—Camarada teniente primero Rohmer, de la superioridad me encargaré yo personalmente en el momento que lo entendamos oportuno —alegó Klein—. No disponemos de tiempo para más formalidades. Este es un asunto confidencial del Ministerio para la Seguridad del Estado que no le conviene entorpecer. Hará lo que le ha pedido el comandante Lavrov y tenga presente que en estos días le requeriré una copia del informe forense y de las diligencias fruto de la investigación. Empiece por preguntar a los vecinos si vieron entrar o salir a alguien entre las nueve y las once de esta mañana, quizá tengamos suerte y podamos trabajar con una descripción del sospechoso.

—Presentaré una queja formal —advirtió el otro a título informativo.

—Está usted en su derecho, pero ahora le tengo que pedir que no interfiera, camarada.

El espíritu nada colaborativo del teniente primero no se contagió en la actitud del resto de agentes que, quizá más por miedo que por camaradería, cooperaron en la búsqueda que lideraba aquel ruso extraño de ojos saltones y sonrisa sardónica. Cual sardinas enlatadas dentro de aquel cuartucho, los cuatro agentes locales más los dos foráneos revisaban el prolijo archivo mensual del relojero en el que se recogían albaranes de mercancía, órdenes de servicio,

facturas y demás papeles de jaez administrativa. Cualquiera de ellos valía con tal de que viniera reflejado un nombre: Ruslan Kemke. A Viktor Lavrov no le había quedado más remedio que explicar los porqués al inspector Klein, quien, lejos de indignarse, se entusiasmó solo con la posibilidad de que la intuición del psicólogo los llevara a buen puerto. Para el psicólogo la cuestión iba mucho más allá de la mera corazonada, era el clásico uno más uno dos. Ahora bien, tenían que dar con el maldito nombre.

El reloj estaba a punto de superar las cinco de la tarde cuando el agente Schöder alzó la voz.

—Ruslan Kemke. ¡Aquí está, joder! ¡Ruslan Kemke!

Viktor fue el primero en abalanzarse sobre el papel que el uniformado señalaba con el índice.

—Orden de servicio del 10 de enero —leyó—. ¿Es de este año? —quiso saber.

—Así es —corroboró.

—Enhorabuena, agente. Déjeme ver, por favor.

Grapada a esta, de color sepia, había más hojas de tamaño cuartilla.

—Aquí está la factura, fechada el 2 de marzo con el precio: Mil seiscientos cuarenta marcos.

—Eso es más de la mitad de lo que yo gano al mes —comentó otro de los agentes.

—Y... ¡Mierda! ¡Estos deben de ser los planos del chisme ese! —desveló el ruso.

—¡Ya tenemos a ese hijo de perra! —gritó Klein, exaltado—. ¡Lo tenemos!

Una efímera pero intensa sensación de éxito grupal los hizo felicitarse unos a otros.

—¡Que alguien llame a la comisaría y averigüe dónde vive este cabrón! —ordenó el de la Stasi.

Cafetería Dirlwanger. Berlín

Los *Pfannkuchen* rellenos habían desaparecido de la bandeja como por arte de birlibirloque. Los había de crema y de mermelada de arándanos, aunque estos últimos Birgit no los llegó a probar.

—Te has levantado con hambre, ¿eh? —soltó ella con segundas.

—Hacía tiempo que no veníamos juntos. Creo que me va a empezar a doler el estómago.

—Pues entonces deja ese, animal.

—No te lo crees ni tú —dijo antes de engullirlo.

—Cualquiera que te vea diría que no has comido en semanas, y eso que te noto bastante más delgado.

—Sí, he bajado siete kilos. En el gimnasio me han dicho que si bajo tres más estaré en mi peso ideal.

—Otto, hace semanas que no pisas por allí.

Este levantó la vista y se limpió los labios con una servilleta. Birgit aprovechó que había ganado su atención para sostenerle la mirada. A pesar de que no lo había verbalizado, su hermanastro presentaba un aspecto preocupante. Tenía menos pelo, los pómulos más marcados, bolsas bajo los ojos y la piel de una tonalidad olivácea; sin embargo, el rasgo que más le molestaba era esa fina capa de vasos capilares enrojecidos que se tejían en su esclerótica.

—Voy a regresar, es lo único que de verdad me ocupa la cabeza —se juró.

Birgit quiso indagar en ese camino por si fuera cierto lo que estaba escuchando.

—Oye, solo por curiosidad: ¿cómo haces para usar la izquierda? ¿No te limita mucho?

Otto, lejos de sentirse incómodo con la pregunta, se enderezó en la silla y se tocó la mano que tenía paralizada tras el ataque de aquel maldito dóberman que quería arrancarle la garganta.

—¿Tú llegaste a conocer a Franz Repplinger?

—En persona no, pero me has hablado tantas veces de él que me siento como si fuera su nieta.

—Su hijo Vollrath es igual que él. Al muy cabrón se le ha ocurrido un vendaje especial que me sujeta la mano y la muñeca dentro del guante como si fuera un martillo. Es verdad que he perdido potencia, pero me ha hecho trabajar a fondo la velocidad, así que

cuando veo que tengo la oportunidad, lanzo un directo de izquierda que si te rozo la pera te vas al suelo.

—¿La pera?

—El mentón.

—Ah, vale. ¿Y por qué dejaste de entrenar si puede saberse?

Otto sacó un Karo sin filtro y lo prendió.

—No lo sé. Faltas dos días y al tercero te prometes que la semana siguiente no vas a fallar ninguno. Luego ni siquiera te hacen falta excusas, simplemente no vas y punto. Lo cierto es que estaba llevando una rutina poco compatible con cualquier actividad física. Cualquier actividad física diurna —reconoció—. Pero eso se acabó.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—He comprendido que ese tipo de hábitos no me ayudan a superarlo.

—¿El qué?

Este expulsó el humo como si de repente le repugnara el sabor.

—¡Joder, hermanita! Ser apartado de la profesión a la que he dedicado mi vida, el abandono de Heinrich, esto —agregó levantando el brazo lesionado—, pero sobre todo..., el miedo. Cada vez que cierro los ojos me veo dentro de aquel baúl, así que necesito emborracharme para caer muerto en la cama.

—Vale, vale, disculpa.

—Tengo que aprender a convivir con ello, nada más.

—Y nada menos.

El silencio que creció entre ambos era el instante que había estado esperando Birgit para lanzar su propuesta.

—Verás, Otto, yo quería pedirte algo —se lanzó.

Este aplastó la colilla contra el cenicero y se rascó sus pobladas patillas con fruición.

—Te escucho.

—Me gustaría que me echaras una mano con Karl.

—¿Qué sucede con Karl?

—No ha asimilado muy bien la separación. Nos llevamos relativamente bien, pero cada vez estoy más convencida de que necesita cerca la referencia de una figura masculina. En unas pocas semanas terminan las clases y no sé qué hacer con él, la verdad.

—Desconozco las virtudes que podría tener Hans como padre, pero te aseguro que jamás representó ese papel para Karl.

—Tienes razón. Ese papel siempre lo representaste tú, pero, de repente, ha perdido el contacto que solía mantener con su padre y con su tío.

Otto bajó la mirada y meneó la cabeza.

—Joder —susurró.

Era el momento de rematar la faena.

—Me gustaría que te trasladaras a vivir con nosotros.

El tono oliváceo de su tez se tornó en otro más lechoso.

—¿Estás hablando en serio?

—No me hagas mandarte a la mierda, por favor.

—No sé qué decir. Me has pillado con la guardia baja.

Birgit le agarró la mano.

—No ha sido casual, y como te atrevas a decirme que no, tengo preparado un croché, o como se diga, para tumbarte.

—Todavía te debo una por despertarme tirándome a la cara un vaso de agua. Perdono pero no olvido, ya sabes —bromeó.

—¿Entonces?

—Estaré encantado de asumir ese papel, hermanita.

—¡Estupendo! ¡Pago y vamos al cuchitril ese a recoger tus cosas! De camino a casa tengo que contarte otro asunto en el que necesito que me ayudes.

—¿Qué otro asunto?

—Una investigación —le avanzó al tiempo que se incorporaba.

—Espera, espera... ¿De qué demonios estás hablando? Sabes que no puedo...

Birgit le tapó la boca con la mano.

—Escucha: cuando entramos por esa puerta —le señaló— tenía dos objetivos. Albergaba dudas sobre si iba a ser capaz de convencerte de uno de ellos, pero acabo de hacerlo. Con el otro sé que me vas a ayudar, solo tienes que cerrar esa boquita y dejar que te lo cuente. Pero, como te he dicho, de camino, tienes que recoger a Karl y llevarlo al parque a jugar al fútbol antes de que se meta el sol.

Dicho lo cual, se dio media vuelta y se dirigió a la barra. Le habría encantado ver cómo se le humedecían los ojos a Otto, pero este, experto en esconder sus emociones, supo aprovechar la tesitura para contener las lágrimas.

Barrio de Gorbitz. Dresde

Aquel distrito ubicado al oeste de la ciudad había sido levantado por completo tras la Segunda Guerra Mundial. Bien comunicado con el centro, sus calles eran anchas y estaban salpicadas de multitud de zonas verdes que oxigenaban la visión de la omnipresente y predominante gama de grises urbanos. No obstante, aunque estaban en franca minoría, coexistían en aquel hábitat plomizo algunas áreas con casas bajas que recordaban a la típica construcción de planta estrecha de la Baja Sajonia, con ladrillo caravista y tejado a dos aguas.

Una de esas era la que se disponía a asaltar el Spezieller Aktionskörper de la Volkspolizei de Dresde, concretamente la que pertenecía a Ruslan Kemke según el registro de la propiedad.

—Qué ganas tengo de verle la cara a ese desgraciado —dijo el inspector Klein, que aguardaba impaciente en el interior de su vehículo a que se diera la orden.

A su lado, Viktor Lavrov no se mostraba tan triunfalista.

—No me gusta que en su ficha certifique que es profesor de universidad, pero, sobre todo, me extraña muchísimo que no haya ni un solo antecedente delictivo en su historial. Ni uno solo. Estos tipos suelen protagonizar una carrera delictiva que va en aumento hasta desembocar en el asesinato. No me cuadra. ¡No me cuadra lo más mínimo! —perseveró ofuscado.

—Tiene que tratarse de un error. Tampoco hay que fiarse al cien por cien de los archivos policiales, se lo digo por experiencia. Su especialidad es la Historial Medieval, como el chisme ese. Pera de la Angustia lo llaman, que no se lo había dicho. Además, está adscrito a la Universidad Técnica de Dresde, pero también da clases en Berlín, lo cual le proporciona la tapadera perfecta. Aquí hace vida

normal y en Berlín da rienda suelta a sus instintos. Por cierto, ¿cómo supo que encontrarían semen?

—Peter Sutcliffe también se corría encima de sus víctimas. Cada vez estoy más convencido de que el abanico de perversiones se ajusta en mayor o menor medida al patrón de comportamiento psicopático. Es decir, que, dependiendo de las motivaciones que empujen al individuo a matar, actúa de una forma u otra. Ya es tarde, pero si pudiéramos comprobarlo estoy seguro de que en los anteriores escenarios también hallaríamos restos. En ambos casos consiguen alcanzar el orgasmo provocando dolor y, por supuesto, siendo testigos directos.

—Escoria —calificó Klein.

—Algún día, los de la bata blanca encontrarán la forma de clasificar e identificar los fluidos corporales y entonces estos cabrones van a tener que andar con mucho cuidado.

—Por tanto, siguiendo con mi argumentación, no sería descabellado pensar que el tipo se desplace a Berlín para cometer sus crímenes y aquí, en Dresde, haga vida normal. Tiene cincuenta y ocho años, pero es de complexión robusta y cuenta con seis años de experiencia en el ejército como instructor. Encaja. Además, ¿no dijo usted mismo que esa era una de las principales características de los psicópatas? Un manipulador con adaptación camaleónica —citó.

—Tiene usted buena memoria cuando le interesa.

—Puede ser —reconoció dando unas palmadas al volante—. He dado la orden de que nos lo empaqueten con lo puesto y lo trasladen al centro de detención preventiva de Keibelstrasse. Que lo dejen madurar durante la noche y por la mañana verá cómo canta. ¡Ruslan Kemke, se te acabaron tus días de gloria! —gritó eufórico.

—Veremos.

La ausencia de conversación parecía impacientarlo de la Stasi.

—Una vez escuché que en la maldad siempre va implícita una fecha de caducidad, ¿qué opina de eso una eminencia como usted?

—Que es una solemne estupidez.

—¡Vaya! Por lo tanto... ¿Cree que en algún caso el mal podría imponerse al bien?

—No se ofenda, pero esos dos conceptos están fuera de su alcance, inspector. El bien y el mal están condenados a coexistir. El mal no se alimenta del mal, se alimenta del bien. Lo necesita para justificar su existencia igual que la sombra requiere forzosamente que haya luz. De hecho, la sombra solo existe si existe la luz. ¿Y qué sentido tendría la luz si no hubiera oscuridad a la que iluminar? Quédese con eso.

Florian Klein caviló unos instantes.

—¿Está tratando de convencerme de que el mal solo existe cuando existe el bien y que el bien no tendría sentido si el mal no existiera?

—Yo no trato de convencerle de nada, pero, sí, esa es una verdad incuestionable.

En ese instante la radio del vehículo confirmaba que habían detectado y confirmado la presencia del objetivo en el interior de la casa y, acto seguido, una voz autorizaba la acción policial.

—Empieza la fiesta —anunció Klein.

Desde donde estaban solo pudieron ver cómo un agente rompía con un mazo la cerradura de la puerta y otros tres entraban con suma rapidez. El sonido de dos disparos hizo que Viktor Lavrov contuviera la respiración durante el lapso de tiempo que transcurrió hasta que sacaron esposado al sospechoso. Por nada del mundo quería perder la oportunidad de mantener una larga conversación con él, por lo que se alegró al comprobar que lo metían a la fuerza en el interior de una furgoneta Barkas B1000 camuflada.

—La sombra solo existe si existe la luz —repitió.

Eran casi las doce de la noche cuando Viktor Lavrov entraba en casa. Mientras devoraba los kilómetros que le separaban de Berlín, al margen de acordar junto al inspector Klein la estrategia que seguirían en el interrogatorio que daría comienzo al día siguiente, había resuelto que, de un modo u otro, iba a terminar con su gran problema: el excedente de producción seminal. Si tenía la enorme fortuna de que Erika estuviera aún despierta, activaría el plan A, que consistía en despojarse de la ropa, arrancarle la suya antes de que

podiera pronunciar palabra alguna y dejar que la naturaleza obrara el milagro. Si, por contra, ya estuviera en la cama, no le quedaría otro remedio que poner en marcha la opción B, cuyo fin último no era otro que aliviarse de forma primitiva y egoísta.

La ausencia de ruidos le hizo vislumbrar las escasas posibilidades de llevar a término la primera, cuestión que corroboró al comprobar que la puerta de la habitación estaba cerrada. Así, estoico y comprometido como estaba con la causa, se dirigió al cuarto de baño. Tres minutos y doce segundos después salía pesando cinco miligramos menos, exactamente la misma cantidad de mililitros de semen que había perdido tras haberse ordeñado. Mitigada la necesidad, se obsequió con una ducha caliente y, desnudo, se dirigió a la cama con la única intención de descansar para poder afrontar en las mejores condiciones posibles una jornada que preveía cuanto menos intensa.

Un aroma familiar le hizo arrugar el semblante antes de accionar el picaporte.

La cera de las velas casi se había consumido del todo.

—Pensé que no ibas a regresar jamás —dijo Erika con voz melosa, desnuda sobre la cama—. Llevo casi dos horas esperándote, espero que hagas que haya merecido la pena.

Paralizado, Viktor Lavrov deseó no haber nacido nunca, o, en su defecto y dado que era consciente de estar muy vivo por el sudor frío que notaba recorriendo su espalda, que la muerte le sobreviniera en ese mismo instante.

VESTI LA GIUBBA

*Residencia de los Allendorf
Berlín Oriental (RDA)
22 de junio de 1981*

Mientras aguardaba a que apareciera Frau Allendorf, Viktor trataba de enajenarse de los pensamientos que le martilleaban la cabeza. Forzado por la impotencia de sus cuerpos cavernosos, no le había quedado otro remedio que confesar a Erika la bochornosa verdad. Esta, más perpleja que deseosa, se limitó a escuchar la explicación de su pareja —que no amante— con la boca abierta y las piernas cerradas. Acto seguido y en un desesperado acto de contrición, él trató de convencerla de que le diera algo de tiempo para recuperarse, petición a la que ella contestó poniéndose la ropa y tumbándose de lado adoptando una tajante actitud de: «Hoy no mojas».

No tuvo arrestos para insistir.

Profundamente avergonzado y sumido en un perenne estado de hiperventilación, aún tardaría un par de horas en conciliar el sueño, y cuando despertó más tarde de lo tarde que solía despertarse, Erika se había marchado para incorporarse a su nuevo puesto de trabajo en Normannenstrasse. Ni siquiera tuvo la oportunidad de desearle suerte. El mal humor le robó el apetito, así que se metió en la ducha y, por unos instantes, se planteó repetir la maniobra nocturna solo por despojarse de la rabia contenida. Reprimir aquel impulso primario provocó que, durante el trayecto que le iba a llevar

hasta Keibelstrasse para interrogar al detenido, contabilizara tres altercados con otros conductores: discusiones, trifulcas y demás controversias, reacciones que eran hijas putativas de su turbado estado de ánimo. Ser consciente de ello, y considerar que era del todo incompatible con la tarea que tenía por delante, le hizo modificar sus planes sobre la marcha y dirigirse hacia el sur en dirección a la residencia de los Allendorf. La confesión de Ruslan Kemke llegaría más pronto que tarde, por lo que ahora urgía avanzar con la viuda, ganarse su confianza y averiguar algo que le llevara a descubrir el paradero de Werner Wögler, el condenado Ciudadano W.

—Buenos días, comandante Lavrov. Ya veo que no va con usted eso de avisar antes —dijo ofreciéndole la mano.

El ruso alzó la vista para encontrarse con unos ojos fríos de mirada patricia y sugerente. Al incorporarse no pudo, no supo o no quiso eludir la oportunidad de chequear su cuerpo, hecho del que se arrepintió antes incluso de estrechar sus alargados dedos.

—Frau Allendorf.

—Siéntese, por favor —le invitó haciendo lo propio en la butaca vacía que había enfrente—. Confío en que su visita tenga un porqué, tal y como le rogué la última vez.

—Así es.

Viktor Lavrov escenificó una breve pausa para sembrar la semilla de la zozobra. La dilatación pupilar de la mujer que tenía enfrente decía que había logrado captar toda su atención. Él trató de que su escote —discreto, pero escote en definitiva— no robara la suya.

—Ayer detuvimos a un hombre.

La pausa hizo engordar la expectativa de la viuda Allendorf.

—Todo indica que es el autor de los crímenes, incluido, por supuesto, el de su marido. No puedo proporcionarle más detalles hasta que avancemos en el interrogatorio, proceso en el que debería estar ya inmerso, pero que he preferido aplazar para contárselo en persona. Lo último que quisiera es que usted terminara enterándose por alguna filtración.

Ella se mojó los labios antes de hablar.

—Le agradezco la deferencia, comandante. Ahora, dígame con el corazón en la mano: ¿usted cree que es él?

—Sí, lo creo.

Frau Allendorf se agarró ambas manos y las apretó con fuerza sin perder el contacto visual con él.

—¿No me va a decir quién es?

—No puedo, créame, pero le doy mi palabra de que vendré a informarla debidamente tan pronto como me autoricen a ello.

—Solo dígame, por favor, si el hombre al que han detenido guardaba algún tipo de vínculo con mi marido.

—Aún es pronto para saberlo, pero yo diría que no.

Ella suspiró aliviada.

—Está bien. Gracias. Está bien.

De forma inesperada, ese halo de invulnerabilidad que la rodeaba desapareció por completo y por primera vez pudo contemplar el ser humano que había debajo.

—Ayer me encontré unas entradas para la ópera que Johannes compró hace tiempo —su voz languidecía con cada palabra—. Siempre quise ver en directo *Pagliacci*. Siempre —repitió con una sonrisa que de inmediato se le escurrió por la comisura de la boca—. Era una especie de cuenta pendiente que él tenía conmigo porque sabía que el aria *Vesti la giubba* era y es de mis preferidas. Me emociono cada vez que la escucho, no sé por qué.

—Porque es una joya operística —improvisó el del KGB.

—Son para esta noche, justo el día en que me entero de que han atrapado al asesino de mi marido. No sé si es irónico o cruel.

—Una irónica y cruel casualidad.

Esta se tapó el rostro con ambas manos y lloró en silencio. Viktor, ante la duda de cómo debía actuar, resolvió permanecer a la expectativa.

—No pensé que le fuera a echar tanto de menos.

—Todavía tiene que superar el duelo emocional, Frau Allendorf. El tiempo será su aliado para restablecer el equilibrio que se ha visto alterado al perder a su pareja. Yo no soy especialista en tratar estos asuntos, mi campo es otro, como ya sabe, pero sí podría decirle que se trata de un proceso necesario de adaptación durante el cual el

dolor siempre estará presente. La buena noticia es que irá perdiendo intensidad hasta hacerse compatible con lo cotidiano.

—¿Ha pasado usted por algo similar?

—¿Y quién no?

—Por supuesto —suspiró—. Dígame entonces cómo puedo hacer que sea lo menos doloroso posible.

—No existe una fórmula infalible, depende de cada persona, pero yo le aconsejaría que buscara el apoyo de sus seres queridos y que se diera la oportunidad de alternar momentos en los que se sumerja en los recuerdos con otros donde solo usted y su futuro tengan cabida. Es un tópico, pero mirar hacia delante ayuda siempre y cuando uno no se empeñe en borrar su pasado. Esa terrible sensación de bloqueo en la que se encuentra, la tristeza, la ansiedad, la confusión, el miedo, la soledad y la impotencia van a ir desapareciendo en la medida en la que usted admita que son emociones que nacen para ocupar el vacío que ha dejado su marido. Si consigue rellenar ese espacio con vivencias propias, todo será más sencillo.

—Vivencias propias —repitió.

—Experiencias constructivas como la de ir a la ópera y saldar una cuenta pendiente.

Y, en ese instante, su cerebro, movido por el interés personal o por la solidaridad, maquinó una frase.

—Ya sé que no es lo mismo, pero si entiende que puede ayudarla, yo me ofrezco a acompañarla esta noche.

La mujer aún permanecería unos segundos en la misma postura, pero, cuando al fin se decidió a descubrir su rostro y vio cómo le miraba, Viktor supo que había cometido un grave error.

Y no hay error que no conlleve consecuencias.

Cuando Viktor abandonó el domicilio albergaba la esperanza de que las secuelas no fueran directamente proporcionales a la magnitud de la equivocación que acababa de cometer.

Sus órdenes consistían en presentarse a las nueve en punto en las dependencias de la Administración Central de Reconocimiento, el servicio de vigilancia en el extranjero y contrainteligencia dirigido por Markus Wolf. Erika Eisemberg había llegado puntual, si bien perdió un valioso tiempo tratando de dar con el lugar ideal para esconder en el Trabant Kübel de su pareja —que no amante— el dispositivo de seguimiento que le había ordenado colocar su superior, el número dos de la Stasi. Tal y como le habían enseñado, buscó en el cajón de las actitudes corrientes para encontrar la mejor forma de lograrlo: hizo como si se le caía algo bajo el coche y mientras lo recogía lo adhirió cerca del eje de transmisión delantero. Para su sorpresa, cuando lo activó no se vio invadida por ningún sentimiento de culpabilidad, hecho que, sospechaba, podía estar directamente relacionado con lo sucedido la noche anterior.

¿Cómo podía haberse enamorado de un tipo así?

Intentando encontrar una explicación para esa y otras preguntas de parecida naturaleza, Erika permanecía en completo silencio junto a dos mujeres y cuatro hombres más, a quienes les habían mandado esperar en aquella sala cargada de simbología comunista. Contemplar las imágenes que en su juventud le habían calado tan dentro le hizo valorar que pudieran considerarse las culpables de haber recalado en la Stasi. Criada en el seno de una familia acomodada, *a priori* no parecía que aquel entorno conformara el caldo de cultivo ideal para que se sintiera tan atraída por el ideario comunista. Su padre, un importante empresario del sector textil, se había visto perjudicado por las políticas de nacionalización de la producción impuestas por el Estado, y, a pesar de que nunca lo hacía en público, era muy frecuente escucharle despotricar contra los dirigentes e instituciones de la nueva República Democrática Alemana. Fue durante su paso por la universidad cuando Erika se dejó llevar por la corriente antimperialista y resolvió tomar parte activa en la lucha contra ese terrible enemigo que representaba el símbolo del dólar y que amenazaba con intoxicar el planeta con el virus letal contenido en el capitalismo. Su entusiasmo la llevó a presentarse a las pruebas de acceso del Ministerio para la Seguridad del Estado, y su capacidad intelectual, a superarlas de un

modo tan holgado como brillante. No obstante, fueron sus dotes para la seducción, junto con su atractivo natural, las que llamaron la atención del servicio de reclutamiento del HVA, y en el plazo de un año Erika estaba trabajando en el Comité para el Desarrollo del Deporte, institución que, como tantas otras, servía de tapadera para la futura horda de espías Julieta que dependían y actuaban a las órdenes de Markus Wolf.

Pasados unos cuantos minutos más se presentó un uniformado y les indicó que lo siguieran hasta un aula con pupitres donde se les ordenó tomar asiento. Tan pronto abandonó el lugar, tomó el relevo otro hombre de avanzada edad que, estafermo, permaneció unos instantes analizando a los presentes hasta que los fue señalando y bautizando uno por uno.

—Rosa, Margarita, Clavel, Hortensia, Lirio —le tocó a Erika—, Tulipán y Dalia. Espero que hayan memorizado no solo el suyo sino el de sus camaradas porque será el único modo que utilizarán para comunicarse entre ustedes. Todos han de sentirse orgullosos de haber sido elegidos directamente por el camarada teniente general Wolf por sus méritos como agentes Romeo y Julieta. Para los que no me conocen les informo de que soy el coronel Prosetzky y estoy al frente de la sección de espionaje, soporte y actuación en terceros países, es decir, en territorios que no están en la órbita de la OTAN. A todos se les ha asignado o se les asignará un cometido específico que no compartirán bajo ninguna circunstancia con sus camaradas y el único motivo por el que hoy los hemos reunido aquí es para comunicarles que tanto este ministerio como el camarada presidente Honecker, así como todos y cada uno de los ciudadanos de esta nación, confían en ustedes para representar y defender el escudo y la espada del Estado.

El discurso de adoctrinamiento, calcado al que había escuchado tantas veces durante las últimas semanas en Lubianka, se prolongó casi una hora. Seguidamente los trasladaron a otra sala, donde los aguardaba el personal encargado de darles soporte en materia de comunicaciones. Antes de que tomara la palabra el formador, Erika se preguntó en qué momento concreto tomó la decisión que la había

llevado hasta allí y que, casi con total seguridad, le iba a impedir ser feliz.

Carnicería Hermanos Engelhorn

Solían verse ahí. Su fama era tal en todo Lichtenberg que desde que levantaba la verja a las nueve en punto de la mañana hasta que la bajaba, bien cumplidas las cinco de la tarde, no existía franja horaria en la que el establecimiento no estuviera abarrotado de clientes y en que los machetes y cuchillos de los tres hermanos que lo regentaban pararan un solo instante. A esa hora, a punto de alcanzar las diez y media de la mañana, las amas de casa eran la especie dominante en aquel carnívoro ecosistema. Su máximo competidor, no en número pero sí en experiencia, era otra variedad de depredador: los hosteleros. Un goteo continuo de dueños de bares y pequeños restaurantes que acudían para comprar mercancía con la que abastecer diariamente sus negocios. Existía entre ambos una antipatía que se remontaba a la noche de los tiempos por la disputa de las mejores piezas en oferta del día, enfrentamiento que sufrían el resto de semejantes como eran los jubilados, parados, trabajadores del turno de noche o compradores casuales que veían cómo su valioso tiempo se consumía frente a sus ojos sin que nada pudieran hacer por evitarlo.

Esa mañana, dos de los clientes que aguardaban su turno no tenían intención alguna de comprar, solo de hablar. Y pocos sitios había más seguros en Berlín Oriental para poder hacerlo y pasar desapercibidos como aquel.

—Solo hay que fijarse y aprender. Hoy lo que merece la pena meter en la bolsa es lomo de cerdo. Se lo están llevando todos, y cuando uno no sabe, lo más conveniente es hacer lo que hacen los que sí saben —le saludó el Cuervo.

—Lo que no es para nada conveniente es que me haya citado aquí estando como estamos —se quejó el otro.

Un simple puñado de tierra sobre el felpudo de su casa era la señal que significaba que al día siguiente tenía que acudir a la

carnicería a las once en punto de la mañana, lo cual nunca resultaba sugerente para él, a excepción, claro está, de cuando le tocaba poner la mano.

Y lamentablemente para él, esta no era una de esas ocasiones.

—La conveniencia es algo muy subjetivo cuando la balanza no está equilibrada.

Razón no le faltaba. El Cuervo tenía atado en corto a su mirlo blanco desde que le demostró y convenció de que a sus superiores les iba a costar comprender, y mucho más admitir, que estuviera aprovechando su privilegiado puesto para enriquecerse. Desde entonces se había convertido en confidente de la CIA a cambio de incrementar su patrimonio con los dólares que le llegaban desde Langley. A esta cantidad variable de efectivo habría que sumar lo que sacaba en marcos con la importación de electrodomésticos fabricados al otro lado del Muro, actividad que solo podía consolidarse con la connivencia tácita de los norteamericanos.

—Lo que no termino de entender —prosiguió el Cuervo— es eso de «estando como estamos» —repitió—. ¿Cómo estamos, Norman?

Su interlocutor lo miró como si hubiera mentado a su difunta madre acusándola de ser la mayor meretriz que hubiera pisado la faz de la tierra.

—Sometido a una presión insoportable.

—¿Insoportable, dice? No creo que sepa calibrar como corresponde el significado de esa palabra. Insoportable era la presión a la que estaba sometido Chaim Mordechai Rumkowski. ¿Sabe de quién le hablo?

El Cuervo sabía de antemano que no. Luego oteó por encima de los hombros de las personas que tenía por delante y añadió:

—Tenemos tiempo de sobra. Verá: Rumkowski era un empresario judío que durante la ocupación nazi de Polonia ocupó la presidencia del Consejo Judío del gueto de Lodz, que llegó a superar las doscientas mil almas. Este se encargaba de hacer los listados de quienes iban a ser deportados a los campos de exterminio. Eso sí es estar sometido a una presión insoportable, ¿no cree?

—Sí, supongo que sí —convino Norman, condescendiente.

—Por supuesto que sí. Para aliviar esa presión, el bueno de Rumkowski aceptaba favores de todo tipo para borrar nombres e incluir otros. Total, las autoridades alemanas lo único que querían era llegar al número de deportaciones que exigía Himmler. En algún momento le pidieron que elaborara uno con veinte mil nombres. Veinte mil seres humanos para enviar a la muerte. Veinte mil. Pues bien, el condenado hijo de perra pronunció un discurso memorable que he podido leer hace poco, por cierto, con el fin de convencer a la comunidad de que les entregaran a sus hijos y a sus ancianos para que el gueto siguiera siendo productivo para los alemanes y así ganar tiempo. ¿Y sabe qué paso?

—No, pero me lo imagino.

—Que muchos le hicieron caso y sacrificaron a los más débiles para salvar al colectivo.

—Judíos —pronunció con evidente desdén.

—Cuando los rusos amenazaban con liberar Polonia, apenas quedaban unos veinte mil judíos. Los nazis ordenaron limpiar el gueto e hicieron un último listado en el que incluyeron el apellido de Rumkowski. Él y su familia fueron enviados a Auschwitz y gaseados. Se salvaron menos de novecientos.

—Una masacre —calificó como el que ve llover tras una ventana.

—Así que, mi buen amigo, cuando sienta que está bajo una presión insoportable, acuérdesse de Rumkowski. —Pausa—. Erika Eisemberg, ¿qué me puede decir sobre ella?

El otro pestañeó dos veces.

—¿Y qué pinta esa ahora...? No me creo que me haya comprometido para preguntarme por esa zorra.

—¿La conoces personalmente?

—Pues... No.

El Cuervo se giró muy despacio y recortó la distancia con él. Su semblante parecía el de un muñeco de cera mal terminado. A pesar de que le llegaba por la barbilla, pudo oler el miedo supurando por los poros del interpelado.

—Entonces ¿por qué dice que es una zorra?

Norman dio un paso atrás.

—Era solo una forma de hablar.

—No me gustan esas formas de hablar, me hacen pensar que es usted misógino y antisemita, sospechas que de ser confirmadas le incapacitarían para seguir realizando la labor que hace para nosotros.

—Vale, está bien. Le pido disculpas.

Este asintió.

—Insisto. ¿Qué me puede decir de ella?

—Que trabaja en el Comité para el Desarrollo del Deporte y poco más.

—No.

—¿No?

—Ya no. Porque, hasta donde yo sé, las oficinas del Comité para el Desarrollo del Deporte están ubicadas en el edificio del Ayuntamiento Rojo, y esta misma mañana ella ha entrado en Normannestrasse. Y no creo yo que haya ido de visita. Al margen, tampoco pienso que una cualquiera viaje a Moscú y permanezca allí casi cinco meses. No me está siendo de mucha ayuda, camarada —observó remarcando cada sílaba de la última palabra—. ¡Qué barbaridad, la semana pasada el pollo estaba cinco marcos más barato!

—Intentaré averiguar algo más.

—No.

—¿No?

—No. No lo intente, Norman, hágalo. Las tentativas no suelen llevar el logro como apellido. Y no averigüe algo más como si me fuera a conformar con las migajas, averígüelo todo.

—Pero... ¿por qué ella?

El Cuervo desestimó compartir con él que hacía apenas un par de horas que la había visto arrojar una moneda bajo el coche de Lavrov y tirarse debajo, bien con el propósito de colocarle algo, bien para revisarle los bajos. Fuera cual fuese su objetivo no dejaba de resultar un comportamiento digno de estudio.

—Una grieta minúscula puede hacer que caigan los edificios más altos. Y, por el momento, esta, su pareja, es la única grieta que he encontrado en Viktor Lavrov. Vaya por Dios, ya no les quedan costillas. El próximo día tendré que hacer noche en la puerta...

Al otro se le notaba cada vez más incómodo.

—¿Necesita algo más?

—Venía con la idea de comprar costillas de cerdo, pero, visto lo visto, me tendré que conformar con un poco de ternera.

Silencio.

—Zapad-81.

—¿Perdón?

—Se lo cuento porque su servicio de inteligencia, al igual que el nuestro, también está al corriente. Zapad-81 es el nombre en clave de las maniobras militares que van a llevar a cabo en septiembre las fuerzas armadas de la Unión Soviética y sus aliados. Si cumplen con lo previsto, serán las mayores de la historia. Trescientos mil hombres, treinta mil vehículos y más de mil aeronaves. Eso pone nervioso a cualquiera, pero a un hombre como William Joseph Casey —citó al director de la CIA nombrado por Ronald Reagan, en el cargo desde enero—, que es un paranoico de manual, más. Infinitamente más. Y si, por un casual, en esas maniobras llegaran a utilizar armas químicas, la cosa se pondría muy fea para todos. ¿Me sigue?

—Le sigo.

—Por eso, mi estimado colaborador, tenemos que asegurarnos de que Werner Wögler no entra en nómina del KGB. ¿Puedo contar con usted para minimizar al máximo esta posibilidad por muy remota que le pueda parecer?

—Puede, por supuesto que puede.

—Entonces averigüe qué puesto ocupa Erika Eisemberg en la Stasi antes de que Casey me ordene poner en marcha la otra vía.

—¿Qué vía? —preguntó casi al mismo tiempo que se arrepentía de hacerlo.

—La no diplomática. Esa señora ha comprado carne para alimentar a todas las familias del bloque. ¡Qué barbaridad! —le dijo a un hombre que estaba a punto de perder la paciencia. Luego se volvió de nuevo hacia su confidente—. De esa partida de frigoríficos que le entró la semana pasada y que esconde en ese almacén de Pankow, por favor, resérveme uno. El mío está ya en las últimas y la calidad de los que fabrican aquí, no se ofenda, es pésima.

Este empezó a notar un picor que necesitaba aliviar en alguna parte inalcanzable de la espalda.

—Creo que vendré mañana algo más temprano a ver si tengo más suerte. Cuando tenga lo que le he pedido, por favor, hágamelo saber por el cauce habitual. Y no me refiero al frigorífico, eso lo quiero mañana mejor que pasado. Avísame cuando lo tenga preparado para enviar a alguien. Que tenga un buen día, Norman.

El Cuervo le dio un par de palmadas en el hombro y se marchó esquivando a las personas que habían llegado más tarde que ellos y que ya ocupaban el fondo de la carnicería hasta la puerta. Lo siguió con la mirada hasta que desapareció como desapareció el picor.

—Hijo de perra —mascullo—. Maldito *yankee* hijo de perra.

Centro de detención preventiva de Keibelstrasse

Ubicado a pocas calles de Alexanderplatz, aquel era un lugar temido y odiado por los ciudadanos de la República Democrática Alemana. Raro era el caso en el que alguien pudiera afirmar que no conociera a un familiar o amigo que no hubiera pasado por allí, aunque solo fuera como medida disuasoria. Otros, muy en cambio, lo hacían para cumplir con su papel de colaborador informal de la Compañía, aportando nombres de compañeros de trabajo, vecinos e incluso familiares y amigos que consideraban susceptibles de ser investigados como elementos nocivos para la seguridad del Estado. A Viktor Lavrov le repugnaba tener que acudir a esas instalaciones policiales a pesar de asumir que formaba parte del férreo sistema de control interno inventado por sus compatriotas en tiempos de la Cheka, mejorado por sus sucesores del NKVD primero, del KGB después, y ahora abillantado y pulido por la Stasi.

El reloj del recibidor marcaba las once y media cuando se dirigió al puesto de control donde debía identificarse. Al salir de la residencia de los Allendorf hizo una parada en la tienda de repuestos Weber, pidió a Agneta un paquete de pilas, pagó con un billete de veinte y se marchó. Con ello estaba solicitando una reunión urgente con su superior, el general Kokorin, a quien debía

informar de que estaba siendo vigilado y de paso solicitar cobertura de un equipo operativo de la Oficina S, a poder ser el que estaba comandado por Boris Kliuka.

—Camarada comandante Lavrov —oyó.

No tardó en reconocer aquel risueño semblante.

—¡Cabo segundo Hebert! ¿Cómo usted por aquí?

—Cabo Hebert —le corrigió mostrando sus galones—. Ascendí el mes pasado y me han trasladado aquí.

—¿Te dije o no te dije que llegarías muy lejos?

—Me lo dijo, me lo dijo —corroboró.

—Enhorabuena, Gustav —añadió el ruso en un alarde de memoria.

El otro estuvo a punto de ruborizarse.

—¿Y sabe qué? —continuó el funcionario.

—Qué.

—Ahora leo todas las noches antes de acostarme. Me apasiona la historia y hasta la bibliotecaria de Marzahn me saluda por mi nombre de tanto que voy. Y todo ello gracias a su lección sobre la batalla de Tannenberg. ¿Sabía que durante la Primera Guerra Mundial hubo otra batalla entre rusos y alemanes en ese maldito lugar? Esta vez nos tocó ganar a nosotros —comentó con cierto dejo de imparcialidad histórica.

Viktor sonrió dejando que su colmillo asomara por la comisura de la boca.

—Tengo un poco de prisa —comentó el ruso.

—Por supuesto, camarada. No es necesario que identifique al comandante Lavrov —le dijo endureciendo el tono a un soldado de primera clase con cara de no importarle en exceso lo que sucediera a su alrededor—. Acompáñeme si es tan amable, comandante Lavrov.

—Se lo agradezco, cabo —resaltó.

Este lo escoltó gustoso hasta el pasillo que desembocaba en un enorme vestíbulo donde se despidieron casi de manera amistosa. Desde allí se articulaban las distintas dependencias que albergaba el edificio. Él se dirigía a las que estaban excavadas en el sótano, por lo que bajó los dos pisos de escaleras que iban a desembocar

en otro puesto de control. La frialdad de los materiales se contagiaba de inmediato en los organismos vivos que tenían la mala fortuna de transitar por allí. El sonido de sus pasos, discreto, parecía reducirse en intensidad como respuesta natural y sensata de adaptación al medio. Otra garita al final del pasillo le hizo detenerse. Tras identificarse —esta vez sí—, aprovechó para preguntar por el inspector Klein.

—Se ha marchado hará... media hora o así. Quizá más. No dijo cuándo volvería y si lo dijo, no lo escuché —precisó impreciso el oficial.

—Muchas gracias. Vengo a interrogar a un detenido.

—¿Se sabe el número?

—No.

—¿Apellido?

—Kemke.

—Cómo no —comentó el militar mientras comprobaba algo en el libro de registro.

—¿Qué ha dicho?

—Comandante Lavrov, era solo un comentario... Le pido disculpas.

—No le estoy reprendiendo, solo quiero saber por qué ha dicho eso.

—Porque en lo que llevamos de mañana lo han interrogado, que yo sepa, tres personas. Sí, aquí lo tiene.

—*Chert voz'mi!* —maldijo en ruso. A continuación encadenó una larga retahíla de insultos dedicados a Florian Klein, pero no los verbalizó.

—Prisionero 54-14379. Celda 233. Puede interrogarlo en la sala 4, allí encontrará la memoria. Por ese pasillo, la tercera a la derecha —le indicó.

—La cuarta —le corrigió el compañero.

—Eso, la cuarta. Se lo llevamos enseguida.

—Gracias.

Se notaba todavía ofuscado por la torpeza del inspector cuando dos funcionarios condujeron al reo y lo sentaron frente a él sin ninguna sutileza.

—¡Manos bajo los muslos y palmas hacia abajo! —le ordenó uno de ellos.

Ruslan Kemke, manso y sumiso, obedeció. Le costaba mantener la cabeza erguida y mucho más la mirada al frente.

—Pueden retirarse.

Viktor empleó algunos minutos en ojear el informe de los tres interrogadores que le habían precedido, incluido el propio Klein. Cinco palabras se repetían en los apartados de conclusiones: «El detenido niega los cargos». Resultaba evidente que no le habían dejado dormir un solo instante y antes de formular la primera pregunta ya sabía que no iba a sacar nada provechoso de esa sesión.

—¿Ha oído hablar de la batalla de Tannenberg, ciudadano Kemke?

Transcurrieron tres horas desde que formuló aquella pregunta hasta que escuchó negar por enésima vez que él tuviera algo que ver con los horribles crímenes que se le imputaban. El manual establecía que no había que facilitarle demasiada información referente a los hechos. La identidad de las víctimas, fotografías y el informe forense eran cartas demasiado valiosas para descubrirlas al principio de la partida. El principal objetivo en aquella fase era descartar posibles coartadas y de eso ya se habían ocupado los hombres de Klein ubicándolo positivamente en el espacio y el tiempo. Sin embargo, para el psicólogo resultaba harto desconcertante no detectar rasgo alguno de las decenas que conformaban un comportamiento sociopático, como el de Sutcliffe. Tanto era así que no descartaba la posibilidad de que sufriera algún tipo de trastorno de identidad disociativo, pero el hecho de que planificara y actuara de forma tan programada reducía esa posibilidad a la mínima expresión, a no ser que estuviera ante el primer caso de desorden de personalidad múltiple a voluntad. Decidir cambiar de doctor Jekyll a Míster Hyde los martes y sábados por la noche parecía fuera del alcance de aquel hombre que tanto se encomendaba a Dios.

Antes de abandonar Keibelstrasse dio la orden de que nadie que no fuera él mantuviera contacto con el detenido. Luego se adentró

en las laberínticas dependencias policiales de la unidad que dirigía Klein —sitas en el mismo edificio— con el objetivo de establecer una nueva estrategia en el interrogatorio de Ruslan Kemke. No lo encontró, pero dejó recado a su asistente y, sin más, se encaminó hacia su despacho en Normannenstrasse. Faltaban solo dos horas para llegar a las ocho, momento en el que debía acudir a la puerta de la Staatsoper Unter den Linden, punto en el que había establecido la cita con Frau Allendorf. Pero antes de eso tenía que resolver lo del atuendo, avisar a Erika y regresar a Keibelstrasse. Andaba con el tiempo más que justo, y justo lo que no quería bajo ningún concepto era que la sargento Kunkel le dijera que una persona le aguardaba en la sala de espera de la Administración 12 desde primera hora de la tarde.

Y no una persona cualquiera, no, una demasiado joven para haber sucumbido ya a la alopecia, con densas patillas y actitud desafiante.

—Sea lo que sea lo que te ha traído hasta aquí, Otto, me lo vas a tener que contar mañana porque ando con...

—Dos minutos —le cortó.

—Dos.

El primero de ellos lo usó para resumirle el encuentro que había mantenido con Birgit haciendo hincapié en que estaba trabajando en los expedientes de las víctimas que ella le había facilitado. El siguiente lo empleó en contarle que se había enterado de la detención de un sospechoso.

—En efecto, tenemos al tipo —le confirmó el ruso—. Ya veo que el insigne inspector de la Unidad Especial de Investigación Criminal de la Stasi ya se ha condecorado públicamente por el hito.

—Ya te advertí de que era un auténtico comemierda.

En el silencio que siguió después, Viktor supo leer las intenciones de Otto.

—Has venido a que te facilite su ficha.

—En dos minutos.

—Sabes que no puedo...

Fueron también dos, pero décimas, las que consumió su cerebro para asumir que el hombre que tenía frente a él no se iba a marchar

de allí sin lo que había venido a buscar.

—Maldita sea mi maldita existencia —dijo tras manifestar su fastidio en forma de prolongado y sonoro resoplido—. No hay mucho —le advirtió a la vez que extraía la carpeta del maletín y se lo ponía en la mano—. Pero lo que hay parece ser más que suficiente. Su nombre estaba en los listados de los registros que hizo la gente de Klein y en los archivos del relojero de Dresde, concretamente en la ficha de encargo de la Pera de la Angustia, en el albarán de recogida y en la factura, por supuesto. Su soltería le permitía moverse con libertad. Es profesor de la Universidad Técnica de Dresde, pero imparte clases maestras en varias instituciones en Berlín los martes y los viernes, alojándose esas noches en una pensión de mala muerte de Prenzlauer Berg. Lo han comprobado y estaba en Berlín los días que se cometieron los homicidios. No tiene coartada para ninguno de ellos —agregó—. Están registrando su casa, a ver qué encuentran. En definitiva, todo cuadra —concluyó por la vía rápida.

—Nadie diría que este desgraciado fuera un peligroso asesino —comentó señalando la foto—. Más bien parece un vendedor de alfombras de los que se ponen en Mauerpark.

—Por eso son tan peligrosos, porque nadie lo diría —parafraseó—. No sabía que vendían alfombras en Mauerpark, igual paso a echar un vistazo. Ahora tengo que hacer un par de llamadas, lo que me entretengan es el tiempo que tienes para leerlo.

—Suficiente.

Un reflejo extraño en los ojos del policía le hizo arrugar la frente a Viktor.

—¿Hay algo que no sepa que debas contarme?

—Puede, pero también podría estar equivocado y por nada del mundo querría yo hacerte perder tu valioso...

—¡A la mierda! —zanjó el del KGB.

Se encontraba tratando de explicar sus medidas a la mujer de la sastrería donde iba a alquilar el esmoquin cuando Otto entró en su despacho. Sin pronunciar palabra le dejó la carpeta sobre la mesa, hizo un gesto con la mano y se marchó. A Erika no la consiguió localizar en casa y no tenía la más remota idea de dónde

encontrarla dentro de aquel mastodóntico edificio, por lo que dejó un más escueto que conciso mensaje en el contestador automático avisando de que llegaría tarde y que ya le explicaría.

Arrastrando la pegajosa sensación de que, tal y como se había desarrollado el día, la noche no podía terminar bien, se levantó de la silla y se marchó a Keibelstrasse con la intención de dar una nueva puntada en el interrogatorio de Kemke. Esta vez no habría intercambio de palabras. Tan solo quería ver su reacción ante algunas de las fotografías de las víctimas y, para ello, invirtió el tiempo necesario en elegir bien las que iba a enseñarle. Veinticuatro minutos más tarde se encontraba de nuevo frente al sospechoso. No había transcurrido tanto tiempo desde que estuvo con él para el empeoramiento que había ajado su semblante, pero ya sabía él que la privación del sueño obraba tales «milagros».

—Buenas tardes, ciudadano Kemke. La buena noticia es que no le voy a molestar demasiado. La mala es que necesito que concentre toda su atención en estas fotografías que voy a mostrarle.

El detenido se limitó a asentir con la cabeza y balbucear algo ininteligible.

La que abría el dossier fotográfico era un plano corto del rostro sin vida de Mathias Buback, la primera víctima. Tras unos instantes, retiró la mirada sin mostrar otra reacción que el rechazo natural que provoca la cara de un muerto. Ante la segunda imagen, en cambio, respondió de forma distinta. Primero frunció el ceño para, seguidamente, recortar la distancia y clavar sus ojos en los de Bastian Hellsinger, como si quisiera asegurarse de que, en efecto, se trataba de él. Luego levantó la vista, incrédulo, antes de regresar de nuevo a la foto y negar en bucle con la cabeza.

—¿Lo reconoce?

Este, conmocionado, no se movió.

La tercera era la más desagradable. Johannes Allendorf retorcido sobre la cama en una postura que denotaba la agonía que le había acompañado hasta que su corazón dejó de latir. Petrificado, Kemke se limitó a emitir un prolongado gemido lastimero. Las primeras lágrimas no tardaron en aparecer, resbalando por el tabique nasal para estrellarse contra la instantánea. Lo que sucedió a continuación

no entraba en el abanico de posibles reacciones previstas por el psicólogo criminalista. El detenido empezó a recitar salmos bíblicos al tiempo que golpeaba la mesa con la frente una y otra vez, y solo la rápida intervención del funcionario que lo acompañaba en la sala de interrogatorios evitó que perdiera la conciencia.

Dando por concluida la dramática sesión, Viktor se marchó algo turbado, dejando pendiente de valoración lo acontecido entre esas cuatro paredes.

Gimnasio Repplinger

—Dos izquierda, uno derecha, guardia arriba, paso lateral. Respira. Dos derecha, uno izquierda, guardia arriba, esquivar. Respira. ¡Vamos, jodido tullido, puedes hacerlo mejor! Quedan veinte segundos. ¡No pares! Boom, boom, derecha directo, boom. Eso es. ¡Junta más los guantes, por ahí te entra una mano! Paso lateral. Respira. Doce segundos a tope. ¡Vamos, vamos, vamos! Golpea fuerte el saco, que no muerde. Eso es. Esquivar, tullido, esquivar. Boom, boom, boom. ¡Bien esa combinación! Sube la guardia. Golpea. ¡Tiempo! Dos minutos.

Otto jadeaba mientras daba pequeños saltos verticales y movía los pies. Parecía que le hubieran tirado un cubo de agua y aún le quedaban tres series como aquella pero variando los tipos de golpeo.

—Has ganado mucha velocidad con la izquierda, pero te sigue saliendo algo baja porque sueltas el brazo antes de tiempo y la cadera no está bien alineada con los hombros —evaluó Vollrath Repplinger, su entrenador—. El golpe nace en el hombro y muere en el puño. Deja que crezca. No te precipites. Y la guardia, Otto, la maldita guardia. Al menos dos veces no la has cerrado. Un tipo con suerte te hubiera hecho besar la lona. Prefiero que juntes los puños y que te entre un croché a que te llegue un directo. ¿Me estás escuchando?

Otto asintió. No era cierto del todo. En su mente seguía repitiéndose que las coincidencias existen y tienen lugar, pero, por

norma, no suelen tener cabida en un caso con cinco cadáveres, dos de los cuales habían cumplido el servicio militar obligatorio en el Tercer Distrito Militar, Séptima División de Blindados con sede en Dresde. Casualmente en el mismo donde había estado destinado el detenido como instructor.

—Ahora quiero un cruzado de derecha, gancho de izquierda y directo de derecha. Alternativo con paso atrás y guardia. ¿Estamos?

Mismo gesto afirmativo.

—¡Tiempo!

Staatsoper Unter den Linden

Viktor desvió la mirada fugazmente hacia el espejo de cuerpo entero ubicado al pie de las escaleras que llevaban a la zona de tribuna. Frau Allendorf, agarrada con suma elegancia a su antebrazo, parecía deslizarse voluble sobre el tapizado que cubría la parte central de los peldaños. Reconocerse vestido de esa guisa le hizo apartar la vista de inmediato y centrarse en el resto de asistentes. Por un instante le pareció haber retrocedido un siglo en el horizonte temporal, cuando la aristocracia y la nobleza competían — endogámica liza— por acaparar el reconocimiento colectivo. A su alrededor revoloteaba la flor y nata de la estrecha capa social pudiente de la RDA, pavoneándose como si no existiera nada más en el mundo que aquella ópera, como si fueran dueños de sus decisiones, como si de verdad estuvieran convencidos de que el libre albedrío fuera posible.

En el último trecho del primer acto llegaba la mencionada aria, *Vesti la giubba*. Viktor comprobó que, en efecto, provocaba que afloraran los sentimientos no solo en Frau Allendorf, sino también en muchos de los espectadores. Más por el contexto escenográfico que por su conocimiento del italiano, el del KGB comprendió su significado y permitió que le calara dentro. El protagonista, dolido por la infidelidad de su esposa, no tiene otra alternativa que ponerse el traje de payaso, maquillarse y salir al escenario a hacer reír al

público, puesto que ese era su oficio, porque debe ser coherente con lo que es.

Ridi, Pagliaccio.

La moraleja le hizo reflexionar durante los siguientes actos hasta que, no pudiendo llegar a ninguna conclusión aplicada a su actual tesitura, se dejó arrastrar por la apatía. Al principio del último acto deseaba con todas sus fuerzas que terminara cuanto antes aquel sainete en el que le había tocado interpretar el papel de estúpido acompañante por voluntad propia, pero, principalmente, ansiaba despojarse de ese incómodo disfraz que tanto le abochornaba.

Y debió de anhelarlo con mucha vehemencia porque, aunque todavía no podía saberlo, no habrían de transcurrir tres horas para que el esmoquin estuviera hecho un gurrúño en el suelo del dormitorio. Hacía tanto que no tenía un orgasmo de tanta intensidad que a punto estuvo de arrodillarse y pedirle la mano. En vez de eso, se acomodó junto a ella, la besó en los labios y cerró los ojos confiando en que aquel momento liberador significara un punto de inflexión.

El punto de inflexión que modificara el rumbo de los acontecimientos.

Y de alguna forma así fue pese a que la trayectoria no tuviera nada que ver con la que él esperaba.

EAU DE ROCHAS

*Ministerio para la Seguridad del Estado
Berlín Oriental (RDA)
30 de junio de 1981*

El uniformado del Regimiento de Guardias Félix Dzerzhinsky caminaba un par de metros por delante de ella, pero daba la impresión de que ambos transitaran por mundos paralelos sin posibilidad de comunicación entre sí. Erika Eisemberg jamás había pisado ese ala del edificio, pero su instinto le decía que donde fuera que la estuviera conduciendo se iba a encontrar con Markus Wolf.

Le resultaba francamente complicado hacer un balance objetivo de la semana que acababa de dejar atrás. En lo personal había recuperado el frenesí carnal que había caracterizado su relación con Viktor, sin duda uno de los aspectos que jugaban a favor de su pareja —y ahora sí amante—. El modo en el que se entregaba durante los encuentros sexuales no dejaba espacio alguno para la duda respecto a la conexión química de sus cuerpos; sin embargo, Erika no lograba despojarse del resquemor que le ocasionaba la relación que mantenía con la viuda Allendorf y que tanto se encargaba él de alimentar. Según él, esas reuniones tenían como único objeto colocar los pilares sobre los que tendería un ficticio pero sólido puente de confianza. Puente que cruzaría en el momento propicio con el propósito de descubrir sus flaquezas y averiguar lo que sabía acerca de la actividad de su difunto marido, más en concreto con el protegido denominado Ciudadano W. A

Erika no le quedaba otro remedio que confiar en él y seguir interpretando el papel de informadora del KGB metida hasta las rodillas en esas arenas movedizas tan peligrosas como eran las entrañas de la Stasi. En este sentido, se había limitado a compartir con él algunos datos poco golosos referentes a la actividad de la sección de Espionaje, Soporte y Actuación en terceros países a la que había sido asignada. Esa misma mañana, antes de que embarcara en el vuelo con destino a Londres, él la había instado en varias ocasiones a esforzarse por averiguar cuál era el interés real de la Compañía con respecto a Werner Wögler. Como en las veces anteriores, Erika había salido airosa argumentando que aún era pronto para agitar aquel avispero, aunque, en su fuero interno ella sabía que no era esa sino otra la pregunta que debía hacerse: ¿Qué ocultaba el pasado de Erich Mielke que despertaba tanto interés en Markus Wolf?

Lo profesional, por tanto, también lo tenía razonablemente encauzado, por lo que no existía ninguna razón objetiva que explicara aquel continuo malestar en el que estaba sumida.

En realidad, sí la había.

Y de peso, por mucho que ella tratara de aligerarlo evitando pensar en ello: su esterilidad. Le resultaba del todo irritante no comprender el motivo por el que le dolía tanto no ser capaz de concebir hijos cuando era algo que jamás le había llamado la atención. Era como si un médico prohibiera comer bombones a alguien que detesta el dulce y este se pusiera a patalear. ¿Qué sentido tenía?

Ninguno.

—Es ahí, pase. La están esperando —le indicó el uniformado.

Sin el enorme parapeto que eran sus gafas, los diminutos ojos que la contemplaban desde la distancia parecían no pertenecer a esa cara. Tanto era así que incluso podrían llegar a pasar por inofensivos.

—Buenos días, póngase cómoda, por favor —dijo Wolf tras ajustarse la montura de concha de tortuga y girarse hacia la ventana. Fuera, un aguacero obcecado en calar el interior del edificio se arrojaba bizarro contra el cristal—. Los del servicio

meteorológico dicen que aún va a seguir así al menos un par de días o tres. ¿Usted es de las personas que detestan la lluvia o de las que la adoran?

—De las que consideran que entre ambos polos opuestos hay puntos intermedios y que la valoración, en función de las circunstancias, varía.

—Sería usted una estupenda representante de la Cámara Popular, pero en este despacho la política no tiene cabida. Yo odio la lluvia porque me condiciona mi estado de ánimo y es algo que no puedo evitar. Todo lo que no controlo me genera un rechazo natural incontrolable —afirmó siendo consciente de lo ingenioso que había sido—. Hablando de estados de ánimo, ¿cómo se encuentra ahora que el amor de su vida —teatralizó— la ha abandonado unos días?

—Cuando me meta sola en la cama lo sabré, camarada teniente general.

—Buena señal —calificó pasando por alto la insolencia—. ¿Le ha dicho cuánto tiempo va a permanecer allí?

—Va a depender de cómo reaccione...

—Peter Sutcliffe —se adelantó—. Yo mismo he firmado la autorización para que pueda entrevistarse de nuevo con él. Según informa el inspector Klein, al parecer, el comandante Lavrov considera del todo necesario mantener una charla con ese asesino para el devenir de nuestra investigación. ¿Qué es lo que espera sacar de un individuo como ese?

—No lo sé con certeza, pero, aunque no me lo ha dicho, diría que no está del todo seguro de que el hombre que tienen detenido en Keibelstrasse sea culpable.

Markus Wolf elevó las cejas.

—¿No?

—No.

—Vaya. Según el informe que me han proporcionado, no existe ninguna duda de que sea él. Tienen un montón de pruebas irrefutables, pero por encima de todo cuentan con la confesión del detenido.

—Sí, estoy al corriente.

—Se trata de un experto en instrumentos de tortura medievales, católico ortodoxo hasta la médula, convencido antisemita y, como colofón, considera a los homosexuales una lacra que debería desaparecer de la faz de la tierra.

Por alusiones, Wolf invirtió unos segundos en hacer una anotación mental: comprobar si Uri Jamchi había avanzado en la labor que le había encargado. Se cumplían tres días desde que había hablado con el israelí y este se mostró muy esperanzado en obtener pronto algún fruto del árbol que estaba agitando. Lo que no sabía el de la Stasi era traducir el adverbio de tiempo en tiempo real.

—En el registro de su domicilio —prosiguió tras el lapso— hallaron un ejemplar del Antiguo Testamento al que le faltaba una página, justo la que estaba en el apartamento de Johannes Allendorf. ¿Blanco y en botella?

—¿Pintura de ese color en un envase que no suele ser el habitual?

En un abrir y cerrar de ojos su expresión pasó del desconcierto a la fascinación, momento que culminó en una sonora carcajada.

—Es usted brillante. Ahora, dígame con sinceridad, ¿cree que Viktor Lavrov, por muy especialista que se considere en el análisis del comportamiento criminal, va a ser capaz de desmontar la acusación contra Ruslan Kemke?

—Su propósito es asegurarse de que es culpable a la vez que trata de descifrar el funcionamiento de una mente criminal como esa.

—Sea como fuere, después de la confesión de Kemke, la cadena perpetua no se la quita nadie, aunque si yo fuera el magistrado le aplicaría la pena capital sin pensármelo dos veces.

Markus Wolf se llevó las manos detrás de la cabeza y entrecruzó los dedos a la altura de la nuca.

—Cambiemos de asunto porque, si le soy sincero, me importa muy poco lo que el futuro le depare a Kemke, si es que ese cabrón tiene algún futuro... —finiquitó al tiempo que centraba su atención en un documento que tenía sobre la mesa—. Los datos que nos han facilitado los del Centro Técnico de Operaciones nos invitan al optimismo. Tener controlados sus movimientos dentro y fuera de

casa nos ayuda mucho, la verdad. Desde el día 16, fecha en la que se produjo el primer encuentro entre Viktor Lavrov y Frau Allendorf, han mantenido otros siete más. Dos en su domicilio, uno en la ópera, otro en el teatro Gorki y el resto en distintos restaurantes de, tengo que reconocerlo, bastante buen gusto. Se diría que están labrando una bonita amistad, ¿no le parece?

—Diría que Viktor sabe cómo hacer su trabajo.

—De eso no me cabe la menor duda. ¿Y bien?

Erika se humedeció los labios.

—He tratado de no mostrar excesivo interés más allá de lo que cabría esperar como pareja. Desde el principio me contó que su propósito inicial es averiguar si ella estaba al corriente de la actividad de su marido y que ello condicionará el paso siguiente. A mí lo único que me ha pedido hasta el momento es que trate de sondear el interés real que pudiera tener este ministerio en el caso de Wögel.

—¿Y qué le ha dicho?

—¿Él o yo?

Wolf sonrió.

—Él.

—Que si tuviera que apostar, lo haría a favor del sí.

—¿Del sí acerca de qué?

—Que estaba al corriente de la actividad de su marido.

—Ah. Buena noticia. Yo sospecho lo mismo. Un hombre discreto puede ocultar su condición a los ojos del mundo, pero no a su mujer.

—Frau Allendorf era conocedora de las prácticas sexuales de su marido fuera del matrimonio.

Wolf dio una palmada que, más por sorpresiva que por sonora, le hizo estremecer.

—¿Lo está diciendo en serio?

—Totalmente.

Más palmadas.

—Si el camarada ministro Mielke se enterara de eso palidecería por completo. Ya sabe lo tradicional que es. A mí todavía no me ha perdonado lo de mi primer divorcio.

Era cierto, aunque, más bien, lo que no le perdonaba el ministro era su estilo de vida disoluta.

—Eso es bueno —prosiguió—, podríamos llegar a utilizarlo contra ella llegado el caso. ¿Qué más puede contarme?

—Poco más. Ha comentado que es una mujer adelantada a su tiempo y que está bastante afectada por la pérdida de su marido.

—Él sabrá cómo consolarla —comentó en tono lascivo.

Erika se mordió los carrillos por dentro.

—Seguro que sí.

Markus Wolf la taladró con la mirada buscando algún resquicio en aquellos ojos azules casi grises. Nada encontró.

—Bien. Cuando Viktor regrese, usted le contará que ha oído que nuestro Gobierno no tiene interés alguno en la carrera nuclear y, menos aún, en el desarrollo de armamento químico. Días después le facilitaré el acceso a un documento firmado por el presidente Honecker, falso, por supuesto, que usted fotografiará y le entregará para refrendar esta información. Con ello usted ganará enteros dentro del KGB, a nosotros nos borrarán de la ecuación y nos proporcionará cierta ventaja que sin duda sabremos aprovechar cuando llegue el momento.

Erika asintió.

—¿Algo más, camarada teniente general?

—No, nada más.

Iba ella a levantarse cuando Wolf hizo un gesto con la mano.

—¡Se me olvidaba! —dijo al tiempo que abría el último cajón de su escritorio—. Me lo traen directamente de París. Está causando furor entre las mujeres francesas.

El jefe del Servicio de Inteligencia en el Extranjero deslizó una caja rectangular por encima de su escritorio.

—Eau de Rochas —pronunció en francés.

Ella no modificó un ápice su semblante mientras lo abría, sacaba el frasco, le quitaba el tapón plateado y presionaba el vaporizador. Una invisible nube de perfume se adueñó del espacio que los separaba.

—¿Y bien? ¿Qué le parece?

—Me gusta, pero no puedo aceptarlo —sentenció segundos después—. Viktor me pediría explicaciones y no existe ninguna que...

—Era solo una prueba —le interrumpió él, divertido—. Es evidente que no habría forma de justificarlo sin comprometer su misión. Ha reaccionado como esperaba. La felicito. Ya puede retirarse.

Perduró mucho más la mueca de satisfacción de Erika que la esencia cítrica y floral en el despacho de un abochornado Markus Wolf. Por su parte, era tal el jubiloso estado en el que estaba sumida que no se fijó en que acababa de cruzarse con quien nunca debería haberse cruzado.

Isla de Wight (Inglaterra)

Con lluvia había salido de Berlín y con lluvia había aterrizado en Londres. Lluvia que también le había acompañado durante el trayecto en taxi hasta Portsmouth, donde tomó el ferry que ahora estaba a punto de fondear en las aguas del pequeño puerto de la isla de Wight.

Apoyado sobre la barandilla, no tardó en reconocer el avinagrado rostro de Nelson McMahon, el alcaide del centro penitenciario de alta seguridad de Parkhurst, completamente estático, firme y envarado bajo un paraguas de cuadros que le protegía del agua cual si representara la alegoría de la resistencia de la raza humana ante los elementos. Viktor se oprimió los lacrimales con el índice y el pulgar antes de sacudirse el agua del chubasquero que le había proporcionado alguien de la tripulación cuando quiso acceder a la cubierta en busca de aire fresco. Como si el gesto hubiera activado una parte reflexiva de su cerebro, dejó que algunos pensamientos revolotearan con total libertad.

No se lo había pensado dos veces cuando Florian Klein lo llamó por teléfono para informarle de que le habían concedido el permiso para viajar a Inglaterra y entrevistarse con Sutcliffe. Y menos, si cabe, ahora que la tensión había desaparecido casi por completo desde que Ruslan Kemke firmara la confesión. A ojos de la Stasi, el

caso estaba cerrado y casi olvidado, pero él, como psicólogo criminalista, no podía opinar lo mismo.

Al día siguiente de haberle mostrado las fotos, Viktor acudió temprano a darle los buenos días con el único propósito de ahondar en las razones que habían motivado esas inesperadas reacciones. Para su sorpresa, el sospechoso había pasado de la frialdad absoluta, enrocado entre su inocencia y su fervor religioso, a resquebrajarse por completo. La primera frase que salió de su boca esa mañana fue: «He sido yo, quiero confesar». El del KGB, sorprendido —y quizá un tanto decepcionado—, dio por concluida su labor, dejando la tarea administrativa a la unidad de Klein, que, muy gustoso, dirigió en persona la toma de declaración inculpatoria. Concentrado desde entonces en ganarse la confianza de Rebeca Allendorf —había intimado con ella hasta el punto de eliminar el tratamiento formal—, apenas había dedicado unas horas a escuchar las grabaciones en las que Kemke, con sus aptitudes mentales muy tocadas, reconocía ser el autor de las cinco muertes limitándose a aceptar los cargos durante los veintiocho minutos que duró la reconstrucción de los hechos expuesta por Florian Klein.

Muy lejos de sentirse eufórico por cómo se habían desarrollado los acontecimientos, Viktor percibía que algo no encajaba. No se trataba de un pequeño matiz, un ligero detalle o un pormenor irrelevante, no. Era una nota discordante en un concierto de la Orquesta Filarmónica de Moscú, un hábito en un burdel, unas medias de seda en un convento. Cierto era que Kemke le parecía un hombre detestable: misógino, antisemita, misántropo, homófobo y ultracatólico eran los adjetivos que mejor definían su forma de ser. Su histórico vital, criado en el seno de una familia de arraigada tradición castrense —él mismo entregó los mejores años de su vida al ejército como antes lo hicieran su hermano, padre, abuelo y bisabuelo—, se había visto empujado a llevar una existencia ermitaña, vacía de emociones y vicios, dedicada por completo al estudio de la Edad Media, época a la que, según había reconocido el propio acusado, pertenecía su alma. Sin embargo, en los encuentros que mantuvo con él, Viktor no había detectado rasgo alguno que le llevara a pensar que podría haber pergeñado un plan

cuyo fin último consistiera en castigar la homosexualidad. Rasgos que sí había observado en Peter Sutcliffe a pesar de lo mucho que se esmeró en mantenerlos ocultos. Era este el motivo que le había empujado hasta allí: conocer la opinión del mismo diablo con la esperanza de que este le aportara un enfoque nuevo, una visión desde dentro libre de prejuicios, desintoxicada. No tenía nada claro hasta qué punto iba a poder sacar provecho del reencuentro con Sutcliffe, pero confiaba en no estar perdiendo el tiempo por lo mucho que le había costado separarse de nuevo de Erika. A este respecto, la última semana había sido fabulosa. Desde aquella noche en la que, al regresar de la ópera, logró machihembrar con ella en lo carnal, el engarce espiritual volvió a ser lo que era; lo que él recordaba y que tanto le había impactado la primera vez que la vio en Moscú. Sin embargo, desde que Erika regresó de Lubianka, notaba que le faltaba esa chispa con la que conseguía prenderle cómo y cuándo quería; y, aunque él evitaba sacar el tema a la luz, lo achacaba a que todavía no había sido capaz de digerir su infertilidad. Y quizá por ello se mostrara tan arisca cada vez que mencionaba a Rebeca Allendorf, con quien había estrechado la relación hasta el punto de que ya tenía decidido intentar el abordaje definitivo en cuanto regresara a Berlín.

—Estamos atracando, señor, tiene que dejar libre la cubierta —le informó un empleado del ferry.

Viktor ni siquiera se giró. Recogió su equipaje, se ajustó el sombrero y tomó posición entre los pasajeros que se agolpaban cerca de la puerta como si el buque se fuera a ir a pique en cualquier instante. Dejó que los más impacientes abandonaran la embarcación y, tan pronto cruzó la pasarela, se dirigió al encuentro de McMahon.

—Bienvenido, doctor Lavrov —dijo casi sin mover los labios y ofreciéndole la mano. Este se la estrechó sin apretar demasiado su huesuda estructura.

—Le diría que me alegro de verle, pero sería excesivo. Gracias por venir a buscarme, alcaide.

—Podría decir que está dentro del contexto de hospitalidad británica, pero sería excesivo —contraatacó McMahon con forzosa

afectación—. En realidad, he venido para que me explique de camino por qué narices nos honra de nuevo con su visita. ¿No cree que ya torturó lo suficiente la vez anterior a Sutcliffe?

—No, en absoluto. Desconozco si tengo la capacidad de concreción que requiere el asunto, pero me comprometo a intentarlo si usted hace el esfuerzo por no interrumpirme a la vez que comparte su paraguas conmigo. Me estoy calando.

El británico dejó escapar una risa entre amilanada y almidonada, como si no estuviera lícito a manifestar tal emoción.

Acababan de acceder a las instalaciones penitenciarias cuando Nelson McMahon intervino por primera vez.

—Haga el favor de acreditarse en ese mostrador.

Tras hacerlo, Viktor remató el capítulo de conclusiones con una sola frase.

—Por todo ello necesito hablar con Peter Sutcliffe.

—Comprendo, pero... ¿qué le hace pensar que colaborará con usted? Si no me falla la memoria, la cosa no terminó muy bien entre ustedes la última vez.

—Muy cierto. No obstante, juego con ventaja.

El alcaide lo miró con curiosidad.

—Su extremo narcisismo no le va a consentir que desperdicie la oportunidad de darme una lección, de demostrarme que en su terreno el experto es él.

—Es usted francamente retorcido. Si alguna vez quiere pasarse de bando, considere esta su casa, doctor.

—Se lo agradezco, pero preferiría trabajar de sol a sol en un koljov de la Siberia profunda que pasar una semana entre estos muros.

—Es por aquí. Al tratarse de una entrevista que nada tiene que ver con el caso pendiente de revisión del señor Sutcliffe, ni la fiscalía ni la defensa, aunque están al corriente, han solicitado estar presentes, ni siquiera que sea grabada, por lo que tendrá total libertad para manejar la situación a su criterio. Dicho esto, le quiero pedir que se mantenga en los márgenes de lo racional.

—Esa última frase no sé si la he comprendido del todo, pero cuente con ello.

Nelson McMahon meneó la cabeza.

—Tal y como establece la ley, estarán acompañados en todo momento por un funcionario que velará por su seguridad.

—¿Por la mía o la de su recluso? No hace falta que conteste. ¿Es de confianza?

—No sé a qué se refiere.

—Es igual. ¿Le veré más tarde?

—Depende de lo tarde que pretenda verme —contestó el alcaide con sutil ironía—. ¿Necesita algo más?

—Espero que no.

—Entonces, solo me queda desearle suerte.

Un funcionario de talla menuda y pose desabrida introdujo la llave en la cerradura y le invitó a pasar con imprevista galantería. La sala, de cuatro metros cuadrados, estaba vacía.

—Puede sentarse ahí, señor Lavrov, enseguida mi compañero lo traerá por esa otra puerta.

—Gracias.

El concepto «enseguida» no debía de corresponderse con lo que el ruso tenía en mente, pero al escuchar un sonido metálico al otro lado se evaporó de golpe cualquier clase de inconveniente temporal. Lo vio aparecer bastante desmejorado pero luciendo una expresión triunfal, victoriosa en exceso, como si el partido estuviera ganado antes de salir al terreno de juego.

Al no saber cómo corresponder dicha actitud, Viktor Lavrov empezó a dudar de que desplazarse hasta allí hubiera sido una buena idea.

A 17 km de Dresde

Mientras los limpiaparabrisas del Wartburg 353 color beige que le había prestado su padre trataban de eliminar la película de agua que le dificultaba la visión, Otto Bauer se esforzaba por recordar la última vez que se había visto en la obligación de recurrir a él, y no precisamente para que le dejara el coche.

A pesar de que Birgit había insistido en que lo hiciera, él lo meditó mucho antes de subirse al tranvía y plantarse en su casa del barrio de Weissensee, al norte de la ciudad. Y prueba del esfuerzo que le había costado hacerlo era que, llegando a la estación Schönholz, estuvo a punto de echarse atrás y regresar por donde había venido. No obstante, la necesidad de aprovechar su extensa y succulenta red de contactos pesó más que su orgullo. No podría decirse que la relación con su padre fuera mala, pero se había producido un distanciamiento progresivo que ninguno se preocupó de detener. Siendo él un comunista de contrastado abolengo, se dedicó en cuerpo y alma a la política desde que cumplió la mayoría de edad, hecho que le provocó varios ingresos en prisión antes de que el nacionalsocialismo se hiciera con el control de su país y se viera obligado a pasar a la clandestinidad. En 1936 se alistó en las Brigadas Internacionales junto con otros camaradas para combatir contra el fascismo en la guerra civil española. Allí labró la amistad que aún decía mantener con Erich Mielke y, aunque no venía escrito en ningún libro, Konrad Bauer era considerado uno de los padres fundadores del Partido Socialista Unificado. Paradójicamente, Otto habría preferido que su alargada sombra se hubiera ceñido más al ámbito familiar, donde no se prodigaba demasiado, y que se desvaneció por completo a partir de la muerte de su primera esposa y madre de Otto, desgracia en la que se fraguó esa fisura que daría origen al abismo que los había separado. Del mismo modo, si pudiera establecerse el instante en el cual se produjo el efecto contrario, habría que enmarcarlo en la habitación de un hospital durante el pasado mes de octubre, cuando le comunicaron que iba a perder la movilidad de la mano y su padre le quitó importancia argumentando que la única izquierda que valía era la del antiguo movimiento comunista. Desde entonces se habían visto y hablado por teléfono más que en los últimos cinco años, cuestión que a la postre le animó a pedirle el favor. De otro modo, no le habría resultado nada sencillo dar con un mando de la Séptima División de Blindados que se brindara a atender a un policía de la Kripo apartado temporalmente del servicio.

—Te va a atender el teniente general de las Fuerzas Terrestres del Ejército Popular Nacional, Hans Jurgen Keifer —le había anunciado su padre—. No lo conozco en persona, pero tengo buenas referencias de él. Te deseo lo mejor, pero, sobre todo, procura devolverme el coche sin un rasguño o te las verás conmigo.

Al sobrepasar el cartel que anunciaba que le faltaban dos kilómetros para llegar, Otto desvió la mirada hacia la carpeta de tapas de cartón que contenía los informes que Birgit le había proporcionado. No tenía claro qué esperaba sacar de su visita, pero su instinto le susurraba que tenía que existir una razón que explicara el vínculo que unía a Bastian Hellsinger, a Johannes Allendorf y a Ruslan Kemke con las instalaciones a las que estaba a punto de acceder.

Decenas de gotas de agua se colaron furtivas al abrir la ventanilla para identificarse ante el soldado que ocupaba la garita de entrada.

—Inspector jefe Bauer de la Kriminalpolizei. Tengo una visita concertada con el teniente general Keifer.

—Un momento.

Tras la comprobación telefónica, el joven le explicó cómo llegar al cuartel de oficiales. Estacionó en el área habilitada para vehículos civiles y se subió el cuello de su cazadora imitación de Perfecto antes de trotar hasta la puerta. Otro uniformado le esperaba fuera.

—Acompáñeme, por favor.

Las grietas que, como cicatrices, surcaban la piel de yeso de los pasillos, eran un evidente indicador de la avanzada edad del edificio; imperfecciones que trataban de ser compensadas con la extrema pulcritud de un suelo tratado una y mil veces con amoníaco.

—Es esa puerta —le indicó.

—Muy amable.

Tres fueron las veces que golpeó con los nudillos antes de escuchar un seco y ronco «adelante». El oficial de alto rango lo aguardaba de pie con el rictus relajado pero circunspecto, como si esa fuera la expresión más amable que pudieran configurar sus músculos faciales. Corpulento, vestía con el uniforme de paseo: guerrera y pantalón de color gris ceniza, camisa blanca y corbata negra en sintonía con los zapatos, recién brillantados y pulidos.

—Buenos días, ¿café, té, agua? —le ofreció.

—No, gracias. ¿Le importa si fumo? —le preguntó al ver un cenicero tapizado de colillas.

—Adelante. Siéntese.

—Muy amable —dijo antes de prender el Karo sin filtro.

—Así que es usted hijo de Konrad Bauer.

Otto se lo confirmó con un gesto al tiempo que liberaba el humo de la primera calada.

—No tengo el placer de haberlo conocido, pero el mayor general Brok me ha asegurado que es un patriota de los pies a la cabeza al que le debemos mucho los buenos socialistas.

—Así es —confirmó Otto, escueto.

—Y, dígame, ¿en qué puedo ayudarle? —preguntó mientras se acariciaba el mentón para comprobar que, en efecto, estaba perfectamente apurado.

—En primer lugar quiero agradecerle que haya aceptado recibirme, sé que es usted un hombre muy ocupado.

—Mañana salimos de maniobras, motivo por el cual le voy a pedir que vaya al grano, inspector jefe.

—Por supuesto. Estoy colaborando en la investigación de un caso en el cual, dos de las víctimas y el sospechoso están relacionados con este cuartel.

El militar frunció el ceño.

—¿Qué tipo de relación?

Otto Bauer hizo un excelente trabajo de concreción.

—Y los tres coincidieron aquí en el año sesenta y cuatro —concluyó—. Allendorf y Hellsinger cumpliendo el servicio militar obligatorio. Kemke como instructor.

—Eso fue hace mucho tiempo. Yo ni siquiera estaba aquí destinado —aclaró como si, precavido, quisiera eximirse de toda culpa posible.

—Lo que necesitaría saber es si sería posible acceder a sus archivos por si pudiera encontrar algo que me ayudara a avanzar.

—Entiendo.

El militar se frotó los párpados.

—Sé que usted ha sido apartado de la Kriminalpolizei, así que, o me explica qué demonios hace investigando este caso o ya puede volverse por donde ha venido.

Presidio de alta seguridad de Parkhurst

—Tiene buen aspecto —comentó el ruso con cierta sorna.

—He perdido siete kilos desde que me encerraron aquí.

—Vaya, casi un kilo por semana.

—Mis abogados dicen que pronto me trasladarán al centro hospitalario de Broadmoor donde podrán tratarme mi enfermedad.

—No, si el fiscal Havers logra impedirlo. Le recuerdo que está pendiente de recibir mi veredicto.

—Venga, doctor, ambos sabemos que el informe que usted presente no será definitivo.

—No, por supuesto que no, porque eso lo tendrá que decidir un juez, pero si cargo de razones a mi buen amigo el fiscal quizá consiga dilatar ese hipotético traslado unos cuantos meses, puede que años. Y, créame, a convictos como usted no les conviene estar excesivo tiempo cerca de los presos comunes.

A Peter Sutcliffe se le borró la media sonrisa.

—De hecho, el alcaide McMahon me ha comentado hace unos minutos que no es usted muy popular por aquí.

—¿Está intentando asustarme?

—En absoluto, créame. Es más, ni siquiera he venido a hablar de su caso.

—Ah, ¿no?

—No.

—¿Entonces?

—Quiero conocer su opinión acerca de otro en el que estoy metido.

De nuevo la mueca de satisfacción.

—¿Me está pidiendo ayuda?

—Si quiere considerarlo así...

—¿Ayuda a cambio de qué?

El ruso se esperaba esa pregunta.

—A cambio de que siga de una pieza a la espera de que se tome la decisión con respecto a su posible traslado.

El reo ganó cierta distancia y compuso un gesto de incredulidad bastante ridículo.

—Es decir, que si no colaboro podría ocurrirme algo. ¡¿Es eso?!

—No, pero aprovechando que Nelson McMahon tampoco se considera un admirador suyo, no creo que me costara mucho convencerlo de que el aislamiento no le favorece en absoluto para atenuar su perturbado estado mental. Aunque también podría argumentar y defender la postura contraria. Como psicólogo soy muy capaz de desarrollar ambas teorías y que suenen del todo creíbles. Solo tengo que elegir cuál.

—Usted me da asco.

—Está asumido.

Silencio.

—Ahora, señor Sutcliffe, le voy a pedir que me dedique toda su atención.

Viktor Lavrov empleó los siguientes minutos en relatar los detalles del caso manteniendo un tono objetivo para evitar intoxicar y condicionar su opinión. Cuando llegó al punto en el que le desvelaba que el sospechoso había confesado contra todo pronóstico, Peter Sutcliffe agitó la cabeza.

—Si ese hombre ha reconocido los crímenes, ¿me puede explicar para qué demonios me necesita?

—Cuando lea la transcripción que le he traído, lo comprenderá.

—¿Qué transcripción?

—De los interrogatorios previos y la posterior confesión traducidos en el idioma de Shakespeare, por supuesto —aclaró.

—¿Y cuándo se supone que debo hacerlo?

—Ahora mismo —dijo sacando los treinta y seis folios—. Le dejaré solo para que pueda concentrarse mejor.

Sutcliffe resopló con hastío.

—¿Si accedo a hacerlo me asegura que no va a joderme más?

—Le aseguro que esta noche podrá dormir tranquilo. Regresaré en un par de horas.

Despacho del teniente general Keifer

—En efecto, así es —confirmó Otto Bauer, ceremonioso—. En este momento estoy suspendido.

El teniente general chasqueó la lengua al tiempo que posaba su estilográfica sobre una libreta en la que Otto no había reparado.

—Desobediencia, insubordinación y desconsideración hacia la superioridad —leyó.

—Todo cierto. Tan cierto como que si me hubiera comportado como me pedían nunca habríamos parado los pies a un maldito asesino de niños.

—¿De niños?

—Eso he dicho, sí; lo que sucede es que no ha trascendido a los medios para evitar que manche la impoluta imagen que debe proyectar nuestro modelo de convivencia socialista.

—¿Es usted contrario a las directrices políticas del partido?

—Soy contrario a cualquier directriz que me impida cumplir con mi trabajo.

—Mire, en eso estamos de acuerdo usted y yo. Ahora lo que quiero que me diga con total sinceridad es hasta qué punto me puede afectar que le proporcione información a alguien que no está en activo.

Otto aprovechó para dar una profunda calada mientras cavilaba la respuesta.

—Digamos que todo lo que consiga averiguar tendría un carácter extraoficial para evitar que pueda comprometerle. Tiene usted mi palabra.

—Bien, ¿y por qué tanto interés en resolver un caso que nadie le ha asignado?

—Porque a los tipos que se encargan de hacerlo no les importa la verdad, buscan un culpable. Y como ya lo tienen, no se van a preocupar por averiguar lo sucedido. No sé si he sabido expresarme con claridad.

—Con claridad meridiana, inspector jefe Bauer.

Dicho lo cual, el militar levantó el auricular e hizo girar tres veces el disco de marcación.

—Aquí el teniente general Keifer. Contacte con el alférez Gysi y dígame que se presente en mi despacho a la mayor brevedad, gracias.

Apenas transcurrieron un par de minutos, tiempo que empleó Otto Bauer para extraer la documentación e intercambiar un par de frases vacías con el militar. El alférez, que aparentaba haber cumplido ya los cincuenta, se descubrió y cuadró cuando su superior le dio permiso para entrar.

—Buenos días, Gysi. Este es el inspector jefe de la Kriminalpolizei Otto Bauer. Está investigando un caso y nos ha solicitado ayuda. ¿Estaba usted ya aquí en el año sesenta y cuatro, ¿verdad?

—Así es.

—Tenemos que conseguir información de tres reclutas que se licenciaron ese año. ¿Me recuerda sus apellidos, por favor?

—Los reclutas eran Hellsinger y Allendorf; Kemke, instructor —le corrigió.

Un leve estremecimiento en el recién llegado al que siguió la pérdida de varias tonalidades cromáticas fueron reacciones que evidenciaron que no le resultaban ajenos.

—¿Y bien, alférez?

Este se aclaró la garganta con gran estrépito.

—Me temo que lo que me pide no va a ser posible, camarada teniente general Keifer.

Presidio de alta seguridad de Parkhurst

En el lapso de tiempo que lo dejó solo, Viktor había aprovechado para molestar de nuevo al alcaide McMahan y resumirle el contenido de la conversación que había mantenido con Sutcliffe. «No apruebo sus métodos, pero los aplaudo» —juzgó el británico con descarada ambigüedad.

—Antes de empezar y para su tranquilidad —dijo el psicólogo tan pronto como regresó a la sala—, tiene que saber que nada de lo que

hoy diga relacionado con su caso podrá ser empleado en su contra. Como ve, no está presente ningún letrado ni se va a registrar esta charla.

—Me pregunto cuánto dinero cobraría un profesional por una consulta de este tipo. De mil libras no bajaría —se aventuró a cuantificar el reo.

—Desconozco la cifra que cobraría alguien que ejerciera su profesión en libertad, pero me parece poco comparado con lo que se jugaría un condenado a cadena perpetua cuya vida depende de que lo mantengan en prisión o de que lo trasladen a un centro psiquiátrico.

—Entonces ¿cuento con un informe favorable firmado por usted?

—Podría contestarle lo que está deseando escuchar y después cambiar de opinión, o viceversa. Pero de lo que sí puede estar seguro es de que si me ha hecho perder mi tiempo, voy a hacer todo lo posible por conseguir que el suyo entre estos muros sea un auténtico calvario.

—Esperaba una contestación así.

—Me alegro de que, por fin, me vaya conociendo. Le escucho.

Peter Sutcliffe inspiró profundamente por la nariz como si estuviera aspirando las palabras que se disponía a pronunciar.

—Empiezo por el final: no creo que Kemke, o como se pronuncie ese apellido, se haya cepillado a esos cinco tíos. Es más, no creo que ese hombre fuera capaz de matar ni aunque su vida dependiera de ello —certificó—. Aunque..., bueno, en las circunstancias adecuadas, cualquiera podría —se contradijo.

—Evite elucubraciones personales y demás pensamientos de su cosecha, por favor. Cíñase a las impresiones que le han provocado lo que acaba de leer.

—Lo que usted diga, doctor. Lo primero que me ha llamado la atención es que todo parece más real en las conversaciones que mantiene al defender su inocencia que cuando admite su culpabilidad. Joder, al principio hace notar el cabreo que tiene y jura por Dios y todos los santos del cielo que es inocente; y luego, de repente, nada. Es como si se tratara de otro tío que se limita a reconocer todo lo que le va contando el inspector ese, que, por

cierto, no le hace ninguna pregunta para asegurarse de que sea el hombre que busca. Hay detalles que solo conocen los protagonistas, pero el muy cerdo prefiere ir por la vía rápida para que admita que lo ha hecho y punto.

—Interesante. Continúe.

—Me llama mucho la atención que, durante la confesión, en ningún momento trata de justificar sus actos, tan solo le da la razón al otro cuando cuenta que mata porque odia a los maricones. Bueno, no lo dice así exactamente, pero ya me entiende. Si de verdad Kemke los odiara tanto como para querer asesinarlos de esa forma, lo diría una y mil veces, ¿no cree?

—Bien, y ya que lo menciona, ¿encuentra cierta similitud mesiánica con su caso?

Sutcliffe frunció los labios.

—En mi caso el mandato divino existe y así lo hice constar en mi declaración. En este, de ser cierto, el tipo no lo menciona jamás, lo cual tampoco cuadra con la historia esa del recorte de la Biblia que encontraron. No sé..., diría que tiene más pruebas en su contra que las que tenía yo, y por mucho que le dé vueltas, sigo sin entender el porqué de ese cambio tan repentino; pero, por encima de todo, lo que no comprendo es por qué cojones está cargando con esas muertes.

Esa era la cuestión que perseguía a Viktor desde que empezó a sospechar que algo extraño estaba sucediendo. Había valorado la posibilidad de que hubiera sucumbido a la privación del sueño y demás métodos de la Stasi, pero lo cierto e innegable era que la actitud de Kemke cambió cuando le mostró las fotografías. Entonces, en el caso de que guardara cierta relación con las víctimas, ¿por qué no lo había reconocido?

—En su declaración, Kemke afirma que elegía sus objetivos al azar tras asegurarse de que eran homosexuales. Excepto con el relojero, parece que esa premisa sí se cumple. Usted hacía lo mismo; sin embargo, no solo mató a prostitutas.

—Algunas mujeres lo son sin la necesidad de ejercer la profesión.

—Ya, bueno, eso merece una discusión aparte. ¿Cómo distinguía a unas de otras? ¿Las acechaba durante el tiempo necesario como

para estar seguro?

—Llámelo instinto.

—Ya, como los grandes depredadores, que eligen por instinto los ejemplares más débiles antes de lanzarse a la persecución.

El otro chasqueó la lengua.

—El hombre que cometió estos asesinatos lo es, pero eso lo sabe usted mejor que yo. No, es peor todavía que un animal, porque su propósito no es matar para alimentarse, es provocar el sufrimiento de sus víctimas antes de que la palmen. Cualquiera diría que tenía una cuenta pendiente con ellos. Y no estoy del todo convencido de que las eligiera al azar. Puede que al principio, cuando necesitaba probarse a sí mismo lo hiciera, pero luego, cuando sabía que la cosa funcionaba, seleccionaba a su presa por algún motivo. Además, el cabrón es muy voraz, mire las fechas. Cada vez tarda menos en actuar y, por lo que se ve, no tiene tentativas fallidas.

Peter Sutcliffe seguía bombardeando ideas mientras Viktor trataba de procesarlas sin interrumpirle.

—Aunque errores sí comete, porque de otra forma no lo hubieran cogido. Dejarse el chisme ese en el culo de una de sus víctimas es casi de chiste. Eso le obliga a cargarse al relojero porque sabe que antes o después llegarán a él y eso sería su perdición. Y sigo pensando que la historia esa de la hojita de la Biblia no me cuadra. Es demasiado arriesgado y estúpido.

El del KGB se irguió repentinamente y levantó los índices apuntando al techo.

—Un segundo, por favor.

—¿Qué pasa?

Viktor se puso el dedo sobre los labios para que se callara y cerró los ojos.

—Pongamos que, como usted dice, no elige sus víctimas al azar porque tiene una cuenta pendiente. Pongamos que tiene un plan y lo ejecuta con precisión. Pongamos que ese plan incluye una vía de escape. Y que esa vía de escape es inculpar a un tercero. Un tercero con el que guarda algún tipo de relación porque, por lógica, conoce sus costumbres. La Pera de la Angustia nos lleva hasta el relojero, y el relojero a Kemke, pero este defiende a ultranza su

inocencia hasta que reconoce a las víctimas. Entonces se da cuenta de todo y asume que lo mejor es confesar. Puede, incluso, que sepa quién se la ha jugado, pero no puede decirlo por algún motivo que desconocemos.

—Formamos un gran equipo, ¿eh, *doc*?

—A la mierda usted y su equipo.

—Es de bien nacido ser agradecido.

—Otro día. Contésteme a esta última pregunta: ¿diría que existe el crimen perfecto?

—Joder, pues claro que sí. El que no se resuelve —añadió.

—¿Y usted qué opina? —le preguntó al funcionario de la prisión.

Este se encogió de hombros.

—Negativo. El crimen perfecto es el que se resuelve de manera equivocada. Ha sido usted de gran ayuda, quizá volvamos a vernos —añadió mientras recogía los papeles de la transcripción.

—¡Espero que lo recuerde cuando llegue el momento, doctor Lavrov! —gritó.

El ruso, que estaba a punto de marcharse, se giró.

—Siempre he tenido buena memoria, señor Sutcliffe. Por ello, dudo mucho que se me olvide que usted está mentalmente sano. No sé, lo pensaré a su debido tiempo. De cualquier forma, siempre podemos recurrir a la otra vía.

—¿Qué otra vía?

—No creo que a la justicia inglesa le interese mostrar a la opinión pública las grietas de su sistema penitenciario. Imagínese qué diría la prensa si le llegara a suceder algo a un preso tan famoso como Peter Sutcliffe, ¿me sigue?

Este se contentó con tragar saliva.

—Tendría que demostrar que su vida corre serio peligro aquí en Parkhurst, pero, claro, para eso tendría que sobrevivir.

—Me estoy hartando de sus amenazas.

—Las amenazas suelen perderse en el olvido, excepto cuando dejan cicatrices. Ya tendrá noticias más, señor Sutcliffe. De alguna u otra manera —añadió antes de marcharse.

Despacho del teniente general Keifer

Al alférez Gysi le costaba articular palabra, circunstancia que aprovechó Otto Bauer para repetir el ejercicio de síntesis que había hecho con su superior.

—Su turno, Gysi. Tranquilícese y explíquenos lo que sabe —le conminó Keifer.

—Verá, lo recuerdo bien porque aquello sucedió solo unos meses después de que me destinaran aquí. Yo aún era cabo —añadió con aire nostálgico—. Ese año la Navidad caía en fin de semana y muchos, religiosos o no, estábamos ansiosos por volver a casa. Sin embargo, había un subteniente muy cabrón, y disculpen el lenguaje, pero es que el subteniente Kemke podía ser un auténtico cabronazo cuando le daba la gana. De los de la vieja escuela —aliñó de forma innecesaria.

—Continúe.

—Le encantaba andar jodiendo porque sí a los nuevos reclutas, imagínense lo que disfrutaba cuando le daban motivos. Además, contaba con el beneplácito de la superioridad porque se ceñía al manual como si fuera la Biblia, que, por cierto, era la única verdad para él. El caso es que durante una revisión encontró una revista porno entre las pertenencias de uno de ellos. Pero porno entre hombres, ya me entiende..., y resulta que no había nada sobre la faz de la tierra que el subteniente odiara más que a los maricas, a los judíos y a los blasfemos. Bueno, pues como el chico juraba por lo más sagrado que no era suya y, lógicamente, nadie tuvo los santos cojones de reconocer que fuera de él, Kemke anuló los permisos navideños de toda la sección el mismo día de Nochebuena. Recuerdo, además, que justificaba su decisión argumentando que los sospechosos de sodomía no eran dignos de conmemorar el nacimiento de Cristo. Joder, lo recuerdo como si fuera ayer. Imagínese el drama —añadió como si se lo estuviera contando solo a Keifer.

—Me hago cargo.

—Pero, claro, como podrá suponer, la cosa no iba a quedarse así, sin más, conque esa misma noche la mayoría de los soldados

decidieron darle una lección al recluta. Y, en fin, la broma se les fue de las manos, si es que se puede calificar como una broma, porque...

—Concrete, haga usted el favor.

—Es que no sé ni cómo contarle, camarada teniente general.

—Con palabras, Gysi, con palabras.

—Está bien. El problema fue que entre unos cuantos robaron varias botellas de vodka de la intendencia y se emborracharon, pero, sobre todo, se encargaron de hacer beber al muchacho ese al que el subteniente Kemke le había encontrado la dichosa revista.

—¿Recuerda cómo se llamaba? —intervino Otto.

—No, ni idea. De hecho, los que no estuvimos involucrados nunca nos enteramos de quién era aquel desgraciado al que le habían hecho esa barbaridad. Los mandos se encargaron de taparlo todo, pero yo mantenía cierta amistad con uno que participó en la primera parte de la broma y, cierto día, estando los dos algo borrachos en la cantina, me dijo quiénes fueron los cabrones que se quedaron hasta el final. Por eso recuerdo los apellidos de esos degenerados: Allendorf, Hellsinger y Röttgen.

—Röttgen —repitió Otto, extrañado.

—Henner Röttgen. A ese lo recuerdo bien porque en el sesenta y dos se lo cargaron intentando cruzar la frontera de noche y la noticia corrió por aquí como la pólvora.

—Mierda... —se lamentó Otto.

—¿Lo conocía? —quiso saber Gysi.

—No, para nada, pero por un instante pensé que podríamos contar con algún testigo de los hechos.

—Pues no. Las Tropas de Frontera lo cosieron a balazos.

—¿En qué consistió la broma? —le preguntó el de la Kripo.

Este tuvo que mojarse los labios antes de continuar.

—Cuando el muchacho estaba al borde de la inconsciencia, lo maniataron, le quitaron la ropa y con un mechero le quemaron la barba y los pelos de... ya sabe. En ese punto la mayoría se marchó, pero hubo unos cuantos a los que no les pareció suficiente y, como dieron por hecho que era maricón, pues... imagínese lo que le hicieron al pobre.

—No, no me imagino.

—Pues eso, que le dieron por el culo entre los tres. Varias veces. Animales.

—¡Madre de Dios! —verbalizó Keifer.

Otto Bauer no abrió la boca, pero permitió que un escalofrío le recorriera la columna vertebral y le estallara en la base del cráneo en forma de revelación. Ya tenía el nexo de unión que explicaba la relación entre ellos.

—Lo debieron de dejar para el arrastre. Se pasó varios días o semanas, ya no recuerdo, en la enfermería y luego lo licenciaron aduciendo problemas psicológicos. Nos prohibieron a todos hablar del tema bajo pena de arresto y lo cierto es que no volví a escuchar a nadie comentar nada de nada.

—Alférez, tiene que hacer un esfuerzo por recordar su nombre —le pidió Otto.

—Le digo que nunca supimos su identidad. En el cuartel habría más de quinientas personas que iban y venían. Con saberte los nombres de quienes dormían en tu barracón era más que suficiente.

—¿Y no hay ningún archivo que pueda consultar?

—Como máximo podría acceder a los nombres de quienes se licenciaron ese año, pero tampoco le va a ayudar porque el que busca no va a figurar por ningún sitio, eso ya se lo aseguro yo —certificó.

—¿Y no hay un registro de aquellos a los que mandaban para casa? —insistió el de la Kripo.

—Esos, inspector jefe Bauer —intervino ahora Keifer—, es como si jamás hubieran pasado por aquí. Y permítame que le diga que todavía lo hacemos así. Lo hacen así —rectificó—. En el Ejército Nacional Popular, aunque los hay, claro que los hay, no se registran los casos que podrían hacer daño a la institución. Simplemente esas personas son declaradas como no aptas y enviadas a sus casas.

Otto Bauer buscó calmar su inquietud masajeándose el cuero cabelludo con ambas manos.

—Entonces ¿no existe forma posible de averiguar el nombre de ese soldado?

—Claro que la hay: encuentre a alguno de esos cerdos y que se lo diga —contestó Gysi.

—¿Y Kemke? —preguntó Otto.

—¿Qué?

—Que si Ruslan Kemke sabía la identidad de la víctima.

—Por supuesto que lo sabía. Él fue el encargado de taparlo todo, pero yo apostaría a que el muy cabrón preferiría la muerte antes que desvelárselo.

—No si lo que le espera es aún peor que la muerte.

INIQUIDAD

*Prisión de Hohenschönhausen
Berlín Oriental (RDA)
30 de junio de 1981*

Sentado sobre el sucio y frío cemento sin pulir de la celda, se detuvo unos instantes para percibir el ruido de las gotas estrellándose contra la cara exterior del cristal esmerilado. Debía considerarse un afortunado: por lo menos tenía un pequeño espacio gracias al cual podía saber si era de día o de noche. En esa área del Submarino la mayoría contaba con cuatro muros ciegos, un catre, un cubo para hacer las necesidades y una bombilla permanentemente encendida las veinticuatro horas. Había escuchado que en la 101 había un tipo que llevaba preso desde 1967. Catorce años con todos sus meses, semanas, días, horas, minutos y segundos. Catorce. Aquella era su primera noche en Hohenschönhausen y ya tenía la sensación de pertenecer a ese lugar; de haber nacido en alguno de sus repugnantes rincones y de haberse criado entre esos muros infectos.

Correspondía, por tanto, morir allí.

Cerrar el ciclo de la vida con coherencia y dignidad.

Suspiró antes de retomar la tarea en la que llevaba inmerso desde hacía un par de horas. En la silenciosa nocturnidad, el sonido leve pero continuo provocado por el proceso de limado de la cabeza del muelle —antes curvada; ahora, tras lograr enderezarla, casi recta— se adueñó de aquel reducido espacio. Con la mano buscó una zona

del suelo donde seguir frotando el muelle antes de entregarse de nuevo a sus pensamientos.

Tenía que reconocerlo: Jonas lo había preparado con todo detalle y, aunque no tenía forma de estar seguro de ello, apostaba a que empezó a barruntarlo todo a partir de aquel domingo de febrero del año anterior cuando, en un irresponsable acto de contrición, tuvo la feliz idea de confesarle la verdad. Era aquella, la culpabilidad, una carga demasiado pesada como para seguir acarreado con ella otros veinte años. Jonas había conseguido reponerse, pero era evidente que la semilla del mal permanecía dentro porque dentro se la insemnaron. Él mismo le había hablado tantas veces de la rectitud del camino correcto, de los pecados de la carne, de la misericordia y la Ley de Dios, del ejemplo y del juicio final. Y, cómo no, de Asa. ¡Cuántas veces le había repetido aquella cita del Antiguo Testamento!: «Asa hizo lo recto ante los ojos del Señor, así como antes hiciera David, su padre. Porque eliminó del país a los sodomitas y barrió toda la suciedad que sus antepasados habían creado». En cierto sentido, debería estar orgulloso de él. Jonas había llevado a cabo sus enseñanzas, había sido su brazo ejecutor, y, por ende, el brazo ejecutor de Dios sin que él lo supiera. ¿Cómo no se había percatado antes? Hasta que aquel ruso con la cara picada por la viruela no le mostró las fotografías de aquellos malditos sodomitas muertos no juntó las piezas.

—Dichoso tú seas, Jonas —musitó al tiempo que usaba la yema del pulgar para comprobar el filo tanto de la punta como del perfil. Solo un poco más—. Como dijo el santo Job: «¡Cuán dichoso es el hombre a quien Dios corrige! No menosprecies la disciplina del Todopoderoso».

Disciplina.

El Señor cobraba sus deudas, de eso no le cabía la menor duda. Y si con él había decidido hacerlo de esa forma y había elegido a Jonas para hacer justicia, debía aceptar su voluntad. Él, por su parte, no tenía otra salida que ser coherente con el día que eligió obedecer las órdenes que le impusieron: «El Ejército Popular Nacional es una prolongación del Estado, de la patria, y nuestra patria no puede admitir hechos como los ocurridos bajo su tutela» —

le razonaron—. Era cierto: se había visto en la necesidad de castigar a aquella sección de jóvenes que se habían mofado de la Palabra. Prueba de ello representaba aquella revista, apología de la sodomía en fotografías. Y que la encontrara entre las pertenencias de Jonas, su sobrino, durante una inspección rutinaria era una señal de peso. Un mensaje del Todopoderoso. «¿No saben que los malvados no heredarán el reino de Dios? ¡No se dejen engañar! Ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los sodomitas, ni los pervertidos sexuales, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los calumniadores, ni los estafadores heredarán el Reino de Dios». Estaba escrito en las Sagradas Escrituras, primera epístola de san Pablo a los corintios, 6:9-10. Lo que no podía imaginar era que la iniquidad hubiera infectado tantas almas delante de sus narices. Lo que hicieron con él la madrugada de Nochebuena, aquel ignominioso acto de cobardía y perversión, constituía una clara evidencia de lo profundo que había calado la maldad en el cuartel. Su cuartel. Como subteniente al mando de esa sección era, en cierta medida, responsable de lo sucedido; pero como soldado de Dios, culpable.

Y cuando uno es consciente de ello, no hay escondite donde se encuentre el perdón ni penitencia que expíe tales pecados.

Por ello, aquel domingo de febrero en el que no pudo soportar más el peso de la culpabilidad, le contó que, tras la investigación interna que se produjo mientras él se recuperaba en la enfermería, descubrieron que los responsables habían sido Bastian Hellsinger y Henner Röttgen, y que la revista pertenecía a Johannes Allendorf, a quien, a pesar de no haber participado en la violación, lo consideraba igual de culpable por cobardía. Sin quererlo, o puede que sí, pero de forma involuntaria, ese día le mostró a Jonas el camino que debía seguir.

Y vaya si lo había seguido.

Utilizar la Pera de la Angustia también lo había extraído de su cosecha, de alguna de las muchas conversaciones que mantuvieron acerca del papel de la Santa Inquisición, de los medios que utilizaban, de las herramientas que idearon para combatir el mal en aquellos heréticos días. ¿Cómo iba entonces a desvelar su nombre

para salvar su vida si Jonas Kemke era su creación? No podía traicionarlo de nuevo para rescatar un alma que había perdido tantos años atrás. Le tocaba a él rendir cuentas. Su juicio final estaba próximo y no pensaba darle la espalda al Altísimo.

No, esta vez no.

Inmerso en ese proceso reflexivo, comprobó que la cabeza del muelle que había quitado al somier estaba suficientemente afilada hundiéndola en el pulgar a la profundidad que iba a necesitar para abrir un surco longitudinal desde el codo hasta la muñeca.

Funcionaba.

Inspiró por la boca y soltó el aire por la nariz varias veces para calmar los nervios.

—Guía mis pasos conforme a tu promesa; no dejes que me domine la iniquidad.

De nuevo los ejercicios de respiración mientras apoyaba la punta en el lugar exacto confiando en que Dios Todopoderoso, en su infinita misericordia, le perdonara por quebrantar uno de sus preceptos. Alimentando la esperanza de que su entrega en la defensa de la integridad cristiana fuera justipreciada durante el juicio final, se sentó en el catre y se colocó la almohada entre los dientes.

—Guía mis pasos conforme a tu promesa; no dejes que me domine la iniquidad —repitió.

Ruslan Kemke descontó mentalmente cinco segundos y empujó el muelle hacia dentro al tiempo que mordía con fuerza.

Llegaba ahora la parte complicada.

—Ten compasión de mí, oh Dios, conforme a tu gran amor; conforme a tu inmensa bondad, borra mis transgresiones. Lávame de toda mi maldad y límpiame de mi pecado —citó por última vez.

UNA CAPULETO

*Rosa-Luxemburg-Platz
Berlín Oriental (RDA)
1 de julio de 1981*

Se había dado cuenta de que lo estaban siguiendo desde que puso los pies fuera de la oficina de seguros que hacía las veces de estación de la CIA en Berlín. Sospechaban que su localización era *vox populi*, como también lo eran muchas de las del KGB, del MI6 o hasta la del siempre prudente y escurridizo Mossad. Se le ocurrían numerosas razones para que le hubieran puesto cola, pero la primera que le vino a la cabeza estaba conectada con el mensaje que le había hecho llegar su mirlo blanco en la Stasi, mediante el cual le informaba de que Erika Eisemberg había sido vista saliendo de uno de los despachos que solía ocupar Markus Wolf en Normannenstrasse, señal inequívoca de que estaba trabajando para él.

El Cuervo apretó ligeramente el paso antes de bajar las escaleras de acceso al metropolitano. Si el manual de técnicas básicas de evasión aconsejaba buscar un lugar concurrido, a esa hora de la mañana, a punto de llegar a las ocho y media, la estación Rosa-Luxemburg se ajustaba como anillo al dedo a la definición de «concurrido». Decenas de personas se agolpaban en los andenes para tomar el ramal norte que moría en Pankow o bien dirigirse hacia el sur en el que llegaba hasta Thälmannplatz, muy cerca de Checkpoint Charlie. A él le daba lo mismo tomar una u otra

dirección, pero le convenía hacerlo en el primer tren que llegara, y por el número de personas que estaban esperando dedujo que iba a ser el de Pankow. Se colocó por tanto en la otra, y, tirando de galones, apoyó la espalda contra una de las columnas centrales y esperó. Permaneció inmóvil incluso cuando oyó que el convoy estaba entrando en la estación, y no se puso en movimiento hasta que percibió con su vista perimetral que apenas quedaban pasajeros en el andén. Entonces sí, corrió para subirse justo antes de que se cerraran las puertas tras él.

—Disculpe, pero ya sabe eso que dicen: la indecisión se cobra más vidas que las malas costumbres —le dijo con amabilidad a una señora a modo de excusa por haberse chocado con ella al entrar. Esta lo miró como si le hubiera escupido a la cara y se dio media vuelta al estilo Katharine Hepburn en *La fiera de mi niña*.

No había asientos libres, ni falta que le hacía, por lo que buscó un espacio cerca de una de las barras verticales y se aferró a ella.

—Pero ¡bueno, bueno, bueno! ¡Qué casualidad! —oyó a su espalda—. Reconocería ese atuendo tuyo incluso en un vagón abarrotado de gente como este.

No le hacía falta girarse para reconocer su acento. Sin embargo, lo hizo para establecer contacto visual con la amenaza. Ataviado con la vestimenta de un obrero, mono de trabajo y botas embarradas incluidos, lo miraba con los ojos muy abiertos como si quisiera reforzar sus palabras, aunque, ese, de encuentro casual tenía poco. Lo que no podía saber el de la CIA era que hacía unos días que Viktor Lavrov había mantenido un encuentro con el general Kokorin para comunicarle que había detectado que le estaban siguiendo. El responsable de la Oficina S de Berlín actuó en consecuencia y alertó a Boris Kliuka para que le pusiera remedio.

Y este, precisamente, era el modo elegido por él para remediarlo tan pronto averiguó que era el Cuervo quien estaba tras los pasos de Lavrov.

—Yo también me alegro de verte, Boris —le saludó con notable esplín—. Ha pasado..., ¿cuánto?

El ucraniano sabía bien la respuesta. Sus encuentros y desencuentros con el activo más prolífico del Grupo de Operaciones

Encubiertas de la CIA se remontaban a la noche del 24 de enero de 1973, cuando, en el marco de la operación Cólera de Dios —que tenía como fin castigar a los líderes intelectuales del Septiembre Negro por la masacre de Múnich ocurrida durante los Juegos Olímpicos—, los servicios secretos israelíes, con el beneplácito de los norteamericanos, hicieron saltar por los aires la cama donde dormía el jordano Husein Al-Bashir, representante de Al-Fatah en Chipre y agente encubierto del KGB bajo la protección de Kliuka. Desde entonces, habían coincidido en Managua, Beirut, La Habana, París y Budapest, alternando éxitos y fracasos en sus respectivos casilleros. No obstante, a la que se refería el Cuervo era otra, la última, y la que más le había tocado en su orgullo: el asesinato en Londres de Georgi Markov, disidente búlgaro y colaborador de la CIA y el MI6, perpetrado por el propio Kliuka.

—Desde el 7 de septiembre de 1978 —respondió este con la fecha exacta—. Demasiado para dos viejos amigos como nosotros. Esa mañana te vi desayunando con él en Piccadilly y, llámame afortunado, pero intuí que en esa ocasión le ibas a mandar por el puente de Waterloo. Igual te estás volviendo predecible. Como antes, que en cuanto vi que te disponías a coger el de Thälmannplatz supe que ibas a cambiar en el último momento y me subí incluso antes que tú.

—Bien hecho, Boris, bien hecho. Unas veces se gana y otras se pierde. Por cierto, ya que has mencionado el asunto, lo del italiano ese al que le colgasteis el rumor, ¿cómo se llamaba? Sí, eso es: Francesco Gullino. ¿También se te ocurrió a ti?

—No, eso les corresponde a otros. Ya sabes la obsesión que tienen los de arriba con eso de desinformar.

—Y tanto.

—Bueno, bueno —prosiguió el ruso sin bajar la intensidad de su teatralizada sonrisa—. ¿Y qué te ha traído por Berlín? Reconozco que hace unos días, al verte, se me encogió el estómago y pensé: «Vaya, sí tiene que ser importante lo de Wögler para que hayan asignado el asunto al mismísimo Cuervo».

—Bah, no te creas. Últimamente me dan lo que no quiere nadie. Ya sabes, asuntos menores.

La progresiva desaceleración indicaba que estaban llegando a la siguiente estación.

—Bueno, yo me bajo aquí —informó el norteamericano.

—¿De verdad? ¡Otra casualidad! Tú primero, por favor.

El de la CIA no se opuso. Que Boris Kliuka tuviera la mano derecha metida en el bolso del pantalón le sugería que no debía llevarle la contraria. Él también iba armado, por supuesto, pero el del KGB tenía una más que considerable ventaja.

—Me decías que la Agencia te ha condenado al ostracismo... — retomó el ruso en cuanto bajaron del metro. Este se colocó a su derecha para controlar que el Cuervo no hiciera ningún movimiento extraño.

—Así es, pero no me quejo, por lo menos no me hacen perseguir fantasmas.

—¿Lo dices por Wögler? ¿Crees que ya no está entre nosotros?

—No lo sé, pero si está vivo no creo que su cerebro nos resulte de mucha utilidad. A nadie —añadió encaminándose hacia la salida.

—Eso que lo decidan otros. Si lo que ahora les hace salivar a los tuyos y a los míos es lo del armamento químico y biológico, ¿quiénes somos nosotros para ponerlo en tela de juicio?

—De nuevo te doy la razón, Boris. Pues nada, camarada, te deseo mucha suerte. Yo tengo una cita dentro de un rato, y no creo que a mi amiga le gusten los tríos. Proviene de una familia muy conservadora, tú ya me entiendes.

—Claro, hombre. Justo aquí al lado hay un puesto de flores, por si te interesa. No trabaja muchas variedades, pero lo que tiene te puede sacar de un apuro.

—Me lo anoto.

Estaban emprendiendo la subida hacia el exterior cuando Kliuka pasó su brazo izquierdo por detrás de la cabeza del Cuervo y le agarró por el hombro. Este no se inmutó lo más mínimo.

—Por cierto, tengo que pedirte algo.

—Adelante.

—Necesito que tú y tu gente dejéis de molestar a mi buen amigo Viktor. Se están poniendo bastante nerviosos y..., a nuestra edad, no nos conviene que nadie se altere demasiado.

—Viktor, ¿qué más?

—No me tomes el pelo, por favor.

—¡Ah, espera! ¿Te refieres al jovencuelo que parece que le ha estallado una granada en la cara?

—Ese.

—Pues..., déjame que te diga algo, Boris, y considéralo un regalo —le dijo dándose la vuelta y aprovechando el último peldaño para igualar la diferencia de estatura.

—Dime.

—Teníamos curiosidad por él, pero le puedes decir a Kokorin que esté tranquilo, que los activos tóxicos nos interesan una mierda.

Así era como denominaban a los agentes que o bien trabajaban para varios servicios secretos o bien habían sido marcados por otros. El del KGB tardó unas décimas más de lo normal en reaccionar.

—Conocemos a nuestra gente, no me vengas con historias de terror.

—Tú mismo, pero como jefe del personal operativo de la Oficina S creo que deberías investigarlo —le aconsejó. A continuación elevó las cejas y las mantuvo en esa postura esperando la reacción de Kliuka. Este hizo un casi imperceptible movimiento con la cabeza dándole permiso para que se marchara.

—Cuídate mucho, Simon.

El Cuervo había emprendido la marcha cuando oyó el nombre con el que lo habían bautizado sus padres hacía cincuenta y un años en Bogalusa, Luisiana. Se detuvo en seco y permaneció inmóvil mirando cómo las nubes, empujadas por el viento, parecían querer recortar distancias entre ellas para poder chismorrear. Luego giró ciento ochenta grados sobre sus talones y se acercó al del KGB.

Sonreía.

—Mi padre solía decir que si no se ponen de acuerdo las nubes, no hay forma de que llueva. Yo diría que ahora mismo están tramando algo...

—A mí nunca me ha importado mojarme.

—Pero siempre conviene tener un buen paraguas a mano, y yo tengo el mejor. El tuyo, sin embargo, es viejo y ha aguantado

demasiados chaparrones para los que no estaba preparado. En cualquier momento, una leve ráfaga de viento va a doblar las varillas y va a quedar inservible para siempre.

—¿Es una fábula con moraleja?

—Es la realidad a la que vas a tener que enfrentarte dentro de unos pocos años, Boris, no deberías llevar nuestra rivalidad al terreno personal. No, no te conviene ahora y no te va a beneficiar en el futuro. ¿De verdad crees que te sirve o te servirá de algo conocer mi identidad?

—Me sirvió en Londres.

—No, no lo creo. Pero no te va a servir de nada en el remoto caso de que encontréis al Ciudadano W, porque, teniendo una Capuleto en el palacio, las obras siempre terminan en drama. Cuida de tu hijo Artem y saluda de mi parte a tus padres, Aleksander y Liudmila, si es que algún día regresas a su casa en Odesa —se despidió.

Algunos minutos después —justo los que tardó en llegar al corazón del barrio de Marzahn, al este de la ciudad, entrar en el café Kabul, esperar estoicamente a que le atendieran y le trajeran por fin el desayuno—, Boris Kliuka tuvo, podría llamarse así, una revelación.

—¡Una Capuleto! —musitó antes de tirar un billete de diez sobre la mesa y desaparecer por la puerta.

Llovía.

Aeropuerto de Schönefeld

Con los papeles intercambiados del que aguarda impaciente y el que ansía llegar, Erika Eisemberg y Viktor Lavrov se abrazaban a muy pocos metros de distancia del punto donde lo hacían tan solo once días atrás.

—Pero bueno, que hemos estado poco más de veinticuatro horas sin vernos —observó ella sin despegarse ni un centímetro de él—. ¿Qué tal el vuelo?

—Se me ha hecho corto. Me he entretenido ordenando mis notas. Por lo menos tengo la impresión de que volver a tratar con ese hijo

de mala madre ha merecido la pena.

—Me alegro, no tiene que ser un plato de buen gusto.

—No, para nada. Además, cuanto más tiempo paso con Sutcliffe más me convengo de que es un ser despreciable, pero, por encima de todo, peligroso para el resto de sus congéneres. No obstante, he conseguido conectar con él y, aunque luego te contaré con más detalle, te adelanto que si me fui con dudas sobre la culpabilidad de Kemke, regreso sin ninguna.

—Estupendo, pero... ¿en qué sentido?

—Me temo que nos hemos equivocado de persona.

—¿En serio? Pobre hombre.

—Tampoco es ningún angelito, no sufras por él. Estas cosas pasan, por eso necesito que me dejes directamente en la jefatura de Keibelstrasse. Tengo que hablar con él. Y también con el imbécil con Florian Klein. Le va a encantar todo lo que tengo que contarle.

—Te noto alterado, Viktor.

—Pues ya sabes cuál es el mejor remedio para eso.

—¿Una camisa de fuerza?

—Eres perversa.

—Me encantaría satisfacer tus perversiones, pero yo ya llego tarde al trabajo y, aunque he tenido que solicitar permiso y me lo han concedido, no creo que al coronel Prosetzky le haga gracia mi ausencia.

—¿Alguna novedad?

—Ninguna. Seguimos con el maldito manual de adoctrinamiento renglón por renglón y, entre medias, nos imparten algunas clases referentes al manejo de comunicaciones por radio, cifrado de mensajes y otras artes.

—Los alemanes sois la gota que horada la tierra —bromeó.

—Y los rusos, la que colma el vaso —contestó.

Un chillido de hiena se propagó por el vestíbulo de la terminal de llegadas.

—¡Mierda, ¿otra vez está lloviendo?! ¡Maldita sea mi suerte! Hace días que no veo la luz del sol.

—Y, según he escuchado, va a seguir así unos cuantos días más porque tiene que caer todo lo que no ha caído en mayo y junio. El

coche está ahí mismo —le indicó Erika—. ¡Corre!

Al ruso se le notaba deseoso por llegar.

—Yo habría cruzado por Treptow, es más directo —apuntó él.

—Ya, pero como la que conduzco soy yo, vamos por donde me guía mi instinto. No te preocupes, en diez minutos estás en la puerta. Sigue, no me dejes a medias. Me estabas diciendo que el asesino os ha ido dejando miguitas de pan.

—Sí. El tipo ha trazado un plan y lo tiene muy, pero que muy estudiado. La premeditación y el ensañamiento son indicadores de que existe una cuenta pendiente entre el agresor y sus víctimas excepto con la última, el relojero Kaufmann, al que mata porque lo tiene que matar. Puede que sea solo por el hecho de ser homosexuales, pero me inclino a pensar que hay algo más. Es decir, que no escoge a sus víctimas al azar, sino que las conoce o las ha conocido en el pasado. Y volviendo a lo de las migas de pan. Un tipo que actúa de esta forma tan cuidadosa, no va dejando pistas, a no ser que quiera que todas lleven al mismo sitio. O, para ser más exactos: a la misma persona. Y si esto es así, es porque también tiene una cuenta pendiente con esa persona: con Kemke. Ahora solo tenemos que encontrar la relación que une a las víctimas con él y despejar la equis en la ecuación.

—Parece una novela de Agatha Christie.

—La novela más sangrienta de Agatha Christie es un cuento de hadas al lado de esta mierda.

—Más bien parece una obra satírica de Yuri Trífonov intoxicada con tintes místicos de Orlov.

Erika lo miró con ojos bovinos.

—Lo que sea —liquidó—. ¿Y con eso crees que vas a ser capaz de convencer a Florian Klein de que se ha dejado engañar?

Viktor le mostró el colmillo.

—Nada de eso. Voy a desmontar la confesión de Kemke. Revisando esa parte de la transcripción, no hace otra cosa que decir que sí a todo, mientras nuestro afamado inspector, ocupado en mantener su perpetua erección, no se preocupa por comprobar detalles.

—¿Qué detalles?

—Detalles, por ejemplo, del funcionamiento de la Pera de la Angustia sobre la cual en ningún momento le pregunta y que, por tanto, yo creo que desconoce. O, por qué, siendo antisemita, se lo encarga a un relojero judío. Algo que también me gustaría que me aclarara es cómo hacía para dejar sin sentido a sus víctimas antes de manietarlas, o de qué forma las maniató, cuánto tardaban en morir... y un largo etcétera que tengo aquí anotado —dijo dando unas palmaditas a su cartera—. Ten cuidado, que ahí te pueden patinar las ruedas.

—Me recuerdas a mi madre. Por cierto, no había tenido la oportunidad de decírtelo, pero ayer hablé con ella y me ha dicho que me nota triste. Están pensando en venir a verme.

Viktor resopló.

—Son mis padres y entre sus viajes por el este de Europa, mi trabajo y, por qué no decirlo: la aversión que me provoca esa casa... Hace una eternidad que no nos vemos. Déjame pensar... Sí. La última vez fue en verano de hace dos años. Si ni siquiera les he hablado de ti. Además, en algún momento les tendré que contar que nunca van a ser abuelos —añadió con crudeza.

—Tienes toda la razón, perdona. Que yo no considere a la familia dentro de los aspectos que debo cuidar no quiere decir que tú... Bueno, pues eso —concluyó prematuramente al darse cuenta de que se estaba acorralando él mismo.

—Vale. Y ya que estamos hablando de ello, te voy a contar que el otro día me percaté de una circunstancia que me hizo sentir muy vacía. No dispongo de una sola amiga en Berlín con la que tenga la confianza suficiente como para contarle cómo me siento. Ni una. No me he preocupado por cuidar las relaciones personales porque jamás me he enfrentado a algo con lo que no pudiera yo sola. Por lo tanto, solo cuento con mi madre para soltar la lengua, y contigo, por supuesto —añadió al ver la expresión que se adueñaba del rostro de su pareja—. Y sé que cuando le diga que no puedo tener hijos se va a poner a llorar a lágrima viva como si le dijera que me quedan dos meses de vida. Cuántas veces la he escuchado decir que no existe mayor plenitud para una mujer que dar a luz a una nueva vida.

—A las mujeres les habría ido mucho mejor a lo largo de la historia si algunas no pensarán que el cenit de su existencia empieza y termina en el paritorio —observó él.

—Mira, ahí estoy de acuerdo contigo. Yo siempre he pensado que lo bonito es criar y ver crecer a tus hijos, no asistir a su nacimiento.

En cuanto Viktor procesó la frase, notó que una idea absurda, casi imposible, tomaba forma hasta hacerse del todo plausible.

—¿Qué pasa ahora? Te has quedado callado durante casi medio minuto.

—Nada, estaba soñando despierto.

—Pues ve despertando, que hemos llegado. ¿Te espero para cenar o tienes planes con la otra?

—Eres mala, muy mala. No sé cómo puedo estar tan enamorado de ti.

Erika esbozó una maliciosa sonrisa antes de girar la cabeza para recibir un impetuoso beso en los labios.

—¿Qué tal a las nueve en el Max und Moritz? Me apetece comer unas *Frikadellen* de ternera acompañadas con un vino del Palatinado —propuso él.

—¿Mesa para dos o para tres?

—Arpía —fue lo último que dijo antes de ajustarse el sombrero y salir del coche.

Ya en el vestíbulo de la jefatura de policía, se quitó el agua de la cara con las mangas de la gabardina y se encaminó directamente al puesto de control con la esperanza de encontrarse con el cabo Hebert. Su resplandeciente expresión contrastaba con el taciturno semblante del colega que le acompañaba.

—Cabo Hebert, buenos días.

—Buenos días, camarada comandante Lavrov. ¿Qué le trae hoy por aquí?

—Adivine.

Este arrugó el entrecejo.

—¿Viene a interrogar al ciudadano Kemke?

—Premio.

—Pues lamento decirle que ha sido trasladado hace a Hohenschönhausen.

—¿Cómo?! ¿Trasladado por orden de quién?!

—Lo desconozco.

Viktor apretó con fuerza los puños.

—¡Maldita sea! ¿Ha llegado el inspector Klein?!

—A primera hora, como es su costumbre. ¿Quiere que le avise?

—No hace falta. ¡Maldito hijo de...!

La frase la terminó y repitió en su lengua materna mientras subía las escaleras.

Sabía adónde ir.

Entró sin llamar a pesar de las voces que, a su paso, trataban de hacerle entender que ese no era el procedimiento habitual.

Florian Klein, entretenido contemplando a través de la ventana cómo caía la lluvia de manera impenitente sobre Berlín, se estremeció con el ruido de la puerta y se asustó al ver las facciones contraídas del ruso.

—¿Qué demonios quiere?! —fue lo primero que dijo.

—¡Quiero una explicación! —vociferó a un metro de distancia—. ¡Necesito comprender por qué ha decidido trasladar al sospechoso sin consultarlo conmigo!

—¡Cálmese! ¿Quién se cree que es para irrumpir en mi despacho exigiendo explicaciones?! Si quisiera, ahora mismo podría ordenar que le sacaran a patadas del edificio, así que tranquilícese.

—Me importa una mierda lo que ordene o deje de ordenar, porque yo de aquí no me marcho sin que me diga por qué está empeñado en joderlo todo. Primero se precipita interrogando al detenido sin antes hablar conmigo para trazar una estrategia conjunta. Luego, cuando yo —enfaticó— consigo que confiese enseñándole las fotos, usted y los suyos juegan a hacer una reconstrucción de los hechos para que él asuma toda la culpa. Y, ahora, que necesito interrogarlo de nuevo, me encuentro con la sorpresa de que ha ordenado su traslado a la prisión de Hohenschönhausen, donde, muy probablemente, se cierre en banda y no quiera volver a abrir la boca hasta el juicio.

—Me temo que no habrá juicio, camarada.

Viktor se mantuvo a la expectativa.

—Me han llamado esta mañana a primera hora para informarme de que a Ruslan Kemke lo habían encontrado muerto en su celda.

—¿Cómo dice?

—Se ha rajado las venas durante la noche.

—No.

—Me temo que sí.

—No, no, no, no, no —repetía agarrándose la cabeza con las manos—. ¡No!

—Pero ¿qué le pasa? A ese jodido maniaco le esperaba la pena capital, lo único que ha sucedido es que nos ha acelerado el proceso. Tendría que estarle agradecido.

—Agradecido, dice —repetió el del KGB sin modificar la postura.

—¡Pues claro, camarada! Tenemos las pruebas y su confesión, ¿qué más podríamos pedir? Reconozco que usted ha servido de gran ayuda, y así lo haré constar en el informe, así que no lo estropee ahora. Márchese a descansar un poco y ya le llamaré si necesito algo más de usted.

—Kemke era inocente —susurró con la cabeza gacha.

—Pero ¡¿qué dice?!

—Que Ruslan Kemke no mató a nadie, y que, por tanto, tenemos a un asesino en serie riéndose de nosotros y dispuesto a matar cuando se lo pida el cuerpo. ¡Estúpido engreído de mierda!

Florian Klein enrojeció de ira.

—¡¿Cómo se atreve?! —gritó abalanzándose sobre el ruso—. ¡Le voy a...!

Un bofetón con la mano abierta devoró el resto de la frase y, por lo visto, también anuló la voluntad del agredido, que, estupefacto, parecía más maravillado que dolido por su efecto.

—Se va a arrepentir de esto —dijo Klein cuando recuperó la capacidad verbal.

—Otro día.

Había tomado contacto con el pomo de la puerta cuando el ruso se dio la vuelta.

—Y, recuerde, aún me debe quinientos. Estúpido engreído de mierda.

Cementerio de Dorotheenstadt

Aquella egregia zona berlinesa, la comprendida entre Unter den Linden y el río Spree, era conocida como Ciudad de Dorotea e históricamente había dado cobijo a célebres representantes del arte y la cultura. Muchos de ellos habían sido enterrados en aquel distinguido camposanto y ese era el lugar donde habían acordado encontrarse dos personas no tan célebres pero sí estrechamente vinculadas con el arte del engaño y la cultura de la apariencia.

El procedimiento de urgencia dictaba que, el solicitante —en este caso, Boris Kliuka— debía dirigirse al cementerio y aguardar la llegada del solicitado junto a la tumba del escritor Heinrich Mann. La llamada a la tienda de repuestos Weber la había realizado desde una cabina telefónica hacía una hora y doce minutos. Cuando Agneta lo atendió, le preguntó si tenían rodillos de repuesto para la máquina de escribir Erika 6, y ella, sin salirse del manual, le había contestado que tenía que comprobarlo y que volviera a llamar en un cuarto de hora. Ese era el margen que tenía Bernhard para contactar con el general Kokorin —solo él sabía cómo— y transmitirle la solicitud de Kliuka. Si era posible el encuentro, al volver a telefonar, Agneta le diría que sí, y que se pasara por la tienda en el tiempo estimado que emplearía el responsable de la Oficina S en llegar al lugar.

—Nos queda uno. Si le interesa puede pasarse a por él en una hora más o menos —le había confirmado.

Lo que no contemplaba el manual era qué hacer los días de lluvia como ese, sobre todo si el solicitante había salido de casa sin paraguas. A Boris Kliuka no le gustaba recurrir a esa fórmula; de hecho, era la primera vez que lo hacía desde que lo nombraron jefe del equipo operativo de la Oficina S en Berlín. No obstante, esta vez tenía motivos para ello, o al menos eso creía.

Cobijado parcialmente bajo un ciprés, tenía clavada la mirada en el busto inanimado del novelista, que, hierático e impenetrable al aguacero, consiguió empaparle de cierta nostalgia.

—Cuarenta y cuatro libros publicados —oyó.

—Buenos días —le saludó eludiendo verbalizar el cargo y el nombre del general Kokorin a la vez que trataba de ocultar el rubor de haberse visto sorprendido por él. Este, cobijado bajo un enorme paraguas negro, se colocó a su izquierda y frunció sus afeminados labios.

—Empezó a escribir con veintitrés años y murió con setenta y nueve. Es decir, que publicó casi uno al año durante su carrera como escritor. Muy prolífico —calificó antes de fabricar un sonoro chasquido con los dedos—. Y a pesar de ello tuvo que marcharse de su país cuando el Partido Nationalsocialista se hizo con el poder. Murió sumido en el más absoluto ostracismo además de pobre. Y solo, porque su segunda mujer —prosiguió señalando una placa negra a los pies del monolito— se suicidó cuando vivían en Santa Mónica. Perra desconsiderada —calificó con agria rudeza—. Hay oficios peores que el nuestro, y, este, sin duda, es uno de ellos. ¿Ha leído algo de Mann?

—La lectura no está entre mis preferencias de ocio.

—Ya. Desde que enviudé leo mucho. Casi de forma compulsiva. Ahora estoy con la obra completa de Brigitte Reimann. Me ayuda.

—A mí lo único que me ayuda es el vodka.

—Tampoco es mala fórmula. Acérquese más, se está mojando.

—Gracias.

Acto seguido se aclaró la garganta como preludio de lo que tenía pensado decir.

—Esta mañana he tenido un encuentro con el Cuervo —arrancó.

No parecía que Nikolai Kokorin estuviera prestando atención alguna hasta que Boris Kliuka reprodujo el acmé de la conversación que acababa de mantener con el de la CIA.

—Una Capuleto —repitió el general.

—Eso dijo. Es el apellido de...

—De Julieta, lo sé. Entiendo por dónde va.

Silencio.

—¿Cree que nos han colado a alguien dentro?

—Eso creo, sí. En concreto a Viktor Lavrov.

—¿Erika Eisemberg?

—Sí.

—Sospecha que ha conectado con el fiasco de la operación Weidemann de octubre del año pasado.

—Así es.

Kokorin tomó aire por la nariz y lo retuvo en sus pulmones.

—Geosmina.

—¿Perdón?

—Es una palabra griega cuya traducción es «aroma a tierra». Los suelos contienen una bacteria, no recuerdo el nombre, que al contacto con la lluvia libera una molécula olorosa que es esta que ahora estamos oliendo. Dicen que gracias a ella los animales encuentran agua en zonas áridas. Yo, sin embargo, no me suelo dejar guiar por mis sentidos, menos por el olfato de otros y nunca por el de nuestros enemigos. ¿Tiene alguna prueba que le dé sentido a su acusación?

—Ninguna. Por ello quería solicitarle formalmente que me permita designar a uno de mis recursos a...

—No —le interrumpió—. En absoluto. Se encargará usted en persona.

—Entendido.

—¿Sabe que esa mujer, en teoría, está trabajando para nosotros?

—Lo intuía.

—De hecho, acaba de terminar un curso de capacitación en Lubianka. ¿Su contacto dentro de la Stasi es de fiar?

—Con lo que le pagamos, espero que así sea.

—Se refiere a Norman.

El ucraniano asintió.

—Bien. Tire de él. Si Erika Eisemberg es una agente Julieta, mantendrá encuentros periódicos con Markus Wolf. Nos teníamos que haber deshecho de él cuando tuvimos la oportunidad —reflexionó—. Ahora no podemos, es demasiado importante.

—Lo sé. Es una pieza demasiado cara, aunque, según dicen las malas lenguas, su relación con Mielke no es la mejor.

—Es cierto, pero eso no quiere decir que si algo le ocurriera al número dos de la Stasi el terremoto que se originaría podría tirar abajo mucho de lo que hemos construido en este país. Espero que esté equivocado, sinceramente, y que sea un movimiento de los

norteamericanos para desviarnos de nuestro objetivo, que es el mismo que el suyo.

—El Cuervo me ha intentado hacer creer que Wögler no les interesa lo más mínimo.

—Ya. Como a nosotros. Y a la Stasi tampoco. Necesito saber si, llegado el momento, para usted significaría un problema neutralizar esa amenaza.

—Ninguno. No debemos permitir que nos desestabilicen.

—Nos han obligado a tocar una ficha que no teníamos previsto mover, así que eso ya lo han conseguido. Contacte hoy mismo con Norman.

—Eso tenía pensado hacer.

—Otra cosa. No quiero que Viktor se vea perjudicado por esto hasta que no tengamos confirmación en uno u otro sentido. Y quiero que esté protegido.

—Sigue teniendo un activo asignado a perpetuidad.

—¿Quién?

—Pavel.

—Le responsabilizo a usted de cualquier desgracia que pudiera sucederle.

—Lo asumo.

El jefe de la Oficina S se pasó la mano por su prominente quijada.

—¿Algo más?

—No. Bueno, perdón, en realidad sí. En el caso de que Norman verifique que nos la está jugando, ¿qué he de hacer?

Nikolai Kokorin giró el torso muy despacio y le miró fijamente a los ojos.

—Esa pregunta no es propia de usted. Ya sabe cuál es su obligación.

Ministerio para la Defensa del Estado

Aún con un dulce palpitir en la palma de la mano, Viktor Lavrov entraba en el edificio pensando en qué iba a decirle al general Kokorin cuando llegara a sus oídos que había agredido a un

prometedor inspector de la Unidad Especial de Investigación Criminal de la Stasi. Enjuiciando en su fuero interno hasta qué punto podía una bofetada ser considerada como una agresión, no se percató de que un hombre se disponía a abordarlo desde un lateral.

—Viktor.

—¡Otto! ¡Joder, qué pintas! ¿Vas del James Dean del otro lado del telón de acero? ¡¿Cómo coño te han dejado entrar?!

—No te la juegues, que llevo esperándote aquí desde las nueve de la mañana.

—Tres horas y seis minutos..., no es tanto para una persona sin ninguna ocupación —expuso alzando la mirada hacia el reloj.

—Hoy no he ido al gimnasio por venir a verte, así que tengo un montón de adrenalina quemándome las venas.

—Es urgente o importante.

—Las dos cosas.

—Me lo temía. Tengo que subir un segundo a mi despacho para hacer una averiguación que me corre prisa. Mientras, ve pensando dónde quieres invitarme a almorzar.

El bar de Agnus no era el lugar donde mejor se comía de Berlín Oriental, tampoco el segundo, pero, sin duda, estaba en el top de los más baratos del barrio de Lichtenberg. Sobre lo que no había discusión alguna era de que se trataba del más seguro de la ciudad. Situado a escasos metros de la comisaría de policía de Karlshorst, Agnus podía afirmar sin riesgo a equivocarse que había dado de comer a varias generaciones de la Volkspolizei. La elección de Otto no había sido algo casual. Quería que Birgit se incorporara a la conversación y matar así dos pájaros de un tiro. Les estaban sirviendo las dos primeras jarras en el instante que entraba ella por la puerta con paso tan poco grácil como resuelto. Como era miércoles no tuvieron que pensar el menú: codillo asado con patatas y chucrut. Se arrancó Otto explicando que había descubierto la relación de tres de las víctimas con el cuartel militar de Dresde para terminar compartiendo los pormenores de las revelaciones que salieron de la boca del alférez Gysi. Las dispares reacciones que observó en sus acompañantes durante el relato —entusiasmo moderado en ella, máxima frustración en él— no fueron razones

suficientes como para interrumpir la narración. Y no fue hasta que Viktor tiró los cubiertos de mala manera encima del plato cuando el de la Kripo exigió saber qué sucedía.

—Por orden de Florian Klein, Kemke fue trasladado ayer a Hohenschönhausen y en algún momento de la noche se ha quitado la vida —reveló.

Silencio.

—Está muerto —dijo Otto sin rastro alguno de entonación interrogativa.

—Muy muerto.

—Vaya —aportó Birgit.

—¿Y por qué mierda no me lo has dicho antes? —quiso saber el alemán dando el último sorbo a su café.

—Seguramente por el mismo motivo por el que tú no compartiste conmigo tus averiguaciones el día que viniste a verme a mi despacho.

—Puede. Asfixiaría ahora mismo con mis propias manos al jodido imbécil de Florian Klein.

—¿Con las dos? Lo dudo. Con una, quizá —comentó Viktor.

—Cabrón de mierda.

—¿Él o yo?

—Tú. Él es un jodido imbécil. Estoy seguro de que Ruslan Kemke sabía quién se la estaba jugando.

—Estoy de acuerdo. Cuando le enseñé las fotos de las víctimas, reconoció a Hellsinger y a Allendorf.

—¡A ver, un segundo, un segundo! —intervino Birgit, enérgica, golpeando con la cucharilla en la taza—. ¿Os importa si hago una pequeña recopilación de los hechos?

Ellos se miraron.

—Por lo que ha contado Otto, tenemos a un tipo que ha montado un circo colosal para vengarse de los hijos de puta que lo violaron cuando era joven y, de paso, cargarle el muerto al responsable de la sección, que era Kemke, quien se encargó de taparlo todo. ¿Hasta ahí bien?

—Perfectamente —confirmó el ruso.

—Genial. Sigo. El problema es que, bien para proteger la identidad de la víctima o bien porque les daba vergüenza que el hecho quedara reflejado en un informe, no existe forma de averiguar su identidad, aunque, por lo que he podido leer entre líneas, estáis seguros de que Kemke lo conocía.

—Correcto —confirmó Otto al tiempo que sacaba un cigarro del paquete—. Pero como a un jodido imbécil se le ha ocurrido la feliz idea de enviarlo al matadero, ahora no tenemos forma de averiguar quién demonios era.

—Bueno, Kemke no nos habrá dicho su nombre, pero nos ha contado muchas cosas sobre él —objetó ella antes de hundir la cuchara en el chucrut.

—Somos todo oídos, preciosa —la animó el del KGB.

Birgit terminó de masticar, tragó, bebió un sorbo de cerveza y se secó los labios con la servilleta antes de hablar.

—Demos por hecho que Kemke conocía a las víctimas y que, además, se dio cuenta del embrollo en que alguien le había metido. Vale, pero, por algún motivo que no sabemos, decidió comérselo él solito. ¿Por qué? Creo que la respuesta a esa cuestión nos conduciría al verdadero culpable. No obstante..., ahora que lo pienso, también deberíamos preguntarnos por qué tardó tanto en emprender su venganza.

—Diría que te acaba de poseer el espíritu de Alfred Hitchcock, pero creo que podría ser buena idea jugar a las hipótesis —opinó Viktor Lavrov—. Voy a por unas cervezas y continuamos.

Tres jarras.

—Empiezo yo —dijo el psicólogo frotándose las manos—: ¿Y si, como le contó ese sargento a Otto, no supiera quiénes le habían violado hasta que, pasados los años, Ruslan Kemke se lo contó? Quizá pensó que aquella herida ya estaba cicatrizada, pero, claramente, se equivocó. A partir de ahí planifica su venganza y la lleva a término.

—Podría ser, sí —coincidió el de la Kripo tras quitarse la espuma del labio superior con el dorso de la mano—. Ahora bien, todo nos sigue llevando al mismo punto de partida: averiguar qué tipo de relación había entre ellos.

—Sí, estoy de acuerdo —el ruso se volvió entonces hacia Birgit—. A Otto se lo he contado de camino. Acabo de regresar de Londres, donde he mantenido una interesante charla referente a este caso con un experto en la materia: un asesino en serie llamado Peter Sutcliffe. Trece asesinatos.

—¡Qué barbaridad! —calificó ella.

—Un malnacido de tamañas proporciones. A modo de resumen podría decir que buscamos a un hombre de entre cuarenta y cuarenta y cinco años, atractivo y de complexión fuerte o atlética. Mantenía una estrecha relación con Kemke, o, por lo menos, lo suficiente como para entrar en su casa, moverse con libertad para robarle algunas de sus pertenencias y, por supuesto, conocer al dedillo su rutina. Está claro que odia a los homosexuales. En general, a todos, ya que los considera una lacra para la humanidad, y, en particular, a los que le violaron por motivos más que obvios. Más cosas. Que encargara la fabricación de la Pera de la Angustia a un relojero de Dresde nos invita a pensar que, igual que Kemke, era de allí, y, una de dos, o se traslada de una ciudad a otra para matar o ahora vive en Berlín.

—Yo apostaría por la segunda opción —intervino Otto—. La primera y la última víctima no pasaron por el cuartel, lo comprobé antes de marcharme de allí, y, de momento, nada nos hace pensar que estuvieran relacionadas con el asesino. Ambos eran homosexuales establecidos en Berlín y...

—Un segundo, Otto —le interrumpió su hermanastra—. ¿Nos hemos parado a pensar en el motivo por el que mata a esos otros dos?

—No sería extraño que el primero formara parte de una especie de probatura, el ensayo antes de su estreno —contestó el psicólogo—. No obstante, me preocupan mucho más las razones que le llevan a seguir matando toda vez que ha cumplido su venganza. Lamentablemente responde a algo que he observado con frecuencia en este tipo de sociópatas: no están capacitados para ponerse en el lugar de los demás —añadió—. El poder que sienten cuando arrebatan la vida a otro ser humano, paladear el dolor que causan

les provoca una emoción inigualable. Es como si fuera una droga, y, como cualquier droga, terminan enganchados a ella.

—¿Entonces? —preguntó ella volteando las palmas de las manos como si le faltara algo.

—Entonces ¿qué?

—Que si está enganchado, antes o después volverá a matar, ¿no?

—Tiene toda la pinta, en efecto —confirmó Viktor Lavrov.

—En resumidas cuentas —terció Otto pinchando una rodaja de pepinillo—, que hay que remover a fondo el entorno cercano de Kemke a ver si damos con un amigo, familiar, conocido, o lo que sea, que encaje en esa descripción.

—Correcto —confirmó el del KGB.

—De eso me encargo yo —se ofreció Otto—. Mañana regresaré a Dresde a ver qué averiguo sobre el terreno.

—Yo puedo contactar con la policía de allí a ver qué les puedo sacar. Todavía conservo cierta amistad con una compañera de promoción a la que destinaron a la comisaría de Neustadt.

Las miradas de Birgit y Otto convergieron en el ruso, que, empeñado en dar salida al último trozo de carne adherido al hueso, no se percató de ello hasta que levantó la cabeza.

—Mi plan de acción llega hasta esta noche. He quedado con Erika y tengo algo muy importante que proponerle. Si sigo vivo al amanecer, veré en qué puedo ayudar.

Aeropuerto de Schönefeld

La última vez que se vio con Alec fue en Budapest, en otra deprimente cafetería de aeropuerto muy similar a esa. Uri Jamchi llevaba los cinco mil dólares en el bolsillo interior de la cazadora por sí, como le había dicho días antes el hombre que ya lo estaba esperando, lo que había encontrado acerca de Mielke valía esa cantidad. Él no estaba lícitado para valorarlo y tomar una decisión al respecto, pero estaba claro que en Tel Aviv no les había parecido mal del todo pagar esa cantidad a cambio de convertir la oficina

consular de la OLP en una plantación de escuchas. De lo que no eran conscientes en la octava planta del edificio Hadas Dafna — sede del Mossad— era de que Uri Jamchi no solo no había cerrado el acuerdo con Markus Wolf; la realidad era que el del HVA esperaba y consideraba la información que pudiera darle el israelí como pago por haberles entregado a Waldemar Noske. Del cómo se fuera a tomar el de la Stasi esa nueva e inesperada vuelta de tornillo aún no se había preocupado Jamchi, lo único que le ocupaba el cerebro en aquel preciso instante era averiguar hasta qué punto comprometía a Mielke lo que fuera a enseñarle Alec.

Lo poco que sabía sobre su seguidor —suyo y de quien estuviera dispuesto a pagar su tarifa— era suficiente. Había pertenecido al MI6 durante más de quince años, la mayoría de ellos dedicado a moverse por los distintos territorios del este de Europa. Alcanzó la cima de su carrera cuando le nombraron director de los servicios de inteligencia británicos en Yugoslavia, pero nunca llegó a averiguar el motivo por el que, de la noche a la mañana, decidió dar la espalda a Su Majestad y mirar de frente al papel moneda. Desde entonces, a su agibílibus innato recurrían o habían recurrido casi todos los gobiernos y agencias del mundo cuando necesitaban averiguar algo por la vía rápida pero, fundamentalmente, sin dejar rastro alguno. Ahora bien, barato no era. En el caso de Jamchi y tras haber puesto rostro a todo el elenco de actores que participaba en aquel vodevil titulado Ciudadano W, había descartado intervenir directamente por evitar el elevadísimo riesgo que existía de provocar un incidente internacional de colosales dimensiones y nefastas consecuencias. Y un asunto en el que estaban metidos hasta el cuello el KGB, la CIA y la Stasi no podía concluir de otra forma.

Estaba tan cambiado que solo lo reconoció gracias a la cicatriz que le afeaba el párpado derecho. Barbirruco con predominancia canosa, había engordado al menos diez kilos y parecía querer compensar el más que notorio retroceso capilar de la frente con la largura del cabello que le nacía en las sienes. En la medida en la que se fue aproximando comprobó que la combinación de colores de su ropa era, cuando menos, desafortunada, y sus zapatos,

botines, o como fuera que pudiera denominarse a eso que calzaba, eran un atentado contra la vista.

—Se supone que a los tipos como tú les interesa pasar desapercibidos —le dijo.

El otro le dedicó un gesto amable y le invitó a sentarse.

—Los tiempos cambian para que todo siga igual —aseveró en voz baja con aire nostálgico.

—Puede ser. Algún día me tendrás que explicar qué tipo de filia tienes con las cafeterías de los aeropuertos.

—Más bien con las personas que suelen abarrotarlas a cualquier hora del día. También cuenta que acabe de aterrizar en Berlín y que tenga que despegar dentro de un rato. ¿Café?

—Ni se me ocurre. No quiero tener que salir corriendo al baño.

—Las infusiones son aún peores. ¿Y bien? ¿Cómo van las cosas?

Uri Jamchi apretó los labios.

—Como siempre.

—Como nunca, diría yo, porque nunca habéis tenido tantos frentes abiertos y nunca tantos enemigos distintos que combatir.

—Nuestra política de ir haciendo amigos allá por donde vamos no ha cambiado, pero, lo reconozco, cada vez somos más odiados.

—Normalmente el odio que se cosecha se ha tenido que plantar y regar antes.

—Normalmente —repitió—. En nuestro caso generamos odio solo por el mero hecho de existir.

—De existir en una zona donde los que la habitaban os consideran intrusos.

—Culpa vuestra; 14 de mayo de 1948.

—Cierto. Bueno, vamos a lo nuestro, que mi avión no espera.

Alec jugueteaba con una cucharilla.

—No te voy a preguntar en qué andas metido para que te interese esto, pero deja que te diga algo: sea lo que sea, no te conviene. No es vuestra partida.

—Ya sabes que nos gusta jugar en muchos tableros, pero te agradezco el consejo. Yo tampoco te voy a preguntar de dónde la

has sacado, pero sí que me gustaría saber hasta qué punto es fiable tu fuente.

—Cien por cien fiable. Proviene de alguien de confianza del BND.

Escuchar las siglas del Servicio Federal de Inteligencia de la RFA le hizo fruncir el ceño.

—Cuando lo leas entenderás por qué te he advertido del peligro que tiene. Debe de existir un motivo de peso para que ellos aún no lo hayan usado.

—Si continúas alimentando mis expectativas, al final, sea lo que sea, me va a parecer poca cosa.

—No lo creo.

Con ademán telegénico, Alec extrajo un sobre de la bolsa de viaje de cuero marrón que descansaba a sus pies.

—Me voy al servicio. Tienes cinco minutos para decidir si vale el precio que te he pedido.

Cuando regresó supo leer en la expresión preorgásmica del israelí que iba a coger ese vuelo con cinco mil dólares más en el bolsillo.

—Las actas judiciales son copias —observó Jamchi.

—Por supuesto que lo son. Las originales te habrían costado diez veces más, pero intuyo que te va a servir igualmente.

—Sí —confirmó—. Joder con el ministro. He metido lo tuyo ahí —le dijo señalando la bolsa con la mirada—. Está todo, puedes contarlo si quieres.

—No será necesario.

El conseguidor consultó la hora en su reloj de muñeca.

—Tengo que marcharme. Cuídate —dijo incorporándose a la vez que le ofrecía la mano.

El del Mossad, todavía impresionado, tardó unos instantes en reaccionar.

—Lo mismo te digo —contestó estrechándosela.

Un par de hélicas sonrisas fue lo último que se intercambiaron. Segundos después, Uri Jamchi volvió a sentarse y elevó el brazo para llamar la atención del camarero.

—Tráigame un café con leche, por favor.

MARAVILLOSA LOCURA

*Calles del distrito de Mitte
Berlín Oriental (RDA)
1 de julio de 1981*

Cuando tenía la sensación de que todo se escapaba de su control solía relativizar los problemas, los escurría hasta que perdían la última gota de relevancia antes de colgarlos para que se secan al sol de la insignificancia. De otra forma, Florian Klein no habría aguantado los últimos cuatro años sometido a tanta presión. No, de ninguna manera. Nadie está capacitado para soportar algo así.

Que Ruslan Kemke hubiera aparecido muerto no representaba ningún problema digno de preocupación; sin embargo, el hecho de tener que rendir cuentas a la mañana siguiente en el despacho de Mielke le había provocado un leve aunque constante ardor de estómago. Había empeñado casi toda la jornada preparando el informe que iba a presentar, cargándose de razones que justificaran su decisión de trasladarlo al Submarino. Acababa de probar esos mismos argumentos delante de los medios de comunicación —todos afines al partido, eso sí— y habían funcionado. A grandes rasgos, su estrategia consistía en subrayar que, tras firmar la confesión, no había ningún motivo que justificara la permanencia del sospechoso en el centro de detención preventiva de Keibelstrasse, y, a pesar de que no abundaba en detalles —ni siquiera pasaba por encima—, había dejado muy claro que la Unidad Especial de Investigación

Criminal de la Stasi contaba con pruebas suficientes como para que cualquier juez lo hubiera mandado guillotinar.

Pensar en la cuchilla oblicua le llevó a conectar directamente con la ejecución de Sylvester Murau, acontecimiento que había estudiado en la academia y que aún hoy seguían rememorando como ejemplo de disciplina. Murau ocupaba un cargo intermedio en la Stasi cuando huyó a Occidente. La afrenta no podía quedar sin castigo. Su hija —también agente de la Stasi— trabajó durante semanas con el objeto de ablandarlo, haciéndole entender que necesitaba hablar con él en persona. Así, convinieron mantener un encuentro en la idílica población alpina de Heubach, donde lo esperaban otros dos agentes encargados de llevarlo de nuevo a la RDA. En un proceso sumarísimo la jueza decretó que había faltado a su juramento como funcionario del Estado y que no cabía otra condena que la pena capital. Su cerebro le forzó a recitar el juramento que no mucho tiempo atrás había tenido que memorizar: «Si traicionase a mi conciencia, a la causa de la clase trabajadora y al partido, y al Gobierno de los trabajadores y de los campesinos, me podrán juzgar mis camaradas y aceptaré de buen grado que recaiga sobre mí la justa ira del pueblo».

—La justa ira de mi pueblo —musitó de forma inconsciente.

¿Cómo relativizar eso?

Siempre había considerado la traición un concepto cargado de subjetividad, pero, en ese caso, su caso, estaba más que claro: cualquiera lo consideraría un maldito traidor a la altura de Werner Stiller. Muy poco después de que se concretara la desertión de Stiller del HVA, se produjeron una oleada de detenciones en Alemania Federal de personas que trabajaban o colaboraban con la Stasi, pero, no contento con eso, aquel alevoso felón entregó una fotografía del hasta entonces conocido como «Hombre sin rostro», imagen que ocupó la portada de la odiosa revista *Der Spiegel* en el número de marzo del año 1979. La leyenda popular decía que si mencionabas su nombre delante de Markus Wolf, la noche siguiente dormías bajo tierra.

Esos y algunos otros ejemplos que le vinieron a la cabeza le provocaron un repentino y violento dolor localizado en el vientre, por

lo que, a falta de un excusado al que recurrir, a Florian Klein no le quedó otra alternativa que ahuyentar esos indigestos pensamientos de un manotazo mental. El gesto le llevó a revivir otro manotazo — esta vez físico—, que era el que le había propinado ese maldito ruso de la cara agujereada. El mero hecho de rememorarle le provocaba un fuerte escozor en su orgullo. Había que ser muy ingenuo para creer que aquello no fuera a tener consecuencias. Lo primero que valoró fue redactar un informe relatando la agresión y presentarlo en persona a la mayor general Strauss, de la Administración Central de Coordinación, pero, de inmediato, resolvió que tendría más efecto si se lo contaba directamente a Erich Mielke y que se encargara el ministro de resolver qué hacer al respecto. Tenía que conseguir que la afrenta trascendiera de lo personal y que fuera considerada como una ofensa a toda la institución. Casi a la altura de un incidente diplomático que debiera por fuerza acarrear graves consecuencias para el único culpable: Viktor Lavrov. A Florian Klein le convenía, y mucho, quitarse de en medio a ese tipo, y no pensaba dejar pasar la oportunidad que él mismo le había servido en bandeja de plata. Como Salomé, él también acabaría por obtener su cabeza, y, cuando eso ocurriera, pensaba disfrutar del momento meándole encima mientras arrugaba un billete de quinientos y se lo introducía hasta la garganta.

El número 40 de la calle Rosenthaler Strasse se había convertido en los últimos años en un foco de peregrinación para turistas, tanto de esos que venían del más allá —del Muro— como de aquellos que procedían del más acá —del telón de acero—. Su portal, en concreto, era el acceso principal al conjunto conformado por ocho patios interiores conectados entre sí por pasajes cuya riqueza artística y ornamental les había hecho merecedores de ser declarados como monumento histórico en 1972. Aquello, lejos de molestar a Florian Klein, le fascinaba. Le encantaba que lo vieran entrar y salir; le divertía fijarse en el atuendo y los complementos que lucían los turistas occidentales; pero, principalmente, lo que de verdad le seducía era contar que vivía allí, cosa que hacía en cuanto detectaba la mínima oportunidad.

El inspector de la Unidad Especial de Investigación Criminal de la Stasi cruzó la arcada con la cabeza bien erguida, balanceando el brazo en un movimiento perfectamente sincronizado con su resuelto caminar. Ya no quedaban muchos turistas, así que se paseó hasta la entrada de su portal y subió las escaleras que llevaban hasta la entreplanta donde se localizaban unos renovados ascensores que no pensaba utilizar. Los primeros peldaños le hicieron recordar que no existía ninguna forma de alcanzar la cima sin esfuerzo. Era cierto que él había emprendido aquella escalada con las manos desnudas y sin cuerda de seguridad y ello implicaba que cualquier movimiento en falso conllevaría una caída mortal. Ya estaba muy alto como para tratar de descender, por lo cual no le quedaba ninguna alternativa distinta a seguir subiendo sin mirar hacia abajo, continuar ascendiendo, sí, pero sin olvidarse de que siempre debía tener tres puntos de contacto sobre la pared vertical. La técnica la había aprendido de su padre, un superviviente por excelencia que, sin ser considerado alguien imprescindible dentro del partido, había logrado sacar provecho de la información que manejaba solo por estar cerca de quienes la generaban. Esa era la clave: estar lo suficientemente cerca del fuego para calentarse sin llegar a quemarse. Llegando al ático se preguntó qué consejo le daría su padre de encontrarse en esa tesitura: ¿cómo seguir caliente sin arriesgarse ahora que las llamas amenazaban con avivarse demasiado? Sin encontrar respuesta, Klein entró en el apartamento que ocupaba toda la planta, encendió la luz, se quitó la chaqueta del traje y la colgó con mimo en el perchero del recibidor. Mientras trataba de recuperar el resuello empezó a pensar en el atuendo que debía ponerse para la reunión del día siguiente; por ello, antes debía comprobar si la corbata roja de seda con el escudo bordado de la RDA estaba en perfecto estado para combinarla con su mejor traje y con los zapatos color vino que le trajeron de Milán. Al pasar por el salón percibió algo que le hizo detenerse. Se disponía a accionar el interruptor para corroborar que el escalofrío que le recorría el cuerpo carecía de fundamento cuando escuchó su voz.

—Bienvenido a casa, Norman.

Las facciones de Boris Kliuka se recortaron entre las tinieblas antes de que su corazón volviera a latir.

Restaurante Max und Moritz

La veía mover los labios, pero eran sus ojos los que habían robado toda su atención. Naufragar en aquella inmensidad le hizo acordarse de la analogía cromática que solía utilizar para explicar cómo el bien y el mal pueden cohabitar en una misma persona. Se trataba de una verdad indubitable, un axioma fundamentado en que no existía un gris que no contuviera algo de azul, ni azul que no se formara con tintes de gris. Sin embargo, los suyos, esos que ahora no podía ni quería dejar de contemplar, parecían pertenecer a una escala cromática propia, sin mezclas, como si fuera un color creado con el único fin de apoderarse de su voluntad y anularlo por completo.

Tras el encuentro con los hermanastros Bauer, Viktor pasó por su despacho para comprobar que, efectivamente, la sargento Kunkel había sido tan diligente como siempre y había averiguado lo que le había encargado por la mañana. Aún eran las siete de la tarde cuando se puso al volante de su Trabi y condujo hacia la dirección que figuraba en la ficha. Lo que encontró allí le había cambiado el día y lo que se disponía a averiguar ahora era si Erika estaba dispuesta a cambiar su vida.

—¿Me estás escuchando? —quiso saber ella.

—Por supuesto que sí.

—Por supuesto que no —objetó ella. De hecho, llevas un buen rato sin probar la comida y con la cabeza en otro sitio. Ya sé que los últimos acontecimientos te han...

—Disculpa —la interrumpió agarrándole la mano con resuelta dulzura—. Te pido perdón, pero es que llevo un buen rato dando vueltas a la forma de proponerte algo. Algo importante —concretó.

Erika iba a intervenir, pero ante la entonación y enjundia que acompañaban esas palabras, prefirió permanecer callada. Viktor dobló la servilleta de tela que tenía sobre las piernas y la depositó

protocolariamente encima de la mesa. Luego inspiró por la nariz y tragó saliva.

—¿Te acuerdas de Nadine?

Exterior del Das Glas Halb Voll

Le quemaba por dentro. Casi podía escuchar las voces desesperadas de todas las células de su organismo gritando al unísono que entrara. Las luces de neón rosa no ayudaban a su parte consciente, encargada de sujetar las riendas de un animal salvaje imposible de controlar. Mucho menos de detener. Los primeros días había resultado incluso más sencillo de administrar de lo que había supuesto, pero, a partir del cuarto empezó a notar cómo crecía la ansiedad, cómo se iba alimentando de él, consumiendo poco a poco su cotidianidad. Cada hora que pasaba era una hora perdida, cada minuto, un suplicio; cada segundo, una condena. Para Jonas Kemke, absorber energía se había convertido en una necesidad física, como lo eran comer o respirar. Para colmo de males, esa mañana había escuchado comentar a dos compañeros de la fábrica que acababan de escuchar en el último boletín de noticias que el único sospechoso de haber cometido varios asesinatos de homosexuales se había suicidado en la cárcel. No le sorprendió en absoluto conociendo como conocía a su tío Ruslan, siempre dispuesto a asumir las consecuencias de sus actos. Sabía que en cuanto se diera cuenta de todo iba a resolver que lo correcto pasaba por quitarse la vida a pesar de contravenir los dictámenes de la ortodoxia católica. Si con ello se le cerraban las puertas del cielo, era porque su lugar estaba en el infierno. En cambio, lo que sí le dejó un tanto desconcertado fue no encontrar ni rastro de satisfacción en el hecho de haber completado su venganza, y la razón que lo explicaba residía en que no odiaba a su tío. Estaba resentido con él, sí, por no haber tenido el coraje de ponerse de su lado cuando lo necesitaba, priorizando los divinos valores de las Sagradas Escrituras y los mundanos intereses del ejército. Pero no podía odiarlo. No, después de haberle enseñado a

no desviarse del camino recto. Ser consciente de que todo había acabado supuso el detonante que faltaba, la chispa sobre el bidón de gasolina, la causa que necesitaba para completar el efecto. Debería sentir algo parecido a la satisfacción plena y, sin embargo, se dejó devorar por un vacío monumental que explicaba la ausencia de motivos que justificaran su existencia. Tocaba entonces decidir si volvía a meterse en la piel de Asa, soldado de Dios, y retomar la tarea, o volver a ser Jonas Kemke, abnegado padre de familia y marido ejemplar. Un buen cristiano.

Un soldado de Dios o simplemente un buen cristiano.

Sumido en aquella encrucijada, había salido a la calle después de más de una semana de encierro voluntario, dejando que sus erráticos pasos fueran guiados por una razón suprema.

—«Bienaventurado el hombre que persevera bajo la prueba, porque una vez que ha sido aprobado, recibirá la corona de la vida que el Señor ha prometido a los que le aman. Santiago 1:12» —citó adentrándose en la penumbra del callejón mientras se dejaba envenenar por una idea: modificar su forma de actuar.

Le sorprendió que hubiera tanto ambiente siendo día de diario. La explicación se la dio el barman poco más tarde.

—Han cerrado otros dos garitos en la zona.

—¿Y se sabe por qué?

El hombre se encogió de hombros y siguió con lo suyo. Él aprovechó para hacer una primera prospección, pero no encontró a nadie interesante que estuviera solo. Algunas de esas caras le resultaban familiares por haber coincidido con ellos en otros tugurios del mismo calado y, entendiendo que aquello funcionaba en ambas direcciones, se atrincheró entre dos grupos bulliciosos que paradójicamente jugaban a favor de su discreción. Transcurrieron algunos minutos hasta que vio a alguien que se acercaba a una pareja situada cerca de la barra cuyos ocupantes conversaban agarrados de la cintura. Era rubio, de talla media pero ancho de hombros y vestía de manera demasiado prudente para andar buscando compañía. Ambos negaron al unísono con la cabeza justo en el momento en el que el desconocido conectó con su mirada y, muy despacio, se dirigió hacia él.

Un apetitoso insecto volando hacia su tela de araña.

Antes de que pronunciara la primera palabra ya se había transformado en Asa.

—Buenas noches —le saludó—. Perdona que le moleste. No soy policía ni nada parecido, pero estoy buscando a alguien y me gustaría preguntarle si lo ha visto por aquí.

—Tal y como están las cosas, el mero hecho de preguntar, sea lo que sea, puede resultar peligroso —contestó él, taimado.

—Sí, ya me he enterado, pero a veces la desesperación nos hace asumir riesgos necesarios.

Jonas le sonrió.

—Vaya. Diría que me siento celoso. Soy Asa —se presentó tendiéndole la mano.

—Heinrich.

—Encantado. Ese acento tuyo...

—Soy de Leipzig, pero he vivido lo suficiente en Berlín como para que hubiera corregido la pronunciación de la «d» y la «p».

—Es muy difícil desprendernos de las costumbres con las que hemos crecido. Conozco Leipzig de pasada, ¿merece la pena?

—Conocer nuevos lugares siempre merece la pena, creo yo.

—Y personas.

—Y personas —confirmó—. Aunque a mí, en este momento, solo me interesa dar con una. El resto me importa más bien poco.

—Pues no debería, Erika, no debería —insistió Viktor—. Sobre todo porque, si no me equivoco, no tenemos otra alternativa mejor para tener hijos.

Ella, todavía descolocada con la propuesta que le había lanzado el hombre que tenía enfrente, no lograba entender cómo, de repente, aquella silla en la que estaba sentada se había vuelto tan incómoda.

—Comprendo que prefieras concebir tus hijos de forma natural, claro que sí, pero, como tú misma has dicho más de una vez, lo importante para ti no es parirlos sino criarlos y verlos crecer. De lo que no me cabe ninguna duda es de que, si conseguimos la

adopción de Nadine, en cuanto la tengamos con nosotros su breve pasado se fundirá con nuestro presente.

Viktor tejió una pausa antes de abordar la siguiente confesión.

—Esta tarde he visitado el orfanato de Santa Justina, que es donde enviaron a Nadine cuando falleció Franka, la madre de Annike Popp.

—¿Has ido a verla y no me has dicho nada?!

—Te lo estoy contando ahora. Quería saber qué sentía yo antes de lanzarte la propuesta. Necesitaba estar seguro. Ser honesto. Está algo desnutrida, falta de hierro, vitaminas y cosas así, pero la pediatra me ha asegurado que está muy sana, más, si cabe, para haber nacido con siete meses.

—¿Nació con siete meses?

—Eso me han dicho, yo tampoco lo sabía. Es preciosa, Erika. Preciosa —recalcó, obstinado.

—Ya sé que es preciosa, Viktor, pero... Es una locura —juzgó ella.

—Sí, pero maravillosa locura, que, además, está al alcance de nuestras manos.

—¿Y qué te hace pensar que nos concederán la adopción así porque sí? ¡Si ni siquiera estamos casados!

—Porque no vamos a ir por el cauce, digámoslo así, formal. La mujer que dirige los Servicios para la Tutela de Menores, que es la instancia que coordina las adopciones en todo el país, Clara Steinbach, me debe un favor.

—Es decir, que estás pensando hacerlo de forma ilegal.

—No, lo que quiero es evitar tener que pasar por trámites que, casi con total seguridad, nos impidan llevarlo a cabo. Te lo estoy contando con el único propósito de que manejes toda la información y lo valores como corresponde. Si nos lanzamos a ello, creo que en unas semanas podríamos tener una niña preciosa. Vamos, cariño, no me niegues que no se te caía la baba con ella cuando te tocó cuidarla aquellos días.

—Por supuesto que se me caía la baba, pero esa no es la cuestión. La cuestión es... ¡Joder, no sé cuál es la maldita cuestión!

Viktor sonrió de un modo alevoso.

—Lo único que nos debe preocupar es si estamos seguros de querer comprometernos con algo que no tiene marcha atrás y que va a cambiar nuestras vidas para siempre.

Entonces, Erika acorazó el semblante y lo miró fijamente.

—¿Y tú lo estás?

—Lo estoy, puedes estar segura.

Ella diseccionó la respuesta y al examinar sus entrañas se convenció de que estaba diciendo la verdad.

—Maldita sea, Armando, no paras de sorprenderme.

Este se puso el índice sobre los labios.

—Yo no me llamo así —susurró con aire divertido.

—¿Y cómo se llama el afortunado? —quiso saber Asa.

—Otto, se llama Otto Bauer.

—No, lo siento, no me suena. A lo mejor lo he visto, pero por el nombre no me viene nada. ¿Cómo es?

Heinrich se extendió en la descripción.

—No, lo siento, pero no he visto a nadie que se ajuste a esa descripción. Y... ¿puedo preguntarte qué os ha pasado?

—Fuimos felices durante siete años, pero luego él cambió. Se entregó a su trabajo y apenas si quedaba margen para nosotros. Yo me marché a Leipzig, pero pocos meses más tarde regresé con él. Hay algo entre nosotros, algo magnético —precisó—, que no somos capaces de controlar. Por lo menos yo. Al principio parecía que todo funcionaba, pero ocurrieron cosas que le afectaron mucho. Cambió. Se vino abajo y aunque traté de estar a su lado... Me superó. En fin, supongo que yo no estuve a la altura de las circunstancias. Siempre pienso que poniendo distancia entre nosotros voy a poder olvidarme de Otto, pero ya tengo claro que es un error. Cuando una relación trasciende lo físico, alejarse físicamente no funciona.

—Ahora sí que estoy celoso de verdad.

—Y yo desesperado. Hace algunas semanas recibí una llamada de su hermanastra, Birgit, con la que mantengo una relación muy especial, y me contó que estaba fatal, que había perdido el rumbo por completo y que hacía tiempo que no sabía nada de él. En ese

instante quise venir a buscarlo, pero yo soy profesor de matemáticas y no podía dejar tirados a mis alumnos. En cuanto han terminado mis obligaciones, he hecho la mochila y me he subido a un tren.

—¿Por dónde lo has buscado?

—Birgit me contó que lo habían echado de nuestra antigua casa y que en el gimnasio tampoco sabían una mierda; así pues, no me ha quedado otro remedio que ir a los sitios que recuerdo que frecuentaba.

—¿Y por qué no hablas con ella?

—Fue lo primero que intenté desde la estación, pero también ha debido de cambiar de domicilio porque el teléfono no daba ninguna señal. Birgit se acaba de separar de su marido, así que estará rehaciendo su vida junto a sus hijos. Llevo tres noches recorriendo lugares de ambiente de Prenzlauer Berg y solo el portero de uno de ellos, el Mulackritze Club, se acordaba de él porque había tenido una pelea monumental allí.

—Por suerte no solo hay locales para nosotros en Prenzlauer Berg... —apuntó lanzando bien lejos el anzuelo.

—No sabía, yo no suelo... Es por donde me dijo Birgit que andaba Otto.

—Bueno —dijo dando una sonora palmada—. Tal y como yo lo veo, solo tienes dos opciones: o bien te pides una cerveza y seguimos hablando de nuestras penas, que yo también tengo unas cuantas para compartir si te apetece escucharlas; o bien puedo presentarte a la persona que puede ayudarnos a encontrarlo.

Heinrich lo miró con notable interés.

—Paolo, el dueño del Der Himmel der Sodomie —improvisó aderezando el cebo— es un buen amigo mío. Supongo que habrás oído hablar de... ¿No? —teatralizó al interpretar su semblante—. Vaya, vaya, es cierto que andas muy perdido.

—Eso parece.

—Si alguien conoce a todos los que frecuentamos estos sitios, ese es Paolo. Y, por lo que me dices, Otto es un asiduo.

—Antes no era así. ¿Cómo has dicho que se llama ese lugar?

—Der Himmel der Sodomie.

—No me suena.

—No me extraña. Solo algunos privilegiados sabemos dónde está. Y te digo más: no deberíamos descartar que Otto estuviera allí ahora mismo. Y si tú quieres lo comprobamos.

—¿Y por qué harías eso por mí?

—Primero y fundamental, porque me estoy aburriendo soberanamente, pero también porque tengo que reconocer que me ha conmovido tu historia. Me hace pensar que quizá algún día yo también pueda encontrar a mi media naranja.

—¿Y eso dónde queda? ¿Está lejos?

Se había tragado el anzuelo, ya solo le restaba recoger el sedal con sumo cuidado.

—La mala noticia es que sí: está en Elsengrund, Köpenick, cerca del Dahme. La buena es que tengo el coche aquí mismo y que a esta hora, con el tráfico que hay, en veinte minutos estaremos allí.

Heinrich caviló durante unos segundos.

—Bueno, entonces, qué, ¿vamos a buscar a Otto?

—¡Por supuesto! —confirmó Erika con total ironía—. Te veo muy optimista; demasiado.

—Pero si tú misma me lo has dicho mil veces. Tu madre está deseando pasar más tiempo contigo y a tu padre le vendría muy bien cambiar de aires. Estoy convencido de que en cuanto sepan que tenemos una niña preciosa, ambos se van a volcar contigo para echarte una mano.

—Mi madre, puede, pero mi padre... No sé yo si le haría mucha gracia dejar su preciosa casa en el campo para venir a la ciudad. Y menos cuando sepa que Nadine no es sangre de su sangre.

La reacción de Viktor le hizo entender que no le había contado todo.

—Suéltalo —le conminó ella al tiempo que se servía una copa de vino, nerviosa.

—Es solo una posibilidad, pero las fechas encajan y sé que yo podría arreglarlo.

—¡¿Qué fechas?! ¡¿Arreglar qué?!

—Por partes. Esta mañana dijiste que hacía casi dos años que no los ves. Nadine tiene ahora poco más de un año y tus padres no saben que existo, menos aún cuando empezamos nuestra relación. Sé que el impacto para ellos va a ser muy fuerte al principio, pero entre los dos seguro que encontramos la manera de que lo entiendan.

—Por el contrario, ¿¿que entiendan qué?! Si ni siquiera yo sé por dónde vas.

—Podemos hacer que Nadine sea nuestra hija —soltó—. Y no solo de cara a tus padres, de cara a todo el mundo.

Erika se limitó a abrir mucho la boca y mantenerla así: muy abierta.

—En este momento, por muy triste que pueda parecer, fuera del ambiente laboral nuestras vidas en común solo las conocen Otto y Birgit. ¡Dos personas! Y con ellos no va a haber ningún problema. Todo lo contrario. Estoy seguro de que Birgit se va a poner como loca cuando lo sepa. Nos mudaremos a una casa más grande y empezaremos de cero. Hola, buenos días, vecino —prosiguió impostando la voz—. Me llamo Viktor, y esta es mi encantadora mujer, Erika, y mi hija Erika.

Ella, que no podía salir de su asombro, elevó las cejas.

—No podemos mantener su nombre, pero eso a la niña le va a importar muy poco, y a tu padre le van a caer lagrimones cuando vea que le hemos puesto tu nombre y que su nieta tiene sus ojos. También tendremos que modificar su fecha de nacimiento, pero, como nació sietemesina y, digamos que su desarrollo no ha sido el más adecuado, aparenta no haber cumplido el año. Todo juega a nuestro favor, pero esos pormenores y los que surjan los arreglaré yo directamente con Frau Steinbach, por eso no te tienes que preocupar. Estoy seguro de que esa gorda miserable va a hacer todo lo necesario para no arriesgar su nuevo cargo y, créeme, cariño, yo podría hacer que lo perdiera mañana con solo levantar el teléfono.

Erika quería aportar algo con sentido, pero su analítico cerebro demostró que no estaba preparado para enfrentarse a cuestiones que orbitaban más allá de la razón.

—Pero... ¿es que te has vuelto loco?

—Maravillosa locura —repitió él.

—Yo... De verdad que no sé ni qué decir —admitió apurando la copa de vino—. No tengo la menor idea de lo que debo decir ahora.

—Ahora no debes decir nada. Solo tienes que pensarlo.

—Si lo pienso demasiado, te mando a la mierda en este instante.

—Pues entonces piensa solo en que es bueno para ti, bueno para mí y bueno para Nadine.

—Si es bueno para todos, ¿por qué me siento tan mal?

—No te sientes mal por razones éticas o morales, te sientes mal porque te asusta verte en el papel de madre. Es la inseguridad, la duda de no saber si vamos a estar a la altura, lo que nos hace sentir mal. No obstante, a lo que nos vamos a enfrentar no es una carga que tengamos que compartir a ratos entre los dos, no; es el antídoto que podría salvar nuestras condenadas almas, Erika. Un propósito más importante que nosotros mismos, una causa de fuerza mayor, una razón de peso. Algo de verdad —resumió en tono conclusivo—. Y, por ello, no me importa saltarme las normas que otros han escrito, y tampoco me asusta construir una realidad a la carta para tus padres y el resto de seres vivos del planeta. Lo único que me preocupa es que seamos capaces de ser felices mañana, pasado y los días venideros.

Erika apretó con fuerza los párpados y, como si hubiera exprimido el zumo de sus ojos, dos densas gotas transparentes hicieron acto de presencia antes de disolverse presas de la gravedad. No había, sin embargo, rasgo alguno de aflicción en su rostro.

—Solo hay una cosa más que necesito escucharte decir —dijo ella con la voz tomada por la emoción.

—Te escucho.

—Que si tomamos la decisión, pase lo que pase, no habrá marcha atrás.

—Me estoy arrepintiendo mucho de haber venido —confesó Heinrich—. ¿Dónde diablos se supone que estamos?

—Tranquilo, amigo, que esto ya es Elsengrund. Lo que sucede es que estamos algo alejados de la zona residencial y parece que estuviéramos cruzando Transilvania. El cauce del Dahme discurre justo en paralelo a esta carretera y si apagara el motor oirías el rumor del agua. Vuelvo por aquí todos los días de regreso del trabajo.

—¿Puedo preguntarte a qué te dedicas?

—Claro. Soy capataz en una fábrica de piensos que está cerca de Erkner, ¿lo conoces?

Teniendo enfrente a un profesor de universidad, a Jonas le pareció más oportuno salirse del papel habitual.

—Ni idea, sinceramente —contestó Heinrich con la voz tomada por la tensión.

—Mañana entro en el turno de tarde, y como vivo solo, no tengo que dar cuentas a nadie. En dos minutos estamos.

Los limpiaparabrisas combatían con éxito la fina pero pertinaz lluvia que los había acompañado durante todo el trayecto. La luz de los faros rasgaba la oscuridad iluminando el pavimento mal asfaltado que hacía sufrir los amortiguadores del Lada 2101. Pocos kilómetros más adelante, la carretera se convertía en un camino de tierra.

—Hay que rodear esas naves abandonadas —prosiguió Asa modulando un tono sereno como había hecho desde que se montaron en el coche—. Formaban parte de un antiguo almacén propiedad del Estado que se usaba para amontonar toda la chatarra que nos dejó el Ejército Rojo antes de retirarse.

Era cierto. De hecho, Jonas Kemke estuvo de encargado en una de ellas y cuando dejaron de ser útiles para su empresa tuvo la precaución de hacer una copia de la llave por si algún día podía sacar partido de ello. Todo indicaba que ese día había llegado.

—El local está en una que Paolo acondicionó sin necesidad de pedir permisos. Lógicamente no verás ningún letrero en el exterior, pero te va a encantar lo bien decorado que está por dentro. No le falta de nada. Hasta cuenta con una zona de aparcamiento en la propia nave, aunque solo está abierto hasta las once de la noche. Tendremos que dejarlo fuera, pero aquí nunca hay problemas de

ningún tipo. Estoy pensando que puede que haya algún grupo de *punk* de esos que parecen estar invocando a Lucifer en cada canción. ¿Te gusta ese tipo de música?

—No, en absoluto. Para escuchar a cuatro tarados chillando ya tengo mis clases en la universidad. ¿Y de verdad que alguien se atreve a venir hasta aquí?

—Te vas a sorprender. Viene gente hasta del otro lado del Muro, e incluso franceses e italianos. Paolo los conoce a todos y todos conocen a Paolo.

—A mí, con que conozca a Otto me sirve.

—Hay que ser optimista en esta vida, Heinrich. Aquí es —dijo reduciendo de marcha.

—¿Dónde?

—En esa puerta de ahí.

—¿Ahí?

Asa se rio de forma contenida.

—Nadie lo diría, ¿eh? Tengo que tocar el timbre y esperar a que nos abra Davor, que es la pareja de Paolo. O, mejor dicho, una de ellas. Tú quédate en el coche para que no te mojes, dejaré las luces puestas. ¿Dónde tengo yo el paraguas? —se preguntó girándose para comprobar si estaba en alguna parte—. Ahí está, bajo tu asiento.

Jonas hizo como si tratara de alcanzarlo alargando el brazo, pero desistió casi de inmediato para bajar del coche, rodearlo por la parte trasera, entrar por la puerta del lado del copiloto y sentarse justo detrás de Heinrich.

—¡Ya te tengo!

Y era del todo cierto: lo tenía.

PARA QUE NUNCA REGRESEN

*Ministerio para la Defensa del Estado
Berlín Oriental (RDA)
2 de julio de 1981*

Necesitaba desaflojarse el nudo de la corbata tipo Plattsburgh que, dejándose llevar por la sofisticación, había decidido hacerse esa mañana. Sin embargo, después de un par de intentos fallidos, llegó a la conclusión de que era un proceso que había sido inhabilitado temporalmente en su memoria procedimental.

Tenía que salir de allí.

Respirar.

En el exterior todo resultaría más sencillo. O al menos eso esperaba Florian Klein.

La reunión que tenía concertada con el ministro Mielke había comenzado a las ocho en punto de la mañana. Demasiado temprano para lo poco que había logrado dormir tras la inesperada visita de Boris Kliuka. El ruso fue breve y conciso; sobre todo conciso: «Necesito que averigües si Erika Eisemberg trabaja o no en el HVA. Y mañana mejor que pasado». ¿Qué demonios les pasaba a la CIA y al KGB con esa mujer? ¿Por qué de repente había despertado tanto interés?

Cuando por fin consiguió recuperarse del susto, el inspector reunió las reservas de gallardía que le quedaban para protestar por la peligrosidad que implicaba mantener un encuentro en su

domicilio, reproches a los que Kliuka reaccionó con notable indiferencia y sobresaliente frialdad.

—Presenta una reclamación a tu embajada —se mofó.

—Lo que me pides no es nada sencillo. ¡Nada! —se defendió Klein a la desesperada.

Mentía.

De hecho, tres días atrás, su informante en la planta noble del ministerio le había confirmado que había visto salir a Erika Eisemberg de una de las dependencias que Markus Wolf ocupaba en el edificio. Que el jefe del HVA todavía pensara que aquella práctica seguía permaneciendo en secreto dentro de la Compañía era un síntoma evidente de que había perdido ese halo de inviolabilidad tras el que siempre se había protegido y ocultado. De cualquier modo, el exceso de confianza no cambiaba el hecho: nadie que no trabajara para Wolf se reunía con él. No tardó ni dos horas en comunicárselo al Cuervo siguiendo el método pactado. Fue a la carnicería Hermanos Engelhorn y se «olvidó» un ejemplar de *Freie Presse* detrás del radiador. Cuando el de la CIA acudió allí tal y como hacía a diario para comprobar si alguno de sus agentes quería comunicarse con él —y, si tenía suerte, comprar algo de carne—, e identificar la publicación semanal, supo que Florian Klein, su activo más importante en la Stasi, tenía novedades. Así, acudió al punto establecido en el pequeño parque que hacía esquina con Wriezener Strasse y se sentó en el banco señalado. Al palpar junto a la pata delantera izquierda encontró el cilindro, y dentro, el rollo con los números escritos cuya equivalencia en letras conformaba la siguiente frase: «Confirmado encargo». Sabía que para la CIA era una excelente noticia y quiso creer que aquel éxito le otorgaría algunos meses de serenidad, qué menos que unas cuantas semanas.

Tres días.

Ese fue el tiempo que tardó el Cuervo en encomendarle una nueva misión.

Lo que no podía esperar era que el maldito norteamericano pretendiera usar esa carta para desestabilizar a su homónimo del KGB, Boris Kliuka, con el que también colaboraba Klein. De hecho,

empezó a hacerlo meses antes de que la CIA contactara con él. Muy pocos eran los que se arriesgaban a jugar a tres bandas, pero si había un lugar en el mundo donde el riesgo mereciera la pena ese era su ciudad natal. No podía decirse que estuviera comprometido con alguna de las dos posturas ideológicas, o que comulgara con una u otra. Lo único que le interesaba eran los dólares y los rublos que le llegaban de ambos lados, capital que conservaba a buen recaudo y que tenía pensado utilizar cuando las cosas empezaran a pintar de otro color. Porque si algo tenía muy claro Florian Klein, era que todas las guerras tenían vencedores y vencidos, y aquella, por muy fría que fuera, también terminaría con un bando imponiéndose al otro. Seis años daban para acumular bastante dinero y, a pesar de que la cosa pintaba mal para el bloque soviético, confiaba en que al menos quedaran otros cinco más de conflicto.

Cinco años más de ingresos extra.

Viendo hacia dónde se decantaba la balanza, el de la Stasi tenía pensado desertar a Occidente con la ayuda de la CIA en un par de años, máximo tres; no obstante, a la vista de las circunstancias actuales, empezaba a plantearse que quizá hubiera llegado el momento de desaparecer.

Con esa idea —y un par de feas bolsas negras bajo los ojos— había acudido el inspector de la Unidad Especial de Investigación Criminal de la Stasi a rendir cuentas del caso con Erich Mielke. Un trámite incómodo, sí, pero un trámite a fin de cuentas. Sin embargo, nada se había desarrollado como él esperaba y el ministro lo había sometido a un atroz interrogatorio que tenía como único propósito dilucidar si actuó de forma negligente al ordenar el traslado del sospechoso. Así las cosas, no había encontrado la ocasión de informarle acerca del incidente con Viktor Lavrov por si acaso se volvía en su contra. Con un tajante: «Ya puede usted retirarse», Klein se marchó con la boca seca y las axilas mojadas, igual que le había ocurrido hacía no muchas horas cuando por fin Boris Kliuka se marchó de su casa.

—Ten muy presente que los billetes de cien rublos no crecen en los árboles y que a mi Gobierno le cuesta cada vez más mantener la paridad con la libra esterlina como para no seguir de cerca sus

inversiones en el extranjero —fue la frase con la que se despidió el del KGB.

Recordando esas palabras, Klein salía por fin al exterior y, tras dos infructuosas tentativas más, logró quitarse la corbata. Sin haber alcanzado el efecto liberador que deseaba, se desabotonó la camisa y reclinando la cabeza hacia atrás tomó aire por las fosas nasales. No le importó mojarse la cara, más bien al contrario, ya que el simple hecho de notar esas frías y húmedas caricias era una señal inequívoca de que seguía vivo.

Y, si eso era así, todavía estaba en disposición de enderezarlo todo. Porque si algo había aprendido esos años, era que todo lo que se endereza por un lado, por el otro se curva. Y de entre todas las posibilidades —que no eran muchas, pero existían—, la mejor consistía en doblegar al jugador más débil.

En el charco que tenía a sus pies vio reflejado el rostro de su objetivo. Habría escupido sobre él de haber tenido saliva para hacerlo.

Residencia de los Allendorf

—Aguarde en la salita si es tan amable —le indicó.

Estaba generando un gradual sentimiento de animadversión hacia Urszula, la asistente de Frau Allendorf, que había evolucionado desde la antipatía hasta la ojeriza. Después de varios encuentros con ella, ya la había clasificado y archivado como una de esas personas que roban la energía al prójimo, y, aunque Viktor se había levantado esa mañana rebosante de positividad, no iba a consentir que esa mujer redujera sus depósitos de optimismo con su necrosada áurea de amargura.

La razón no era otra que la forma en la que había transcurrido y, fundamentalmente, culminado la conversación con Erika. Tras darle su palabra de que no habría marcha atrás una vez tomada la decisión, ella dijo que sí, que compartirían aquella maravillosa locura. El compromiso lo sellaron y certificaron como se sellan y se certifican los compromisos importantes: en cuerpo y alma. Ambos

dieron todo lo que tenían sobre la cama y, si bien la intensidad no fue mayor —menor tampoco— que en las sesiones precedentes, Viktor juraría que sintió algo distinto. Se durmió dejando pendiente de descifrar a qué había respondido esa sensación y se despertó con la sospecha de que había dado un paso importante para alcanzar eso tan esquivo que es la felicidad. Sin demasiado margen para recrearse en ello, desayunaron juntos y se despidieron con la idea de verse a las seis de la tarde en la puerta del orfanato de Santa Justina. Viktor no quiso hacer ningún comentario referente al estado de alteración que Erika trataba de ocultar, achacándolo al lógico nerviosismo acorde con la situación. Se despidieron con un apasionado beso y tan pronto cerró ella la puerta, apagó el chip de futuro padre primerizo y activó el de agente del KGB con una misión en curso por cumplir.

—Hoy prefiero esperarla en el salón —contestó Viktor en un tono con el que pretendía no dejar espacio alguno a la réplica. Pero no pasó de ahí, de la pretensión, porque Urszula se interpuso de inmediato en su camino.

—Se lo ruego, Herr Lavrov, espere en la salita.

Si conociera mejor a quien tenía delante, la mujer habría sabido que el colmillo derecho que se había ganado un espacio entre sus labios era una señal inequívoca de que no le iba a bastar con ruegos.

—Présteme atención: esta es la quinta vez que me hace esperar entre esas malditas cuatro paredes y, como digo, ya he acumulado experiencia suficiente como para saber que Frau Allendorf suele tardar unos quince minutos de media en aparecer. Por lo tanto, hoy, llámame caprichoso, tengo decidido esperarla en el salón. Y le advierto que es hartó complicado hacerme cambiar de opinión, conque haga el favor de apartarse de enmedio.

Un pestañeo.

Otro pestañeo.

Un paso lateral.

—Se lo agradezco. Una cosa más, Urszula. Aunque no tendré en cuenta que no me ha ofrecido un café porque nunca se lo he aceptado, esta mañana sí me apetece. Negro y sin azúcar. Gracias.

No se consideraba un experto en decoración, pero las líneas sinuosas y la predominancia de colores psicodélicos le hicieron retroceder una década, cuando los ecos del movimiento hippie todavía resonaban en los oídos de quienes marcaban tendencias. Nada que ver con la sobriedad que se estilaba en las casas de los considerados «buenos socialistas». De entre todo ese maremágnum de emociones, una simple cómoda de madera deficientemente barnizada fue la que captó su atención. O, más bien, la cantidad de fotografías enmarcadas que descansaban encima de ella. No era nuevo. A Viktor le costaba encontrar el motivo que explicara esa obsesión de las personas por capturar un instante concreto de sus existencias y mostrarlo al mundo. Lo entendía como un acto a través del cual se pretendiera atrapar la alegría, el horror, el deseo, el miedo, o cualquier otra clase de emoción en un pedazo de papel y que, al mirarlo, este nos devolviera una dosis. Las que ahora estaba examinando el ruso eran en su mayoría retratos de familia. Un casi idéntico elenco de protagonistas posando en distintos escenarios y diferentes horizontes temporales. Enseguida se percató de que existía un denominador común: ella. Rebeca de soltera junto a sus padres y demás familiares; otra con su padre, posando orgullosa mientras él rubricaba lo que debía de ser un importante acuerdo empresarial; varias de su enlace matrimonial y algunas que recogían dichosos y variopintos momentos vividos en otros tiempos. Se fijó en que en las más recientes ya no aparecía su madre y, en la que dedujo que era la última en la que posaba con Johannes, Herr Goellner ya estaba en silla de ruedas. Resultaba trágico comprobar cómo la muerte de su esposa había afectado a aquel hombre, que se mostraba robusto y rebosante de vitalidad en las instantáneas en las que se retrataba con su mujer, frente a las que salía con su hija y su yerno, apagado, resiliente por pura necesidad.

—El inexorable paso del tiempo —oyó.

Viktor se giró buscando el origen de la voz y se encontró con una mujer radiante, muy cambiada respecto a la imagen recatada que con tanto cuidado y empeño intentaba proyectar.

—Buenos días, Frau Allendorf.

—Buenos días. ¿Cómo fue su viaje al otro mundo?

—Productivo. Le traigo noticias.

—Me temo que se le ha adelantado el camarada ministro Mielke. Me ha llamado hace unos minutos.

—¿Y bien? ¿Cómo se siente?

Ella apretó los labios perfilados en rojo carmesí mientras recortaba la distancia con su invitado.

—Aliviada, creo. Aunque, si le soy sincera, que el culpable haya muerto no me devuelve la calma. Sigo enfadada, pero no sé con quién o por qué. Y triste —añadió—, pese a que, he de reconocer, las charlas con usted me han servido de mucho y confío en que me sigan ayudando a superar la pérdida.

En ese instante percibió la sutil fragancia de matices cítricos que la acompañaba, como si ella acabara de emerger de un manantial de aguas cristalinas del que bebían decenas de fecundos árboles frutales.

—Es Eau de Rochas, y sí, lo confieso, me la traen de fuera.

Lo que obvió decir era quién se la proporcionaba.

—Su secreto está a salvo conmigo, no se preocupe. En cuanto a lo que me decía, en mi opinión, estar enfadada es la reacción natural ante la impotencia que le provoca ser consciente de que la muerte de Kemke no le devolverá a su marido.

—Es posible. O puede que en mi subconsciente considere que ese hombre merecía pagar un precio más alto que su vida.

—No tuvo una muerte apacible, si es eso a lo que se refiere.

—Lo sé, pero estoy segura de que no sufrió tanto como él hizo sufrir a Johannes. De cualquier forma, que ese monstruo —enfaticó— haya muerto me sirve como incentivo para tratar de pasar página, que no es poco.

Viktor se había mentalizado convenientemente para no mencionar nada relacionado con el caso. Tenía claro su propósito y abrir esa caja de Pandora no le iba a ayudar en absoluto.

—Quedémonos con eso, entonces —concluyó el del KGB.

—Con permiso, Frau Allendorf —intervino Urszula asomando la cabeza con extremo recato por la puerta.

—Adelante.

Manteniendo esa actitud de ente invisible, la asistente dejó la bandeja del café sobre la mesa. Luego se giró para colocarse frente a la dueña de la casa.

—Si le parece correcto y aprovechando que ahora no está lloviendo, voy a salir a dar un paseo con Herr Goellner. De camino quería pasar por la farmacia, que se están terminando las ampollas de calcio. ¿Podría indicarme dónde está el talonario de recetas de su padre? Lo he buscado en los cajones donde suele dejarlo, pero no lo encuentro.

—Cierto, se agotó el otro día. Tiene uno nuevo en ese cajón — señaló.

—Gracias. ¿Necesita algo de la calle?

—No, nada —respondió amablemente mientras se disponía a servir el café. El delicado tintineo de la vajilla contrastaba con el grosero chirrido que emitía la silla de ruedas al avanzar por el pasillo.

—¿Cómo lo quiere?

No hacía falta ser muy listo para darse cuenta de que la maniobra tenía por objeto robarle su atención. Toda su atención. Algo que consiguió solo de manera parcial dado que Viktor sucumbió ante esa fuerza invisible que es la curiosidad y que le forzó a levantar la vista por encima del hombro desnudo de la anfitriona. Con aquella mirada, más consumida que avejentada por el paso del tiempo, el anciano parecía querer equiparar los niveles de interés mutuo, y un leve pero intencionado movimiento facial le transmitió cierta incomodidad.

—El talonario está sin firmar —informó Urszula, recatada.

—Ya me encargo —dijo Herr Goellner. Su voz, ajada por el tiempo, sonaba resuelta, pero a la vez arrastraba cierto dejo de contrariedad. Este extrajo una pluma del interior de la chaqueta y se dispuso a rubricar la chequera sobre su regazo.

—A veces me cuesta reconocer a mi padre —susurró Frau Allendorf ganándose de nuevo el interés de su invitado.

—Sí, a mí me pasaba igual con el mío. Me gustaría poder eliminar los últimos recuerdos que conservo de él. Solo y sin azúcar, por favor.

—Antes solía pasarse el día bromeando, pero a lo largo de estos últimos meses se ha convertido en un auténtico cascarrabias. ¿Me acompaña? —le invitó señalando hacia el sofá de color amarillo centeno condenado a no entenderse cromáticamente con su acompañante, una mesa baja lacada en rojo. Antes de hacerlo, Viktor dedicó un último y furtivo vistazo a Herr Goellner. Furtivo, sí, pero suficiente como para que su cerebro registrara un detalle que, por insignificante, almacenó en asuntos pendientes de contrastar. Ambos se acomodaron a una respetuosa distancia para seguir conversando acerca de asuntos poco trascendentes disfrazados de relevantes hasta que Frau Allendorf tejió un silencio que le sirvió para acompañar el cambio de postura a otra menos convencional.

—Viktor, corrígeme si me equivoco, pero creo que nos hemos ganado el derecho a tutearnos.

—Sí, estoy de acuerdo —convino él, condescendiente.

—Te lo agradezco porque quería empezar a hablarte con total sinceridad y tratándonos de usted todo resulta más frío y distante.

—¿Me está queriendo decir que hasta ahora no hemos sido sinceros?

—No. O puede que no lo hayamos sido del todo porque los dos hemos evitado pisar terreno peligroso.

—Ahora no te entiendo, disculpa.

—Sí, por supuesto que sí. —Sonrió—. Sé muy bien que, detrás de tus atenciones, subyace una clara intención que está relacionada con la figura de mi marido. O, más en concreto, con el trabajo que desempeñaba Johannes. Y si quisiera ser más precisa aún, diría que tu interés está vinculado directamente con Werner Wögler.

El psicólogo dejó pasar unos segundos.

—Es cierto —reconoció sin inmutarse.

—Entonces, pregúntame.

Viktor se concedió unos instantes mientras calibraba qué decir.

—La primera incógnita que necesitaba resolver ya me la has respondido.

Ella compuso un gesto entre divertido y seráfico con el que pretendía trasladar cierta confusión.

—Está claro que estabas al corriente de la actividad que desarrollaba tu marido dentro de la Compañía.

—En efecto, lo estaba.

—Lo siguiente que querría saber es...

—¿Cómo dar con el Ciudadano W? —se anticipó.

—Sí.

—Bien. Ya tenemos tus cartas encima de la mesa. Ahora vamos con las mías.

Tocaba escuchar.

—Últimamente tengo desatendida una parte esencial de mí, lo cual me provoca una gran inestabilidad. Ya te hablé del pacto que manteníamos Johannes y yo, pero ahora las cosas han cambiado y, mi cuerpo, pero sobre todo mi cabeza, me están pidiendo algo que solo tú me puedes dar.

—Te refieres al sexo —concretó Viktor.

—No es solo eso. No me basta con el placer físico.

—Ahora no te sigo.

—Quiero disfrutar de las implicaciones que conllevaría acostarme contigo. En ninguno de los encuentros que hemos tenido he detectado la más mínima intención por tu parte de llevarme a la cama, circunstancia que me hace pensar en la relación que mantienes con... ¿Erika, verdad? Su nombre se te escapó solo una vez —agregó—. Esa relación es más fuerte que la necesidad de cumplir con la misión que te han encomendado. Y eso me llama poderosamente la atención.

—Estar enamorado de otra persona no es tan extraño.

—Es la intensidad lo que me atrae. Quiero eso.

—¿Quieres que te folle como follo con Erika? —sintetizó él.

Ella se estremeció y, para dejarlo patente, extendió el brazo y se lo mostró.

—Mira mi piel.

—Creo que no va a ser posible. Lo que buscas solo podrías encontrarlo en una persona que te amara de verdad.

—Es posible. Igual que lo que tú buscas solo podrás encontrarlo si consigues provocarme esa sensación, me ames o no de verdad. Solo tendrás una oportunidad, pero te juro por la memoria de

Johannes que, si lo logras, no te pediré más. Solo necesito sentirlo una vez. Solo una. Piénsalo.

—No necesito pensarlo.

Silencio.

—Dime cuándo y dónde —finiquitó Viktor.

Gimnasio Repplinger

—Estás en forma, cabronazo —comentó Marco, el tipo con el que acababa de hacer guantes.

Pocas sensaciones le resultaban tan placenteras a Otto como esa de permitir que el agua le cayera con fuerza sobre la nuca. Y pocas tan incómodas como recibir halagos de cualquier clase.

Se había planificado la jornada con la idea de ir a Dresde y empezar a remover el entorno cercano de Ruslan Kemke. Pero, antes de meterse en carretera, había acordado con Birgit que pasaría por la comisaría para que ella le facilitara un par de direcciones y algunos contactos que podrían resultarle de utilidad. La hora y media de entrenamiento le había servido para liberar el mal humor con el que se había levantado, como si presagiara que algo malo le iba a suceder.

Y raras veces su olfato se equivocaba.

—Gracias.

—Oye, no quiero molestarte, pero me voy a pudrir por dentro si no te lo pregunto. ¿Cómo cojones te pasó eso? —le preguntó refiriéndose al brazo.

Otto cerró el grifo y se acarició las feas cicatrices que se amontonaban en el antebrazo. Como si con el gesto se hubieran abierto las puertas de la cárcel de la memoria donde había encerrado esos recuerdos, la imagen del dóberman abalanzándose sobre él con las fauces abiertas le hizo apretar la mandíbula y dar un paso atrás.

—Eh, amigo, ¿estás bien?

Otto volvió en sí.

—Mierda —masculló.

—Lo siento, no quería...

—Estoy bien, tranquilo —dijo agarrando la toalla—. Por cierto, no amagues siempre con la derecha cuando vayas a tirar un *jab* de izquierda, se ve a la legua. Y corrige la posición de los hombros o te vas a comer muchos directos.

—Sí, eso me dice Vollrath todos los malditos días.

—Pues corrígelo.

—Oye, Otto, ¿quién era el tipo ese que vino a buscarte ayer? —quiso saber otro al que le sobraban kilos o le faltaba estatura.

—¿Qué tipo?

—Joder, eso te acabo de preguntar yo. No sé, uno rubio delgadito con cara de no haber roto un plato.

Los rasgos faciales de Heinrich se dibujaron con nitidez en su mente.

—¿Cuándo?

—Ayer, diría yo que a esta hora, o quizá antes —rectificó dubitativo—. Lo atendió Konrad y le dijo lo de siempre: que hace tiempo que no pisas por aquí.

—Me cago en mi suerte...

Todavía sin secar, se mal vistió y salió a la sala buscando a un hombre de edad indeterminada sobre el que planeaba la sospecha de haber nacido allí y cuyas funciones y responsabilidades abarcaban todo lo que no tuviera que ver con el entrenamiento. Lo localizó enrollando las sogas de salto junto al cuadrilátero.

—Konrad, buenos días. Ayer vino alguien a...

—Sí, ahora mismo iba a ir a buscarte para decírtelo —improvisó—. Un tipo escuálido, rubio y...

—Heinrich.

—¡Ese! Me dejó apuntado algo. Espera, que lo tengo que tener por aquí —dijo metiéndose la mano en el bolsillo trasero del pantalón.

En su mano, un trozo de papel arrugado.

—Era de una pensión o similar —recordó.

Antes de leerlo, Otto adivinó de cuál se trataba.

Aparcó frente al hostel Boxhagener, en Lichtenberg, un lugar de mala muerte donde se veían a escondidas cuando empezaron la relación. «La hura», lo llamaban. Prendió un Karo sin filtro y permaneció unos minutos en el vehículo escuchando la contrargumentación de su cabeza en un fútil intento de rebatir las razones expuestas por el corazón. Sin permitir que este llegara al capítulo de conclusiones, salió al exterior y de un portazo selló la sentencia. Caminaba ligero mirando al suelo, como si de esa forma pudiera huir de las escenas que empezaban a reproducirse en bucle conforme se acercaba a aquel edificio de ladrillo y hormigón. Un desvencijado letrero marcaba la puerta de acceso. Sin pensárselo dos veces, dio una última calada, arrojó la colilla al suelo y entró en lo que Astrid, la dueña del negocio, había bautizado como «La antesala del paraíso».

Olía más a azufre que a incienso.

—Bueno, bueno, bueno... ¡Mira a quién tenemos por aquí! —gritó Astrid desde detrás del mostrador—. Pero..., por todos los Santos, Otis, ¿qué demonios ha pasado con tu pelo?

La de cambiar los nombres a sus clientes era una de sus muchas manías. Ser extremadamente sincera, otra.

—El tiempo, Astrid, ha pasado el tiempo.

—¡Y una mierda! Ya te dije que meterte en la Kripo no era buena idea. Bueno, ¿y a qué estás esperando para darme un abrazo?

A Otto le costó abarcar su cilíndrica humanidad.

—¿Vienes a por las cosas de Heidi?

Así llamaba a Heinrich. Otto arrugó la frente.

—Ah, joder, al no verlo esta mañana supuse que había pasado la noche contigo —conjeturó ella.

—Pues no.

—¡Mierda! Entonces ¿no lo has visto todavía?

—Ayer pasó por el gimnasio y dejó una nota diciendo que se alojaba aquí.

—El pobre lleva dos días dando vueltas por ahí, buscándote como un loco por todos los tugurios esos por los que os movéis los ángeles caídos. Nos tomamos unos vasitos del licor de guindas que hace Thomas y se le soltó la lengua. Me puso al día de todo y..., por

todos los demonios, Otis, tienes a Heidi al borde de un ataque de nervios.

—La vida es complicada. ¿Y dices que no ha pasado la noche aquí?

—Si me preguntas qué día es hoy, seguramente me equivoque, pero sé muy bien quién duerme y quién no duerme en mi casa.

—No lo pongo en duda. Hagamos algo. Anota este número de teléfono y cuando lo veas le dices que me llame. Hoy llegaré tarde.

—Cuenta con ello, cariño. Y apunta tú el nuestro, que ya tenemos. Por si acaso, ya sabes.

Mientras lo hacía, Astrid sacó una botella y la puso encima del mostrador.

—Vasos no tengo, así que dale.

El licor le rascó la garganta.

—Por los viejos tiempos, para que nunca regresen —brindó ella antes del lingotazo.

—Para que nunca regresen —se conjuró él.

Tranvía M3

Iba más lleno que de costumbre. De forma habitual, a esas horas, cuando estaba a punto de morir la tarde, pocos eran los que se dirigían desde Lichtenberg hasta el distrito de Pankow, donde se ubicaba el orfanato de Santa Justina. Sin embargo, con esa lluvia que parecía no querer abandonar Berlín jamás, el transporte público era, más que una opción, una necesidad. A través del cristal salpicado de gotas Erika contemplaba el paisaje urbano, que intoxicado por una luz desidiosa aparentaba un estado enfermizo, casi terminal.

Como ella.

A lo largo de la jornada no había podido despojarse de una sensación incómoda, pegajosa, adherida a su ser como si siempre hubiera formado parte de su alma y ahora hubiera decidido mostrarse. La propuesta de Viktor había sido el desencadenante. ¿Cómo podía siquiera plantearse adoptar a una criatura con el

hombre con el que compartía su vida por encargo? ¿Hasta dónde llegaba su capacidad para retorcer la realidad? ¿Cuánto tiempo podría seguir caminando por el borde del precipicio sin caerse? Y, sobre todo, ¿a cuántos y quiénes arrastraría hasta el fondo? Conteniendo las ganas de vomitar su manifiesta indecencia, descendió en la parada frente al ayuntamiento de Pankow y abrió el paraguas. Su fachada de ladrillo rojizo representaba una nota de color discordante en esa gris sinfonía de edificios monocordes. Según las indicaciones que le había proporcionado Viktor esa mañana, el orfanato se encontraba tres calles más arriba, muy cerca del trazado del Muro. Tenía que hacer un esfuerzo por enajenarse de todos esos pensamientos nocivos y meterse en el papel que debía interpretar en una situación como esa a la que debía enfrentarse. Con la esperanza de conseguirlo durante el camino, se disponía a cruzar la calle cuando notó una mano en su hombro. Al girarse y reconocer el rostro de quien la abordaba en plena calle supuso que algo no iba bien.

—¡Erika Eisemberg! —la saludó él con extrema cordialidad bajo un paraguas oscuro de corte clásico.

—Perdón, ¿nos conocemos?

—¡Menuda decepción! Deje que me presente: me llamo Florian Klein y soy inspector de la Unidad Especial de Investigación Criminal. Pensé que Viktor le habría hablado de mí.

Ella destensó los músculos faciales.

—¡Por supuesto! Lo que sucede es que no le había puesto cara. Encantada de conocerle.

—El placer es mío. ¿Y qué la trae hasta aquí? —indagó él.

—Vengo a visitar a una amiga que vive por aquí cerca.

—¿En qué dirección va?

—Es por allí —señaló.

—Pues permítame que la acompañe.

Erika dudó durante los breves instantes que necesitó para asumir que no tenía más opción que sonreír.

—Viktor me ha dicho que hace poco que se ha incorporado a la Compañía —comentó—. Ella sabía que no podía ser verdad, pero prefirió prepararse para la siguiente pregunta.

—Así es.

—¿Y puede saberse a qué departamento la han asignado o es ultrasecreto?

—A la Administración Central de Coordinación, funcionariado básico, pero aún estoy inmersa en el proceso formativo. Es aburrido pero necesario.

—Vaya, qué curioso...

—¿Curioso?

—Extraño, más bien, porque no conozco ningún caso en el que una simple funcionaria en formación se reúna con Markus Wolf y que, además, haya completado los quince meses de dura instrucción del KGB. Cuidado con ese charco, no se vaya a ensuciar los zapatos.

—¿Eso también se lo ha contado Viktor?

—No, es evidente que no. De hecho, diría que no es consciente de la situación real que tiene en su casa, aunque yo en su caso estaría mucho más preocupada por otra cosa.

—Yo sigo confiando en que el Dynamo vuelva a ganar el título la temporada que viene —comentó Erika, divertida.

—Sí, más nos vale a todos que así sea, pero no me refería a eso. Me refería a lo que podría llegar a pensar el general Kokorin si Boris Kliuka le confirma que usted pertenece al HVA desde antes de conocer a Viktor Lavrov.

El *Ampelmännchen* rojo con los brazos en cruz les hizo detenerse antes de cruzar la calle.

—No me suenan. ¿Son nuevos fichajes para la próxima temporada?

Florian Klein soltó una carcajada estridente.

—Es usted muy ocurrente. Por un instante me los he imaginado a los dos enfundados en la gloriosa camiseta granate del equipo de Mielke.

De improviso, Florian Klein la agarró enérgicamente del brazo y la arrastró unos metros hasta llegar bajo un saliente que hacía esquina, retirado de la vía principal.

—¡Vamos a dejarnos de estupideces! —farfulló él entre dientes.

—¿Y qué tal si me suelta y me dice de una vez lo que quiere?

—Si en Lubianka se enteran de que les ha tomado el pelo, usted acabará con un disparo en la nuca y a Viktor, en el mejor de los casos, lo mandarán a algún recóndito lugar perdido de Siberia para que se pudra el resto de su vida. ¿Es eso lo que quiere?

Ella negó con la cabeza.

—Bien. A partir de hoy va a trabajar usted para mí.

—Yo ya trabajo para el ministerio.

—La información que necesito no va a terminar en el despacho del ministro, ni tampoco en la cartera de Nikolai Kokorin.

Solo faltaba un engranaje.

—¡Qué cabrón! ¿Cuánto te está pagando la CIA?

—Mi jubilación. Y si te portas bien es posible que la tuya.

—Yo no puedo hacer eso.

—Por supuesto que lo harás, o te juro que esta misma noche iré a hablar con Kliuka y la única duda que le surgirá tendrá que ver con si le conviene más tirar tu cadáver al fondo del Dahme o del Spree.

—Hijo de puta...

—No sabe hasta qué punto puedo llegar a serlo para conseguir lo que quiero.

—Todavía no sé qué demonios quiere.

—Esa actitud me gusta más. Dispone de tres días para averiguar cuál es el paradero de Werner Wögler.

—Pero... eso no depende de mí.

Florian Klein la agarró de la nuca y tiró hacia sí. Cuando notó que los labios rozaban en su oreja le susurró.

—Tres días, zorra.

Antiguos almacenes militares de Elsengrund

Aunque no tenía forma de precisar cuándo, hacía tiempo que Heinrich había dejado de sentir pánico, posiblemente desde que desaparecieron los primeros síntomas de deshidratación.

Lo último que recordaba era que aquel hombre lo había sorprendido colocándose detrás de su asiento, y que, a pesar de que puso todo su empeño en ello, no alcanzaba a librarse del

antebrazo que le oprimía la tráquea. Perdió el conocimiento justo después de mearse encima, justo antes de que le estallaran los pulmones, y al recobrarlo creyó estar sumido en un extraño sueño en el que alguien lo arrastraba por los pies. No fue hasta que recuperó del todo la conciencia cuando empezó a hacerse cargo de la situación. Maniatado con los brazos a la espalda, los pies férreamente amarrados a una estructura metálica anclada a la pared y con un incómodo trapo metido en la boca. La escasez de luz apenas si le permitía distinguir alguna forma concreta a su alrededor y lo único que alcanzaba a escuchar era el sonido de su entrecortada y fatigosa respiración. Invirtió los primeros instantes en tratar de liberarse de sus ataduras, pero lo único que consiguió fue despellejarse muñecas y tobillos con el rozamiento de las cuerdas. Luego llegaron las infinitas preguntas para las que no tenía respuestas, lo cual motivó que su estructura cerebral, analítica e ilustrada, se adaptara al concepto de dualidad cartesiana entre el cuerpo y la mente que preconizaba René Descartes. Aceptó por tanto que su cuerpo estaba atrapado, pero no así su mente. Entonces, Heinrich adoptó una posición cómoda sobre el duro cemento, cerró los ojos y dejó que su imaginación volara lejos de allí. Se quedó dormido repasando su infancia y al despertar comenzó a escuchar la voz de su organismo exigiéndole la ingestión de líquidos. No tardó en empezar a dolerle la cabeza y a molestarle el aire que respiraba al pasar por sus reseca fosas nasales. Alternaba períodos de sueño con otros de aletargamiento consciente. Dejó que el tiempo se consumiera en las llamas de la incertidumbre hasta que escuchó el ruido de un motor y permitió que la desesperación se hiciera con el mando de su voluntad. Paradójicamente, su reacción primaria fue alegrarse, estado de ánimo que pronto fue devorado por la angustia al asumir que el cálculo de probabilidades más optimista no machihembraba con la realidad que le esperaba.

El haz de luz de una linterna.

El sonido de unas suelas aproximándose.

Un carraspeo.

—Buenas noches, Heinrich —le saludó empleando un tono atemperado. Era su voz—. Espero que sepas perdonarme por haber tardado tanto, pero uno tiene obligaciones que cumplir. Ayer tuve que marcharme, ¿sabes? No tenía sentido forzar la situación. ¡Si ni siquiera había luz! Hoy he venido mejor preparado: he traído un generador y otras cosas que vamos a necesitar. Confío en no haberme olvidado de nada. ¡No te muevas, que ahora mismo vuelvo! —bromeó.

Si fueron dos minutos o dos horas lo que tardó en regresar, fueron los dos minutos o las dos horas más exasperantes en la vida de Heinrich.

—«Y dijo Dios: “Hágase la luz”; y la luz se hizo —teatralizó al tiempo que activaba el generador eléctrico de gasolina con el que alimentaba un foco que descansaba en el suelo—. Dios vio que la luz era buena y separó la luz de las tinieblas».

Heinrich apretó con fuerza los párpados y giró la cabeza a la espera de que sus pupilas se adaptaran a la brusca modificación de las condiciones lumínicas. Con los ojos todavía cerrados, notó que, con un simple tirón, extraía el trapo y que a su mandíbula le costaba adaptarse a su posición natural. La lengua, acartonada, no respondía.

—Tendrás sed, ¿verdad? Abre la boca, Asa te ha traído agua.

Escuchar esa última palabra le hizo reaccionar de inmediato y con cada trago sintió que la vida regresaba a su organismo.

—Ahora voy a hacer que te sientas más cómodo. Por tu bien, no hagas ninguna tontería.

Dócil, Heinrich permitió que le cambiara las ataduras, ahora con las manos por delante del cuerpo y los pies únicamente amarrados entre sí pero con cierto margen para poder separar las piernas.

Su captor se acuclilló para colocarse a su altura.

—No tienes buen aspecto —juzgó.

—Por favor, no me hagas daño —balbuceó.

—Daño, daño, daño... —repitió en tono burlesco—. ¿Eso es lo que te preocupa? Un hombre instruido como tú debería interesarse por otros asuntos más profundos. Seguro que por tu cabeza han pasado decenas de preguntas, quizá más. No vamos a tener tiempo

para resolver todas, pero..., ¿sabes qué? He pensado en concederte la oportunidad de responderte a tres. Y puedes estar seguro de que lo haré con total sinceridad. Tienes mi palabra —añadió con solemnidad.

Heinrich, perplejo, lo miraba sin ocultar su repudio.

—Vamos, no seas tímido. ¡Adelante!

—¿Por qué yo?

—Esa me la esperaba. Por nada y por todo. Fuiste tú quien se acercó a mí, ¿recuerdas? No es mi primera vez y espero que no sea la última —rió—. Los medios no le han dado mucho bombo al asunto, pero digamos que soy el responsable de que hoy el mundo sea un lugar mejor que hace unos pocos meses. Menos impuro —precisó—. Vosotros, los sodomitas, sois una plaga para la humanidad y yo me estoy encargando de luchar contra ella como en su día hizo Asa.

En ese momento repitió la cita del Antiguo Testamento.

—Por eso adopté el suyo como nombre de guerra —prosiguió—. No escucho voces en mi cabeza ni nada parecido que me obligue a matar maricones, no, lo hago por puro placer y convencimiento. Es este el principal motivo que encuentro para levantarme por las mañanas. Cumplir con mi cometido como buen cristiano y soldado de Dios.

Heinrich, sin saber muy bien por qué, encontró cierto sosiego en mantener un intercambio de opiniones con el perturbado que tenía delante.

—No matarás.

La risa sonó muy natural.

—Cuando Dios le dictó ese mandamiento a Moisés la depravación no había intoxicado el equilibrio creado por él. De otra forma estoy convencido de que habría sido mucho más específico. Al Altísimo nunca le ha temblado el pulso a la hora de castigar a quienes se lo han ganado a pulso como tú.

El juego de palabras era un claro indicativo de que estaba disfrutando mucho con la situación.

—Dios me hizo así. Me siento atraído por los hombres desde que tengo uso de razón.

—No me vengas con eso, por favor. ¡Tú naciste con un apéndice entre las piernas cuya función es inseminar vaginalmente a una mujer, no introducirlo en el culo de otro varón! ¡Ese orificio está diseñado para expulsar los desechos del cuerpo, no para eyacular dentro! —gritó.

Viendo que aquella vía argumental le exaltaba, Heinrich quiso explorar otras.

—Mucho antes de que naciera Jesucristo, las civilizaciones griegas y romanas convivían con la homosexualidad.

—Dios, nuestro Señor, es muy anterior a la creación y desarrollo de esas repugnantes civilizaciones. Y con esto se termina la lección de historia. Segunda pregunta.

Heinrich valoró unos instantes si verbalizar o no lo que de verdad ansiaba saber.

—¿Qué vas a hacer conmigo?

—Dudo que te convenga saberlo.

—Me diste tu palabra.

—Es cierto. A ver por dónde empiezo... —dijo para sí—. La contrición implica penitencia, y, como es lógico, ofender a Dios conlleva un castigo en el que esté implícito el dolor. Déjame pensar..., sí. Hebreos 12:11. «Ciertamente, ninguna disciplina, en el momento de recibirla, parece agradable, sino más bien penosa; sin embargo, después produce una cosecha de justicia y paz para quienes han sido entrenados por ella». ¿Lo entiendes? Impartir justicia es, por necesidad, un proceso doloroso. ¡Por supuesto! No obstante, es el único medio para lograr que te arrepientas de corazón y alcances la paz, por lo que no deberías afrontarlo con miedo, sino con esperanza. Jesucristo, el hijo de Dios, ofreció su sangre para salvar a los hombres, sufrió por nosotros, pecadores, con el único propósito de que algún día pudiéramos entrar en el Reino de los Cielos. Mi obligación es proporcionarte un sufrimiento semejante para que cuando te llegue el juicio final puedas sentarte a la derecha del Padre, limpio de todo pecado. Hasta ahora he cumplido mi cometido dejándome llevar por la precaución, actuando rápido para evitar asumir riesgos innecesarios que pudieran jugar a favor de mis enemigos, pero ahora me lo voy a tomar con más

calma y tú vas a ser mi estreno en esta nueva etapa. Deberías sentirte orgulloso.

Percibir la veracidad de sus palabras hizo que a Heinrich se le anegaran los ojos de lágrimas. Ese hombre estaba convencido de lo que decía y nada de lo que él hiciera o dijera le iba a hacer modificar sus intenciones. Los primeros temblores se adueñaron de sus manos, pero inmediatamente se extendieron por todo su cuerpo.

—No, no, no... No llores —le pidió extendiendo el brazo para acariciarle la cabeza—. Él es misericordioso, sabrá perdonarte. Confía en mí. Él me guía.

Solo el ruido del generador.

—Te queda una última pregunta.

Heinrich se revolvió para evitar que este le tocara. Luego se secó las lágrimas con el dorso de las manos y alzó la mirada.

—¿Qué harás cuando él te encuentre?

—Dios aún tiene grandes planes para mí, pero cuando...

—No me has entendido, maldito trastornado. Me refiero a Otto.
¿Qué harás cuando Otto te encuentre?

UN MALDITO CIUDADANO EJEMPLAR

*Cerca de la comisaría de Karlshorst
Berlín Oriental (RDA)
3 de julio de 1981*

Introdujo dos monedas de veinte *Pfenningen* en la ranura y aguardó con impaciencia a que diera señal. La fuerza de la gravedad parecía haberse obcecado con sus párpados superiores y, desde que consiguió despegarlos de los inferiores a eso de las ocho de la mañana tras haber dormido menos de tres horas, una suerte de prensa hidráulica invisible le oprimía las sienes con creciente intensidad. De haber podido elegir, hubiera preferido estar de resaca que estar cansado.

—Con la sargento Bauer, por favor. Otto Bauer —se identificó—. Sí, espero. Con la otra moneda que tenía preparada golpeó repetidamente el cristal como si estuviera transcribiendo sus irritados impulsos neuronales en código morse.

Necesitaba contárselo, pero cuando terminó de desperezarse hacía tiempo que Birgit se había marchado a trabajar. La noche anterior, después de regresar de Dresde, no pudo evitar pasarse por el hostel Boxhagener para comprobar si Heinrich había pasado por allí. Cuando Astrid le dio las malas noticias, sopesó si era prudente o no salir en su busca. Ganó el no, pero antes de que sus partidarios pudieran formar gobierno, la oposición presentó una moción de censura que terminó con Otto recorriendo los locales de ambiente de Prenzlauer Berg.

—Buenas tardes —dijo subrayando la última palabra—. Me sorprende que ya estés levantado teniendo en cuenta que anoche a las cuatro y cuarto aún no habías llegado a casa.

—Birgit, por favor te lo pido, no me toques las pelotas. Estuve por ahí, sí, pero no fue por vicio.

—Claro, claro, por pura necesidad...

—Ya veo que contigo he agotado cualquier margen de confianza, joder —valoró con amargura—. No te culpo. Heinrich. Tiene que ver con Heinrich.

—¿Ha vuelto? ¡¿En serio?! —su tono sarcástico se tornó jovial.

—Si tienes cinco malditos minutos para bajar, te lo explico.

—Sí, claro, enseguida.

—Te espero en la puerta.

En cuanto le vio la cara, Birgit supo que algo no iba bien.

—¿Quieres que vayamos donde Agnus? —propuso ella.

—Prefiero caminar un poco aprovechando que ha dejado de llover en esta maldita ciudad. Vamos hacia Rheinsteinkamp, me vendrá bien respirar un poco de aire fresco.

Habían llegado a la entrada del parque de Königswinterstrasse cuando Otto terminaba de exponerle los motivos que le habían llevado a patear la calle la noche anterior. Ella, agarrada de su brazo y en silencio, se limitó a transmitirle, inane apósito, dosis de cariño fraternal.

—Ya en el primero en el que entré —continuó—, el Der Bacchanal, unos conocidos me dijeron que hacía un par de días se había pasado por allí un rubito con acento de Sajonia haciendo preguntas a diestro y siniestro. Más tarde, el portero del Mulackritze Club me confirmó que sí, que era Heinrich y que preguntaba por mí.

—¿Tuviste las santas pelotas de pasarte por allí?

—Sí, las tuve. Le contó a Heinrich lo de la pelea, que no me había vuelto a ver por allí y se marchó. En otros dos sitios no saqué nada en claro, pero en el Das Glas Halb Voll, que es el que está más en boga, unos tipos me confirmaron que lo habían visto hablar con un hombre que va mucho por allí y con el que se marchó. ¡¿Y sabes cómo se hace llamar ese cabrón?!

A Otto se le resquebrajó la voz. Negaba con la cabeza mientras sacaba un cigarro y se lo colocaba en la comisura de la boca.

—¿Sabes cómo se hace llamar ese hijo de la gran puta?! — repitió después de prenderlo.

—Tranquilízate, por favor.

—Asa, se hace llamar Asa.

Birgit se detuvo junto a un grupo de acacias, frunció el ceño y bajó la mirada tratando de recordar de qué le sonaba el nombre.

—«Asa hizo lo recto ante los ojos del Señor, así como antes hiciera David, su padre. Porque eliminó del país a los sodomitas y barrió toda la suciedad que sus antepasados habían creado» —citó él—. Está escrito en el expediente, lo comprobé anoche y ahora no me lo puedo quitar de la cabeza.

—¡Ah, mierda! No puede ser...

—Es.

—El pasaje del Antiguo Testamento que dejó en el apartamento de Allendorf.

Otto dio un par de intensas caladas, retuvo el humo y luego lo soltó con notable desprecio, como si de forma repentina le diera asco el tabaco.

—Hasta ahora solo nos habíamos fijado en el contenido. Es, evidentemente, una declaración de intenciones que le sirve para justificar sus actos, pero no nos hemos parado un segundo a pensar en el nombre del protagonista: Asa. ¡Ese hijo de puta malnacido está emulando a Asa!

—Trata de tranquilizarte, Otto, por favor. ¿Te dieron alguna descripción?

—Ya sabes cómo son esos sitios. Poca luz, muchas caras desconocidas... y ninguna intención de comprometer a nadie. Al salir le pregunté al portero, pero ese cabrón es el gorila con menos capacidad de observación que he conocido. Después de confirmarme que los vio salir no se le ocurrió otra cosa que decirme que el hombre que lo acompañaba le recordaba a un amigo suyo cuya madre era de Filipinas. ¡Jodido comemierda! ¡Te juro que me quedé con ganas de partirle esos dientes asquerosos que no le entran en la boca!

—Venga, Otto, respira.

Este se tomó un instante antes de proseguir.

—El caso es que, según me he despertado, lo primero que he hecho ha sido telefonar al hostel para que me confirmaran lo que ya sabía, luego me he vestido y he ido a la biblioteca esa que está cerca de tu casa para ver qué información encontraba referente a Asa.

—¿Y?

—Fue un rey de Judá, descendiente de David y Salomón, que dedicó su asquerosa vida a perseguir y castigar la homosexualidad. ¡El maldito cabrón que buscamos lo tiene como modelo y lo último que sabemos de él es que hace dos noches se marchó a algún lugar con Heinrich!

Otto prefirió quemarse los dedos que tirar la colilla antes de dar la última calada.

—No sé qué puedo hacer —reconoció apretando los dientes—. Heinrich se ha expuesto demasiado por mi culpa. Recorriendo el coto de caza de ese bastardo solo para dar conmigo. Estoy bloqueado. Y acojonado, Birgit, estoy absolutamente acojonado.

Ella se desabotonó la chaqueta del uniforme y se sentó en un banco de madera al cobijo de un robusto roble.

—¿Avanzaste algo en Dresde?

A Otto le sorprendió el cambio de tercio, pero tomó aire y se sentó junto a ella.

—No, nada. Fui a la universidad y hablé con algunos profesores con los que Kemke tenía relación. Todos decían lo mismo: que era un hombre muy reservado, bastante radical en asuntos religiosos, pero que no le veían capaz de haber hecho lo que decían en la radio y en el periódico. Todos excepto una mujer, tengo anotado su nombre, que me contó que siempre le pareció peligroso y que hacía comentarios muy ofensivos hacia un compañero del departamento que es homosexual. Enseguida me fui a verlo, pero solo le hice un par de preguntas porque el pobre hombre tendría más de sesenta años y se movía con la ayuda de dos bastones.

—Entiendo.

—No me dijo nada interesante sobre él, pero me contó que otro profesor que mantenía cierta amistad con el relojero, ambos judíos —aclaró—, le mencionó que Ruslan Kemke tenía intención de montar una exposición de artilugios de tortura medievales, pero que la universidad no tenía constancia de ello. No tengo ni puta idea de adónde nos lleva eso, pero me anoté el nombre por si acaso. Luego me desplazé hasta su domicilio y hablé con un par de vecinos. La misma película: huraño, tranquilo, poco social... Según parece, el único que lo visitaba con cierta frecuencia era su sobrino, del cual lo único que me supieron decir era que vivía aquí, en Berlín.

—Sí, es el único familiar que tenía. Me lo ha corroborado esta mañana un contacto de la comisaría de Dresde. Le he pedido su ficha, por si acaso hubiera algo raro. ¿Sabías que Ruslan Kemke no tenía ni un solo antecedente?

—No.

—Ni uno solo. De hecho, hace unos años terminó en el hospital con un par de cuchilladas en el cuerpo por tratar de evitar un robo en una tienda.

—Ya. Un maldito ciudadano ejemplar.

—Anoche se me ocurrió que, siendo un católico con mayúsculas, quizá podría ser buena idea hablar con el párroco de la iglesia a la que acudiera los domingos. Porque eso es lo que hacen los católicos con mayúsculas, ¿no?

Otto tenía la mirada perdida en algún punto cercano a la única fuente del parque.

—Deberías irte a descansar un poco —propuso ella.

—No. Ahora me voy a acercar a ver a Viktor. Hoy más que nunca necesitamos que agite su varita mágica.

—Está bien, como prefieras. Voy a hablar con Marlene, a ver si no le importa quedarse esta noche con los niños y así puedo acompañarte a...

—No es necesario —le cortó.

—¡No me digas lo que es necesario y lo que no, joder, Otto! Yo también estoy preocupada por Heinrich y no pienso quedarme cruzada de brazos.

El piar de los pájaros.

—Estoy acojonado, Birgit —reiteró.

—Todo va a salir bien, ya lo verás.

Pero, a pesar de la mucha intención que contenía la frase, aquellas palabras sonaron muy poco convincentes.

Ministerio para la Defensa del Estado

Enfilaba animoso el pasillo, enérgico en el paso pero contenido en el semblante, como si estuviera a punto de entrar en la Plaza Roja el día del Desfile de la Victoria.

No era para menos.

Viktor Lavrov, de traje y corbata, regresaba de mantener una reunión no programada con Clara Steinbach en la sede del Ministerio de Salud Pública y Asistencia Social. Se había plantado allí a las ocho y media en punto de la mañana y, tras identificarse debidamente, le había comunicado a la funcionaria del Servicio para la Tutela de Menores que le atendió que precisaba ver a Frau Steinbach de inmediato. La clave residía en la solemnidad y verosimilitud con la que debía pronunciar aquellas dos últimas palabras para hacerla entender que no era una persona acostumbrada a esperar. En realidad, se conformaba con que lo atendieran, pero en aquellos tiempos donde la burocracia hacía más daño que los misiles balísticos, cuanto más carga explosiva llevara el mensaje, mejor. Once minutos más tarde —espacio de tiempo equivalente a un pestañeo habida cuenta de las circunstancias—, se hallaba Viktor sentado frente a frente en el despacho de aquella hembra teutónica, sosteniendo una almibarada expresión de cordialidad, de esas que llevan implícito el mensaje: «He venido a joderte». Con la seguridad de percibir la incomodidad ajena, Viktor expuso, breve y conciso, el asunto que le había traído hasta allí. No fue necesario mencionar nada relacionado con el turbio pasado que bien podría emborronar su impoluto expediente, y, en cierto modo aliviada, la reciente titular de aquel reino de Taifas terminó pronunciando las palabras que Viktor ansiaba oír: «Delo usted por hecho, camarada comandante Lavrov». Ni las condiciones

extraordinarias que le detalló y que implicaban eliminar el pasado e incluso la identidad de la criatura resultaron un impedimento. El trámite, eso sí, se prolongaría algunas semanas, pero el del KGB logró arrancarle su compromiso explícito de seguir el caso personalmente para evitar que se dilatará más de lo necesario.

Ya al volante del Trabant Kübel, ansioso por hacer partícipe a Erika de las buenas nuevas, Viktor revivió el episodio de la tarde anterior en el orfanato de Santa Justina. Llegaba ella empaçada por fuera y descompuesta por dentro, circunstancias que él supo encajar como plausibles siendo consciente de la carga emocional que conllevaba el trance. Sin embargo, durante la charla con el director de la institución, la notó algo distraída, como ausente, y, aunque no quiso manifestárselo, le generó algunas dudas en cuanto al nivel de convencimiento de su pareja. Dudas que se dispararon en el mismo instante en el que una enfermera les trajo a Nadine y, tras unos pocos segundos de indecisión, Erika se abalanzó para achucharla como si acabara de salir de su útero después de varias horas de parto. Su llanto enternecedor se fue contagiando de lacrimal en lacrimal, y ninguno de los presentes se libró de mojarse las mejillas, incluida la pequeña, que, abrumada, empezó con los pucheros para terminar sollozando. La jornada concluyó bajo las sábanas, con los futuros padres fundidos en un sólido abrazo que le había colmado de energía positiva. Tanto, que en ningún momento tuvo presente el compromiso que había adquirido con Rebeca Allendorf. Tirando de ese combustible, el del KGB empujó la puerta de la Administración 12 con la intención de revisar todo el expediente del caso Kemke desde la primera hoja.

La sargento Kunkel fue la primera en saludarle.

—Buenos días, camarada comandante. Le están esperando —informó en un tono que se salía de la ceremoniosa neutralidad que caracterizaba a su ordenanza—. Con su permiso, dada la relación que mantiene con él, pero, sobre todo, por cómo se ha presentado aquí, le he hecho pasar directamente a su despacho.

Viktor se quitaba el sombrero sin ocultar su asombro, pero, más que por no saber a quién se estaba refiriendo, por el hecho de que

la sargento Kunkel —icono superlativo de la disciplina como modo de vida— se hubiera saltado el procedimiento.

—¿Podría ser más específica?

—Es el inspector jefe Bauer. Y, sin querer meterme donde no me llaman, me arriesgaría a decir que está del todo abatido.

—Ha obrado usted bien. Gracias, sargento, puede seguir con lo suyo.

Imperaba el olor del tabaco. Otto, sentado con la espalda encorvada y los globos oculares inyectados en sangre, se limitó a contemplarlo como contemplan las vacas el paso del tren.

—Voy a abrir la ventana, si no te importa.

—No me importa —respondió antes de aplastar la colilla contra la cara interna de la papelera, donde, a buen seguro, descansaban ya decenas de cadáveres de sus hermanas.

—Voy a solicitar formalmente que habiliten un espacio para ti en el edificio —comentó el ruso con sorna mientras se acomodaba en su silla—. ¿Y bien?

Apenas tardó dos cigarrillos en sintetizar la historia. Su voz sonaba enmohecida y su expresión corporal, atenazado por la incertidumbre de no saber dónde y cómo estaba Heinrich, era un reflejo de la inestabilidad emocional en la que estaba sumido.

—¿Y dices que el lugar donde lo vieron por última vez fue en el Das Glas Halb Voll?

—Sí, lo sé. El mismo del que se llevó a su última víctima.

—Penúltima, si contamos al relojero.

—Como sea.

—¿Y esos tipos con los que hablaste estaban seguros de que se fueron juntos?

—Los tres los vieron irse a la vez y el portero de los dientes también me lo confirmó.

—Sí, yo también me fijé cuando fui con Birgit. Parece que en su código genético se le ha colado un cromosoma dominante de castor. Otto estuvo a punto de sonreír.

—Ese hijo de puta se lo ha llevado, Viktor.

—No lo sabemos con certeza, pero no voy a poner paños calientes: hay que sopesar esa posibilidad.

—Lo del nombre no deja espacio para la duda ni para otras gilipolleces, Viktor. Es él. Él se lo ha llevado y no puedo parar de pensar en lo que le podría estar haciendo en este mismo momento si es que no se lo ha hecho ya. ¿Puedes tratar de entenderlo, joder?

—Por supuesto, Otto, pero si nos dejamos llevar por las emociones estamos bien jodidos. Dime: ¿tienes alguna idea en la cabeza?

Otto no dejaba de darse friegas en el antebrazo izquierdo, como si allí se concentrara toda la tensión que acumulaba.

—Ninguna, maldita sea, ninguna en absoluto. Por eso estoy aquí. Necesito que saques tu varita mágica.

—Mi varita, ¿eh?

Y, como por arte de encantamiento, el timbre del teléfono de sobremesa chilló. Viktor supuso que debía de tratarse de algo importante porque de otra forma su ordenanza se limitaría a anotar el recado.

No se equivocaba.

—Comandante Lavrov, Birgit Bauer insiste en contactar con usted.

—Pásemela. Es Birgit —le dijo a Otto.

—Viktor, ¡¿está Otto contigo?!

—Sí, aquí lo tengo.

—¡Tenéis que venir los dos ahora mismo! Tengo algo que enseñaros.

Carnicería Hermanos Engelhorn

—Le vuelvo a decir que ni lo negó ni lo confirmó —reiteró Florian Klein sujetando las riendas del tono de voz para no llamar la atención, aunque, allí dentro, lo que se salía de la norma era no hablar a voces.

El Cuervo hizo un feo sonido con la boca y se aproximó al mostrador.

—¿Has probado la lengua estofada? Conozco un lugar donde la preparan al vino blanco que está para repasar el plato con la lengua. Con la propia —aclaró para alimentar la broma.

—No como casquería.

—Entonces ¿cómo sabe que no le gusta?

—No me hace falta comer excrementos para saber que no me van a gustar.

—Por la misma regla de tres, no debería hacerle falta que alguien niegue o confirme algo para discernir lo que es real y lo que no.

El inspector Klein odiaba aquellos juegucitos de palabras. Los odiaba con toda su alma.

—Usted me ha preguntado si ella confesó que trabajaba para el HVA y yo le he contado que no lo hizo, pero tampoco lo desmintió, lo cual poco nos importa ya, porque yo estoy absolutamente convencido de que sí. Y así se lo hice saber en su día.

—Le noto alterado, Norman.

—Lo estoy, por supuesto que lo estoy. Me estoy jugando el pellejo demasiado.

—La situación lo merece. ¿Y dice que le ha dado tres días de plazo?

El alemán asintió.

—Ayer por la mañana volvieron a ver a Viktor Lavrov saliendo de la casa de los Allendorf. Es posible que ya haya logrado su objetivo. ¿De qué forma ha quedado con ella en que se lo comunicaría cuando lo sepa?

—Tan sencillo como llamar a la unidad y preguntar por mí.

—Bien pensado. Lo sencillo en ocasiones resulta lo mejor. Supongo que esas líneas estarán limpias.

—Lo están.

—Tendríamos que aprender del KGB en este aspecto. Nadie como ellos para llenarlo todo de escuchas. Al final me voy a llevar unos filetes de hígado de ternera, no me atrevo a cocinar la lengua. ¿Usted ya ha decidido qué va a comprar?

Algo más tarde, Florian Klein abandonaba la carnicería murmurando imprecaciones contra los antepasados del de la CIA y, minutos después, lo hacía el Cuervo. Un cliente evitó cruzar la mirada con ambos. Ya había visto lo que tenía que ver, y aunque escuchar no había podido escuchar nada, a Boris Kliuka no le iba a gustar mucho lo que tenía que contarle. Era un hecho: su jefe tenía

un olfato prodigioso. En los años que llevaba trabajando con él en el equipo operativo de la Oficina S se lo había demostrado en múltiples ocasiones, lo cual, para Sasha era un privilegio a la vez que un seguro de vida.

Sin embargo, esta última parte no debía de ser del todo cierta, ya que, instantes después, Sasha se encontraba en la parte de atrás de una camioneta de mudanzas con el cañón de la pistola que sostenía Korbinian Zozulia metido en su boca. En el siguiente semáforo se subió el hombre de levita negra, zapatos negros y sombrero amish que había estado hablando con Norman en la carnicería.

—Buenos días, Sasha, me alegro de volver a verle.

Sin esperar respuesta alguna, el Cuervo se dirigió al hombre que le había obligado a subirse al vehículo.

—Y mi querido Gengis..., ¿cómo se encuentra esta mañana?

Exterior de la comisaría de Karlshorst

Impaciente, Birgit Bauer los aguardaba fuera confiando en que no rompiera a llover. Un rasguño en la opacidad plúmbea que cubría el cielo era la única evidencia lumínica de que aún era de día. Carpeta en mano repetía una y otra vez el mismo recorrido: de la señal de tráfico oxidada hasta la esquina por la que debía verlos llegar. Había calculado quince minutos —veinte a lo sumo— desde Normannenstrasse hasta allí y, según el minuterero de su Glashütte, que en su día le regaló su ahora exmarido, habían transcurrido ya nueve. Un chirriar de ruedas le hizo girar la cabeza hacia la calzada donde reconoció el Wartburg 353 color beige de su padre, sobrepasando peligrosamente dos vehículos para detenerse en seco a la altura de sus pies. Otto se apeó con el cigarro entre los dientes sin quitar la llave del contacto. Le siguió Viktor, cuya palidez cutánea, dedujo, se debía a haberse visto muerto varias veces durante el trayecto.

—¿Qué tienes?! —quiso saber su hermanastro.

—Vas a tener que invitar a una ronda al portero del Das Glas Halb Voll, el jodido comemierda ese a quien querías partirle los dientes.

—Birgit, por favor.

—¿El que tiene un cromosoma dominante de castor? —intervino Viktor.

—¡Ese! —confirmó señalándole con el índice.

—¡Por favor! —gritó Otto.

—Está bien, perdona, hermanito, es que estoy muy contenta con este golpe de suerte.

Birgit abrió la carpeta de cartón por el lugar que no era y las hojas planearon hasta aterrizar con exquisita sutileza en el firme bajo la estupefacta mirada de Otto.

—¡Maldita sea mi maldita existencia! —vociferó este.

—¡Aquí lo tengo! Jonas Kemke Grigorian, hijo de Shara Grigorian y de Horst Kemke, que es, era —corrigió—, hermano de Ruslan Kemke. Nacido en Freital, muy cerca de Dresde, en 1946. Trabaja en una fábrica de armamento ligero en Rüdnitz y la última dirección que figura aquí es de Uhlenhorst. Está casado y tiene cuatro hijos, ni más ni menos. La foto es del último censo, hace seis años.

—Pues sí tiene cara de filipino, sí —opinó Viktor.

—¡Su puta madre! —exclamó Otto.

—¡Precisamente! —prosiguió ella—. De su madre heredó esos rasgos, pero no de Filipinas. Según me ha contado Bastian, nuestro fisionomista, el apellido Grigorian es común en regiones de Asia Central que en su día estuvieron bajo el dominio de los mongoles y que ahora pertenecen a la Unión Soviética. Durante la Segunda Guerra Mundial, el Ejército Rojo reclutó miles y miles de hombres y mujeres de estas áreas geográficas, la mayoría para la vanguardia que...

—Abrevia, por lo que más quieras —le conminó su hermanastro.

—Muchos de estos permanecieron después de la guerra en la zona que quedó bajo el dominio soviético y muchos más llegaron como mano de obra barata para reconstruir algunas ciudades que habían quedado devastadas.

—Como Dresde —apuntó Viktor.

—Como Dresde —repitió ella—. Por tanto, heredó los rasgos mongoloides de su madre que, a los ojos de los que no somos especialistas en el tema como el portero con cara de castor, parecen del sudeste asiático. Pero hay más, y esto te va a encantar, Otto —le adelantó dándole un golpe en el hombro—. Una vez me dijiste que tenías la manía de comprobar en las fichas de los sospechosos cuándo y dónde habían hecho el servicio militar, ¿recuerdas?

Otto asintió.

—Pues mira la casilla —le señaló con el dedo.

—Vacía. Extraño, ¿verdad? A no ser que le hubieran borrado el expediente militar por algún motivo, como te dijo el alférez ese que hicieron con el tipo al que violaron en el cuartel. Ahora mira estas fechas. Como a casi todo hijo de vecino, a él le habría tocado hacerlo con dieciocho años, es decir, en 1964.

—El año en que se produjo la violación.

En la boca de Otto empezó a perfilarse una ligera sonrisa.

—Y, para rematar, la primera vez que figura una dirección de Berlín es justo en enero del año siguiente.

—¡Joder, joder, joder! Déjame pensar... Sí. La cosa pudo ser así: Jonas Kemke cumple los dieciocho y le toca cumplir con el Estado. Lo hace en su ciudad natal, Dresde, y, por lógica, solicita hacerlo en el cuartel donde su tío es instructor. Seguramente al tener aspecto de asiático sería objeto de las burlas del resto de reclutas y cuando ocurrió el incidente de la revista, fuera suya o no, nadie dudó en señalarlo con el dedo. Los castigan a todos sin regresar a casa por Navidad, por lo que deciden darle una lección que se les va de las manos y terminan violándolo. Su tío es el responsable de la sección, y, siendo un asqueroso homófobo, decide evitarle la vergüenza a su sobrino y de paso al ejército. Lo tapan todo y lo envían lejos, al anonimato de Berlín.

Otto escupía palabras con los ojos cerrados, como si lo estuviera leyendo en el interior de sus párpados.

—Pasa el tiempo y él consigue rehacer su vida —prosiguió—. De vez en cuando visita a su tío, que sigue viviendo en Dresde, y este, un día, decide revelarle la verdad incluyendo los nombres y apellidos de quienes lo violaron. Jonas elabora su plan de venganza

y lo lleva a cabo, haciéndosela pagar muy cara a quienes lo ultrajaron. Lo prepara todo para que las pruebas apunten a su tío; sabe bien cómo hacerlo porque el cabrón conoce su rutina y decide cuándo y cómo hacer saltar la perdiz matando al relojero. Al detener a Ruslan Kemke, él se empeña en negarlo todo, naturalmente, hasta que tú lo interrogas y le muestras las fotos de Allendorf y el otro.

—Hellsinger.

—Ese. Entonces se da cuenta de todo y, creyéndose en parte culpable, vuelve a encubrir a su sobrino cortándose las venas.

—O puede que no viera la forma de incriminarlo —conjeturó Birgit.

—Lo mismo me da que me da lo mismo.

—Vale, pero hay algo que no nos debe dar lo mismo: ¿por qué asesina a Mathias Buback y a Gunter Sülle? —cuestionó ella.

Las miradas de los hermanastros convergieron en Viktor.

—Tienes una memoria prodigiosa para los nombres —dijo a modo de introducción—. Es habitual que los asesinos que tienen una importante misión que cumplir hagan probaturas antes de lanzarse a ello. Sabe que Hellsinger y Allendorf frecuentan locales de ambiente, así que empieza a acudir a ellos y una noche se topa con una presa fácil como es Buback, de talla menuda, promiscuo... Una vez que comprueba que el método funciona, va a por Hellsinger y luego a por Allendorf. Cumple su venganza, pero se da cuenta de que puede hacerla extensible a todo el colectivo, lo que podría entenderse estando intoxicado por el odio de su tío hacia los homosexuales. Tampoco podemos descartar que se haya enganchado al placer de matar, que, dicho así suena a barbarie pero sucede, vaya si sucede.

—Eso quiere decir que estamos perdiendo el tiempo hablando —expuso Otto.

—¿Y qué propones? No podemos plantarnos en su casa y preguntarle si sabe quién es Heinrich —objetó Birgit.

—Nadie ha hablado de preguntar.

—Un segundo, por favor —terció el ruso—. Ambos tenéis razón. Quizá no te guste lo que voy a decir, Otto, pero ahora no podemos cometer errores tan absurdos como ir a por Jonas Kemke y sacarle una confesión a golpes. Sin embargo, tampoco podemos ir por el

cauce legal por razones de urgencia, dado que Florian Klein ya tiene a su culpable y el caso resuelto.

—¿Por tanto...?

—Sangre fría. Vamos a localizarlo y a seguirlo. Si se trata de quien pensamos que es y tiene a Heinrich retenido en algún lugar, nos terminará conduciendo hasta él.

Dicho lo cual, se volvió hacia Otto y le agarró la cara con ambas manos.

—Puede que lleguemos tarde, lo sé, pero si es el caso, nada podemos hacer ya para salvarlo.

—¡No me jodas, Viktor! ¡No me jodas! ¡Ese hijo de puta podría estar torturando ahora mismo a Heinrich!

—Y si es así, no sabemos dónde —le rebatió bajando aún más el tono—. Solo podemos dar con él en la dirección que tenemos de Uhlenhorst y en el trabajo, suponiendo que estén actualizadas. Es la única forma, créeme.

El policía negaba con la cabeza a pesar de que era muy consciente de que no le faltaba razón.

—Otto, no tenemos otra opción —convino Birgit.

Primero un relámpago y luego un trueno hicieron las veces de punto y final.

NEGACIÓN

*Residencia de Viktor Lavrov y Erika Eisemberg
Rosenstrasse, 2. Berlín Oriental (RDA)
3 de julio de 1981*

Abrió las ventanas para que saliera el fétido olor de la col cocida, o, en su defecto, para que entrara aire renovado del exterior. La acción combinada del agua acumulada y la luz artificial que proyectaban las farolas sobre el asfalto provocaba que el pavimento pareciera haber sido barnizado con algún tipo de solución cerosa. Según había escuchado Erika en el parte de las seis, la tormenta había descargado ochenta litros por metro cuadrado en cinco horas y los expertos decían que al menos quedaban dos o tres días más de fuertes precipitaciones. Que lloviera no representaba ninguna molestia, más bien al contrario, pero al igual que el resto de berlineses, Erika ansiaba que el cielo les concediera una tregua.

Y su conciencia también. Cocinar le ayudaba a ordenar sus pensamientos, y preparar un succulento asado de ganso con col verde y *Klöße* de patata cocida requería el tiempo exacto que necesitaba para conseguirlo. O al menos intentarlo.

Notaba que se encontraba muy cerca de llegar al punto de saturación. Había superado con creces su capacidad para disolver conflictos morales y hacerlos desaparecer, y temía que todo se le terminara yendo de las manos si es que no se le había ido ya. Al despropósito de haberse enamorado de su objetivo le había agregado «el más difícil todavía» representado en la adopción de

Nadine. Por una parte deseaba sentirse madre, lo necesitaba, pero no estaba del todo convencida de que ese fuera el momento ideal, por lo que no tenía claro qué clase de noticias quería recibir cuando Viktor se sentara a la mesa. Profesionalmente tampoco estaba cosechando demasiados éxitos que justificaran tanta presión. Poco sabía acerca de los avances de Viktor con Frau Allendorf e intuía que no iba a pasar mucho tiempo sin que Markus Wolf le exigiera resultados. Y, para rematar, lo de Florian Klein. Erika era consciente de que, al igual que ellos colaban agentes en otras organizaciones, la Stasi también era vulnerable a la misma medicina. Pero ¿cómo iba a pensar ella que un tipo de perfil tan bajo como Klein podría estar trabajando para la CIA? Puede que lo hubiera juzgado mal y que ese halo de arrogancia solo fuera un disfraz. Quedaba del todo descartado elevar el hecho a instancias superiores, dado que no contaba con una sola prueba que sustentara una acusación tan grave, circunstancia que a buen seguro tenía resuelta Florian Klein. Era su palabra contra la de un reputado inspector de la Unidad Especial de Investigación Criminal de la Stasi.

«Tres días, zorra», resonó en su cabeza.

Al día siguiente se cumplía el plazo.

Así las cosas, esa noche Erika se había planteado abordar de inmediato dos de los tres problemas: la adopción de Nadine y el caso de Werner Wögler. Y dependiendo de ello, esperaba hallar la forma de quitarse de encima a Klein, aunque, desde una óptica realista, solo existía una posible.

El sonido de la puerta le hizo enterrar aquellas cábalas para centrarse en lo tangible, y el mejor modo de empezar a hacerlo era fabricar una sonrisa creíble.

—Vaya, esa no era la cara que esperaba ver —comentó ella antes de posar sus labios en los de Viktor.

—¿Esperabas a otro?

—A mi príncipe azul, pero me tengo que conformar con un cualquiera, y rojo, además.

Una risa mucho menos estridente de lo habitual resultaba cuando menos sintomática.

—¿Qué sucede, Viktor? ¿Malas noticias de tu entrevista con la señora esa?

—Te diría que es por el olor de la col, que me revuelve las tripas, pero no. Tampoco tiene que ver con mi entrevista con Frau Steinbach, que ha sido lo mejor del día con diferencia. Si me ofreces una cerveza te lo voy dosificando.

—He abierto un *Auslese* que me han recomendado en una tienda de vinos en la que me he parado de camino a casa.

—Me sirve.

—Al asado le faltan al menos quince minutos; así pues, si quieres empezar con lo de Nadine, por favor. Es por ir resolviendo incógnitas.

Una irritante sensación de vértigo se apoderó de ella mientras escuchaba lo bien que marchaban los planes con respecto a la adopción. Cuando le contó que podrían tenerla en casa en apenas unos días, fue como si la empujaran al vacío y tuvo que sacar lo mejor de sus dotes de interpretación para que el pánico no se le notara demasiado. Sin embargo, Viktor, aunque se le veía contento no se mostraba todo lo exultante que cabía esperar. Para conocer el motivo, Erika tuvo que aguardar a que la cena estuviera servida. La pesadumbre se hizo viral en cuanto le resumió el asunto de Heinrich.

—Así que, de momento, mi única aportación pasa por haber proporcionado los equipos de transmisión que usamos cuando tenemos alguna acción de campo —remató él.

—¿Y en la Administración Central de Coordinación te han autorizado a...?

Un ademán suyo con el tenedor le invitó a ahorrarse el resto de la frase.

—Pero... si no me equivoco, el emisor y el receptor tienen un alcance limitado, ¿no?

—Buena alumna. Así es: unos mil doscientos metros dentro de la misma frecuencia de radio. Si sucede algo relevante, Birgit me avisará a mí por teléfono y, recalco, muy importante, porque esta noche me gustaría no tener que compartirla con nadie que no seas tú.

—Me siento muy halagada.

—De cualquier manera, no creo que las comunicaciones deban ser la mayor de nuestras preocupaciones.

Erika se mantuvo a la expectativa mientras aprovechaba para masticar un trozo de carne mezclado con col que, a su juicio, le había quedado un poco dura.

—Otto. Este es nuestro mayor problema. Está muy involucrado anímicamente y no descarto en absoluto que se deje llevar. Me ofrecí a hacer el turno de vigilancia de tarde, pero no hubo forma de convencerlo.

—Es comprensible, ¿no crees?

—No digo que no, pero la justificación no elimina el problema. Por lo menos hemos comprobado con la compañía telefónica que, en efecto, la familia Kemke está viviendo en esa dirección. También tenemos identificado el vehículo que tiene a su nombre, por lo que no habrá que esperar mucho para ver qué pasa. Siempre actúa de noche, así que podría ser hoy, mañana, pasado...

—¿Y qué crees que ha pasado con Heinrich?

—Lo mismo que pensamos los demás, aunque no nos atrevamos a verbalizarlo. Este hijo de puta mata en la primera toma de contacto, y si realmente Heinrich cayó en sus garras, cosa que no podemos certificar, lo más probable es que ya esté muerto.

Erika resopló.

—Si no es así y nosotros hacemos bien nuestro trabajo, lo encontraremos más pronto que tarde. ¿Sabes de lo que tengo muchas ganas?

—No.

—De darle otro bofetón a Klein, pero esta vez profesional, que le va a doler más.

—No lo pilló.

Viktor se percató entonces de que no le había contado el episodio que tuvo con el inspector.

—¿De verdad que le arreaste un tortazo? —quiso corroborar ella en ese punto del relato.

—Con todas mis fuerzas.

—Vaya. ¿Y todavía no te ha llegado ninguna queja formal, sanción ni nada parecido?

—Nada. Gratis. A ese estúpido arrogante lo único que le interesa de verdad es mantener su nivel de vida: su piso de lujo en el número 40 de Rosenthaler Strasse, su ZIL importado de Rusia, sus trajes de corte occidental, sus zapatos italianos y su colonia francesa que huele desde el otro lado del Muro. Inepto —concluyó.

—Joder, ¿cómo puede permitirse un funcionario del Estado vivir en ese edificio? Es mi sueño desde pequeña.

—En el ático, ni más ni menos. No tengo la menor idea, pero si te interesa de verdad se lo saco a bofetones.

Erika valoró fugazmente algún comentario más sobre Klein, pero ello implicaba adentrarse en un campo de minas donde tenía muchas probabilidades de terminar saltando por los aires. Un sorbo de vino la ayudó a tragarse las ganas.

—De todos modos, ese es un asunto menor comparado con lo de Heinrich y lo de Wögler.

Ella se esforzó para no mostrarse demasiado interesada, por lo que apartó unas *Klöße* con el cuchillo e hizo un comentario referente a lo mal que le habían quedado.

—Están algo frías, pero están buenas —comentó él.

—Entonces..., ¿sigues sin avanzar en el asunto con tu querida Frau Allendorf?

—Todo lo contrario, lo tengo al alcance de la mano.

Aquello no se lo esperaba.

—Ah, ¿sí?

—Sí.

Silencio.

—Me lo ha puesto muy fácil: sexo a cambio de la información que necesito.

Erika dejó los cubiertos encima de la servilleta y, sin dejar de mirarlo, inspiró la pregunta y la espiró en dos palabras.

—¿Y bien?

—¿Tú qué harías en mi lugar?

Frente al domicilio de los Kemke

Fumaba. Otto Bauer se frotó los párpados, que, como heraldos del sueño, insistían en recordarle que tenía una deuda de sueño pendiente de saldar. No era esa la primera vez ni iba a ser la última que pasaba una noche en vela sin levantar la vista de algún punto concreto, pero jamás lo había hecho sumido en ese oscuro y profundo pozo que es la ansiedad. Ni siquiera el tabaco paliaba su alterado estado de nervios.

La buena noticia —excelente, más bien—, y que se había erigido en su mejor aliado, era que lo había visto entrar. Pasadas las seis de la tarde empezaron a estrellarse contra el parabrisas las primeras gotas de lo que se convertiría en una réplica tardía del Diluvio Universal. Algo después, y a pesar de las deficientes condiciones de visibilidad, logró distinguir al enésimo Lada 2101 que transitaba por esa calle. Era aquel un modelo muy habitual; sin embargo, no había tantos que fueran de color mostaza y, menos aún —uno en concreto—, que tuvieran la matrícula que había grabado a fuego en su memoria. Impetuoso, el corazón empezó a golpearle dentro del pecho durante los minutos que el vehículo permaneció en doble fila esperando a que quedara algún hueco libre cerca de su portal. Finalmente lo consiguió unos veinte metros más adelante, en la misma acera en la que él estaba estacionado. Sus constantes vitales se paralizaron al verlo trotar hacia el portal y por fin pudo reconocer esa cara de falso filipino.

Fue solo un instante; pero fue.

El exceso de irrigación sanguínea le invitaba a salir del coche, interceptarlo y arrancarle a puñetazos el paradero de Heinrich, pero, por suerte, el oficio terminó imponiéndose a ese impulso ancestral. Cuando recobró el pulso se lo reportó a Birgit y, con la intención de ocultar su desasosiego, acordó que no volvería a comunicarse con ella hasta que no hubiera más novedades. Se quitó por tanto el molesto receptor que llevaba en la oreja y, confiando en tener algo que comunicarle más pronto que tarde, lo metió en la guantera.

Desde entonces, habían transcurrido casi cuatro horas y lo único destacable consistía en que había dejado de llover y que hacía poco

más de media hora un pubescente pinchaúvas con aspecto de haber crecido demasiado rápido le golpeó la ventanilla para pedirle un cigarro. Otto se lo negó, y, visiblemente airado, el muchacho entró en el edificio para salir minutos después cigarro prendido en mano. Cuatro largas horas cargadas de tensión durante las cuales no dejaba de ver el rostro de Heinrich. Por primera vez en su vida anheló ser religioso y poder rezar a algún dios para que intercediera por él haciéndolo aparecer de nuevo, pero, sabedor de que lo divino nada tenía que decir en asuntos tan mundanos como la venganza, prendió un Karo sin filtro y aspiró el humo sin despegar la vista de la fachada.

Y sucedió.

Bombilla encendida.

Puerta abierta.

La silueta de un hombre se recortó sobre la luz macilenta del portal. En la mente de Otto Bauer el tiempo se detuvo. Todos sus sentidos estaban concentrados en una única tarea: reconocer a la persona que, todavía sin poner los pies en la calle, miraba en derredor, dubitativa. Lo logró en cuanto dio un paso al frente y el interrogante fue resuelto gracias a la bienaventurada intervención de una farola.

En efecto: se trataba de Jonas Kemke Grigorian. Vestía ropa cómoda y un llamativo gorro de lana rojo.

—Buenas noches, hijo de la gran puta —masculló para sí.

Y de nuevo la aceleración cardíaca mientras acompañaba con la mirada su excesivamente lento caminar hasta el coche. Puede que se debiera a que en su cabeza todo se procesaba demasiado rápido, pero lo cierto fue que tardó más de lo normal en ponerse en marcha. Cuando lo hizo, esperó un par de segundos y metió la primera. Lo siguió a distancia hasta Mahlsdorfer Strasse, donde Jonas Kemke tomó dirección norte y aumentó de manera repentina la velocidad. Otto habría jurado que conducía bajo los efectos del alcohol porque daba la sensación de que le costaba seguir la trazada de la carretera. La luna menguante, apocada, parecía querer ocultarse detrás de las nubes para no mostrar su física figura. Noche cerrada. Ya en el corazón de Hellersdorf, el Lada 2101

y el gorro de lana rojo giraron en dirección a Marzahn para, casi de inmediato, incorporarse a la carretera de Brandeburgo. Fue entonces cuando se dio cuenta de que se estaba alejando en exceso y no se lo había comunicado a Birgit. Esperaba no tener que salir de Berlín, pero estaba dispuesto a seguirlo hasta Polonia si fuera necesario, y, en cierto modo, se alegraba de que no se dirigiera hacia Prenzlauer Berg —donde se localizaba la zona de alterne— porque ello significaba que, fuera donde fuera, no iba a cazar. La densidad del tráfico aumentó de forma considerable debido al número de camiones que aprovechaban la nocturnidad para transportar mercancías fuera de la capital.

—¿Adónde me llevas, cabronazo?

A la altura del cruce con la autopista regulado por un semáforo, su perseguido redujo la velocidad, y, para evitar mostrar un comportamiento anormal, Otto se colocó a su derecha y se detuvo a su lado eludiendo desviar la mirada como le pedía su subconsciente. Quizá por ello tardó demasiado en detectar el movimiento con su vista perimetral y cuando quiso reaccionar ya era tarde.

Alguien que había bajado de la parte de atrás del Lada estaba ahora sentado tras él y le hundía el cañón de una pistola bajo la mandíbula.

—¡No sueltes las manos del volante! —le ordenó—. Tú debes de ser Otto.

En el espejo retrovisor sonreían unas duras pero proporcionadas facciones orientales.

*Domicilio de los Kemke.
Cinco horas antes*

Había esperado toda la jornada a que llegara ese momento. Se excitaba solo con pensar que iba a tener el privilegio de disfrutar de una noche como la anterior. Ya se lo había anunciado a Kristen por la mañana: era probable que el resto de la semana le tocara doblar turno, pero, en compensación, iba a destinar parte de ese dinero

extra para programar un viaje especial en familia. Ella, siempre sumisa y transigente —su trabajo le había costado domarla—, se había limitado a modular una tenue pero satisfactoria sonrisa y a asentir.

La tormenta le sorprendió de camino y tal era su virulencia que al llegar a casa prefirió estacionar en doble fila cerca del portal confiando en que saliera algún coche y así evitar calarse de los pies a la cabeza. Finalmente no tuvo que esperar demasiado y, aunque trotó hasta la meta, fue presa fácil para el aguacero. Encontró a su esposa preparando la cena en la cocina con la pequeña Liese en brazos. A ambas, equitativo él, repartió besos en las mejillas. Patrik se divertía tomando el pelo a Elisabeth en el salón y, cuando les preguntó por Adalia, ella lo observó extrañada como si acaso pudiera existir la posibilidad de que estuviera en otro sitio distinto que mirando a través de la ventana. Se despachó con una carantoña rápida y se fue a ver a su primogénita y preferida.

—Menuda está cayendo, ¿eh? —dijo al entrar.

—Te he visto llegar pero como no quería abrir la ventana no te he podido saludar. ¿Es que no va a parar nunca de llover?

—¿No te gusta?

—No es eso. Es que, cuando llueve así, hay muy poco movimiento.

—Ya. Eso sí es verdad —reconoció antes de besarla en la frente.

—Lo único interesante es el fumador. Le he contado ya seis cigarros en algo más de una hora.

—¿Quién? No veo a nadie.

—Ese del coche de ahí —señaló—. El de color marrón claro. No sé qué modelo es...

—Un Wartburg 353 —identificó él con acierto—. ¿Y dices que lleva ahí parado más de una hora?

—No, no, lleva más. Estuve otro ratito antes, cerca de las tres y media o así.

—¿Lleva ahí desde las tres y media?

—Por lo menos. Fuma que te fuma todo el rato.

—Ese no va a llegar a viejo.

—Anda, eso ya lo sé yo, papá.

—Voy a cambiarme de ropa.

—Vale.

Mientras lo hacía dio forma al mal presagio para transformarlo en una sospecha fundada. Tenía que asegurarse, pero, para ello, necesitaba un colaborador. Desde el teléfono de su dormitorio llamó a Marco encomendándose a la lluvia para que esta le hubiera condenado a permanecer esa tarde en casa de su abuela.

Veinte minutos después llegaba al portal donde él lo estaba esperando.

—El miserable no me ha querido dar un pitillo —fue lo primero que dijo.

—¿Cómo es?

La descripción, a pesar de que no fue demasiado clara ni ordenada, encajaba con la que Heinrich le hizo en el Das Glas Halb Voll.

—¿Quién es ese tipo? —se interesó Marco.

—Uno con el que te vas a ganar otro billete de veinte.

—Me cae bien ese calvo de patillas.

—Me dijiste que sabías conducir; no sería un farol, ¿verdad?

—Pues claro que sé conducir.

—Espera aquí.

Regresó con las llaves de su coche.

—Es un Lada de color naranja. Está aparcado cinco o seis coches por delante de él. Haz como si te marchas por la otra acera, cruzas cuando llegues a la esquina, vuelves agachado para que no te vea y te subes. Escóndete dentro, tardaré como media hora.

—¿Y después?

—Ya te lo explicaré. Haz lo que te he dicho.

Cuando se cumplió ese plazo, se despidió uno a uno de su familia hasta el día siguiente y escondió el gorro rojo de lana de Patrik en el bolsillo de la cazadora vaquera. Le quedaba algo pequeño, pero cumpliría su función como señuelo. Al salir comprobó que la calle estaba vacía y caminó tranquilamente hasta el coche. Marco, encogido para que no le viera, lo miraba con nerviosa curiosidad.

—Vamos, pasa delante —le susurró.

Lo espacioso del habitáculo les permitió hacerlo sin demasiada dificultad.

—Ponte este gorro y conduce.

—¿Adónde?

—Al final de la calle a la izquierda y luego todo derecho por Mahlsdorfer Strasse. Yo te voy diciendo. Arranca de una vez.

Se le notaba bastante nervioso al volante, pero no tanto como para no poder seguir las instrucciones que Jonas le iba dictando tumbado en la parte de atrás. Desde ahí solo tuvo que estirar el brazo para alcanzar la Tokarev escondida bajo el asiento.

—No te salgas y avísame cuando veas a tu derecha el letrero de la carretera de Brandeburgo. ¿Sigue ahí?

—Sí, ahí sigue.

—Estupendo.

—Ya veo el indicador.

—Métete por allí.

—¿Vamos a Brandeburgo?

—No, solo a una zona menos iluminada.

—¿Es un asunto oficial? —quiso saber al rato.

—Sí, lo es.

—Vaya, pues creo que te va a costar más de veinte.

—Si todo sale bien, mañana te doy cincuenta. Ahora escúchame bien. Yendo por aquí nos vamos a encontrar varios semáforos. Cuando te pares en alguno, solo dime dónde está él: detrás, a nuestra izquierda o a nuestra derecha. Me voy a subir en su coche. Cuando me baje te largas y lo aparcas en mi calle.

—Joder, no sé si sabré volver.

—Te las arreglarás, no te preocupes. Mañana te busco para darte tu dinero.

—Cincuenta, ¿eh?

—Cincuenta, tienes mi palabra.

Jonas notó que reducía la velocidad.

—¿Un semáforo?

—Sí, este nos pilla.

—Dime qué hace.

—Se va a colocar a nuestra derecha.

—¿Seguro?

—Aquí lo tenemos —confirmó casi sin mover los labios.

—No lo mires. Tres, dos, uno... —contó agarrando la manija de la puerta.

Ni siquiera él pensaba que fuera a hacerlo tan rápido.

—¡No sueltes las manos del volante! Tú debes de ser Otto —le saludó apoyando el cañón de la pistola en la nuez.

Residencia de Viktor Lavrov y Erika Eisemberg

Erika se mordió el labio antes de contestar.

—Valoraría lo que puedes ganar y perder antes de tomar la decisión, lo pondría en los platos correspondientes de la balanza y vería qué lado pesa más.

—Ya... La maldita balanza. Me parece que en este caso no me va a funcionar porque lo que estoy pesando es género distinto. Lo profesional y lo emocional. Podría acostarme con ella y conseguir lo que quiero confiando en que jamás te enteraras y, por tanto, no dañar tus sentimientos.

—Ojos que no ven...

—Golpe que te das —completó él, divertido—. El inconveniente es que yo tendría que cargar con ese peso sobre mi conciencia, y la traición es un lastre demasiado pesado para vivir con ello toda la vida.

—¿Entonces? ¿Vas a renunciar a completar la misión que te han encomendado?

—En absoluto. Terminar en el cuarto sótano de Lubianka es aún más duro que vivir acarreando el lastre de la traición —parafraseó—. No. Tengo que encontrar otra moneda de cambio, pero no cuento con la información que necesito. En realidad, lo único que sé de Frau Allendorf es lo que Frau Allendorf me ha contado de ella. Y hay alguien muy cercano que me podría ayudar a completar la otra cara. A conocer realmente a Rebeca.

Erika le leyó el pensamiento.

—¿Su padre?

—Su padre. Me he dado cuenta, además, de que ella ha tratado siempre de evitar que coincida con él. He estado varias veces en su casa y apenas lo he visto. Es evidente que Rebeca no quiere que yo mantenga ningún contacto con él. No hay nadie que conozca mejor los trapos sucios y limpios de las personas que los que se encargaron de concebirlas, criarlas y educarlas. Tengo que maquinar la forma de encontrarme con él fuera de esa casa para poder mantener una charla distendida con ese hombre.

—Podría funcionar. Si necesitas que yo intervenga, solo tienes que pedírmelo.

—¿Un trío? Interesante...

Ella lo amenazó con el cuchillo.

—Perdona, lo tendré muy en cuenta. Y si por esa vía no logro avanzar, siempre me quedaría el plan B —agregó confeccionando una mueca que no tuvo su reflejo en el rostro de Erika.

Silencio.

—Podría entregarle a cambio al verdadero culpable de la muerte de su marido.

Calles del distrito de Köpenick

Airado. Mucho más cabreado con su poca pericia que con el malnacido que le había engañado como a un niño, Otto se limitaba a seguir sus indicaciones mientras valoraba qué opciones tenía de salir bien parado de esa más que comprometida situación. Y la única viable pasaba por dejar de conducir. No tenía otra alternativa que esperar a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos.

—Continúa por Kaulsdorfer hasta que yo te diga. Y ve más despacio, no tenemos ninguna prisa. Te estarás haciendo muchas preguntas, ¿verdad? ¿Cómo es posible que...?

—Haz lo que tengas que hacer, pero no me regales lecciones, jodido comemierda —masculló.

Jonas hizo caso omiso del insulto demostrando su capacidad para el autocontrol y dominio de la ataraxia.

—Podría haberte salido bien la jugada, pero me llamó la atención un coche parado frente a mi edificio del que no dejaba de salir humo.

—Fumar mata.

El otro soltó una risa forzada, de esas que se intercambian en las cenas con extraños.

—Muy agudo, sí. En las Sagradas Escrituras se nos advierte de los peligros que conllevan la vida licenciosa y los vicios: «Todo me está permitido, pero no todo es para mi bien. Todo me está permitido, pero no dejaré que nada me domine». ¿Lees la Biblia, Otto?

—Soy de los que piensa que poniendo la otra mejilla lo único que ganas es otra bofetada más fuerte. El que dijo o escribió eso no tiene ni puta idea de cómo es la vida, así que ahórrate también tus ridículos sermones.

—No es para todos, lo sé. No todo el mundo está preparado para comprender y asimilar la palabra de Dios —sentenció. Luego emitió un suspiro con aire devoto y meneó la cabeza—. Tenía que averiguar quién era el fumador que estaba en el interior del vehículo, para lo cual pedí ayuda a un amigo.

—Ya, el chaval que me pidió un cigarro. El mismo que conducía ahora con tu gorro rojo.

—No se lo tengas en cuenta, todo ha sido idea mía. Le pedí que se acercara a ti para corroborar la detallada descripción que me hizo Heinrich, porque estás aquí por él, ¿verdad Otto?

Este se revolvió en el asiento sin dejar de mirar hacia delante.

—Te prometo que si haces algún movimiento extraño apretaré el gatillo. A esta velocidad es probable que yo sobreviva, pero tú no.

—¿Dónde está? Más te vale que no le hayas hecho nada, Jonas, más te vale.

—No estás en disposición de amenazarme, pero enseguida lo comprobarás tú mismo. Si haces lo que te digo, claro —añadió—. Reduce, no sobrepases a ese coche. Y ahora dime: ¿cómo has llegado hasta mí?

Otto necesitaba unos instantes para construir una historia creíble con la dificultad añadida de no saber qué información le había

proporcionado Heinrich acerca de él.

—Si no me lo cuentas, te prometo que jamás volverás a verlo.

—¡Dime dónde cojones está Heinrich! —exigió.

—«Entonces el Señor dijo a Caín: “¿Dónde está tu hermano Abel?”. Y él respondió: “No sé. ¿Soy yo acaso guardián de mi hermano?”». ¿Soy yo acaso guardián de mi hermano? —repitió—. Responde a mi pregunta.

Jonas incrementó la presión sobre la garganta.

—Responde a mi pregunta —insistió aproximándose a su pabellón auditivo.

Otto agitó la cabeza y golpeó dos veces el volante con la parte blanda del puño.

—Soy Vopo, o era antes de que me forzaran a retirarme del servicio por incapacidad —empezó levantando su mano izquierda.

—Ya me había fijado. Lo increíble es que puedas conducir así.

—Forzado a retirarme por eso y por mi condición —añadió.

—Debe de ser muy difícil ser homosexual y funcionario del Estado a la vez —observó Jonas con naturalidad.

—Y sin ser funcionario también.

—También. Lo vivo en mis propias carnes a diario. Sigue.

—En el gimnasio donde entreno, alguien me dijo que Heinrich me había estado buscando por ahí, así que me puse a hacer preguntas y en el Das Glas Halb Voll di con un tipo que me contó que te había visto marcharte con él.

—¿Qué tipo?

—Ni idea. Uno que te conoce lo suficiente porque sabía tu nombre, dónde vives y qué coche tienes. Trabaja en la misma fábrica que tú. Una de armamento ligero o algo así, no recuerdo bien —fingió.

—¿Cómo se llamaba?

—No me lo dijo, pero, aunque lo hubiera hecho, casi todos usamos nombres falsos. Lo que sí sé es que no le debes de caer muy simpático.

El retrovisor reflejaba una escrutadora mirada tratando de discernir si Otto decía o no la verdad.

—¿Y te dijo cuál era mi dirección con exactitud?

—Sí.

—Será algún cabrón del comité de trabajadores. Esas asquerosas ratas que son los ojos y los oídos de la Stasi.

—Será, yo qué sé.

—Ahora gira a la derecha. ¿Cómo era?

Otto hizo como si tratara de recuperar recuerdos de su memoria.

—Estatura media, pelo castaño y ojos oscuros. Solo me fijé en que tenía los colmillos montados.

—Los colmillos montados —repitió.

—Si, eso he dicho: montados sobre los incisivos. Ahora dime de una puta vez dónde está Heinrich.

Jonas se mostró dubitativo.

—Ya arreglaré cuentas con ese desgraciado. Un trato es un trato. A Heinrich me lo encontré hace dos noches en el Das Glas Halb Voll. Estaba desesperado buscándote, así que... Sí, lo reconozco, traté de aprovechar la oportunidad para llevármelo a la cama. —Su tono sonaba ahora mucho más taimado—. Tengo, digámoslo así, un nidito de amor donde llevo a mis conquistas. Para tu tranquilidad te diré que no conseguí lo que pretendía, y, aun así, le he permitido quedarse porque según me dijo no tenía un sitio donde ir.

Otto sabía que le estaba mintiendo, pero no le convenía hacer ninguna objeción.

Mi caso es diferente al tuyo. Mi familia no sabe nada y quiero que siga así.

—¿Y por eso tienes un arma?

—La noche es peligrosa, la llevo para protegerme de tipos como tú. No es la primera vez que me llevo un buen susto, pero que me vigilen en mi propia casa... Por ahí no paso.

—Yo solo quería averiguar si estaba contigo. Te vi llegar y subir solo, pero no me atreví a llamar a tu puerta por si me encontraba un panorama que..., en fin, ya me entiendes. ¿Es necesario que me sigas apuntando con eso?

Jonas rio de nuevo, esta vez con ganas.

—Heinrich me habló de ti y te definió como un hombre peligroso, por eso he reaccionado así y no pienso jugármela hasta que veas

con tus propios ojos que está bien y te tranquilices del todo. Ya estamos cerca.

—Peligroso, ¿eh? ¿Eso dijo?

—Con todas las letras. Métete por ese camino de tierra que sale a la izquierda, hay que bajar hasta los antiguos almacenes militares de Elsengrund.

—Lo conozco. ¿Heinrich está en una de esas naves?

—Están abandonadas desde hace años. Lo sé bien porque antes las usábamos como depósitos del armamento que ya no le servía a papá Stalin. Cuando me enteré de que las íbamos a dejar de utilizar, me quedé con la llave de una y acondicioné una oficina como buenamente pude para poder disfrutar de un poco de intimidad. Estaba harto de hacerlo en el asiento de atrás de un coche, tú ya me entiendes. Una cama y algunos muebles viejos, no vayas a pensar que aquello es una suite. Este invierno pasado logré incluso habilitar parte del sistema de calefacción, pero no me preguntes cómo lo hice —bromeó—. Es acogedor, y me sirve de guarida cuando lo necesito.

—Y de picadero.

—No con Heinrich, como te he dicho. Este es el trato: os dejaré solos unos minutos para que habléis, pero luego me vuelves a llevar a casa. Nos olvidamos de este absurdo malentendido y cada uno que siga su camino.

Sonaba tan convincente que por un instante Otto pensó que decía la verdad.

—Estoy de acuerdo.

—Estupendo. Reduce, es esa puerta de hierro oxidada. Puedes dejar ahí mismo el coche y no apagues las luces porque necesito localizar la maldita cerradura.

Otto siguió sus instrucciones al tiempo que se preparaba mentalmente para poner en marcha su plan de supervivencia. Jonas se bajó primero sin dejar de apuntarle, ahora desde la cadera. Hacía bastante más frío de lo que cabía esperar en esa época del año aunque tal vez se debiera a lo desfavorable de la tesitura.

—¿Te importa que saque un cigarro? Los tengo aquí, en la cazadora.

—Sin problema —accedió.

—¿Así que estos son los antiguos almacenes militares de Elsengrund? —preguntó elevando la voz— con la mano metida en el bolsillo.

Jonas lo miró extrañado.

—Sí, este es —corroboró.

—Vaya. Debo de haber guardado el paquete en otro sitio... aquí está —dijo palpándose ahora el pantalón—. Algún día tendré que dejarlo, pero no será hoy. Me pongo muy nervioso solo con pensar que voy a ver a Heinrich de nuevo.

—Quédate ahí —le señaló a unos tres metros de distancia—. Aquí está la condenada llave. Jonas la introdujo sin quitarle la vista. Por el contrario, Otto se hacía el desinteresado mirando en derredor mientras prendía el cigarro.

—Ya puedes pasar —le invitó, afectuoso, dando un paso lateral—. Tienes que activar el generador para tener luz en esta zona. Hay una puerta de emergencia que se abre desde dentro —le indicó—. A no ser que se haya marchado, Heinrich estará en la oficina de arriba. Subiendo por las escaleras que están al fondo.

Ambos se examinaron unos segundos cual si fueran dos púgiles sobre el cuadrilátero esperando a que sonara la campana. A Otto no le quedaba otro remedio que dar el primer paso, pero no era tomar la iniciativa lo que conllevaba el peligro, sino dar la espalda al contrario.

—Nunca me ha gustado la oscuridad —comentó el policía. En realidad era pánico lo que sentía después de haber sufrido la experiencia de ser enterrado vivo, pero aquel no era momento para mostrar debilidades—. Ahí dentro está más negro que el alma de Caín. ¿O era Abel la oveja negra?

—Caín mató a Abel.

—Vale, vale. ¿Y dónde dices que está ese dichoso generador?

—Nada más entrar a la derecha junto a una columna —le indicó haciendo un movimiento con la mano—. Yo os espero en el coche. No tardéis, por favor, dejad vuestras cosas para más tarde.

Y, de nuevo, durante unas décimas de segundo —lo que tardó el cigarro en recorrer la distancia desde su mano hasta el suelo—, Otto

dudó de que ese hombre fuera un depredador despiadado. Puede que se debiera a que deseaba que la historia que le había contado fuese cierta y que de verdad hubiera dado cobijo a Heinrich. En su fuero interno deseaba que al activar el generador se encendiera la luz, subiera las escaleras hasta la oficina y lo encontrara allí sano y salvo. Sin embargo, al cruzarse con él detectó un fugaz destello de vileza en sus ojos que le hizo aguzar al máximo sus sentidos. Primero fue el olfato el que detectó un olor acre impregnando aquella atmósfera que no incitaba al optimismo. No obstante, fue otro, concretamente el oído, el que le hizo tomar la primera determinación en cuanto reconoció el chasquido que emitió la palanca del seguro. Encontrándose su sistema nervioso en estado de alerta máxima, redujo el tiempo de reacción y antes de que Jonas venciera la resistencia del gatillo, Otto ya había retirado la cabeza del lugar que ocupaba en el espacio. Sin margen para más cavilaciones, el inspector jefe de la Kripo lo apostó todo a la combinación entre la velocidad de movimientos, la falta de visibilidad y el azar. De esta forma, rotando sobre su hombro por el suelo y avanzando en varias direcciones consiguió ir ganando distancia respecto del tirador aunque ello implicara adentrarse en la tenebrosa oscuridad.

Las detonaciones, amplificadas por el efecto reverberante de las paredes, se sucedían una tras otra sin que ello alterara un ápice su estrategia: rodar y rodar.

Alejarse.

Rodar y rodar.

Alejarse.

Rodar y rodar.

Alejarse.

Otro sonido agudo y seco —el que emite el percutor al no encontrar proyectil que golpear— repetido en tres ocasiones le hizo ponerse en cuclillas y avanzar en zigzag con las manos por delante por si se encontraba con algún obstáculo. Se estaba preguntando si Jonas habría traído más cartuchos cuando se topó con una superficie rugosa vertical. Acto seguido oyó su voz.

—¡Muy ágil, Otto, te felicito! ¡Claro que sí, enhorabuena, camarada, enhorabuena! —gritó. La irritación presente en su voz era más que evidente—. ¡¿Sabes qué?!

La pregunta quedó sin respuesta. Otto, agazapado contra lo que supuestamente era una pared, deseó que su corazón emitiera un latido más discreto.

—Nadie sabe que estás aquí y los que levantaron estas naves se aseguraron solo de una cosa: que no pudieran asaltarlas. Son un auténtico fortín, y la cerradura, mi querido amigo, imposible de forzar. ¡Morirás de sed en tres días!

Luego soltó una carcajada, aunque esta era más fruto de la frustración que de la alegría.

—Pero ¡si te sientes muy sediento también puedes beberte su sangre y reconciliarte con tu Creador! «Y sobre sus cuernos hará Aarón expiación una vez en el año con la sangre de la reconciliación por el pecado» —vociferó.

La siguiente secuencia acústica la protagonizaron el chirriar de la puerta, el tintineo del manajo de llaves y el ruido de los pernos de la cerradura. Aun así, Otto no recobró el aliento hasta que escuchó el sonido del motor y el crujido de la gravilla bajo los neumáticos. No sabía cómo, pero había vuelto a dar esquinazo a la muerte a pesar de que todavía detectara su funesta presencia a través del olfato. La coyuntura, por tanto, le invitaba con mucha más fuerza a la preocupación que a las celebraciones, por lo que Otto se dispuso a atender el primero de los requerimientos que le lanzaba su cerebro: combatir la oscuridad. Al mismo tiempo debía comunicarse con Birgit, pero al apretar el pulsador que tenía en el bolsillo de la cazadora y dirigir la voz hacia el transmisor se percató de que algo fallaba. Este último componente del equipo no estaba y enseguida dedujo que se habría desprendido de la ropa en alguna de sus piruetas. No le quedó otra que sacar el encendedor y recorrer casi a tientas el perímetro del local escupiendo blasfemias sin perder contacto con la pared, sabiendo que tarde o temprano llegaría hasta la puerta. Desde allí, muy mal se le tenía que dar para no encontrar el condenado generador primero y el maldito transmisor después. Al empezar a moverse se generó un parte de daños preliminar donde

se destacaba la ausencia de lesiones de gravedad. Lo único reseñable eran las molestias en ambas rodillas por contusiones y un dolor agudo localizado en la parte posterior del hombro derecho, todo como consecuencia de la técnica de supervivencia elegida. Entre tinieblas pudo detectar la columna y a sus pies un volumen rectangular. Otto se agachó para dejarse guiar por sus manos y, aunque invirtió más tiempo de lo que hubiera querido en encontrar el interruptor, al accionarlo se sintió aliviado. Un estallido luminoso le obligó a bajar la cabeza y cubrirse los ojos con las manos mientras sus pupilas se adaptaban a las nuevas condiciones. La siguiente demanda tenía por objeto ubicarse, para lo cual se irguió comprobando que el espacio diáfano era bastante más reducido de lo que había dibujado en su mente. En ese primer recorrido visual advirtió algo en la parte opuesta. Algo fuera de lugar que requería más atención.

Una singularidad.

Otto se aproximó despacio, vacilante, como si estuviera escuchando una voz en su interior tratando de convencerlo de que aquella iniciativa no era buena idea.

Un colchón en el suelo.

Algo sobre el colchón.

Algo no; alguien.

Una premonición aciaga.

Un anhelo desesperado.

Negación.

Negación.

Negación.

Un alarido desgarrador.

Aflicción.

Calles del distrito de Mitte

La llamada —esa que confiaba en no recibir aquella noche— se había producido hacía menos de un cuarto de hora. Con la voz tomada por la turbación o quizá por el miedo, Birgit le había tratado

de explicar que acababa de escuchar a Otto por el equipo de transmisión. Lo único que sabía es que estaba hablando con alguien y mencionaba un lugar.

Montados ahora en el coche patrulla asignado a la sargento, ella le ampliaba la información al ruso, pero, ante todo, trataba de clarificarla atenazada por la incertidumbre.

—Los antiguos almacenes militares de Elsengrund, eso fue lo que entendí.

—Me quiere sonar, pero...

—Solo los que hemos nacido en Berlín sabemos dónde están. Estoy convencida de que Otto activó el pulsador para que yo lo oyera. Intenté contactar con él de inmediato pero no he obtenido respuesta. ¡Maldita sea, Viktor! ¡¿Es que va a ser así toda la vida?!

Este no supo qué contestar. No le faltaba razón. Pocos meses atrás los dos se habían visto envueltos en una situación similar, buscando desesperadamente a Viktor, temiéndose lo peor.

—De verdad que yo no puedo más —prosiguió—. He tenido que llamar a una compañera que vive cerca para que viniera a casa y se quedara con los niños, que los tenía ya acostados; pero lo que me mata, lo que me pudre por dentro, es no tener ni la más remota idea de qué demonios le ha podido suceder a Otto. Estaba con alguien, de eso estoy segura.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Se oía una voz de fondo y, por la tarde, lo último que me contó y esto todavía no te lo he dicho, era que lo había visto entrar en su casa.

—¡¿Reconoció a Jonas y no me avisasteis?!

—Otto me dijo que tenías una charla importante con Erika y que no te molestara a no ser que se pusiera en movimiento.

Al ruso no le quedó otra que envainar la espada. La conversación había resultado muy productiva y cuando Birgit lo llamó y él la puso al corriente de todo, Erika se ofreció a acompañarlos. Fue Viktor quien la convenció para que no se involucrara. Había demasiado en juego, y, sospechando que la noche fuera a dilatarse, se despidió de ella hasta el día siguiente con un caluroso beso.

—Otto no iba armado, ¿verdad?

—No, que yo sepa. Acordamos que se limitaría a vigilarlo y a avisarnos si se dirigía a algún lugar.

Birgit masculló algo entre dientes al tiempo que reducía una marcha para doblar a la izquierda y enfilarse por Mahlsdorferstrasse.

—¿Qué crees que nos vamos a encontrar? —preguntó ella.

Viktor no contestó de inmediato.

—Durante el período de adiestramiento, nuestro instructor insistía mucho en cómo debíamos afrontar situaciones como esta, y lo primero que había que evitar a toda costa era elaborar hipótesis cuando la información resultaba insuficiente, como es el caso. Una suposición nos predispone a un tipo de comportamiento que, por norma, no se suele corresponder con lo que nos vamos a enfrentar. Por lo tanto, lo mejor es vaciar la mente y actuar de acuerdo con los acontecimientos.

—Joder, Viktor, debería bajarte del coche ahora mismo. ¿Qué coño has querido decir con eso?

—Que no hay que preocuparse por lo que no sabemos, sino ocuparse de lo que nos encontremos.

—Muy bien, perfecto —juzgó malhumorada—. ¡¿Y si nos encontramos a Otto muerto?!

—Nos ocuparemos de atrapar a ese cabrón y de que se arrepienta de haberse cruzado en nuestro camino. Eso haremos.

Birgit Bauer movió la cabeza como si pretendiera que esas palabras fueran a parar a una parte concreta de su cerebro.

—Pensar así me alivia.

—La venganza siempre alivia —sentenció el del KGB.

—Los almacenes deberían estar ahí abajo —señaló—, pero no recuerdo bien cómo se accedía.

—Ve más despacio. Tiene que haber una carretera para descender la loma.

—¿Podría ser eso? —le indicó.

—Podría ser... ¡Frena!

—¿Qué pasa?

—¡Para!

El dedo índice del ruso era la prolongación del haz de luz que proyectaban los faros.

—Hay huellas de neumáticos recientes, ¿las ves?

—Las veo.

—Por una vez me alegro de que haya llovido tanto.

Dicho lo cual introdujo la mano por debajo de la chaqueta y sacó la Makarov PM de la sobaquera. Sin quitar el seguro, tiró hacia atrás de la corredera para introducir uno de los cartuchos en la recámara. Luego acompañó el martillo con el pulgar hasta su posición original y tomó aire por la nariz.

—Ahí están —anunció Birgit.

El perfil rectilíneo de las naves apenas se distinguía de un entorno ennegrecido, casi opaco.

—Este es un buen lugar para tener a alguien encerrado —observó el del KGB conforme avanzaban—. Apartado, nada acogedor, ni siquiera para borrachos, o parejas sin techo.

—Las marcas van en esa dirección.

Birgit notó que su saliva contraía un sabor acerbo, como si estuviera a punto de entrar en un estado febril.

—O mucho me equivoco o las marcas van a ir a morir a esa nave de ahí. La de la puerta oxidada —concretó.

Ella detuvo el coche. Ambos descendieron casi al unísono y se aproximaron con cautela.

—No se escucha ni un ruido —apreció ella en voz queda al tiempo que examinaba la cerradura. Él, sin embargo, tenía la mirada puesta en la parte inferior, concretamente en la rendija.

—¿Puedes apagar los faros? —le pidió él.

Cuando lo hizo, apareció una delgada línea amarillenta que enmarcaba a duras penas el contorno de la puerta.

—Ahí dentro hay luz —aseguró Viktor.

Birgit regresó empuñando su arma reglamentaria con intención de disparar a la puerta.

—No te servirá de nada con este tipo de cerraduras. Las fabricaba el ejército soviético para sus arsenales. Llevan una carcasa antibalas.

—¿Entonces?!

Viktor examinó el perímetro.

—La carpintería metálica está completamente oxidada. Dime que tienes una palanca en ese maletero.

—Tengo, sí, pero... ¿qué pretendes?

—Desencajarla.

A falta de un martillo se valió de una piedra de buen tamaño para golpear la palanca e introducir la cabeza de la herramienta entre el dintel y la jamba inferior. Turnándose para hacer fuerza lograron que crujiera el ya deteriorado metal hasta que la pieza cedió.

—Lo mismo con la de arriba —se anticipó él.

Esta opuso algo más de resistencia, pero terminó cediendo ante aquel ímpetu combinado.

—Ahora tengo que levantarla un poco de abajo para sacarla del marco. Cuando lo consiga, empújala. Luego la separo de la cerradura y listo.

—¿Esto también os lo enseñan en el KGB?

—No, esto te lo enseña la vida misma si te toca crecer en Filimonkovskoye. ¡A la de tres! —dijo doblando el espinazo.

Instantes después la puerta caía a plomo contra el suelo provocando un gran estruendo. Sin verbalizarlo, ambos sacaron sus armas y adoptaron sendas posturas de disparo. El hedor que huía de aquel espacio los golpeó en la cara.

—¡Al fondo! —advirtió ella tapándose la nariz con el antebrazo—. Hay alguien al fondo que está de rodillas.

—Sí, ya lo veo.

—Cúbreme.

—¡No muevas un músculo! —vociferó él mientras Birgit se acercaba sin dejar de apuntar. El desconocido giró la cabeza.

—¡Dios Santo, eres tú! —se le escuchó decir a ella, que se encontraba a menos de diez metros—. ¡¿Otto, estás bien?!

Todo indicaba que no, que estaba muy lejos de encontrarse medio bien. Este se incorporó muy despacio, inexpresivo, como si no hubiera nada ocupando ese cuerpo. Permitted que Birgit lo abrazara y, con los ojos huecos, señaló el cuerpo que yacía a sus pies con la cabeza cubierta por su cazadora negra de cuero, imitación de Perfecto. Algo más tarde acertó a balbucear el nombre que nadie quería escuchar.

—Lo siento. Lo siento muchísimo, Otto.

Llegaba Viktor sin necesidad alguna de hacer preguntas.

—Yo me bajo aquí —dijo Otto.

Luego bajó la cabeza y se encaminó hacia el exterior bajo la titubeante mirada de Birgit, que no sabía cómo reaccionar.

Fuera volvía a llover.

Apartamento de Florian Klein

Introdujo la mano en el agua para comprobar si la temperatura del agua estaba a su gusto antes de desnudarse. Dio media vuelta más a la manija del grifo de agua fría y se quedó observando fijamente cómo el chorro caía justo en el cráter de un volcán de espuma, cual si quisiera que sus pensamientos fueran a parar ahí dentro.

Antes, cuando tenía su vida bajo control, lo hacía al menos una vez por semana. Pero tan endemoniado era el ritmo de vida que llevaba los últimos meses, que no recordaba la última ocasión que se había permitido el lujo de disfrutar de un baño caliente. Esa noche se daban las circunstancias propicias para hacerlo: fuera hacía un tiempo de perros que, desde luego y aun siendo viernes noche, no invitaba a pensar en otras alternativas nocturnas. Además, su cabeza le pedía unos momentos de desconexión tras una dilatada y estresante jornada de trabajo durante la cual, a pesar de que lo había intentado con denuedo, no había conseguido desprenderse de la sensación de estar caminando por una cuerda floja. Su organismo necesitaba relajarse, liberar la tensión física acumulada a lo largo de los últimos días.

La decisión ya la había tomado, y, aunque era muy consciente del riesgo que estaba asumiendo, merecía la pena. Por supuesto que sí. Se veía viviendo en París o en Londres en un plazo máximo de tres meses, pero ello dependía de cómo jugara la carta a la que había decidido apostar todo. Erika Eisemberg era el naipe que le faltaba para armar una escalera de color con la que pensaba ganar la partida a Boris Kliuka, al Cuervo y al mismísimo Erich Mielke. En realidad le importaba muy poco si ella lograba o no proporcionarle

información referente a Werner Wögler —en tres días era casi imposible que lo consiguiera—. Lo único relevante, toda vez que la había desenmascarado, era tenerla bajo control y ofrecérsela a la CIA como moneda de cambio para obtener su salvoconducto a Occidente. Al día siguiente tenía planificado apretarle las tuercas un poco más. Personarse en Normannenstrasse y encontrar la forma de ponerla en un compromiso. Hasta cierto punto la compadecía y admiraba a partes iguales, porque no quería ni imaginarse lo que suponía convivir a diario con un activo del KGB y depender al mismo tiempo de Markus Wolf.

Klein comprobó que el agua estaba templada y se dispuso a quitarse la ropa. Con sumo cuidado, la fue colocando bien doblada sobre un taburete y se miró al espejo. No era el suyo un cuerpo de Adonis —le faltaba algo de tonificación muscular y perder el par de kilos que había acumulado en la cintura—, pero todavía conservaba el atractivo al que tanto provecho había sacado durante su adolescencia. Un estímulo atávico le invitó a agarrarse los testículos como preludio de ese doble propósito que le había llevado a llenar la bañera: desconectar la mente y liberar la tensión. A continuación se fue metiendo de un modo gradual en la bañera con el propósito de facilitar la adaptación al cambio de temperatura. Arrojado por la tibieza del agua, permaneció unos minutos inmóvil con la mirada fija en el techo a la vez que decidía quién iba a protagonizar su delirio onanista. La primera candidata era Irina. Había valorado, incluso, llamarla para que viniera a su casa como hacía otras veces, pero, si pretendía sacar el máximo partido de la visita —y de los sesenta marcos que le cobraba— necesitaba disponer de una energía que esa noche le faltaba. Le salía más a cuenta reproducir alguna de las muchas escenas que había compartido con ella, como aquella en la que terminó yendo a urgencias para que le cosieran el frenillo. Rememorarle tuvo un efecto positivo e inmediato localizado en sus cuerpos cavernosos, pero aquel inesperado y sanguinolento final le hizo buscar otra aspirante. Las enormes tetas de Gloria Beck le ponían muy cachondo. Ya había recurrido a ellas en más ocasiones. Tal era su volumen que no había uniforme que diera cobijo a sus senos. La teniente además siempre se había mostrado muy fría con

él, actitud que no hacía sino incrementar las ganas de vaciarse encima de ella. Imaginársela en un plano contrapicado gimiendo desesperada mientras le cabalgaba sin delicadeza estuvo a punto de hacerle eyacular. Tenía que aflojar un poco para disfrutar algunos minutos más. Entonces, quizá por asociación de ideas o tal vez fuera por que la tenía muy presente en sus pensamientos, se le apareció el rostro de Erika Eisemberg. No reunía las características que más le gustaban en una mujer, pero el hecho de tenerla a su merced le hizo tomar una drástica resolución: primero se la follaría por detrás y luego se correría en su cara. Visualizarlo le provocó un escalofrío y, de forma involuntaria, aumentó la presión manual que ejercía sobre el miembro al tiempo que elevaba la cadera por encima del agua. Al incrementar el ritmo se le escapó un gemido, señal inequívoca de que estaba acercándose al orgasmo. Y sin duda lo habría alcanzado de no ser por un sonido inesperado que le hizo detenerse en seco, abrir los ojos y girar la cabeza hacia la puerta, todo ello sin perder contacto con su virilidad.

Durante los dos segundos que transcurrieron desde que reconoció las facciones de la persona que sostenía la pistola hasta que la bala le salió por el parietal izquierdo, Florian Klein no supo discernir si aquella presencia era parte de una ensoñación o pertenecía a la realidad. Lástima que no llegara a ver los pedacitos de masa encefálica que quedaron adheridos a la pared porque ello podría haberle ayudado a dilucidar la cuestión.

ALGO VERDADERO

*Residencia de Viktor Lavrov y Erika Eisemberg
Rosenstrasse, 2. Berlín Oriental (RDA)
4 de julio de 1981*

Al salir al exterior había tanta claridad que Viktor Lavrov permaneció unos segundos inmóvil como si necesitara adaptarse a las nuevas condiciones atmosféricas. Hacía días que Berlín no amanecía con los cielos tan limpios y azules, lo cual le hizo desear que fuera domingo y no tuviera que ir a Normannenstrasse. Sin embargo, su subconsciente, más aferrado a la cotidianidad que él, le hizo enfundarse su único traje, uno de lana gris de tres piezas, y su corbata más formal.

Tal y como había predicho, la noche anterior se alargó en exceso. No fue una decisión sencilla por las implicaciones que podría tener, pero al final decidió esperar con Birgit a que llegara una dotación de la Kriminalpolizei al lugar de los hechos. Allí permanecieron dando explicaciones a unos y a otros hasta que se personó el juez y se hizo cargo del asunto. Mucho antes de eso, Otto se había marchado a pie sin añadir una coma a aquel impreciso pero contundente: «Yo me bajo aquí» con el que se despidió. Ni siquiera su hermanastra se vio en disposición de intentar retenerlo. Llegar a casa y encontrarse a Erika durmiendo plácidamente le ayudó a relativizar la dramática tesitura en la que se encontraba. Era como si hubiera pisado una mina de contacto y fuera consciente de que al levantar el pie saltaría por los aires.

Porque cuando se atisba el final del túnel, el trayecto gana importancia.

Le estaba costando recordar dónde había aparcado el Trabant Kübel, señal inequívoca de que tenía la cabeza demasiado ocupada como para dejar espacio a trivialidades, y fue gracias a la casualidad que terminara encontrándolo al doblar la esquina. Apenas introdujo la llave en el contacto, se estremeció al percibir el movimiento que se produjo a su derecha.

Una retahíla de injurias en su lengua materna le ayudaron a sobrellevarlo.

—Buenos días, camarada comandante —le saludó el intruso en su mismo idioma—. Lamento haberle asustado.

Mentía, por supuesto. El general Kokorin estaba en las antípodas de lamentarlo.

—Conduzca.

Viktor metió primera y aceleró.

—¿Recuerda lo que le dije en aquella primera conversación que mantuvimos usted y yo en las dependencias del Primer Directorio sobre el mayor peligro que cualquier servicio secreto debía evitar a toda costa?

Este hizo memoria.

—Dejar de ser secreto.

El otro asintió varias veces al tiempo que se miraba la suela de los zapatos como si quisiera cerciorarse de que no hubiera pisado un excremento.

—Pasar desapercibidos debe ser una premisa inherente al oficio tanto de puertas adentro como de puertas afuera. Que durante la madrugada yo reciba la llamada de nuestro embajador porque su homónimo alemán quiera verlo no ayuda. No, para nada —se refrendó a sí mismo—. Que aparezca muerto un ciudadano ruso con visado especial es altamente indiscreto.

Viktor giró la cabeza para comprobar que el semblante del responsable de la Oficina S en Berlín no se correspondía con esa expresión hierática de apariencia neutral.

—Me temo que no sé de qué me habla, camarada general.

—Ya. Por eso estoy aquí. Si le digo que su nombre era Yevgueni Tursúnov y que estaba adscrito al personal de seguridad de la embajada, estoy convencido de que no sabrá de quién le estoy hablando. Usted lo conocía como Sasha.

—¿Sasha, nuestro Sasha?

—Nuestro Sasha —confirmó—. Lo han encontrado cerca de las siete de la mañana flotando en el Spree a la altura de la Isla de los Museos.

Viktor aceleró para no detenerse en el semáforo.

—¡Mierda...! ¡Mierda, joder!

—Mucha. Demasiada. A la espera de los resultados que nos ofrezca la autopsia, todo apunta a que murió ahogado.

—Ahogado, ya.

—Seguramente le encuentren un buen porcentaje de alcohol en la sangre y las autoridades alemanas le darán carpetazo al asunto como un desgraciado accidente de un ruso borracho. Fíjese qué caprichoso es el destino. A Sasha le acababan de conceder el traslado a El Salvador para dar soporte logístico a las fuerzas revolucionarias cuyas siglas no soy capaz de recordar. Que no les falte de nada a los campesinos en su lucha armada contra el imperialismo, ya sabe.

—Sí, ya sé.

—Llevaba años buscando un cambio de aires, pero, sobre todo, un cargo más tranquilo que el que ocupaba aquí. Bueno, más tranquilo *a priori*, porque en El Salvador va a empezar a correr la sangre por las calles en breve igual que en Nicaragua o peor. Nunca se sabe lo que le depara a uno el destino, ¿verdad?

—Verdad —convino Viktor—. ¿En qué andaba Sasha metido, si puede saberse?

—Boris Kliuka le había encargado el seguimiento de Norman, un activo que tenemos en la Stasi y del que sospechaba que podría estar jugando en ambos lados del tablero.

—¿Para la CIA?

—Para el Cuervo, más bien.

—¿El Cuervo está en Berlín? Seguimos con las sorpresas...

—Precisamente hace unos días tuvo un encuentro con Kliuka. Suponemos que le han encargado averiguar el paradero de Wögler.

—¿Tan importante es?

—A los hechos me remito. ¿No ha escuchado las noticias de hoy?

—No he tenido la oportunidad.

—El canciller Willy Brandt regresó ayer de la reunión que ha mantenido en Moscú con nuestro secretario general por el asunto del desarme nuclear. Brézhnev se ha referido a él como «el camarada Brandt» y le ha dado su palabra de que no instalará ninguna nueva plataforma de lanzamiento en territorio europeo si la OTAN se compromete a retirar los últimos Pershing 2 y Cruise. Por los pasillos de Lubianka muchos estarán sudando tinta china con tanta camaradería y tantos parabienes que van y vienen, que vienen y van. Una vez, hace ya tiempo, Andrópov me dijo que el KGB era un gran pez que no sabe nadar en aguas tranquilas, por eso, si no están turbulentas, mueve la cola para enturbiarlas. Y ya que lo menciono, no creo que tarde en llamarme para preguntarme por el Ciudadano W y, lo reconozco, no tengo la menor idea de qué le voy a contar esta vez.

—Verá, camarada general...

Kokorin levantó el índice.

—Un segundo, por favor. Aunque no se lo crea, no estoy aquí por esto. Permítame que termine. Norman —retomó.

—El activo de Kliuka.

—Ese.

—Esta madrugada le han volado la tapa de los sesos en su propia casa. En la bañera, para ser más precisos.

El psicólogo se frotó la cara con ambas manos.

—La cosa se va a poner muy fea. Mucho.

—Que no le quepa duda. Como nosotros no hemos sido, debemos pensar en el Cuervo o en alguno de sus hombres y conectarlo con la muerte de Sasha. Alguien se está encargando de eliminar futuros problemas.

—¿A qué departamento pertenecía el tal Norman?

—Puede que usted lo sepa mejor que yo porque se trataba de Florian Klein.

Viktor pisó el freno hasta que el coche se detuvo del todo ocupando uno de los tres carriles de la muy concurrida Frankfurter Strasse.

—¿Florian Klein?! ¡¿Ese maldito estúpido trabajaba para nosotros?!

—Solo yo estaba al corriente de ello, y, como entenderá, no es nuestra costumbre airear los nombres de nuestros confidentes; y menos aún si están tan comprometidos como lo estaba Klein.

—Demasiado, al parecer.

—Al parecer. Conduzca —le conminó haciéndole una indicación con el brazo.

—El muy cabrón me debía dinero —verbalizó—. ¿En qué posición nos deja todo esto, camarada general?

—Eso tendremos que evaluarlo en las próximas horas, pero, sin duda, una comprometida. Lo que sucede es que los pequeños matices en una situación así lo cambian todo.

—No me conteste si no lo considera oportuno, pero... ¿vamos a tomar medidas contra el Cuervo?

Nikolai Kokorin se humedeció los labios y emitió un sonido difícil de interpretar.

—Todavía no dispongo de todos los datos que necesito para tomar una decisión al respecto. Por ejemplo: ¿dónde se encontraba usted entre las diez y las dos de la madrugada?

Al responsable de la Oficina S de Berlín no le pareció necesario compartir con Viktor que, en la conversación que acababa de mantener con Boris Kliuka, le había informado de que Pavel lo había visto entrar en su domicilio a altas horas de la madrugada. Tampoco creyó prudente mencionar que su pareja seguía bajo sospecha y que Kliuka la seguía teniendo en el punto de mira. Viktor, por su parte, puso todo su empeño en no parecer indignado por la pregunta, pero el emblanquecimiento de sus uñas al agarrar con fuerza el volante lo delató.

—Que no considerara a Klein como un amigo no quiere decir que quisiera verlo muerto —alegó con aire distraído.

—Hace tiempo que aprendí que cuanto más despejado está el cielo, más riesgo hay de que uno llegue a su casa empapado. Por

eso de no salir de casa con el paraguas —añadió—. Conteste a la pregunta.

Cuando terminó de relatarle los hechos, el general accionó la manivela para bajar el cristal de la ventanilla como si le faltara el aire.

—Demasiados cadáveres en una sola noche —sintetizó—. ¿Existe alguna posibilidad de que ese tal Kemke se haya cargado a Florian Klein?

—Yo diría que no, pero, de todos modos, hasta que la Kripo no lo encuentre no vamos a poder descartar esa opción de manera definitiva.

Nikolai Kokorin, hombre de reacciones muy medidas y morigeradas costumbres, no pudo contener una carcajada discordante que, muy a su pesar, no tuvo ningún efecto contagioso.

—Esa obsesión suya por descifrar el funcionamiento de la mente criminal le acabará matando —auguró—. Doy por hecho que no puedo disuadirle en el empeño.

—Puede intentarlo, pero...

—Puedo ordenárselo.

—Muy cierto.

De manera repentina, Kokorin centró su atención en el retrovisor.

—¿Nos siguen? —preguntó Viktor al interpretar el gesto.

—No. Es que me he encaprichado de ese modelo nuevo de Skoda, pero tengo la sensación de que es demasiado llamativo para mi edad. Dígame si hay algo que yo deba saber y se me esté escapando.

—Nada, camarada general.

Este se concedió el tiempo que precisaba para medir, inquisitivo, la verosimilitud de la respuesta.

—Muy bien —dijo al cabo—. Resuelva lo que tenga entre manos con la viuda Allendorf, y en cuanto tome la decisión acerca de cómo operar con respecto al Cuervo se lo haré saber.

—A la orden. ¿Le llevo a algún sitio?

—Déjeme en esa esquina —le señaló—, aprovecharé que no llueve para caminar un poco. Y extreme las precauciones, no querría tener que firmar otro traslado de restos mortales.

Cerca de Checkpoint Charlie

Todo lo que tenía que llorar lo había llorado dentro de aquella maldita nave abandonada. Consideraba esa etapa agotada —que no olvidada— y ahora procedía acometer otro tipo de tareas.

Se lo había prometido a Heinrich: «Te juro que cuando logre salir de aquí el que te ha hecho esto lo va a pagar muy caro. Aunque sea lo último que haga», se había conjurado Otto.

Llevaba varias horas muerto. Lo supo en cuanto se arrojó sobre él y la temperatura de su piel le confirmó sus peores presagios. La rigidez cadavérica ya se había apoderado de las extremidades y cuando le agarró la mano le recorrió una sensación hasta entonces inédita. Era como si algo se hubiera vaciado dentro de él, algo invisible que antes llenaba su interior muy a su pesar.

Algo verdadero.

Y, fuera lo que fuese, tan pronto tuvo la certeza de que, en efecto, aquel cuerpo era el de Heinrich y que la vida ya no tenía cabida allí dentro, ese algo verdadero desapareció. Se sentía como si alguien hubiera abierto sin permiso las puertas y las ventanas de su ser y una hercúlea corriente de realidad se hubiera encargado de ventilar su interior. Estando ya hueco fue cuando se animó a examinar el cadáver. Todo parecía indicar que había muerto por exanguinación y que la pérdida de plasma estaba originada en el mismo punto que en las víctimas anteriores. Sin embargo, a falta de una herramienta como era la Pera de la Angustia, aquel desalmado se había valido de una botella de cristal para provocar daños similares, introduciéndola primero en el ano para romperla después. Esos cortes severos le habrían provocado una larga agonía.

Una larga y angustiosa agonía.

Una larga, angustiosa y solitaria agonía.

Imaginárselo sufriendo en soledad, tirado como un despojo, hacía que se le humedecieran los ojos y le temblara el cuerpo. Le hacía débil, vulnerable. Por ello, Otto resolvió que lo conveniente era desterrar esos pensamientos y concentrarse en otros de naturaleza

radicalmente opuesta —aunque todos bebieran del mismo manantial: el dolor—. Se había comprometido con Heinrich a ser ecuánime y proporcionado, pero, para ello, lo primero que debía hacer era encontrar a ese malnacido. También tenía claro que debía hacerlo solo, para no arrastrar con él a Birgit. Así, tras marcharse de la nave con las ideas claras pasó por varios locales con el propósito de ahogar la aflicción en vodka y trazar una ruta en cuyo final no importaba el cuándo y el dónde. Importaba solo el qué: matar a Jonas Kemke, pero por encima de todo el cómo: provocándole el mismo dolor.

Ecuánime y proporcionado.

Lo primero que había hecho en cuanto amaneció fue llamar por teléfono a Birgit para informarle de que se encontraba bien y que necesitaba estar unos días solo. En esa misma conversación ella le había corroborado lo que él ya había supuesto: que el domicilio familiar de los Kemke estaba vacío y que esa mañana no se había presentado en el trabajo. La única buena noticia consistía en que habían hallado el coche de su padre aparcado cerca de la casa y que estaba en perfecto estado a pesar de que los de la Kripo lo habían requisado como parte de la investigación. El siguiente paso había consistido en ponerse en contacto con Rainer, un viejo conocido. Un delincuente de poca monta con el que se había cruzado en varias ocasiones —antojos de la vida— y que había terminado siendo su confidente a cambio de permitirle trapichear sin cruzar los límites. Su negocio eran las drogas, marihuana y pastillas principalmente, pero gracias a sus contactos le podía conseguir en pocas horas lo que Otto necesitaba. Y para hacer la entrega habían quedado allí. La idea era tan disparatada que tenía todo el sentido del mundo. Rainer le había argumentado por teléfono que la zona estaba tan plagada de soldados que casi ningún policía pisaba por allí. Brillante. Fijaron el punto de encuentro en la esquina de Friedrichstrasse con Zimmerstrasse, muy cerca del lugar en el que Peter Fechter fue alcanzado por las balas de las Tropas de Frontera en su fallido intento de cruzar a Berlín Oeste en el año sesenta y dos, convirtiéndose así en la primera víctima mortal del Muro.

—Joder, Otto, tengo clientes enganchados a la heroína con mejor aspecto que tú —le recibió Rainer.

No le faltaba razón. Era la suya una expresión crispada, herrumbrosa, en un rostro ceroso donde las cuencas de los ojos semejaban una gran depresión, y su boca, entreabierta, un siniestro desfiladero.

—He tenido días mejores —comentó, mohíno.

Rainer lo miró de hito en hito.

—Tendrías que cambiarte de ropa. Te van a confundir con un mendigo y ya sabes que en la República Democrática Alemana la pobreza no existe como concepto.

Otto era consciente de que tenía los pantalones ennegrecidos de haberse arrastrado por el suelo de la nave, pero, a la luz del día, era cierto que estaban para tirar. Para colmo, Rainer lucía un atuendo que parecía sacado de una de esas revistas de moda que tanto furor hacían en Occidente.

—Prefiero mi pinta de mendigo que tu aspecto de proxeneta.

—Ya veo que por dentro no has cambiado. He aparcado a la vuelta —le informó este—. Con el margen que me has dado lo único que te he podido conseguir ha sido un Dacia 1300. Con lo otro creo que vas a estar más contento.

—Andando.

De camino Otto se fijaba en las anónimas caras de los transeúntes con los que se cruzaban. En aquel instante le habría gustado cambiarse por cualquiera y vivir sus vidas por muy rutinarias o insulsas que fueran.

—Ya me enteré de lo tuyo —dijo Rainer mirando de reojo la mano izquierda de Otto—. Cuando la caprichosa fortuna se fija en uno, lo mejor es esperar a que se sacie y se cebe con otros desgraciados.

—Para cuando eso ocurra, yo ya estaré bajo tierra.

—Pues sí que estás jodido, sí. Mira, es aquel —le señaló.

—¿El amarillo? Venga, hombre, no me jodas.

—Era este o un Trabi del cincuenta y seis. Es de mi cuñada, así que trátalo bien o te las verás con ella —le advirtió entregándole la llave.

—Amarillo... La madre que te parió, Rainer.

Otto se sentó en el asiento del conductor y esperó a que el otro encontrara el momento para abrir la guantera y sacar el revólver que estaba envuelto en un pañuelo.

—Es un Nagant que perteneció a un capitán del Ejército Rojo —le mostró sin dejar de mirar en derredor—. Como verás, está en perfectas condiciones.

—Lo conozco. Doble acción y siete cartuchos del calibre 7,62 en el tambor. ¿Cuántos me has traído?

—Una caja.

—Bien. Doy por hecho que está limpio.

—Como mi conciencia.

—Tú no tienes de eso.

—Lo que tú digas. Todo por seiscientos ochenta marcos.

—Cuatrocientos.

Rainer bizqueó, resopló y se mordió el interior de los carrillos para poner de manifiesto su ofuscación.

—Venga, Otto..., no empecemos. Sabes lo que cuesta encontrar algo así en el tiempo que me has dado y, además, no te estoy cobrando por el coche.

—Por esta puta chatarra deberías hacerme una rebaja.

—Si te oyera mi cuñada... Seiscientos y no se hable más.

—Vale. Apúntame quinientos.

—No me jodas, hombre, sabes perfectamente que en este negocio no se fía.

—¿Te parece que tengo pinta de llevar quinientos encima? Te los daré, no te preocupes.

—Me preocupo porque, o mucho me equivoco, o estás metido en un lío gordo hasta el cuello.

—Si algo me sucediera, puedes quedarte con mi cazadora, que siempre te ha encantado.

—Pero ¡si se nota a la legua que es una imitación de veinte marcos! Más te vale que no te maten o te juro por lo más sagrado que iré a mearte a la tumba —le dijo abriendo la puerta para bajarse.

—¡Eh, Rainer! —le llamó Otto asomando la cabeza por la ventanilla—. ¡Te debo una!

—No cabrón, no; me debes quinientos.

Ministerio para la Seguridad del Estado

Klein, Sasha, Kemke.

Kemke, Sasha, Klein.

El orden de los factores no alteraba el producto. El alterado era él.

Avanzaba por el pasillo deseando no llegar a su destino jamás. No fue necesario. Los malos presagios venían a su encuentro, confirmados en el demudado rictus de la sargento Kunkel.

—Buenos días, camarada comandante Lavrov. El presidente Mielke le espera en su despacho —le desveló sin más preámbulos.

Se estaba arreglando innecesariamente el nudo de la corbata cuando percibió un destello en los ojos de su asistente.

—Diga lo que tenga que decir, sargento.

Ella desvió la mirada unos segundos, avergonzada, y luego apretó los labios.

—Ha venido a buscarle en persona y... En fin, no suele ser lo habitual, ya sabe.

—Sí, ya sé.

—Parecía muy enojado.

—Que esté enfadada una persona no es lo preocupante, lo preocupante es que tenga motivos para estarlo.

—En este caso, permítame que le diga, camarada comandante, que yo diría que sí los tiene —juzgó sabedora, al igual que todo el edificio, de la muerte de Klein.

—Sí, eso parece —confirmó.

Tamborileaba Erich Mielke durante la dilatada explicación de Viktor Lavrov sin quitarle la vista de encima, calibrando su interior en busca de algún punto débil. Su ensayada pose plenipotenciaria carecía de fallas, pero no era eso, sino la soslayada presencia de Wolf, lo que le estaba provocando cierto desasosiego. El jefe del HVA, indiferente tras sus enormes gafas de montura de concha de tortuga, aparentaba estar por encima del bien y del mal, como si acabara de hacer las paces con Dios.

O sellar un pacto con el diablo.

Para hacer creíble su versión, Viktor había empezado reconociendo que acababa de ser informado de ambos asuntos a través de su superior en el KGB. Nada había dicho el ministro referente a la aparición de un cadáver de un homosexual ni había mencionado a Jonas Kemke, por lo que Viktor resolvió con buen criterio no abrir nuevos frentes de batalla.

—De una forma u otra, las muertes de Yevgueni Tursúnov y Florian Klein tienen que estar relacionadas —opinaba el psicólogo—. No creo en absoluto que la coincidencia temporal sea fruto del azar.

—Damos por hecho que Tursúnov pertenecía al Centro y que sus responsabilidades iban más allá de velar por la seguridad de la embajada —intervino Wolf, irónico, usando un tono casi humorístico—. No le vamos a pedir que nos dé más especificaciones, pero sí que nos diga si se puede establecer algún tipo de vínculo entre ambos.

—No, que nosotros sepamos —aseguró con rotundidad—. Sin embargo, creemos que puede existir un nexo de unión externo.

Viktor dejó que las palabras maceraran en el aire antes de exprimir el ingrediente principal.

—¿Han oído hablar del Cuervo?

—No nos tome por estúpidos, camarada comandante —se molestó Wolf.

—Deja que termine —le reprendió Mielke.

—La CIA lo ha enviado a Berlín, aunque no sabemos con qué propósito.

El número uno de la Stasi miró a su mano derecha con la intención de leer en sus ojos si estaba o no al corriente de aquello. Este entrecruzó los dedos de las manos construyendo una suerte de plataforma donde apoyar la barbilla.

Sonreía.

—Le han encomendado la misma misión que a usted: averiguar el paradero del Ciudadano W —disparó el del HVA.

Viktor recibió el impacto en el pecho, pero se mantuvo firme antes de empezar con su explicación.

—Nuestra hipótesis más plausible tiene que ver con que Florian Klein estuviera trabajando para los norteamericanos. A Tursúnov se le había encomendado la misión de encontrar pruebas que lo corroboraran y, habida cuenta del desenlace, debemos pensar que lo logró y que ello forzó al Cuervo a tapar el agujero de la misma forma que lo hubiéramos hecho nosotros o ustedes: abriéndole otro en la cabeza.

Los alemanes intercambiaron gestos y mohínes imposibles de interpretar, pero que, desde luego, no contenían sorpresa. Mielke tomó la palabra.

—Hace tiempo que lo estábamos investigando. Su despreñada y licenciosa forma de vida hizo sonar las alarmas, pero necesitábamos saber qué servicio secreto estaba pagando sus vicios.

—¿¡Me está diciendo que valoraban la posibilidad de que trabajara para el KGB!? —teatralizó evitando pronunciar el término «nosotros».

Erich Mielke golpeó la mesa con los nudillos.

—¡Le voy a pedir que no se le ocurra insultar nuestra inteligencia! No sería el primero ni el último.

Tocaba cerrar el pico.

—Vamos a llegar al fondo de este asunto y, si realmente Klein trabajaba para la CIA, tenemos que averiguar qué tipo de información les pasaba, porque lo cierto, y esto es lo único que me tranquiliza, es que ese maldito hijo de su madre no tenía acceso a material sensible.

Mielke se expresaba con sosiego, como si quisiera recrearse en la pronunciación de unas palabras elegidas de manera magistral por su intelecto.

—Ustedes dos van a trabajar por separado, pero bajo el compromiso de compartir los avances que se realicen, sean de la naturaleza que sean y vengan de donde vengan. En cuanto a lo de Wögler..., nosotros nos retiramos —le dijo a Wolf—. Quiero que dedique todos los recursos que el Estado ha puesto a su disposición a resolver este escándalo. ¿He sido lo suficientemente claro? —les preguntó a ambos.

Ninguno contestó. Ni falta que hacía.

—Ahora, pónganse a trabajar. Tengo que devolver las llamadas del presidente Honecker, y no es un hombre acostumbrado a esperar. Ya no sé qué milonga contarle, maldita sea —comentó para sí—. ¡¿Algo más?! —quiso saber al comprobar que ninguno hacía el ademán de levantarse.

—En realidad sí, camarada ministro.

Este fulminó con la mirada al ruso de la cara picada.

—Jonas Kemke.

Cuando Viktor Lavrov terminó de narrarle los últimos acontecimientos, Erich Mielke se encontraba de pie, con la vista puesta en el escudo de la organización que llevaba dirigiendo con extrema pulcritud desde 1957.

—En lo que a mí respecta, y estoy del todo convencido de que el camarada ministro del Interior Dickel estará de acuerdo conmigo, el caso está resuelto y nada de lo que pueda ocurrir en adelante va a cambiar una coma de ese expediente. Desconozco hasta qué punto está usted interesado en remover la mierda, pero le certifico que no va a salpicar a nadie de este ministerio y mucho menos del partido. Es más, ni siquiera estoy interesado en conocer el desenlace. No, no me interesa lo más mínimo —refrendó antes de volver a tomar asiento—. Por lo tanto, le voy a pedir que no se le ocurra volver a pronunciar en mi presencia una sola palabra que esté relacionada con ello.

—Entendido, camarada ministro Mielke. Simplemente di por hecho que querría saberlo.

—Pues me interpretó mal. Aprenda del camarada teniente general Wolf, aquí presente, que solo me informa de lo que me interesa cuando le conviene a él —dijo alargando el brazo para alcanzar el teléfono de sobremesa.

El psicólogo no supo discernir si aquello había sido un halago o una reprimenda.

—Buenos días.

Bosque de Dresde

—¿Todavía falta mucho, papá? —preguntó Elisabeth. Adalia, sentada entre sus hermanos, reaccionó presta golpeándola suavemente con el codo.

—Ya no queda mucho —informó Kristen desde el asiento del copiloto sin dejar de acunar a Liese a pesar de que llevaba dormida más de una hora. Jonas, sumido por completo en sus pensamientos, era ajeno a lo que acontecía en el interior de su Lada 2101.

Su intuición los había salvado. Si no se hubiera dejado guiar por esa voz que le decía que tenía que desaparecer, ahora estaría entre rejas. O muerto. No podía ser consecuencia sino de la voluntad de Dios. Así lo había dispuesto Él, y, aunque aún no era capaz de comprender el propósito, estaba convencido de que se trataba de otra prueba. Un reto más. Una nueva oportunidad de mostrarle al Creador y demostrarse a sí mismo de qué pasta estaba hecho. Resistir para seguir combatiendo. Porque retirarse no era lo mismo que rendirse. En absoluto. No pensaba comportarse como Saúl, rey de Israel, cuya necedad y obstinación terminó por arrastrar a su pueblo a la derrota contra los filisteos y a sus tres hijos a la muerte. Hay que saber cuándo dar la cara y cuándo replegarse. Él nunca cargaría con una derrota como la del monte Gilboa, por ello prefirió ser precavido y poner a salvo a su familia. La siguiente decisión a la que debía enfrentarse, precisamente, tenía que ver con ellos. La coyuntura había cambiado por completo y era consciente de que tendría que tomar una complicada determinación al respecto si es que pretendía, como era el caso, proseguir con su cometido.

Sin necesidad de dar muchas explicaciones a Kristen más allá de un «te lo explicaré cuando llegue el momento», metieron lo que buenamente pudieron en las maletas, despertaron a los niños y salieron de allí picando espuelas. Se lo había confirmado su vecina de abajo, Frau Wagenknecht, a quien había telefoneado desde el hostel de mala muerte cerca de Bersteland en el que tuvieron que pasar la noche: «Hay Vopos por todo el edificio. Han entrado dando gritos y nos han obligado a todos a permanecer en nuestras casas sin asomar el hocico» —le contó alterada—. Con eso le bastó para

saber que había tomado la decisión correcta, pero aprovechó los dos marcos que introdujo en la cabina para mencionar que se habían marchado a pasar el verano a la casa de un familiar de Prerow, en la costa del Báltico, el destino turístico más concurrido de la RDA.

Y que lo buscaran allí.

No tenía forma de averiguar cómo, pero era evidente que aquel lisiado hijo del diablo había logrado salir de la nave y avisar a la policía. Tampoco sabía cómo había sido capaz de esquivar las balas. Sin duda el condenado debía de tener entrenamiento militar por el modo en el que había reaccionado para conseguir desaparecer en la oscuridad mientras él vaciaba el cargador. No saber si Heinrich había sobrevivido también le carcomía; sin embargo, lo que ahora urgía era poner a salvo a su familia y concederse un tiempo para la reflexión antes de dar el siguiente paso. El abanico de opciones tampoco era demasiado amplio. En realidad, dadas las circunstancias, solo tenía una alternativa posible: empezar de nuevo en otro lugar. Posiblemente fuera de Alemania. Había escuchado que en Polonia, Hungría y Checoslovaquia estaban surgiendo muchas oportunidades de trabajo y la única dificultad consistía en cruzar la frontera. Pero ya encontraría la forma de hacerlo. El dinero en efectivo que llevaba encima le otorgaba el margen que necesitaba para sobornos y para poder vivir sin apuros los primeros meses. Tenía que dejar que se enfriaran las cosas durante un tiempo y para ello necesitaba un refugio como ese al que se dirigía. Más de seis mil hectáreas de frondosidad eran demasiadas como para que dieran con ellos.

—No sé cómo tienes la capacidad de recordar el camino —comentó Kristen en tono adulator—. En cuanto hemos dejado Radeberger Landstrasse ya me he perdido.

—No me distraigas ahora, no quiero equivocarme.

—Disculpa.

Jonas se había aprendido el camino gracias al método que le había enseñado su tío para no equivocarse. Una vez que dejaba atrás el cruce con la carretera que unía Ullersdorf y Langebrücker, la secuencia era: izquierda, recto, izquierda, derecha, y esta se repetía

dos veces hasta que dejaba atrás el gran robledal. Luego solo tenía que seguirla invirtiendo el orden y cambiar el último izquierda por derecha para llegar al embalse, rodeado este por una legión de alisos negros que, esbeltos y sésiles, parecían proteger aquellas aguas de los foráneos. Justo allí, donde moría aquel sendero forestal, nacía otro más sinuoso y escarpado que ascendía hasta la cabaña, otrora vivienda del guardia y que su difunto tío había adquirido legalmente cuando este se jubiló. Muchos fueron los fines de semana que pasó entre esas cuatro paredes, exprimiendo al máximo las jornadas espirituales que Ruslan organizaba con otros chicos de su edad. Allí fue la primera vez que sintió su presencia, la primera vez que comprendió el motivo, la primera vez que se sintió protegido.

—¡Hemos llegado! —anunció Jonas con cierto entusiasmo que apenas tuvo repercusión entre los suyos.

Patrik fue el único que se atrevió a verbalizar lo que todos estaban pensando.

—Papá, ¿qué hacemos aquí?

Jonas se giró esforzándose en modular un tono cordial.

—«Solo en Dios halla descanso mi alma; de él viene mi salvación».

Domicilio de los Kemke

Si aquel viejo profesor de la academia encargado de impartir clases de procedimiento de registro domiciliario —y de cuyo nombre no quería acordarse— hubiera pisado ese escenario, habría sufrido una parálisis cerebral con total seguridad.

Le había resultado muy sencillo colarse dentro, pero, tal y como sospechaba, su incursión iba a resultar infructuosa tras el paso del equipo de la Kripa asignado aleatoriamente por el inepto del comisario principal Schoenberg. No había nada en su sitio. «Antes de tocarlo todo hay que saber qué es lo que queremos encontrar».

La voz del veterano instructor resonaba en su cabeza mientras recorría por tercera vez el modesto apartamento tratando de no

pisar los objetos que los agentes habían arrojado al suelo; enseres, utensilios, otros bienes y pertenencias varias que antes estaban guardados en armarios, aparadores, cómodas, roperos, estanterías y cajones. Otto Bauer había acudido al piso con el propósito de hallar algo con lo que construir un mapa que le llevara al paradero donde Jonas había resuelto esconderse con su familia; sin embargo, nada de lo que le había llamado la atención le servía siquiera para hacerse un boceto inicial. Solo había sacado una cosa en claro después de comprobar el raquítico estado del frigorífico, la ausencia de objetos de valor y la poca ropa que quedaba sobre las camas: los Kemke no pensaban regresar.

Frustrado, se colocó un Karo entre los labios y se dispuso a encenderlo en el descansillo. La luz del encendedor desveló una presencia que, tan sorprendida como él, liberó el susto por la boca.

—¡Joder, señora! —protestó Otto en cuanto giró la llave del interruptor. La luz, aunque miserable, perfiló las crispadas facciones de una mujer entrada en los sesenta, batín de raso color púrpura y pantuflas a juego.

—¡Uy, hijo, qué impresión! Madre Bendita, por favor —prosiguió sin bajar las manos del pecho como si así quisiera impedir que se le saliera el corazón.

—Ya me dirá qué demonios hacía usted ahí parada, completamente a oscuras.

—Vivo justo ahí abajo —indicó sacando el brazo por el hueco de la escalera—. He oído pisadas y he venido a ver, no sea que se hubiera colado algún ratero de esos que... ¿Es usted policía secreta o algo así?

—Algo así, sí.

—¿Y no tiene una identificación?

Otto prendió el cigarro, le dio dos intensas chupadas y soltó el humo hacia el techo.

—No, ciudadana...

—Wagenknecht, Anita Wagenknecht, para servirle.

—Ciudadana Wagenknecht, si fuera por ahí mostrando mi identificación, no sería de la secreta, ¿no cree?

—Ah, ya comprendo, claro, claro, qué tonta. Los de la Kripo ya estuvieron por aquí anoche, y no vea qué escandalera montaron. Estuvieron revolviendo el piso de los Kemke y luego de aquí para allá haciendo preguntas por todo el vecindario.

—Sí, estoy al corriente.

—¿Le puedo preguntar qué les ha pasado? Los Kemke son una familia ejemplar, como las de antes, no sé si me explico.

—Pues no, la verdad.

—Ella, Kristen, es un encanto. Algo recatada, eso sí, pero un encanto. No habla mucho, pero siempre me saluda cuando me cruzo con ella. Y los niños, muy bien educados todos. Bueno, la pequeña es un poco escandalosa, pero ya sabe cómo son los críos de ahora. El chico, Patrik, me ayuda con las bolsas de la compra, y una vez que me tropecé en las escaleras del portal, la mayor, Adalia, estuvo esperando aquí conmigo hasta que llegó el médico.

Otto fumaba como si con cada calada absorbiera una pequeña dosis de paciencia.

—¿Y qué me puede decir de él?

—¿De Jonas? Es un chico muy trabajador. Yo creo que los tiene a todos a raya, sobre todo a ella, a Kristen, pero, claro, se levanta muy pronto para ir a la fábrica y hay veces que tiene que ir por la noche también. Eso le borra la sonrisa a cualquiera, ¿no cree? Ella es muy hacendosa con las cosas de la casa, pero debe de ser bastante torpe la pobre porque la he visto unas cuantas veces con moretones muy feos y golpes por haberse caído.

—Ya, esos accidentes caseros que sufren algunas mujeres. Hijo de puta —murmuró Otto.

—Yo creo que andan un poco justos, figúrese, son muchas bocas que alimentar y tal y como están los precios de las cosas... ¿Sabe cuánto me cobraron ayer por medio kilo de manzanas?

—No, ni idea.

—Una barbaridad. Lo que tendrían que hacer es detener a ese ladrón de Gustav, el de la frutería de aquí a la vuelta. Un sinvergüenza de cuidado. Ese sí que es un criminal peligroso. Como le decía, cuando escuché la puerta anoche pensé que Jonas se iba a trabajar, pero no, enseguida me di cuenta de que no, de que algo

extraño pasaba. Así que me asomé a la ventana y los vi salir a todos en fila de a uno, cargados con maletas y bolsas, los pobres. ¿Por qué se han tenido que ir así?

—¿A qué hora fue eso?

Ella se rascó la nariz.

—¡Uy! Diría que sobre las once de la noche. Yo no me meto en la cama hasta las doce o la una, porque desde que me quedé viuda tardo horas en dormirme. Ya ve, cuando vivía Uli pensaba que era culpa de sus ronquidos, pero, mire, va a resultar que el hombre no tenía la culpa. Luego llegaron sus compañeros, y no digo que no hicieran bien su trabajo, pero... ¡Bum, bum, bum! Golpes y más golpes. ¡Virgen Santa! Así pues, cuando me ha telefoneado Jonas esta mañana, la verdad es que me he quedado más tranquila.

Otto elevó las cejas y las dejó ahí arriba, suspendidas, mientras procesaba lo que acababa de decir la mujer.

—¿Ha hablado con él?

—Ya se lo he dicho. Esta misma mañana, cerca de las nueve. Lo sé bien porque me acababa de levantar. Siempre me despierto a la misma hora desde que...

—¿Para qué la llamaba? —le interrumpió.

Frau Wagenknecht dio un paso atrás.

—Para preguntarme si había venido la policía y para decirme que se habían marchado de vacaciones a... ¿Adónde me ha dicho? Esta cabeza mía...

—Haga memoria, por favor.

—Al Báltico. Al sitio ese donde la gente se pasea como Dios los trajo al mundo. Una vergüenza, la verdad. ¿Qué ganan mostrando sus vergüenzas a los demás?

—¿Prerow?

—¡Eso es! Que si una familiar suyo tenía una casa por allí y... nada más. Me extrañó con lo católicos que son los Kemke, pero qué sé yo. A la juventud de hoy en día no hay quien la comprenda.

Otto espiró desalentado. Estaba claro que si había un lugar en el que no iba a encontrar a los Kemke era allí.

—Muchas gracias por su colaboración —se despidió—. Si necesitara algo más de usted, ya sé dónde encontrarla. Cuídese.

—Cuídese usted de eso —dijo ella señalando la colilla que todavía sostenía entre los dedos—. A mi pobre Uli se lo llevó el tabaco.

—Yo no tendré esa suerte —murmuró antes de cerrar la puerta.

Poco después, desalentado, se marchaba sin saber muy bien por dónde continuar en su particular investigación. Se disponía a salir del edificio cuando se topó de frente con una cara que le resultaba familiar.

La cara de un pubescente pinchaúvas con pinta de haber crecido demasiado rápido.

El joven tardó unas décimas de segundo más en reconocerlo que Otto, suficientes para que el policía lo agarrara por la pechera truncando su intento de salir corriendo. Aprovechando que aún no se había cerrado la puerta del portal, tiró de él y lo arrinconó contra una esquina.

—¡Suéltame, tío, me haces daño! —protestó Marco.

—No tienes ni puta idea de lo que es el dolor. ¡Estate quieto, solo quiero hacerte unas preguntas!

Marco solo necesitó dos zarandeos para comprender que le convenía no discrepar en exceso con aquel tipo.

—¿Qué quieres saber?

—Cómo te llamas.

—Marco.

—Marco ¿qué?

—Marco Zoecke.

—Bien, Marco, yo soy Otto Bauer, inspector jefe de la Kriminalpolizei.

—Mierda... ¿de la Kripo? Yo no he hecho nada, te lo juro.

—Tranquilo. Tú no me interesas. ¿Dónde está Jonas Kemke?

—No tengo ni idea. Precisamente venía a buscarlo porque me debe cincuenta marcos. Ayer me llamó y me ofreció dinero por hacer un trabajillo. Solo tenía que meterme en el coche y conducir. No sé más, te lo juro.

—¿De qué lo conoces?

—Es el padre de Panqueque, un tonto del culo que va a mi escuela. Un día vino a darme una lección y terminamos hablando.

—Ese cabrón es un tipo muy peligroso, ¿lo sabías? Más te vale que no te vuelvas a acercarle a él.

—Tú me pareces peligroso, él no tanto. ¿Jonas no es poli o algo así?

—No, más bien lo contrario. Yo sí lo soy, él no. Él mata, yo persigo asesinos.

—¿Cómo?! Joder. No sé dónde está, por mí puede irse al infierno con los cincuenta.

Otto lo soltó, tomó aire por la nariz y golpeó la pared con la mano abierta.

—Jonas Kemke es un maldito asesino. Anoche mató a un amigo mío e intentó matarme a mí.

—Mierda...

—Necesito encontrarlo.

El muchacho se encogió de hombros y se recolocó la ropa.

—Una vez... —musitó dubitativo.

—Sigue. Sigue, por favor —templó.

—Una vez me dijo que, cuando tenía mi edad, se iba a una cabaña a encontrarse con Dios.

—¿Una cabaña?!

En el archivo visual de su memoria reciente se reprodujo una imagen. La que aparecía en una de las fotografías que acababa de ver en el domicilio de los Kemke en la que toda la familia posaba en el porche de lo que parecía una pequeña construcción de madera.

—Sí, una cabaña que debía de pertenecer a un familiar.

—De su tío.

—¡Eso! —le señaló—. A su tío. Allí hacían catequesis o como se llame lo que hacen los católicos para encontrarse con Dios. Dijo que era su único refugio, o algo así.

—Su único refugio —repitió—. ¿Te dijo dónde estaba?

Marco trató de recordar.

—No, creo que no.

—¿Seguro? Es muy importante.

El chico se concedió unos segundos más antes de negar con la cabeza.

—Vale. Está bien. Ahora quiero que te marches de aquí. Si por casualidad te contacta, por favor, llama a este teléfono.

Otto sacó un papel y un lápiz del bolsillo interior de su cazadora y le anotó el número de Birgit. Seguidamente buscó su cartera y agarró un billete de cincuenta.

—Esto es tuyo.

—No sé...

El policía se lo puso en la mano y se la apretó.

—Ahora, márchate.

Y eso hizo. No había llegado Marco a la esquina cuando Otto volvía a introducir la ganzúa para entrar en la vivienda. Recorrió presuroso el itinerario —esta vez sin precaución alguna de no intoxicarlo— hasta el punto exacto en el que dejó uno de los dos álbumes de fotos que había ojeado con anterioridad. Era el más reciente, el de las tapas de color esmeralda. No tardó más de cinco segundos en encontrarla ni más de seis en despegarla.

Y, con el corazón golpeándole en el pecho, la giró.

—Hijo de puta —murmuró con los dientes apretados.

Una sonrisa se agigantó en su boca.

TOS SECA

*Residencia de Birgit Bauer
Friedrichshain. Berlín Oriental (RDA)
4 de julio de 1981*

Localizó el uniforme verde botella sorteando calle abajo el flujo de viandantes que se encontraba a su paso. La media hora larga que llevaba esperando le había servido a Erika Eisemberg para sosegar sus ánimos y, aunque tenía claro el motivo que la había llevado allí esa tarde, no tenía la menor idea de cómo abordar el asunto. Por la mañana había acudido a Normannenstrasse con la idea de ahogar sus pensamientos en las cenagosas aguas de lo cotidiano —y pocas cosas había que fueran más cenagosas que el proceso de formación en el que estaba inmersa con el coronel Prosetzky y su jardín de flores—; sin embargo, la noticia de la muerte de Florian Klein había trastocado la rutina de todos los funcionarios, ocupados en intercambiar hipótesis que explicaran el fatal suceso. La más repetida, la que tenía todos los visos de convertirse en verdad indubitable, apuntaba a algún marido agraviado por alguna infidelidad imperdonable, teoría que avalaba buena parte del personal femenino del edificio y que el masculino deseaba que se confirmase. Erika, ajena a aquel juego macabro, tan solo se había ocupado de controlar las manillas del reloj esperando a que llegara la hora de marcharse para hablar con Birgit. Necesitaba compartir con alguien sus cuitas, y su reducido listado de amigas aparecía

encabezado por la persona que acababa de sorprenderse con su presencia.

—Erika, ¿qué haces tú por aquí? Espero que no sea para traerme malas noticias porque te juro que no aguanto ni una más.

—No, no, tranquila. En realidad... Verás, necesito hablar con alguien y tenía la esperanza de que tuvieras unos minutos libres para...

Una risotada entre desesperada e histérica evitó que terminara la frase.

—¿Minutos libres? Hace mucho que no sé qué es eso del tiempo libre. Vengo con la lengua fuera porque de un momento a otro llegará Karl del colegio con ganas de devorar todo lo comestible que haya en la nevera, que no es mucho, dicho sea de paso, y la chica que cuida a Kristen se marcha en cuanto yo entre por la puerta.

—Ah, bueno, siendo así no...

—No, querida, no. Ya que has venido te quedas, pero me echas una mano mientras me ocupo de las fieras y hablamos de lo que te dé la real gana. Acordé con Otto que me ayudaría con ellos, pero... En fin, no quiero aburrirte con mis historias.

Sin darle opción a la réplica, Birgit entró en el edificio. Erika se limitó a seguirla primero y a cumplir sus órdenes después hasta que terminaron de dar de merendar a los niños, de bañarlos y de recoger la cocina.

—Karl, entretén un rato a tu hermana en el salón, que nosotras tenemos que preparar la cena, y no se te ocurra ponerme mala cara porque te recuerdo que aún estás castigado por lo de las plantas. Ya ves —se volvió hacia Erika—, aquí, al genio, no se le ocurrió otra cosa que hacer sus batallitas en la galería y, al parecer, la aviación no tuvo más remedio que destrozar mis geranios porque era donde se había parapetado el enemigo.

—La guerra es así de dura, mamá —se defendió él.

—La guerra es muy dura, sí, pero mi mano lo es más. Haz lo que te he dicho si no quieres que te lo demuestre.

—El tío Otto lo entendería —contraatacó.

—Puede, pero hoy no tienes esa suerte. Andando.

Este agarró a su hermana por las axilas y se la llevó en brazos sin rechistar.

—No tiene que ser fácil —comentó Erika.

—No, no lo es, pero ellos son lo único que merece la pena de veras.

—Ya. Justo de esto quería yo hablarte.

Birgit dio un paso hacia atrás y le señaló el abdomen. Su expresión ilusionada se nubló en cuanto vio que la de Erika no se correspondía con la de una mujer felizmente embarazada.

—¿Una cerveza? —preguntó al tiempo que abría el frigorífico.

Erika asintió con vehemencia.

—Soy toda oídos —dijo Birgit antes de apoyar sus nalgas sobre la mesa.

Se contaban cuatro latas en la basura cuando Erika terminaba de relatar los pormenores de la adopción de Nadine.

—Espero que tu intención no sea pedirme consejo, Erika, porque no tengo la menor idea de qué decirte. Supongo que es normal que tengas dudas, pero las respuestas a todas esas preguntas que te estás haciendo solo pueden salir de ti.

Lo que Erika no le había contado ni le iba a contar era cómo se había gestado su relación con Viktor.

—No sé si estoy preparada para ser madre y esa duda es precisamente lo que me está matando.

—No.

—¿No?

—Digo que no es eso lo que te está matando.

Erika se cruzó de brazos y frunció el ceño.

—A todas nos da miedo enfrentarnos al papel de madre cuando empezamos a darnos cuenta de lo que implica. Tu problema, querida, es que no estás segura al cien por cien de que Viktor sea tu compañero de viaje ideal.

Un incómodo pero valorativo silencio se apropió de aquel reducido espacio hasta que se resquebrajó por los gritos y las carcajadas que provenían del salón.

—Sí, puede ser —reconoció Erika.

—¿Y qué te piensas, que esa pregunta no revolotea en la cabeza de las demás, antes, durante y después de tener hijos?

Erika bebió pensativa y luego esbozó una sonrisa.

—Si quieres mi opinión sobre Viktor —continuó Birgit—, te diré que me tiene completamente descolocada. No hay por dónde cogerlo y, sin embargo, tengo la sensación de que es un buen hombre. Ahora bien, eso pensaba también de Hans, y mira cómo me salió. Yo creo que en la vida hay que dejarse llevar no solo por la razón, porque si fuera así la especie humana se habría extinguido hace siglos. Hombres... ¿Otra?

Bosque de Dresde

Mientras conducía, Otto había logrado despejar la cabeza de las toxinas que le impedían pensar con claridad. Pero, al estacionar frente a la solitaria y enclenque construcción de ladrillo que debía de ser el puesto de vigilancia forestal, notó que afloraban todos los pensamientos cautivos en una fuga colectiva que dejó muy en entredicho la calidad de su sistema penitenciario emocional. Un ligero pero irritante temblor hizo acto de presencia y en apenas unos instantes se apoderó por completo de sus manos.

En el reverso de la foto en la que aparecía Jonas Kemke junto a su tío Ruslan venía anotado en lápiz el lugar y la fecha: «*Dresdner Heide, 1971*». Lo único que Otto sabía de aquel paraje natural era lo que había averiguado con las tres llamadas de teléfono que hizo desde el domicilio de los Kemke. En la primera habló con un conocido que tenía en la Administración Nacional de Turismo, quien, de manera sucinta, le había aconsejado contactar con la Oficina de Recreo de Sajonia, quienes hicieron lo propio —quitarse el problema de encima— facilitándole el número de teléfono del Servicio de Protección de Zonas Verdes de Dresde. La mujer que le atendió — esta vez sí, de forma muy diligente— le recomendó acudir en persona al puesto de vigilancia forestal donde, con algo de suerte, podrían ayudarle sobre el terreno a localizar la cabaña que buscaba.

Con cierta sensación de mareo y las indicaciones anotadas en un trozo de papel, el inspector jefe se puso en camino.

Salió del coche, prendió un Karo y elevó la mirada como si esperara leer alguna señal benefactora escrita en el firmamento. En vez de eso lo que escuchó fue una voz ronca y un tono beligerante.

—¿En qué puedo ayudarle? ¿Se ha perdido?

El hombre superaba los sesenta años y vestía un raído mono azul de trabajo que aparentaba tener una antigüedad similar a la de su dueño. Otto se colocó el cigarro en la comisura de la boca y se rascó las patillas al tiempo que recortaba la distancia con él.

—Buenas tardes. Estoy buscando una cabaña. Kemke —añadió.

—No son horas de buscar nada, camarada. En menos de una hora oscurecerá y si es fácil perderse de día, de noche le aseguro que lo único que va a encontrar es un problema.

—Kemke —repitió Otto haciendo caso omiso de la advertencia—. ¿Lo conoce?

—Me resulta familiar, pero de lo que sí estoy seguro es de que no es de los que viven aquí todo el año porque esos son cuatro gatos y los tenemos controlados a todos.

—Haga memoria, por favor.

—¿Es usted policía?

Otto dio un par de caladas mientras metía la mano en el bolsillo interior de la cazadora.

—¿Su nombre es?

—Benedikt Baumann.

—Inspector jefe Bauer. Le voy a mostrar una foto, ciudadano Baumann.

El otro no parecía muy entusiasmado, pero una voz interior le decía que le convenía cooperar con él.

—Este es Ruslan Kemke —le señaló—. Y este otro, su sobrino.

—Ah, joder, claro, el predicador. Porque es cura o algo así, ¿no? Otto acertó a contener su entusiasmo.

—Algo así —convino, seco—. ¿Sabe dónde vive?

Benedikt arrugó la frente y chasqueó la lengua.

—No está en mi sector, eso seguro. Yo creo que vivirá en el de Marvin porque es al que le he escuchado decir que organizaba

reuniones de esas para rezar y leer la Biblia, ya me entiende.

—¿Está ahí dentro?

—¿Marvin? ¡Qué va! Ese trabaja solo por la mañana. Entra a las siete en punto porque es el encargado de abrir las canalizaciones de agua que acabo de cerrar yo. Luego sale a dar una vuelta por ahí con Halstenberg, otro compañero. Ambos están obsesionados con los furtivos, pero ya les he dicho yo que para pillar a esos cabrones tendrían que hacer el turno de noche, como hace Rudy «el Tarado», cosa que ni se les pasa por la cabeza.

—Bonito apodo —comentó.

—Es que... Verá. Según dicen, Rudy combatió con dieciséis en la defensa de Berlín y se llevó por delante a unos cuantos rojos armado solo con un cuchillo. Lo suyo es el sigilo aunque también es un hacha con el rifle y eso lo he visto yo con estos ojitos. Cuenta la leyenda negra que una vez se cargó a un par de furtivos a quienes ya les había advertido que no volvieran. Supongo que los debió de enterrar por ahí y listo. ¡Y lo mejor de todo es que el muy cabrón no lo niega!

—¿Por qué hay tanto furtivo?

—Jabalíes, corzos, liebres... A pesar de que estamos al lado de la ciudad, esto es un bosque y ahí fuera hay gente que tiene hambre o necesita vender algo que tenga valor, no sé si me entiende.

—Sí, ya lo pillo. ¿Cuántos turnos hacen y cuántas personas hay por turno?

El otro resopló mientras hacía memoria.

—De siete a tres, dos personas; de tres a once, dos; y de once a siete está solo Rudy el Tarado, porque no hay quien lo aguante ni él aguanta a nadie.

—Entendido. ¿Y con quién está usted ahora?

—Con Gabriele, una chavalita de Magdeburgo que no llevará por aquí ni un año, así que no espere que le cuente algo nuevo porque lo único que hace es escribir a máquina Dios sabe qué.

—No perdemos nada por probar, ¿verdad?

Benedikt tenía razón. La muchacha se limitó a negar con la cabeza; ahora bien, sin dejar de sonreír ni un instante.

—¿Marvin tiene algún teléfono donde se le pueda localizar? —
persistió Otto.

—Si lo tiene yo lo desconozco, y si fuera así, la llamada la tendría que hacer desde el refugio de Bautzen, casi llegando ya a Langebrücker porque aquí la dichosa línea, llegar..., no llega. Ya lo siento, camarada inspector jefe, pero otra cosa no le puedo decir —
quiso zanzar de una vez por todas.

Otto dio un par de caladas al cigarro y lo apagó contra el muro de ladrillo del puesto de vigilancia subrayando en negro ceniza su frustración.

—De acuerdo —cedió al fin—. Una última cosa: ¿hay algún sitio donde pueda pasar la noche por aquí cerca?

Residencia de Frau Allendorf

Languidecía la tarde cuando los vio doblar la esquina. No se encontraba del todo mal para haberse bebido casi media botella de vodka, pero, al echar a andar tras ellos, el elevado porcentaje de alcohol en sangre quiso reivindicar su papel y Viktor tuvo que alargar el brazo para tomar contacto con la pared y asegurar así la verticalidad. El ruso maldijo el momento en el que se le ocurrió la feliz idea de ordenar sus pensamientos en la taberna Wirtsgarten, pero, después de sostener sendas conversaciones con el general Kokorin y acto seguido con Mielke y Wolf, le pareció que su cerebro necesitaba digerirlas con una buena dosis de eso que sus compatriotas llamaban «agüita».

Y no estaban las cosas como para discutir con uno mismo.

Fue con el tercero cuando se acordó de algo que les hacían estudiar en Lubianka y que, supuestamente, había salido de la boca del mariscal Chuikov —o quizá fuera de Zhúkov, lo mismo le daba— y que venía a decir que si uno tiene varios frentes abiertos y pretende ganar la guerra, es necesario asumir que lo lógico es caer derrotado en alguno de ellos y que, por tanto, lo único que importa de verdad es poder elegir cuál. En su caso identificó cinco asociados a cinco nombres propios: Jonas Kemke, el Cuervo,

Florian Klein, Rebeca Allendorf y Erika. No tenía ni mucho menos claro en cuál de ellos podía permitirse una derrota, pero sí tenía decidido en el que no pensaba ceder ni un solo metro. Era el momento de lanzar su ofensiva. Tal y como había planificado antes del cuarto vodka, atacó por un flanco para tratar de sacar el máximo provecho del factor sorpresa.

—Herr Goellner, buenas tardes.

Y, tal y como supuso después del quinto, de inmediato encontró la férrea oposición de su enemigo: Urszula. Lo que sí le sorprendió fue la velocidad y determinación con la que reaccionó, soltando los mangos de la silla de ruedas para encararse con Viktor a la vez que se llevaba la mano al interior del abrigo. Solo la pronta intervención del anciano agarrándola por el brazo le impidió descubrir cuáles eran sus intenciones.

—Buenas tardes, camarada comandante Lavrov —le saludó Herr Goellner sosteniendo la encolerizada mirada de su asistenta. Esta dudó unos segundos antes de echarse a un lado—. Si ha pasado por casa le diré que mi hija ha salido, tenía una cita.

—Lo sé, he quedado con ella dentro de poco más de cuarenta minutos —respondió mirando su reloj—. Por ello, no dispongo de mucho tiempo, tan solo quiero hacerle unas preguntas, si es usted tan amable.

—Desde la primera vez que lo vi supe que llegaría este instante. Por favor, Urszula, déjenos solos.

La mujer hinchó las aletas de la nariz visiblemente contrariada. Luego asintió una vez con la cabeza y cruzó la calle, airada, sin considerar el tráfico que circulaba en ambos sentidos.

—Como le decía —retomó el ruso—, no quiero dilatar esto más de lo necesario, así que, si le parece, voy al grano.

—Se lo agradezco.

—La organización para la que trabajo me ha encomendado la tarea de averiguar el paradero de una persona a la que Johannes Allendorf protegía como miembro del Departamento Central para Comunicaciones Seguras y...

—Ya, ya, ya —le cortó—. Se refiere a Werner Wögler, ¿no es así?

—Así es.

—Murió.

—Murió —repitió Viktor con la misma frialdad.

—Eso he dicho, sí. Hará como unos cinco años, si la memoria no me falla.

No le fallaba, pero al del KGB no le fue necesario practicar una autopsia a aquellas palabras para saber cuánto había de verdad en ellas.

—Va a cambiar el tiempo otra vez —comentó el anciano levantando el mentón para olfatear el aire—. Vienen más lluvias.

—¿Sabe cómo ocurrió?

—Un derrame cerebral mientras dormía. Johannes fue a visitarle como hacía normalmente y se lo encontró tieso en la cama. No es mala forma de morir, ¿no cree?

—Por supuesto. Y ¿podría explicarme el motivo por el que su yerno no informó a las autoridades del fallecimiento?

Herr Goellner desvió la mirada unos instantes y meneó la cabeza.

—¿De verdad necesita que conteste a esa cuestión?

—De verdad —le confirmó.

—Para mantener el ritmo de vida que llevaban, ¿o pensaba que el dinero de mis negocios se reproduce de forma ilimitada? Solo mantener esa casa les cuesta mucho más de lo que son capaces de generar, pero luego está el otro piso, el de Prenzlauer Berg, donde... Bueno, ya sabe. A eso hay que añadir el sueldo de Urszula, lo que cuestan mis medicinas, las de mi hija y un largo etcétera que, traducido en marcos, suma una fortuna. Hacía tiempo que Johannes no recibía ningún encargo de esa relevancia y no podía permitirse el lujo de dejar de cobrar los extras que le pagaba el ministerio para sufragar los gastos que implicaba mantener oculto a Werner Wögler. Así que, aprovechando que era el único que conocía su paradero y su estado de salud, lo mantuvo en secreto.

—¿Su hija estaba al corriente?

—Sí, y yo también, pero a ninguno de los dos nos pidió opinión.

—Vaya, parece que el honorable Johannes Allendorf no lo era tanto.

—Cubrir las necesidades básicas hace que el honor y la honestidad queden en un segundo plano, comandante. No le pido

que comparta esta opinión, pero sí que admita que el ser humano es débil y que, en ocasiones, tomamos decisiones que no son del todo correctas.

—La carne es débil —convino Viktor.

—Dicho esto, quiero que entienda que nunca y bajo ninguna circunstancia reconoceré esto que le acabo de decir ante nadie. Jamás. A mi edad, con lo poco que me queda por delante, me da lo mismo lo que pueda pasarme a mí, pero no pienso consentir que mi hija pague por los errores de su marido. No sé si he sido del todo claro.

—Lo ha sido, Herr Goellner —corroboró al tiempo que dejaba caer la vista al suelo buscando algo.

—Bien. Y ahora que he sido completamente sincero con usted, querría pedirle que me pagara con la misma moneda.

—¡Una moneda! ¡Bien pensado!

El hombre arrugó el entrecejo mientras contemplaba cómo el otro se hurgaba en los bolsillos.

—Se lo preguntó sin rodeos: ¿qué va a hacer usted ahora que sabe la verdad? ¿Dejará en paz a mi hija de una vez?

—Depende.

—¿De qué, si puede saberse? —exigió saber, inquieto.

—De la mano con la que agarre la moneda.

A continuación hizo un casi imperceptible gesto con la mano para que la moneda trazara en el aire la curvatura necesaria. Cuando Herr Goellner la atrapó, este sonrió satisfecho.

—Puede usted estar tranquilo —dijo ofreciéndole la mano. El anciano se la estrechó confundido—. Después de esta tarde no volveré a molestar a su hija, ni usted tendrá que verme la cara jamás. Disfrute del paseo.

Desde el interior de su vehículo, Korbinian Zozulia asistía al instante en el que Viktor Lavrov se despedía del padre de Frau Allendorf con un apretón de manos. El de la CIA se preguntaba de qué demonios habrían hablado, pero era más que evidente que aquel ruso de ojos

saltones les llevaba mucha ventaja. El plan del Cuervo no contemplaba intervenir.

—Tan solo debemos observar —le había dicho—. Ya actuaremos cuando sea preciso.

Lo que le inquietaba a Zozulia era eso de «observar». Porque observar implicaba necesariamente estar. Estar metido en el barro hasta el cuello. Y no le hacía falta la pericia ni atesorar la experiencia del Cuervo para saber que la muerte de un activo del KGB les iba a traer graves problemas.

—No podemos no hacerlo. Si ahora no actuamos con contundencia y rotundidad pareceremos débiles, vulnerables. Y la vulnerabilidad es un foco de atención demasiado peligroso —le había razonado el Cuervo.

Los rusos se habían cepillado a un confidente de calidad, y, en aquel mundo en el que cada acción implicaba una reacción, la cosa no podía quedar sin respuesta. Hasta ahí todo correcto, pero que el de la CIA se hubiera decidido por un miembro del equipo de Kliuka respondía a motivos personales. Primero le habían obligado a beber unos cuantos vodkas, y cuando llegó el momento hizo que le sumergieran la cabeza en una cuba con agua del río mientras él mismo le inyectaba aire en las venas para provocarle una embolia gaseosa en los pulmones. Cuerpo al río y que empiece la fiesta. Hacía tiempo que no les ordenaban neutralizar a un agente de un servicio de inteligencia rival, pero, por lo visto, las cosas estaban cambiando en Langley desde que el presidente Reagan le había soltado la correa al director William J. Casey, a quien ya lo conocían como «Wild Bill».

—El jodido Lejano Oeste, claro que sí —murmuró Zozulia, al tiempo que metía la primera.

Y no le faltaba razón, porque, o mucho se equivocaba, o Berlín se iba a convertir en el decorado ideal para una película de John Ford. Estaba por ver qué papel le había tocado interpretar a él.

A cierta distancia pero siempre a la vista, Korbinian Zozulia seguía el Trabant Kübel de Viktor Lavrov por Landsberger Allee en dirección al distrito de Mitte. Se preguntaba adónde iría pese a que estaba convencido de que no tardaría en averiguarlo. Y así fue.

Poco después lo veía cruzar la línea continua de la avenida para estacionar en la misma acera del hotel Stadt Berlin y, con paso apresurado mientras consultaba la hora en su reloj, dirigirse hacia la entrada principal. Aquello respondía a la pregunta que se había hecho hacía algo menos de una hora cuando, apostado frente al domicilio de los Allendorf, vio cómo la viuda se subía a un taxi vestida con sus mejores galas.

—¡Menudo cabronazo está hecho el bolchevique! —pronunció con aire jocoso al tiempo que buscaba con la mirada algún buen lugar donde esperar. Lo mejor en esos casos era quedarse en doble fila y confiar en que se marchara alguno de los coches que estaban aparcados. Zozulia calculó un par de horas de inactividad, por lo que trató de acomodarse en el asiento. Había escuchado que los vehículos norteamericanos eran mucho más confortables y deseaba poder comprobarlo algún día, cuando por fin le concedieran la doble nacionalidad por los servicios prestados y pudiera cruzar el Atlántico para nunca más volver. Visualizando en su cerebro el *skyline* de Nueva York, vio por el espejo retrovisor derecho cómo se le acercaba un agente de tráfico.

—¡Mierda! —musitó.

Le iba a tocar mover el coche, eso era seguro, pero lo que le importaba en aquel instante era librarse de la multa. Preparándose para pedirle disculpas, bajó el cristal de la ventanilla y se inclinó hacia su derecha para hablar con el policía. El aire que entró del exterior traía un eco electrificado como avanzadilla de la tormenta que estaba por llegar.

—Buenas noches, agente —se anticipó el de la CIA.

Y eso fue todo cuanto pudo decir.

Residencia de Birgit Bauer

Regresaba Birgit de acostar a los niños —mucho más permeable Karl que Kristen a la hora de asumir la situación—, intervalo durante el cual Erika había aprovechado para reflexionar sobre la intermitente aunque provechosa conversación que estaban

manteniendo, regada con cervezas hasta fin de existencias y ahora con vino blanco.

—A esta ya la podemos dar por muerta —observó la dueña de la casa—. Menos mal que tengo otra muy viva en la nevera.

—¿Seguro que no quieres que me marche?

—Estoy a una copa de emborracharme y ha pasado demasiado tiempo desde que no lo hacía, como para dejar que te vayas así porque sí —dijo apresando la botella por el cuello—. Vas tú lista. ¿Quieres comer algo?

—Yo estoy una copa por encima de mi tolerancia al alcohol, así que hambre no tengo.

—Bien dicho. ¿Dónde está el maldito abridor?

—En tu mano.

—¡Mierda! Creo que yo también he superado mi límite.

En sus risas la certificación de que estaban en lo cierto. Birgit llenó los recipientes y se sentó frente a Erika.

—Te diré algo que podría ayudarte: ¿te has preguntado hasta dónde serías capaz de llegar por Viktor? Y no me refiero en la cama —aclaró, jocosamente—. Pero voy más allá: ¿te has preguntado hasta dónde crees que Viktor sería capaz de llegar por ti?

Erika consultó su oráculo particular en el fondo de la copa.

—Estoy segura de que Viktor haría cualquier cosa por mí —aseveró sin levantar la vista—. Es consciente de que teniendo una hija las cosas van a cambiar mucho y aun así lo veo no solo totalmente convencido, sino ilusionado.

—¿Y tu problema cuál es? ¿Que no estás convencida, ilusionada, o ambas cosas?

De nuevo buscó la verdad en alcohol, esta vez por ingesta.

—No estoy tan convencida ni tan ilusionada como él, pero mi problema es que no tengo claro que seamos capaces de dar a esa niña todo lo mejor.

—Todo lo mejor, todo lo mejor... ¿Y qué demonios significa eso? Una ambigüedad. Lo que tú consideras lo mejor podría no ser suficiente. Podría quedarse a cinco mil millones de años luz de ser suficiente —cuantificó con precisión astronómica—. Lo único que

necesitan los niños es sentirse protegidos y queridos. Es decir: amor. ¿Crees que vais a ser capaces de amar a esa niña?

—Sí, por supuesto que sí.

—Pues entonces deja de dar vueltas a la farola porque la farola no se va a mover. Haz pis de una vez y cuando vuelvas a tener ganas de mear vuelve, que seguro que está ahí.

Erika arrugó la nariz.

—¿Qué has querido decir con eso?

—Pues no tengo ni idea, pero seguro que si nos tomamos un par más le encontramos sentido.

Bosque de Dresde

El sonido de las primeras gotas que se precipitaban contra el parabrisas lo sacó del estado de duermevela en el que estaba sumido por indecisión propia.

El alojamiento más cercano, le había dicho Benedikt, era el albergue de Bautzen, un lugar para excursionistas con habitaciones compartidas. Y no estaba Otto Bauer de humor como para compartir, mucho menos con excursionistas. Así las cosas, resolvió pasar la noche en el interior del Skoda. Eso que se ahorra. No iba a ser esa la primera ni la última vez. Visualizando una y mil veces las distintas situaciones que podrían presentarse en el caso de que diera con la cabaña se dejó vencer por el cansancio acumulado.

Se frotaba los ojos con la firme intención de evitar que sus pestañas dejaran de abrazarse cuando detectó un punto luminoso que flotaba ingrávido en la nada. El hallazgo le hizo incorporarse en aquel incómodo e infame asiento. Acto seguido se fueron dibujando las líneas que conformaban el puesto de vigilancia y Otto supuso que la silueta que se recortaba tras el cristal de la ventana sería la de Rudy el Tarado. Parecía que estaba preparando café y tantas eran las ganas que le nacieron de saborearlo —en realidad, de saborear cualquier cosa— que habría jurado que hasta podía olerlo desde allí. Sin valorarlo demasiado ni preocuparse por la lluvia, Otto salió del coche y se dirigió a la puerta. La golpeó con los nudillos

algo más fuerte de lo que le hubiera gustado antes de darse cuenta de que había un timbre a la izquierda del marco.

Unos pasos.

Una fea tos seca.

Una cara de pocos amigos.

Una mirada de tarado mental.

—¿Y tú quién coño eres?! —le confirmó verbalmente.

Otto aprovechó la inercia de la respuesta para satisfacer previsibles preguntas posteriores.

—Solo le molestaré cinco minutos si me ofrece un café.

Rudy el Tarado produjo un par de sonidos guturales y se sorbió la nariz antes de apartarse de la puerta. El aroma del café le condujo a lo que podría llamarse la cocina y, una vez allí, se giró para ofrecerle una mueca cordial que no encontró su reflejo en el rostro de guardia.

—Cómo lo quiere.

Ni rastro de entonación interrogativa.

—Con un poco de leche.

—No hay.

—Pues con azúcar.

—Tampoco hay.

—Café solo entonces.

Rudy agarró una taza —que no parecía recién lavada ni lavada a secas— y se la llenó casi hasta el borde.

—Gracias. Huele bien —mintió.

—Esa cabaña que busca... ¿Por qué?

Quedaba patente que Benedikt le había puesto al día durante el cambio de turno.

—Un viejo amigo.

—Ya. De esos viejos amigos con cuentas pendientes de saldar. Yo tengo unos cuantos de esos.

—De esos —repitió llevándose la taza a la boca.

Tos seca.

—¿Y, por casualidad, ese viejo amigo suyo va acompañado de una mujer y cuatro niños?

Otto se quemó los labios.

Cruzando el distrito de Treptow

Ya se había visto una vez con Markus Wolf en ese mismo lugar. No resultaba sencillo llegar hasta el dichoso embarcadero ubicado en una pequeña y solitaria isla que parecía emerger de las aguas del Spree justo antes de cruzar el puente de Plänterwald.

Y menos a esas horas intempestivas.

Y más si, tal y como Uri Jamchi venía sospechando desde que se apeó del tranvía, alguien lo estaba siguiendo.

Una premonitoria sacudida le hizo asir con fuerza el asa del maletín en el que llevaba el valioso informe que le había vendido Alec. Debía de serlo por fuerza dado que había recibido la felicitación por boca del propio Yitzhak Hofi, práctica en la que no solía prodigarse demasiado. En Tel Aviv habían tardado en decidirse más de lo que él hubiera deseado, pero el asunto no era para menos. Ahora no podían conformarse con que la Stasi les permitiera colocar unas escuchas en la sede consular de la OLP, no. Ahora querían nombres y direcciones de los enemigos de Israel controlados por el Ministerio para la Seguridad del Estado. Las estimaciones más moderadas del Mossad apuntaban a que Al-Fatah contaba con al menos veinte integrantes en Berlín Oriental, que el Frente Popular para la Liberación de Palestina tenía otros tantos miembros distribuidos en varios pisos francos y los últimos informes no descartaban que As-Saika hubiera enviado algún equipo dispuesto a preparar algún atentado contra los intereses de Israel en Europa. Hofi le había sugerido que al menos tenía que sacarle diez, pero sabía que si Wolf le daba la mitad y de esos atrapaban a tres, la cúpula del Mossad lo consideraría un éxito rotundo con el que equilibrar su imagen frente a los lameculos del Likud. Era un precio más que razonable para Markus Wolf. ¿Qué le importaba a él que desaparecieran un grupo de indeseables antisionistas si a cambio le entregaba algo con lo que tener bajo su control al mismísimo Erich Mielke? Aunque, quizá no fuera ese su objetivo y el del HVA pretendía subir el peldaño que le faltaba. Ello iba a depender de si

en el Comité Central del partido eran conocedores de ese «insignificante» borrón en el pasado del ministro con más poder del país.

En el rostro del alemán esperaba encontrar la respuesta.

Sin embargo, en ese momento, no era esa la duda que debía despejar. Uri Jamchi necesitaba saber quién era el tipo de expresión ceñuda, pelo cano, espalda ancha y mentón cuadrado que se había subido y apeado en las mismas paradas que él. Chispeaba, pero su intuición decía que esas feas nubes que deambulaban noctívagas en el cielo no se iban a conformar con salpicar el asfalto berlinés. Conocía varias técnicas de evasión que podría aplicar en situaciones como esa, pero, sumido en ese estado de agitación, lo único que se le ocurrió fue acelerar el paso y aguzar el oído para detectar si el ritmo de su perseguidor se sincronizaba con el suyo. Hacía demasiado tiempo que no se veía en esa tesitura. Era como si al hacerle oficial responsable de una célula itinerante de Kiron se hubieran borrado de su memoria los dos años de adiestramiento básico. ¿Qué haría cualquiera de los cinco agentes de campo a los que dirigía y supervisaba? Seguro que Yotam ya lo habría liquidado como hizo con Waldemar Noske. Elishay, por el contrario, hubiera preferido neutralizarlo para averiguar quién lo había enviado y con qué intenciones. Pero ¿él? ¿Qué se supone que debía hacer? Lo importante era llegar a la cita con Wolf, aunque antes tenía que deshacerse de él o bien darle esquinazo. No ir armado le dejaba pocas opciones. Había valorado llevar encima su Walter PPK, pero a esas horas se arriesgaba a que cualquier Vopo se empeñara en identificarlo y si le encontraban la pistola, acabaría en el centro de detención preventivo más cercano. Con lo que llevaba dentro del maletín no podía jugársela. Por lo tanto, solo le quedaba correr, y lo primero que debía hacer era alejarse de esa desértica calle bañada por la luz artificial de una hilera de farolas. Calculó que le quedaban unos quince metros para alcanzar la siguiente esquina y, al tiempo que recortaba la distancia manteniendo una cadencia de paso constante, inspiraba y espiraba profundamente con el fin de oxigenar la sangre en previsión de la carrera que iba a emprender en menos de diez segundos. En otra época habría aguantado seis u

ocho minutos a buen ritmo, pero en su actual forma física sabía que si llegaba a tres se podía dar con un canto en los dientes. A punto de alcanzar el cruce luchó y venció al impulso de girarse para comprobar la ventaja que le sacaba a su perseguidor y, en cuanto desapareció el muro de su izquierda, dio la orden precisa a su sistema locomotor para que se pusiera en marcha.

Pero otro muro apareció frente a él interrumpiendo su huida.

Un muro de carne y hueso contra el que impactó de manera estrepitosa.

Uri Jamchi no invertiría más de dos segundos en recuperarse del imprevisto, pero fue uno más que lo que tardó el hombre de formidables dimensiones que se había interpuesto en su camino, tiempo de sobra para que este le hundiera la hoja de un cuchillo bajo las costillas a la vez que le pasaba el brazo por detrás de la cabeza y lo atraía hacia sí con vergonzante suficiencia. El del Mossad conocía bien la técnica que se usaba para ahogar los posibles gritos de la víctima en el tórax del asaltante. Lo siguiente que notó fue cómo se repetía la misma sensación de dolor al penetrar los diez centímetros de acero en su organismo, y no le hacía falta saber que le había alcanzado dos veces el hígado y seccionado la vena porta para admitir que no iba a salir con vida de aquella. Aún lo apuñalaría tres veces más antes de que el desconocido lo acompañara con suma delicadeza en su caída y lo acomodara junto a la pared. Instantes después llegaba el otro, el de la expresión ceñuda y de pelo cano, quien, tras asimilar lo sucedido en un somero vistazo, se agachó parsimonioso para recoger el maletín del suelo.

—Bien hecho —valoró este en alemán.

—Pura suerte.

—Como sea. Colócale eso y vámonos.

Uri Jamchi, todavía consciente, reconoció el emblema carmesí del Frente Popular para la Liberación de Palestina en el pañuelo que le estaba metiendo por dentro de la camisa el hombre que le había sellado el pasaporte hacia el *Olam Habá*. Ya sabía a quién le iban a cargar el muerto.

Tenía sentido.

Antes de perder definitivamente la conciencia, el israelí aún pudo acompañarlos con la mirada y mientras se perdían en la oscuridad se preguntaba si los habría enviado Markus Wolf o Erich Mielke.

La púrpura y cálida viscosidad que se le escapaba entre los dedos de la mano fue lo último que vio y sintió Uri Jamchi antes de que se apagara su sistema nervioso.

UNA LIEBRE DESLUMBRADA

*Habitación 521. Hotel Stadt Berlin
Berlín Oriental (RDA)
4 de julio de 1981*

La mujer que le atendió en la recepción había emitido su veredicto cuando Viktor preguntó por el número de la habitación que ocupaba Rebeca Allendorf. Previamente, ella se había molestado en avisar de que recibiría una visita, lo cual le libró de tener que dar explicaciones pero no del chequeo condenatorio de la empleada. Esta, descontentadiza por naturaleza, lo examinaba sobre un taburete que hacía las veces de atalaya.

—¿Puede mostrarme alguna identificación para el registro?

El colmillo del ruso decía que sí pero no.

—Otro día.

—Disculpe, pero debo insistir.

—Claro, lo entiendo. Pero si me obliga a identificarme tendría que pedirle a usted que me enseñara su licencia de residente con sus preceptivos sellos temporales. Porque ese acento suyo, si no me equivoco, es rumano.

—República Socialista Soviética de Moldavia —concretó la recepcionista entre orgullosa y atemorizada.

—¡De Moldavia! Fabuloso. La última vez que vi al único moldavo que he conocido en mi vida antes que a usted, claro, fue el día que se rompió la capa de hielo que cubría un lago que nos ordenaron atravesar durante la instrucción. Nadie se atrevió a auxiliarlo y

murió, por supuesto. Una tragedia. Le habían advertido de que no cruzara, pero... ¡¿Se da cuenta del paralelismo?! Este compatriota suyo alardeaba de ser un campeón en un tipo de lucha que hacen en su país...

—Tranta —desveló ella mostrando la excesiva rojez de sus encías en su forzado sonreír.

—Como se llame. No le sirvió de mucho. ¿Sigue necesitando que le muestre mis credenciales?

—Era solo una formalidad. Los ascensores están a la vuelta.

—Muy amable.

Frente a la puerta, el ruso se estiró los cuellos de la camisa antes de golpear la puerta suavemente con los nudillos.

—Llegas tarde —le recibió ella.

Podría decirse que en el guion estaba incluido el recorrer su feminidad, pero Viktor lo hizo con gusto, haciendo una breve parada en la pronunciada curva que dibujaba su cadera y otra más larga aún en el escote. Estaba claro que el vestido negro de corte entallado que había elegido Rebeca Allendorf tenía la misión de ensalzar y edulcorar su figura durante los minutos que permaneciera en su sitio.

—Prisa no tenemos, ¿verdad? —preguntó el recién llegado.

—Eso espero. Para matar el tiempo me he puesto una copa. ¿Me acompañas?

Una apetitosa línea perfilada en rojo cereza fue ganando en concavidad bajo su tabique nasal. Su tez, sutilmente maquillada para combatir las arrugas más sediciosas, parecía haber rejuvenecido un lustro.

—Había oído que estos hoteles nuevos tenían bebidas en las habitaciones, pero pensé que se trataba de una leyenda —observó él mirando en derredor. La estancia, de evidentes pretensiones occidentales pero sin lujos exuberantes, destacaba sin embargo en el terreno de la pulcritud. Por su tamaño y protagonismo, la cama se ganó algunos segundos más de atención que el resto de muebles.

Rebeca se dispuso a servirle una copa de champán.

—Preferiría vodka, si es posible.

—Aquí casi todo es posible.

Sentados uno frente al otro junto a una ventana cegada en primera convocatoria por cortinas y por una persiana en segunda, sostenían sus bebidas sin pronunciar palabra. Fue ella, al posar su mirada sobre la carpeta que descansaba encima de la mesa, la que dio el primer paso en aquella velada exenta de improvisación.

—¿Es para mí? —quiso saber el ruso.

Ella dio un sorbo antes de asentir.

Los documentos que contenía daban fe escrita a las revelaciones que le había hecho Herr Goellner.

—Te voy a dar una buena noticia —se arrancó ella—. Lo he estado pensando estos días y no quiero forzarte a que me des lo que te he pedido a cambio. Ahí tienes lo que buscabas, decide tú ahora si cumples con tu parte.

—Gracias, dice mucho de ti. ¿Así que aquí termina la búsqueda del Ciudadano W?

—Estábamos atravesando por dificultades económicas —comenzó. Y durante los siguientes minutos Viktor escuchó pacientemente cómo repetía los mismos argumentos de su padre.

—¿Y cómo se las arregló para que el certificado de defunción nunca llegara a los archivos? —inquirió el del KGB.

—Jamás me lo dijo, pero Johannes tenía contactos suficientes en la administración como para conseguir que la muerte del Ciudadano W no llegara a oídos del ministerio.

—Ya. Y supongo que le costaría algunos marcos.

—Lo desconozco. La gente siempre necesita algo, por muy funcionarios que sean.

—¿Dónde fue enterrado?

—Figura ahí. —Señaló a los papeles—. Cementerio de Dorotheenstadt. Y, pese a que le cueste creerlo, en su lápida figura su nombre: Werner Wögler.

—No, lo cierto es que no me cuesta creerlo. ¿Qué contiene el ataúd?

—Sacos de arena.

—Entenderás que cuando esto lo ponga en conocimiento de mis superiores no sería de extrañar que quisieran tomar algún tipo de

represalia contra ti, y me atrevería a decir que también contra tu padre.

—No, si no tienen forma de probar que estábamos al corriente.

—¿Y lo estabais?

—Sí, pero cuando me lo dijo ya era demasiado tarde para rectificar.

—Y el dinero del Estado tampoco venía mal.

Rebeca bajó la mirada.

—Viktor... —retomó ella alargando el brazo para agarrarle la mano—. Podríamos pensar en una historia que explicara cómo has encontrado estos papeles en algún lugar que solo Johannes conocía, y que todo ha sido posible gracias a mi colaboración.

—Podríamos, sí, aunque también podría contarles la verdad y solo la verdad.

Rebeca Allendorf forzó una divertida mueca de complicidad.

—Venga, Viktor, ¿y qué ganarías con verme en la prisión de mujeres de Hoheneck?

—Ah, no, no me refiero a esa «verdad».

La carpeta realizó un aterrizaje forzoso sobre la mesa.

—Lo que quería decir es que podría entregarles a Werner Wögler, al que, a pesar de estar aferrado de por vida a una silla de ruedas, la cabeza le sigue funcionando a la perfección. Ya lo decía tu marido: «La mejor forma de esconder algo es dejarlo a la vista».

Frente a él, una liebre deslumbrada cruzando la carretera.

Bosque de Dresde

Nada de lo que había acontecido las últimas horas tenía que ver —ni se parecía lo más mínimo— con lo que Jonas había bosquejado en su cabeza.

Era previsible que la cabaña no contara con las ventajas en habitabilidad del piso de Berlín, pero la suma de pequeñas incomodidades resultaba una gran adversidad. Fundamentalmente para ellos. Había logrado poner en marcha el generador del sótano y también tenían agua corriente —fría, eso sí, porque el calentador

de queroseno estaba sin una gota de combustible—, con lo cual podría decirse que las necesidades básicas estaban cubiertas. Y, no obstante, todos sin excepción, de alguna forma u otra, con mayor o menor intensidad, le habían hecho saber su disconformidad con la situación: Adalia, discreta, se había quejado del fuerte olor a carcoma que reinaba en esa atmósfera con déficit en materia de ventilación; Patrik, renuente, no había parado de protestar desde que se enteró de que tenía que compartir habitación con sus hermanas; Elisabeth, inquieta, preguntaba una y otra vez cuándo tendrían una televisión o, en su defecto, una radio; y, cómo no, la pequeña Liese, contagiada por esa corriente generalizada de pesimismo, se había enrocado en un llanto perpetuo, posición de la que ni siquiera su madre había conseguido sacarla. Por su parte, Kristen, abnegada, no había verbalizado ni exteriorizado queja alguna; sin embargo, bastaron un par de miradas para que Jonas supiera de qué lado estaba.

Empeñado en que aquel espeso halo de negatividad no le nublara el juicio, el cabeza de familia, arrodillado en el suelo, trataba de encender la cocina de leña mientras ordenaba sus pensamientos. La obcecada resistencia de la madera, aliada con la humedad para evitar ser pasto de las llamas, constituía una analogía reveladora, o, por qué no, un mensaje divino. Una señal. Él representaba la madera y la humedad era su fe en la misión que el Todopoderoso le había encomendado. Y en aquel reparto de papeles, su familia no podía ser sino el fuego que amenazaba con consumirlo hasta convertirlo en cenizas. Aquello solo podía significar una cosa: debía elegir entre cumplir con su cometido o cumplir con su familia. Podría separarse de ellos durante un tiempo, pero ¿qué ocurriría cuando todo llegara a su fin? Porque si algo tenía asumido Jonas, era que antes o después su misión le llevaría a reunirse con Dios para sentarse a su derecha. Y llegado ese momento, ¿cómo podrían vivir sus hijos únicamente bajo la tutela de su esposa, incapaz de ganarse el pan habiendo vivido siempre protegida bajo su sombra? ¿Cómo superarían ellos la incomprensión de una sociedad corrompida, sin valores, marcados el resto de sus vidas por la impronta de su apellido?

Siempre pagan justos por pecadores.

—Jonas —oyó.

Kristen, que sostenía a Liese en brazos tratando de consolarla, no lograba arrinconar su propia angustia. Mucho menos ocultarla.

—Los niños están hambrientos —le informó con aparente asepsia, modulando la voz en su riesgosa tentativa de no empeorar la situación.

—Pues dales de comer.

—Todo lo que hemos traído hay que cocinarlo y quería saber si vas a tardar mucho en hacerla funcionar.

—¿Quieres intentarlo tú?

—No, yo solo necesito...

—¿Necesitas? —la interrumpió incorporándose para estar a su altura—. ¿Qué necesitas que no tengas ya? ¿Qué necesitas que yo no te haya dado?

Un listado infinito se redactó en la mente de Kristen.

—Nada, no necesito nada. Les daré las salchichas si te parece bien.

Jonas achinó los párpados y ladeó la cabeza varias veces como si estuviera conduciendo sus malas intenciones al lugar más recóndito de su cerebro.

—¿De qué tienes miedo?

Ella apretó a Liese contra su pecho.

—¿Es que alguna vez te he puesto la mano encima?

Al menos en una decena de ocasiones que Kristen recordara, aunque quizá para su marido los bofetones y los latigazos con el cinturón no estuvieran incluidos en esa categoría. Ante la duda se limitó a bajar la mirada.

—Eso pensaba. Salgo a atornillar el farolillo del porche y así me da un poco el aire. Cuando regrese quiero que esto sea un mar en calma. Es tu responsabilidad.

Kristen no se percató de que había dejado de respirar hasta que escuchó el sonido de la puerta. Entonces sí, espiró el miedo antes de llenarse los pulmones de alivio.

Barrio de Friedrichshain

—Responde de una vez, joder —le conminó Boris Kliuka.

Los tiernos ojos de Janina, ahora estáticos y recubiertos por una fina capa de barniz mate le servían de refugio al mismo tiempo que recordaba imágenes recientes. Buscaba ese instante preciso en el que podría haber evitado lo que ya era inevitable.

Como cada viernes noche, Simon Francis, alias el Cuervo, adscrito al Grupo de Operaciones Encubiertas de la CIA, había acudido al piso que ella tenía en Rigaerstrasse a pesar de que a punto estuvo de anular la cita a causa de las poco favorables condiciones meteorológicas. No eran sus virtudes amorosas lo que le impulsaba a visitarla de ese modo tan peligrosamente rutinario. Tampoco su desempeño en la cocina. Se debía a que Janina había descubierto que aquel hombre con aspecto de predicador necesitaba que alguien lo escuchara por encima del alivio sexual. Para él, disfrutar de una velada junto a ella era como reproducir la vida que siempre quiso y que nunca pudo tener —por devoción o imposición—: una vida que le habría gustado tallar con el cincel de la trivialidad; una vida cargada de asuntos ufanos, de insulsa cotidianidad.

Una vida normal.

Así, se había presentado a la hora acordada y pulsado el timbre del portal reproduciendo la secuencia que anunciaba su llegada para que Janina le abriera la puerta como hacía de manera habitual. Se había despojado de la levita mientras subía las escaleras hasta el segundo piso pensando en disfrutar de un baño caliente con ella, eliminando de su mente las malas hierbas para plantar nuevas semillas. Ficticias y efímeras, cierto, pero reconfortantes en definitiva. Al llegar al descansillo le extrañó que la puerta estuviera abierta de par en par y que, aun así, no se filtrara luz desde el interior de la vivienda. Justo en ese instante debería haberse percatado de que algo no iba bien y actuar en consecuencia; sin embargo, se comportó como si fuera una persona normal con una vida normal.

Y ese fue su error.

Una equivocación que ahora le había llevado a estar sentado en el sofá en el que solía dejarse querer por Janina, desarmado, y con el supresor de una pistola apuntándole a la cara.

—No te lo voy a repetir. Contesta —persistió Kliuka.

—¿Era necesario que la mataras?

—Ya sabes que sí, Simon. No creo que el mundo llore la pérdida de una prostituta.

—Era una buena chica.

—¿Y cuántas buenas personas mueren cada día por estar en el lugar y en el momento equivocado? ¿Crees que los treinta pasajeros del avión que se estrelló hace un mes en el Río de la Plata merecían morir? ¿Y todos esos que murieron aplastados en ese estadio de fútbol griego? Alguno bueno habría, digo yo. No sé la cifra concreta, pero estoy convencido de que cada minuto, en algún rincón del planeta, mueren un par de buenas personas. O tres. Te voy a poner un ejemplo: ¿sabes quién era una buena persona y ahora está muerta?

El norteamericano no contestó.

—Sasha. Sasha era un buen hombre, claro que sí. Honesto, humilde, leal, responsable, respetuoso... Un tipo con valores.

El Cuervo chasqueó la lengua, disconforme.

—Él estaba ahí por decisión propia. Sabía a lo que jugaba y ese día le tocó perder. Ella, en cambio —la señaló sin quitarle la vista de encima—, no. Sasha, por muy responsable y respetuoso que fuera, tenía presente que su oficio podría llevarle a la muerte; Janina, no.

—Discrepo: mueren muchas más prostitutas de forma violenta que agentes de inteligencia. Ella nos había visto, entiéndelo. Sin embargo, por si te tranquiliza saberlo te diré que... ¿Cómo se llamaba? —le preguntó Kliuka a Pavel, que era quien sostenía el arma.

—Korbinian Zozulia —respondió.

—Menudo nombrecito. Lo hemos dejado vivo. Tardará en comer sólido, eso sí, y espero que no tocara ningún instrumento de viento, pero vivir vivirá. Se resistió todo lo que pudo, no obstante..., bueno, ya conoces mis habilidades. Y, ahora, respóndeme, por favor,

aunque sea solo para que yo lo entienda: ¿por qué ordenaste matar a Sasha?

—Para equilibrar las cosas. No lo habríamos hecho si vosotros no hubierais matado a Florian Klein.

Kliuka y Pavel intercambiaron miradas cargadas de confusión.

—Venga ya, Simon, no me tomes el pelo, que llevamos muchos años en esto. No he cuestionado en ningún momento que te cepillaras a ese idiota codicioso. Puedo admitir que se convirtiera en un problema para vosotros y que te ordenaran solucionarlo, pero no me cargues a mí ese muerto.

El Cuervo permaneció unos segundos callado antes de estallar en una carcajada histriónica, suerte en la que el norteamericano se prodigaba más bien poco.

—Nosotros no fuimos —logró decir entre risas—. Tienes que creerme.

Al del KGB se le demudó el rostro.

—Mierda... —murmuró en ruso.

—Nos la han jugado, viejo amigo —prosiguió el de la CIA recobrando su natural reciedumbre—. Tu Capuleto nos la ha jugado bien jugada. Supongo que no te lo diría, pero Klein descubrió que ella trabajaba para el HVA, y quiero pensar que el muy imbécil no quiso desaprovechar la oportunidad para sacar tajada. ¡Al gran Kliuka le han colado una agente Julieta! —se mofó.

—No, a mí no.

—Es cierto, al KGB. En el Centro se van a poner muy contentos cuando se enteren. Se van a partir de risa, Boris. Lo único que te va a salvar el pellejo es que no hayamos dado nosotros con Wögler antes que vosotros, si no... ¡Espera, espera! —prosiguió el Cuervo dando un par de palmadas y sin dejar de reír al interpretar el agriado semblante del ruso—. ¡No me digas que aún no lo tenéis! ¡No lo tenéis! ¡Dios Santo! El cabrón de Markus Wolf tiene que estar más que contento con esa agente suya. ¡Erika Eisemberg! La agente a la que el mismísimo Nikolai Kokorin recomendó para formar parte del KGB. ¡Oh, Dios mío, adoro a esa mujer!

Boris Kliuka apretó los labios, elevó los hombros y compuso una mueca divertida.

—Tú lo has dicho. A veces toca perder, aunque lo importante, lo único que de verdad importa, es poder continuar la partida. Y la tuya termina aquí.

—Lo sé, Boris, lo sé y lo tengo asumido. Solo te pido que lo hagas tú y que sea rápido. Somos hombres de honor a los que nos ha tocado defender causas distintas, pero jamás te he considerado un enemigo.

El del KGB asintió al tiempo que extendía el brazo para pedirle el arma a Pavel.

—Una cosa más —intervino de nuevo el norteamericano—. Y esto sí te ruego que lo cumplas por respeto al oficio. Sé que eres un hombre de palabra.

—Lo soy.

—Deja que mis padres puedan velar a su hijo. Si nunca aparece mi cuerpo no van a descansar lo poco que les queda de vida. Concédeme este último deseo, por favor, viejo amigo.

—Cuenta con ello.

—Si no te importa, voy a cerrar los ojos.

—Mejor, cúbrete la cara con esto —dijo dándole un cojín.

—Claro, no quieres pringarte.

—Todas las precauciones son pocas.

Simon Francis lo agarró con ambas manos, se lo pegó con fuerza al rostro y se reclinó descansando la espalda en el sofá.

Boris Kliuka suspiró antes de apuntar al estómago, dejó que transcurrieran algunos segundos y disparó.

—Tápale la puta boca y espera aquí hasta que este maldito cabrón se muera —le ordenó a Pavel elevando la voz para imponerse a los decibelios que producían las cuerdas vocales del de la CIA—. Podría tardar un par de horas. Luego, ya sabes, en trocitos —gesticuló con las manos— y los llevas a la granja de cerdos antes de que amanezca. Cuando se despiertan esos bichos, es cuando más hambre tienen.

—Entendido.

—Y, ahora, recuérdame la dirección de esa puerca.

Habitación 521. Hotel Stadt Berlin

Su instructor en el buen arte del interrogatorio lo llamaba la prueba de la liebre deslumbrada. La técnica consistía en provocar ese instante en el que el sujeto se quedaba paralizado al no esperarse una revelación del interrogador. Igual que las liebres que cruzan una carretera y de repente no saben qué hacer al ver dos grandes focos de luz acercándose a gran velocidad. Previamente había que conseguir que el interrogado se relajara, que ganara la confianza suficiente como para atreverse a cruzar la carretera y, entonces sí, encender las luces. Daba lo mismo que fuera cierto o no, lo crucial era elegir bien el momento. Al interrogador no le hacía falta escuchar la respuesta, le valía con observar si el sujeto reaccionaba esquivando las luces de inmediato o se paralizaba.

Y Rebeca Allendorf se había quedado seca durante un par de segundos, sin pestañear, erguida sobre sus patas traseras esperando el impacto.

—No sé de qué me estás hablando —dijo después de que el coche ya le hubiera pasado por encima.

Viktor mostró su colmillo y agitó muy despacio la cabeza.

—Digo que Werner Wögler lleva viviendo con vosotros casi cinco años bajo la identidad de tu padre. Cinco, que, por puro azar —recalcó, ácido—, coincide con los años que lleváis viviendo en esa casa. Es más, me atrevería a decir que a Johannes se le ocurrió aprovechar su fallecimiento a causa del alzhéimer para dar el cambiazo. Con el certificado de defunción de tu padre, lo único que tenía que hacer era sobornar al funcionario de turno para sustituir el nombre, celebrar un discreto funeral, grabar una lápida y listo. Seguramente no me habría dado cuenta de nada si no me hubiera fijado en que firmaba la chequera con la mano izquierda, ¿recuerdas? Claro que sí porque te esforzaste mucho en que no me cruzara con él cada día que pasaba por tu casa. Por eso preferías ir a bares, restaurantes, teatros... Para minimizar riesgos. Yo no tengo nada en contra de los zurdos, pero fue algo que se me quedó grabado. Durante mi infancia me acuerdo de que a mis compañeros de clase que lo eran les obligaban a utilizar la derecha para corregir

esa desviación de nacimiento. No te quiero contar lo que sufrió Yuri, ahora no me viene el apellido, que era zurdo, pelirrojo y al que le gustaba jugar con muñecas. Pobre Yuri. Me estoy desviando..., disculpa. El caso es que recordaba haber visto una foto de tu padre en la que aparece firmando un acuerdo rodeado de otras autoridades. ¿Sabes de cuál te hablo?

Ella cerró los ojos y asintió.

—Si hubiera sido inmortalizado firmando con la izquierda, no me habría llamado la atención. Luego, aunque no puedo considerarme un experto en la materia, me extrañó mucho cómo actuaba porque en ningún momento me pareció que estuviera afectado por el alzhéimer. En este punto te diré que habéis sido muy poco cuidadosos, la verdad. Otra cosa que no me encajaba fue no ver ninguna foto de tu padre en silla de ruedas, Rebeca. Me refiero a tu padre de verdad —aclaró—. Pero, claro, hace más de cinco años que no puede ponerse frente a un objetivo y supongo que Werner Wögler no será muy amigo de dejarse hacer fotos, ¿me equivoco? No, por supuesto que no. Todo ello me hizo sospechar, pero no ha sido hasta esta tarde, antes de venir aquí, que he pasado por tu casa para hablar con él y constatar que, efectivamente, Werner Wögler era zurdo y Herr Goellner diestro. Dicho esto, no he estado seguro del todo hasta que no he asistido a tu reacción. Era un plan magnífico para seguir recibiendo el dinero del ministerio. Johannes lo tejió de forma brillante y nadie se habría dado cuenta si ese maldito asesino no se hubiera cruzado en su camino.

—Te equivocas —dijo ella, casi repuesta.

—Mira que lo dudo, pero te escucho —dijo sirviéndose otro vodka—. Sorpréndeme.

—No fue idea de Johannes, fue mía y no tuvo nada que ver con el dinero.

—¡Vaya, pues sí que me has sorprendido!

—Cuando le encargaron proteger la identidad de Werner, mi marido ya era el número uno de su sección. Johannes llegó a tener hasta siete clientes de manera simultánea, como los denominaba él. Y si algo tenía muy claro en su profesión era que si quería asegurarse el éxito, todo pasaba por trabajar solo y no compartir la

información con nadie. El caso es que la saturación de trabajo le llevó a empezar a contar conmigo en algunas labores, digámoslo así, poco trascendentales y con personas muy concretas. Pero un día se dieron una serie de circunstancias excepcionales que me llevaron a conocer al famoso Ciudadano W en persona. Él llevaba una vida bastante insulsa y solitaria, y a mí me llamaba la atención su capacidad intelectual. Johannes confiaba en mí ciegamente, así que me fue delegando tareas relacionadas solo con él. Con el paso del tiempo llegamos a estrechar mucho los lazos mientras que, en casa, mi padre se iba apagando poco a poco. No duró mucho más, por suerte —añadió apesadumbrada—. Fue entonces cuando se lo propuse. Me costó lo suyo convencerle, pero lo cierto es que se parecían en lo físico. Misma complexión, corte de la cara similar, ojos claros, pelo canoso... Además, contábamos con un comodín para usar en el caso de necesitarlo: el del deterioro propio de la vejez multiplicado por los efectos de la enfermedad. Eso sí, por precaución decidimos cambiarnos de casa y distanciarnos de las amistades que manteníamos, aunque tengo que confesar que esa parte nos costó más bien poco. Ya sabes qué tipo de relaciones sociales nos gustaba mantener a nosotros fuera de casa.

—Sí, ya sé.

—Cuando logré hacerle cambiar de opinión, Johannes se encargó de todo. La verdad es que sabía cómo hacerlo, a quién recurrir. Lo tenía todo previsto, incluso esto.

Silencio.

—¿A qué te refieres?

—A que llegara el día que alguien se diera cuenta del engaño. Estos papeles que certifican la muerte de Werner Wögler ponen el punto final al asunto.

—Doy por hecho que en esa tumba no hay sacos de arena.

—No. En esa tumba descansa mi padre.

—Por supuesto... Cinco años son muchos para demostrar físicamente que esos restos no corresponden a Werner Wögler, en efecto, pero no tantos como para que yo me presente ante las autoridades y cuente toda la verdad. Cualquiera de nuestros fisionomistas podría certificar que ese hombre es quien yo digo solo

con comparar dos fotografías. Por la conversación que he mantenido con él estoy seguro de que todavía podría servirnos de utilidad y, estando de nuestro lado, obtendríamos mucha ventaja en la carrera armamentística. Por eso, no termino de comprender por qué estás tan tranquila.

Rebeca Allendorf compuso una mueca que le dejó a Viktor cierto regusto canallesco.

—Por lo que te voy a ofrecer a cambio de tu silencio.

Viktor sonrió.

—No voy a traicionar mi relación con Erika. Es lo único verdadero que tengo —añadió—. Daba por hecho que esa posibilidad la habías descartado ya.

—No tiene nada que ver con el sexo, por desgracia —puntualizó—. Mi marido no solo se ocupaba de hacer desaparecer personas.

Viktor Lavrov buscó una postura más cómoda para escuchar lo que Rebeca Allendorf le iba a decir.

—También se encargaba de borrar el pasado de determinados personajes. Sujetos muy relevantes dentro del partido —definió—. De hecho, gracias a esto pudimos mantener el nivel de vida que quisimos. Esto sí que estaba realmente bien pagado. Johannes lo llamaba «nuestro seguro de vida».

—¿Podrías ser más concreta, por favor? —le pidió.

—Se trata de documentación muy comprometedor que, en las manos adecuadas, podría ser mucho más valiosa que cualquier ayuda que pudiera proporcionar Werner en la carrera armamentística.

Viktor consultó la hora en su reloj tratando de aparentar cierta indiferencia.

—Se está haciendo tarde, Rebeca. Erika me espera en casa —aliñó.

—Dispongo de documentación que podría hacer caer hasta al ministro más poderoso.

—Muy interesante —calificó sin interés alguno—. Y esa documentación ¿a quién afecta?

—Te lo acabo de decir: a Erich Mielke —reveló.

Bosque de Dresde

Rudy lo consideraba como parte fundamental de su rutina y antes de incorporarse puntualmente a su puesto de trabajo se daba una vuelta por distintos cuadrantes del área forestal, de forma que cada cinco días cubría toda su superficie.

—No me fío una mierda de esos cabrones —le había argumentado a Otto al referirse a sus compañeros. El bosque formaba parte de él y él formaba parte del bosque. Eran entes indivisibles y habían pasado ya muchos otoños desde que Rudy se erigió y autoproclamó como su único protector.

Esa misma tarde, unas marcas de neumáticos recientes le habían llamado la atención, principalmente porque las detectó en caminos que rara vez eran frecuentados por los visitantes. Estaba claro que ese vehículo se dirigía a un punto concreto y él tenía que averiguar cuál.

—La cabaña del predicador —la había bautizado—. Se la compró al viejo Ule cuando se retiró. Antes, no me pregunte desde cuándo, los guardias vivían aquí. Tampoco sé por qué dejaron de hacerlo porque a mí me habría encantado. Desconozco cómo se llamaba ese tipo, lo que sí sé es que durante el verano era habitual que hiciera reuniones de esas que montan los católicos para hablar con Dios, la Virgen y todos los santos del cielo.

Otto Bauer se limitó a asentir, pero, fundamentalmente, se ocupó de contener su eufórico estado mientras el guardia forestal hablaba. Rudy habría estado encantado de acompañarlo —o eso le dijo—, pero no podía dejar su puesto de trabajo bajo ninguna circunstancia, de la misma manera que tampoco había abandonado el agujero que su teniente le asignó en mayo del cuarenta y cinco para defender Berlín del avance de las hordas comunistas. Solo la metralla de un mortero que le alcanzó el hombro derecho le libró de una muerte segura, cicatriz que había exhibido con orgullo antes de explicarle cómo llegar sobre un mapa.

Y en ello estaba, tratando de recordar sus indicaciones al tiempo que intentaba seguir el trazado de la senda forestal bajo una

pegajosa lluvia intermitente y con unas condiciones lumínicas que no llegaban al mínimo razonable. La potencia de los faros tampoco ayudaba, por lo que las injurias e imprecaciones contra Rainer y su cuñada fueron una constante. La primera etapa consistía en llegar hasta el embalse, hazaña que, según Rudy, estaba al alcance de cualquier excursionista borracho. Y quizá fuera eso lo que necesitaba Otto, emborracharse hasta la inconsciencia, puesto que sería el único modo de que dejara de pensar en lo que iba a hacer con Jonas Kemke cuando diera con él. No esperaba hacerlo tan pronto, pero, si eso era lo que el azar, el destino o la Divina Providencia había dispuesto, ¿quién era él para darle la espalda?

Resonaba de nuevo en su cabeza la avinagrada voz del guardia forestal.

«Al salir de una curva de herradura, en el siguiente cruce que te encuentres, sigue por la derecha, y a unos ciento cincuenta metros verás el embalse. Una vez allí, puedes continuar recto o subir una ladera por un caminito de tierra que se abre paso entre los árboles. Ese te lleva a la cabaña de tu amigo».

La mencionada curva no podía ser otra que esa que acababa de dejar atrás. Redujo de cuarta a segunda y se aproximó al parabrisas como si así fueran a mejorar las condiciones de visibilidad. Pocos metros más adelante se vio obligado a dar un volantazo para no salirse de la trazada, e, inmediatamente después, llegó a lo que debía de ser el estanque. Otto se detuvo con el propósito de localizar el camino. El cadencioso movimiento de los limpiaparabrisas se sincronizó con el latido de su corazón para componer un réquiem nocturno nada halagüeño. Tras unos infructuosos segundos, bajó del coche sin parar el motor e hizo un giro de trescientos sesenta grados para completar el barrido visual.

—¿Dónde mierda está? —verbalizó.

La lluvia resbalaba por el cuero cabelludo sin encontrar oposición hasta perderse en la frondosa densidad capilar de las patillas. Otto se alejó unos metros del haz de luz que proyectaban los faros y cuando sus pupilas se adaptaron a la escasez lumínica, descubrió la dentada línea que dibujan las copas de los árboles sobre el cielo bruno. Avanzó algunos pasos para comprobar que, en efecto, allí

surgía un pequeño claro que ascendía sinuoso abriéndose paso en la foresta. Regresó al trote sin prestar atención alguna a los muchos charcos que se habían formado bajo sus pies, metió marcha atrás y maniobró para enfilear el camino. Conducía despacio confiando en distinguir algo cuando un relámpago iluminó el horizonte. Como si de un revelado fotográfico se tratara, la impronta de un volumen rectangular apareció a su izquierda. De inmediato pisó el freno y aguzó la vista.

Un trueno lejano y un guiño luminoso.

Al enfocar en esa dirección se percató de que había un punto de luz flotando en la oscuridad. Un faro en medio de un océano de líneas verticales trazadas de forma difusa por los troncos de los árboles. El paralelismo con una situación similar vivida en primera persona hacía unos pocos meses hizo que a Otto Bauer se le arrugara el estómago. En aquella ocasión, cuando asaltó la finca de los Köller, la cosa terminó mal. Francamente mal. Se conjuró por tanto para extremar las precauciones antes de abrir la guantera y empuñar el Nagant. Como una embarcación a la deriva buscando llegar a tierra firme, el inspector jefe de la Kripo puso proa hacia la luz y ordenó marcha *avante* a la sala de máquinas. Campo traviesa y parapetado por la vegetación, el contorno fue ganando en nitidez conforme se acercaba a lo que debía de ser la pared lateral de una cabaña. El recuadro amarillento que se recortaba en la oscuridad constituía la única nota de color en una partitura que seguía sonándole a marcha fúnebre. Se concedió una pausa y cerró los ojos para tratar de apaciguar el acelerado ritmo de su respiración. No lo logró, pero, prefiriendo subir al escenario que permanecer entre las bambalinas de la indecisión, corrió agazapado hasta que tomó contacto con los listones de madera. Otto se entretuvo contemplando cómo arreciaba la lluvia con fuerza, agitando las hojas de los árboles en su enconada trayectoria descendente. Y quizá fuera por lo relajante del sonido —o porque su sistema nervioso no era capaz de acumular más tensión—, notó cierta descarga en sus músculos y articulaciones que le animó a continuar adelante. La ventana quedaba a un par de metros a su izquierda, por lo que solo fueron necesarios un par de pasos laterales para

situarse a su altura. Acto seguido se asomó con un fugaz movimiento solo para comprobar que no había nadie en el interior, e instantes después lo repitió con más detenimiento. Se trataba de un pequeño aseo de unos seis metros cuadrados provisto de retrete, lavabo y plato de ducha. Había toallas en el suelo, hecho que le hizo pensar que acababan de utilizarlo y se habían dejado la luz encendida. Valorando la posibilidad de colarse por allí detectó una presencia con su vista perimetral. Instintivamente se giró en esa dirección y levantó el arma.

El estallido de luz en el cielo le permitió distinguir a una mujer que, paralizada, lo miraba con extrañeza. Era el suyo un atractivo marchito, como si algo en su interior no le permitiera mostrar sus encantos. No parecía asustada, sino, más bien, expectante.

—He salido a recoger eso —dijo con un hilo de voz, señalando al suelo con el índice.

Un patito de goma.

—Es de mi hija Elisabeth.

El policía se agachó a recogerlo, momento en el que se percató de que para agarrarlo iba a tener que guardar la pistola o cambiársela de mano, lo cual significaba lo mismo dado el nivel de destreza que podía desarrollar con la izquierda. Todavía en cucullas, se introdujo el arma por dentro del cinturón y agarró el juguete.

—Aquí tiene —le mostró tras incorporarse y dar un paso adelante.

La mujer se apartó el pelo de la cara que, empapado, le impedía parcialmente la visión. Luego conformó un cuenco con ambas manos para que lo depositara ahí.

—¿Es usted la mujer de Jonas Kemke? —quiso corroborar Otto.

—¿Ha venido a por él?

Otto le sostuvo la mirada unos segundos y asintió.

En ese instante, el peso de las decenas de veces que Jonas le había puesto la mano encima, de los cientos de ocasiones en las que la había ultrajado y amedrentado, de las miles de amenazas y de los millones de faltas de respeto, insultos y ofensas, se convirtió en una carga imposible de equilibrar con el escaso gramaje que implicaba ser el padre natural de sus hijos. Unos niños que le temían mucho más de lo que le amaban.

Kristen soltó aire por la boca visiblemente aliviada.

—Está en el porche arreglando algo. Haga lo que tenga que hacer, pero, por lo más sagrado, no haga daño a mis hijos.

—Soy policía, ni a usted ni a ellos les va a pasar nada. Ahora métase en casa y no salga hasta que yo le diga que todo ha terminado.

—Va a matarlo, ¿verdad?

—Haga lo que le he dicho, por favor, y entretenga a sus hijos.

Ella bajó la cabeza, dio media vuelta y deshizo el camino que la había llevado hasta allí. Otto agarró el Nagant por las cachas y se aseguró de que hubiera una bala en la recámara.

—¡Vamos, Otto, joder! —se animó.

Recorrió la pared lateral apuntando al vacío, resguardándose como podía de la tormenta bajo el estrecho voladizo del tejado. Tras las nubes obcecadas en vaciarse, una rodaja de luna luchaba por no terminar siendo engullida del todo, resistencia que impedía a la oscuridad hacerse con el control absoluto de la noche. Al llegar a la esquina, el inspector jefe apretó los dientes, y, resuelto a finiquitar el asunto, ascendió los dos peldaños que daban acceso a la raquítica estructura porticada frontal. Bajo ella, apoyado con el hombro en uno de los pilares que la soportaban, distinguió su figura. Miraba hacia el frente disfrutando del espectáculo, dándole la espalda a Otto sin percatarse de su presencia. Este notaba cómo el agua resbalaba por su frente y que la adrenalina había tomado posesión de su organismo. A pesar de esos inconvenientes, Otto sabía que nada le iba a impedir que acertara desde esa distancia aún sosteniendo el arma con una mano. Así y todo decidió acercarse con sumo sigilo hasta que se encontró a menos de tres metros. Adoptó la postura de disparo para distribuir el peso de su cuerpo a la vez que visualizaba a cámara lenta cómo su proyectil impactaba en la nuca dejando un precioso orificio de entrada y otro conclusivo de salida. Su cerebro sería compota antes de que perdiera la verticalidad y su cuerpo sin vida tocara el suelo.

Solo tenía que vencer la resistencia del gatillo para hacerlo realidad.

Y eso era precisamente lo que se disponía a hacer.

LA QUÍMICA SE IMPONE

*Residencia de Viktor Lavrov y Erika Eisemberg
Rosenstrasse, 2. Berlín Oriental (RDA)
4 de julio de 1981*

Se siente como si llevara una moneda de dos caras en el bolsillo y en su expresión se distingue la impronta de quien se sabe ganador. Viktor Lavrov ha resuelto el rompecabezas del Ciudadano W y, aunque todavía debe tomar una decisión al respecto, da por concluida la búsqueda de Werner Wögler. Un asunto menos —y no uno cualquiera— y, sin embargo, no es este triunfo lo que le ha provocado esa alegría desmedida que fluye por sus venas y que se siente incapaz de controlar.

Superando la inestabilidad de su pulso, logra introducir la llave en la cerradura y hace girar el bombín de la puerta del portal. Antes de subir los primeros peldaños aprieta contra su cuerpo el tesoro que lleva en el interior del portafolios que le ha entregado Rebeca Allendorf. No está capacitado para tasar el valor de los papeles que contiene, pero no le hace falta ser ningún experto para intuir que en Moscú van a hacer salivar a muchos. Los documentos en cuestión, datados en septiembre de 1931, son las actas oficiales de un proceso judicial que prueban la implicación directa de Erich Mielke en el homicidio de dos policías. No corrían buenos tiempos para los de la hoz y el martillo en un país que estaba a punto de caer rendido a los pies de la dialéctica patriótica preconizada por el nazismo. En aquel entonces, Erich Mielke pertenecía al aparato de seguridad del

Partido Comunista Alemán, y, el día de autos: 9 de agosto, se celebraba una manifestación como tantas antes habían tenido lugar en Bülowplatz, donde se localizaba su sede y centro de operaciones. No obstante, en aquella ocasión se ordenó intervenir a las fuerzas del orden para disolverla, altercados que dejaron un balance de dos policías muertos y quince manifestantes detenidos. Ninguno de ellos era el joven Mielke, quien, sabiendo que podía ser fácilmente identificado como autor de los disparos que terminaron con la vida de los dos oficiales, huyó a Moscú, decisión que a la postre le salvaría de morir ahorcado. Cuando regresó al país después de la Segunda Guerra Mundial, atesorando una dilatada experiencia dentro de los servicios de inteligencia, Erich Mielke fue requerido por las autoridades soviéticas para organizar los de la zona de ocupación alemana y, después de cuatro años de largo embarazo, la vieja Europa parió un nuevo estado: la RDA. Tras el alumbramiento, aquellos comprometedores hechos quedaron diluidos en la memoria, gracias, entre otras cosas, a la inestimable labor de Johannes Allendorf, especialista en hacer desaparecer personas y molestas cuestiones del pasado.

Viktor Lavrov tiene más que decididos sus siguientes movimientos. El primero que va a hacer al día siguiente es visitar a Clara Steinbach para apretarle las tuercas e impedir que el proceso de adopción se dilate más de lo estrictamente necesario. Después pasará por la tienda de repuestos para solicitar un encuentro con Nikolai Kokorin. Para entonces tendrá que haber tomado una determinación sobre qué final del cuento le va a narrar al general. Tiene dos trajes: el que le ha tejido Rebeca Allendorf junto a Werner Wögler o el confeccionado con el hilo de la verdad. A ella le ha dado su palabra de que puede contar con su discreción a cambio de los documentos que tuvieron que pasar a recoger por su casa y que ahora le pertenecen. Pero Viktor no se siente del todo dueño de sus decisiones desde el primer día que puso los pies en Lubianka y entregó su voluntad y conciencia al KGB. Tiene que reconocer que los Allendorf han realizado un excelente trabajo y que el paraguas que tienen preparado para cuando cayera el chaparrón es muy resistente. Al no estar Johannes en el mundo de los vivos, el

argumento de la avaricia por necesidad resulta tan creíble que podría llegar a eximir a su pobre viuda de cualquier futura responsabilidad.

A no ser que él dijera lo contrario, claro.

A punto de entrar en casa, confía en que Erika todavía esté despierta. Va a disfrutar mucho relatándole algunas partes de su jornada, como el detalle de la expresión que se adueñó de Rebeca Allendorf cuando la rechazó por enésima vez. Para Viktor es digno de encomio que esa mujer nunca dé una batalla por perdida, menos aún una guerra, lo que hace que su victoria sea más meritoria si cabe ante los ojos de Erika. A todo ello tiene que añadir que al despojarse de ese enorme peso de encima va a poder dedicar más tiempo y energía a atrapar a Jonas Kemke, para lo cual tiene pensado como punto de partida recuperar a Otto y que él sea su punta de lanza. Estando intoxicado por la euforia, el ruso se siente capaz de afrontar cualquier reto, sobre todo si este le proporciona una satisfacción personal como la que le supondría sentarse frente a ese psicópata. Solo pensar en la posibilidad de exprimirle el cerebro hasta llegar a comprender algo más acerca del funcionamiento de la mente criminal le excita.

De este modo, eufórico y alterado, Viktor Lavrov se quita la gabardina y la sacude como si pretendiera ahuyentar esos pensamientos que, como corceles salvajes, galopan ingobernables dentro de su cabeza. Es muy consciente de que no le conviene dar rienda suelta al entusiasmo en aquel terreno sin cercar, pero han sido tantas las veces en las que pensó que iba a volver a fracasar que no se ve capaz de contenerlo. Al menos esa noche. Sin embargo, tan pronto cierra la puerta, asiste al palidecer de la gama de rosas con la que pretendía colorear su futuro inmediato, y, antes incluso de que le dé tiempo a colgar el sombrero Trilby en el perchero, todo se ha teñido de un gris macilento. Objetivamente no encuentra ningún motivo que le invite a pensar que algo no vaya bien. Tan solo se trata de una mala vibración, una sutil advertencia de su sexto sentido que, sin saber muy bien por qué, le ha hecho tensar su cuerpo y ahora guía sus pasos hasta la cocina. Eleva la voz para pronunciar su nombre mientras avanza más timorato que

precavido por el pasillo. No obtener respuesta consolida el mal augurio y justo antes de cruzar bajo el dintel de la puerta saca la Makarov PM de la sobaquera y toma aire.

Tres son los segundos que invierte Viktor Lavrov en llegar a una conclusión. El primero lo consume en interpretar los alarmados rasgos faciales de Erika y la crispada expresión del hombre que tiene apoyado el supresor de una pistola en su sien. Otro más en procesar la fatídica e irreversible tesitura en la que se encuentran, porque, con Boris Kliuka en la ecuación, el resultante solo puede ser uno. Y, por último, el que emplea su sistema cognitivo en admitirla: uno tiene que morir.

No se equivoca pero tampoco acierta.

—Baja ese arma, camarada —le ordena Kliuka sin necesidad de elevar ni endurecer el tono.

Cabaña del predicador

No lo ha hecho.

Todavía.

Hay un punto a favor en volarle la cabeza sin más, pero son los muchos que tiene en contra los que le han impedido —por el momento— apretar el gatillo. De ellos, uno resulta del todo insalvable: sería un final demasiado rápido e indoloro para Jonas Kemke. Heinrich merece otro desenlace. Otra razón de peso es que el sonido del disparo atraería la atención de la mujer y de sus hijos y Otto no quiere ser el responsable de futuros traumas psicológicos. Entonces, de improviso, como si su objetivo hubiera oído sus dudas, se gira muy despacio. Es su semblante un espejo donde se reflejan la retahíla de emociones que le invaden al descubrir que Otto Bauer está apuntándole, pero, por encima de todo, es el miedo lo que prevalece.

A Jonas no le hace falta leer la mente de aquel hombre para saber a qué ha venido. Las palabras de aquel degenerado repugnante resuenan en su cabeza: «¿Qué harás cuando Otto te encuentre?». No es que lo haya hecho de manera consciente, pero

extiende los brazos e interpone sus manos entre su cara y el pequeño agujero negro que tiene a unos tres metros de distancia como si se tratara de un escudo protector. También se da cuenta de que está repitiendo un monosílabo, aunque no parece que vaya a surtir el efecto que busca.

—No, no, no, no, no.

—Solo te lo voy a decir una vez, hijo de puta: camina —le ordena. No parece que tenga muchas más opciones. Desde luego, ninguna mejor.

Jonas obedece.

Otto Bauer duda acerca de qué es lo que va a hacer. No. Más bien es el cómo lo que aún no ha decidido. Lo prudente es alejarse de la cabaña, pero la combinación entre la escasez de luz y el exceso de lluvia no le permite distanciarse mucho de él. Por si acaso le da por intentar algo, verbaliza sus intenciones.

—No hagas ninguna tontería porque no voy a pensármelo dos veces. No te salgas del camino —le indica para evitar perderlo de vista en la espesura.

—«Ten compasión de mí, oh Dios, conforme a tu gran amor; conforme a tu inmensa bondad, borra mis transgresiones. Lávame de toda mi maldad y límpiame de mi pecado».

—¡Cierra la boca, comemierda! ¿Tuviste tú compasión de Heinrich?

—«¡Ten compasión de mí, oh Dios, conforme a tu gran amor; conforme a tu inmensa bondad, borra mis transgresiones! ¡Lávame de toda mi maldad y límpiame de mi pecado!».

Se lo acaba de advertir: Otto no va a dudar. Proyecta la pierna hacia delante, y, apoyando la suela de la bota en la rabadilla, lo empuja con tanto ímpetu que Jonas cae de bruces sobre el barro. Solo el acto reflejo de poner las manos impide que se haya embadurnado la cara. Otto clava la rodilla en su espalda y le hunde el cañón del Nagant bajo la mandíbula.

—¡Si te digo que te calles, te callas! Debería dejarme de historias y meterte una bala en la cabeza ahora mismo —especula.

—¡Levántese y tire la pistola! —grita alguien.

La figura que se recorta en la oscuridad viste un impermeable con capucha para protegerse del aguacero. El inspector jefe de la Kripa se seca el agua que le está dificultando la visión para corroborar que, en efecto, sostiene una escopeta a dos manos a la altura de la cadera.

—¡Levántese y tire la pistola! —insiste.

—No me fastidies, Boris —es lo único que se le ocurre decir a Viktor—. ¿Qué mierda se supone que está pasando aquí?

Erika respira de forma acelerada, está sangrando por el labio y tiene el párpado izquierdo visiblemente hinchado y algo amoratado. Sin embargo, no es eso lo que le preocupa. Le inquieta su expresión porque no corresponde a lo que cabría esperar en una situación así. Es como si no estuviera presente, lo cual no obsta para que se pueda leer un contundente «lo siento» en su mirada.

—Ella te lo va a explicar ahora, ¿verdad, preciosa? Pero antes haz el favor de guardar el arma o las cosas se van a poner muy feas para tu novia.

Viktor obedece sin perder contacto visual con Erika. Es su forma de hacerle saber que está con ella, que todo va a ir bien aunque en realidad no sea eso lo que está pasando por su cabeza. Kliuka es, de los tres, el más experto en gestionar y resolver situaciones críticas. Conoce bien al ucraniano y sabe que la matará sin pestañear en el caso de que tenga la sensación de que no maneja todas las posibles variables que podrían decantar el resultado a favor o en contra. Por ello, la mejor baza de Viktor es sacar el máximo provecho de sus conocimientos en el ámbito de la psicología, y lo fundamental en ese preciso instante es hacerle entender que no entiende nada.

—Tú ganas, Boris, pero más te vale que tengas una razón de peso para haberle puesto la mano encima a mi chica.

—Tranquilo, hombre, tranquilo. Confía en mí, o, mejor aún, presta mucha atención porque ella misma te lo va a contar todo para que lo entiendas. ¡Habla! —le exige empujando su cabeza con la boca del supresor.

Erika se pasa la lengua por los labios.

—Lo siento. Lo siento mucho de verdad, Viktor —dice con la voz entrecortada—. Es mi trabajo. Mi misión.

—¿Qué misión?!

—Tú. Tú eras..., eres —corrige— mi misión.

Viktor frunce el ceño tratando de comprender lo que dice, pero el pellizco que ha sentido en la boca del estómago le anticipa que lo que está a punto de escuchar le va a romper en pedazos.

—Soy agente del HVA —reconoce— y mi cometido era acercarme a ti lo máximo posible para informar de tus movimientos. Lo que no podía saber era que...

—Un momento, un momento... —Le interrumpe Viktor—. ¿Desde cuándo?!

Kliuka sonrío satisfecho.

—Desde el principio —desvela este.

—¡Cállate! Quiero escuchárselo decir a ella.

Erika aprieta con fuerza los párpados exprimiendo el zumo de las glándulas lacrimales. Asiente.

—¡Dilo, maldita sea! —grita él.

—Desde que nos conocimos en los Juegos Olímpicos de Moscú.

El ruso busca un sitio donde apoyarse. Lo hace con dos manos sobre la mesa y esconde la cabeza entre los hombros.

—Por lo tanto, ya sabemos por qué fracasó la operación contra Alfred Weidemann —continúa Kliuka—. Es muy buena. Vaya si lo es. Hizo que fueras tú quien se acercara y, siguiendo punto por punto el manual de Wolf, te lo puso complicado pero no imposible. Luego, cuando se enteró de nuestras intenciones y del papel que tenía que cumplir Annike Popp, la borraron de la ecuación y nos hicieron creer que había sido su gente del BND para evitar fugas. De este modo, ella —la señaló— ganaba el espacio que necesitaba para ocupar su lugar y boicotarlo todo en el último momento.

—Nunca me dijeron que lo iban a hacer así —se defendió ella—. ¡Nunca!

—Mira, eso me lo creo, pero ya no importa una mierda —le rebate Boris Kliuka—. Lo siguiente consistía en esperar a que le ofrecieras formar parte de nuestra familia, lo cual era más que previsible

estando perdidamente enamorado de esta perra. Pero ¡qué bien lo hacen, joder, qué bien! —insiste, divertido—. Si se la colaron a Willy Brandt, cómo no te la iban a jugar a ti. Pero aún hay más, cuenta, cuenta.

Ella menea la cabeza.

Boris Kliuka amartilla la pistola.

—¡No lo voy a repetir!

Una fea tos seca le dibuja un rostro bajo la capucha. Un rostro que conoce.

—Joder, Rudy, ¿eres tú? —pregunta Otto sin cambiar de postura.

—¡¿Quién iba a ser si no?! Cuando te has marchado me ha dado mala espina y he venido a comprobar qué demonios estaba pasando. Supongo que ese que tienes ahí abajo es ese viejo amigo al que has venido a buscar, ¿verdad?

—¡Yo no conozco a este hombre, créame! —logra gritar Jonas desde el suelo—. Me ha debido de confundir con...

El resto de la frase se pierde en el barro que entra en su boca.

—¡Este hijo de la gran puta es un asesino que ha matado a cinco hombres incluido un buen amigo mío! Mi nombre es Otto Bauer y soy inspector jefe de la Kriminalpolizei, comisaría de Karlshorst.

—Muy bien. Muéstrame una credencial y yo mismo te ayudaré a llevártelo.

—¡Mierda, Rudy! ¡Ahora mismo no la llevo encima!

—Pues entonces tendré que avisar a las autoridades y que ellos se encarguen de aclarar esto.

—¡No! —chilla Otto ejerciendo más presión sobre la cabeza.

Jonas patalea y se retuerce tratando de llenar los pulmones de algo que no sea ese líquido viscoso que le está obstruyendo las vías respiratorias. Con la mitad de la cara metida en el barro, lo único que ve es cómo las gotas que se estrellan furiosas en el agua estancada se transforman en burbujas de efímera existencia.

—¡Lo vas a ahogar! —le advierte el guardia forestal—. ¡Suéltalo o me veré obligado a disparar.

—¡No! ¡Tiene que pagar! ¡Tiene que pagar por lo que ha hecho!
¡Este hijo de puta tiene que pagar por...

Esta vez son decenas de perdigones del cinco las que se llevan las palabras de Otto.

—Por eso no me quedó otra opción que hacerlo —concluye Erika—. Lo siento, Viktor. Lo siento muchísimo.

Viktor no ha pestañeado durante su relato. Sin mostrarse dubitativa, ni mucho menos arrepentida, le acaba de contar cómo Florian Klein averiguó que ella trabajaba para Markus Wolf y cómo la había amenazado con desvelárselo al KGB. No le dejó otra opción —ha justificado—. Y aprovechando que esa noche se marchó con Birgit y que conocía la dirección, se coló en su casa y lo mató en la bañera de un disparo en la cabeza.

—Como ves, se trata de una perra rabiosa —apostilló Kliuka—. Y ya sabes lo que hay que hacer con las perras rabiosas. A nosotros tampoco nos queda otra opción, preciosa. En cuanto a ti, Viktor, la cosa no pinta muy bien —prosigue chasqueando la lengua—. Cuando el general Kokorin informe a Lubianka te van a pagar un viaje de ida a Moscú y, con suerte, te arrojarán en un oscuro y húmedo agujero hasta que una noche alguien entre en tu celda y te meta un disparo en la cabeza. Pero también podrían condenarte a trabajos forzados en algún rincón olvidado de Siberia y, entonces, serás tú quien se quite la vida más pronto que tarde. ¿Sabes lo más gracioso de todo?

Viktor, incapaz de sobreponerse al caos que se ha adueñado de su capacidad analítica, no reacciona, tan solo está tratando de contener el vómito.

—Que haya tenido que ser el Cuervo quien me haya abierto los ojos. Lo he matado, por cierto, pero te juro por mi hijo Artem que esta desgraciada va a recibir lo suyo. Me encantaría ser yo el que termine con ella, pero, por la camaradería que nos une, te voy a ofrecer una oportunidad de salvarte. ¿Me estás escuchando?

Este asiente sin levantar la cabeza para evitar cruzarse con la mirada de Erika.

—Vas a encargarte de enviar un recado a su amo, y yo mismo le contaré a Kokorin que fuiste tú quien se dio cuenta de todo y que actuaste como se espera de ti. Jamás le he dado motivos para dudar de mí. De este modo, no solo te librarás de la muerte, seguramente, sino que, conociendo cómo están de ásperas las cosas en el Kremlin, tu determinación a la hora resolverlo terminará jugando a tu favor. Ahora bien, cuando ocupes el cargo que te van a ofrecer en el Centro, entonces te acordarás de este leal camarada y me devolverás el favor. ¿Qué me dices, Viktor, hay o no hay trato?

Viktor no se ha percatado de ello, pero, mientras formulaba su propuesta, Boris Kliuka se ha desplazado unos metros a su izquierda y ahora le está apuntando a él.

—Saca esa Makarov tuya de una puta vez y haz lo que tienes que hacer.

Una voz le susurra que no es mala solución. De hecho, no escucha ninguna otra que le diga lo contrario. Pero antes tiene que reunir el coraje para mirarla a la cara. Si le va a disparar, no le queda más remedio que enfrentarse a la persona que le ha engañado día tras día durante tantas semanas, tantos meses. Esa de ojos azules casi grises —ahora humedecidos— de la que se ha enamorado y con la que está a punto de adoptar a una niña.

Esa a la que tiene que matar.

Esa a la que va a matar.

—Hazlo, Viktor —le pide Erika.

Viktor saca su arma y la examina como si no supiera para qué sirve tal artilugio.

—No lo pienses demasiado, simplemente dispara —le aconseja su compañero, que no ha dejado de apuntarle. Viktor es consciente de que Kliuka no va a vacilar un instante si detecta cualquier tipo de movimiento que conlleve un mínimo de peligro para él.

Entonces, el psicólogo levanta el arma y quita el seguro.

—¡Vamos, Viktor, hazlo ya! ¡Líbrate tú! —le anima Erika.

—¡Del siguiente no te libran ni los ángeles del cielo como no tires la pistola y te apartes de él ahora mismo —le asegura Rudy, barbián.

Otto, que ha sentido pasar la bandada de perdigones por encima de su cabeza, la arroja enfurecido y se incorpora. Jonas tose desesperadamente en el suelo. No es una tos seca como la de su oportuno salvador, es más parecida a una sucesión de arcadas mediante las cuales trata de expulsar el barro y el agua que ha tragado.

—Estás cometiendo un grave error, maldita sea. Este cabronazo es muy peligroso —dice subrayando la afirmación con una patada en las costillas.

—Si es quien dices que es, los Vopos se encargarán de él. Ahora me vais a acompañar los dos a mi camioneta y vamos a avisarlos desde el equipo de radio. Y os lo advierto a los dos: no es la primera vez que me llevo a alguien por delante, así que no me obliguéis a abriros un boquete en el cuerpo.

Otto intuye que lo que dice es cierto y, aunque tiene que masticar su frustración, asume que no le va a quedar otro remedio que conformarse con haberlo atrapado.

Jonas, que ha conseguido ponerse a cuatro patas, se aleja de Otto murmurando algo.

—No puedo levantarme —le cree entender Rudy.

—Tenemos que darnos prisa, la tormenta estará sobre nosotros en pocos minutos —comenta este para sí.

A continuación, Rudy da tres pasos hacia donde está Jonas y se agacha para tirar de él. Otto, que en ese momento ha alzado la vista al cielo esperando que la lluvia que le cae en el rostro purifique sus malos pensamientos, no registra las intenciones de Kemke. Con una mano aparta el cañón de la escopeta de Rudy al tiempo que hunde en el cuello del guardia forestal el destornillador que sostiene en la otra. Solo su agónico gorjeo le hace regresar, pero, cuando logra reaccionar, Jonas le ha clavado la herramienta hasta la empuñadura por tercera vez. Una nueva descarga se produce como consecuencia del espasmódico movimiento de los dedos de Rudy haciendo que el cartucho libere su carga contra el suelo. Los perdigones, ansiosos por encontrar algo en su camino, rebotan en todas direcciones sin orden ni concierto. La mayoría se han perdido en la nada, pero algunos de ellos, seis concretamente, se han

topado contra un obstáculo que se estaba moviendo en la dirección opuesta. Actuando conforme a las leyes de la física, las bolitas de plomo han aprovechado su velocidad de desplazamiento para penetrar el tejido sintético del pantalón y el tejido orgánico de la pierna de Otto Bauer, alojándose en la tibia a dos palmos por debajo de la rodilla. Las heridas no revisten gravedad, pero han servido para que el desafortunado encuentro le haga perder la verticalidad al policía y, sin entender muy bien cómo, se encuentre rodando por el suelo.

Por su parte, Jonas tampoco sabe bien qué ha sucedido, pero, asumiendo que el hombre del chubasquero ya no supone ninguna amenaza para él —y en muy poco tiempo ni siquiera supondrá un gasto en el consumo de oxígeno—, está decidido a aprovechar la ventaja que la Divina Providencia, en su infinita bondad e inabarcable sabiduría, le acaba de regalar materializándose en forma de destornillador. Él, mucho más terrenal y menos bondadoso, solo piensa en aplicarle el mismo tratamiento que a ese tipo que todavía sigue luchando por evitar que la sangre abandone su cuerpo. Herramienta en mano, se abalanza sobre Otto, que, arrodillado, intenta quitarse el barro que le ha entrado en los ojos tras la caída.

Jonas solo requiere una única estocada certera.

Otto solo necesita ver si pretende esquivarla.

La lógica acaba imponiéndose y el destornillador se hunde en la carne del inspector jefe de la Kripo.

Lo que ocurre a continuación nada tiene que ver con la lógica, y mucho menos con lo que ellos esperan. Porque ni Erika Eisemberg —que espera recibir un par de proyectiles en el pecho—; ni Viktor Lavrov —que espera escuchar alguna voz que le diga que no tiene que disparar—; ni, sobre todo, Boris Kluika —que espera matar dos pájaros de un tiro— esperan que suceda lo que sucede: ruidos procedentes de la puerta principal, gruñidos y pasos que se aproximan veloces. Viktor Lavrov, que es quien está más cerca de la puerta es el primero en reaccionar. Asoma la cabeza, pero solo es

capaz de distinguir una figura que avanza con algo en la mano. Seguidamente llegan los fogonazos. Las astillas saltan cerca de la cara y el instinto le obliga a cubrirse primero y a arrojar al suelo después. El ucraniano, mucho más veterano y experto en estas lides, se parapeta detrás del cuerpo de Erika, que, sumida en la confusión —ya debería estar muerta—, no reacciona. El ucraniano ha visto cómo alguien ha estado a punto de volar la cabeza a Viktor Lavrov, así que tiene muy claro que va a coser a balazos a cualquiera que cruce la puerta.

Sea quien sea.

Sin embargo, Korbinian Zozulia, agente de campo de la CIA destinado en Berlín, no es un cualquiera. Y no solo porque ahora tiene ocho dientes menos que cualquiera. Hace muy poco tiempo que anhelaba estar muerto para dejar de sufrir con cada diente que le arrancaban esos animales del KGB. Ha sido adiestrado por los mejores para salir bien parado de coyunturas tan adversas como esa. De hecho, acaba de demostrárselo a sí mismo y al jodido agente del KGB con el que se ha topado en el piso de la prostituta que solía visitar el Cuervo. Cuando lo sorprendieron esos falsos policías frente al hotel y le condujeron a aquel descampado donde le han torturado, no le quedó más remedio que contarles lo que querían. Ahora bien, Zozulia ha aguantado que le arrancaran ocho piezas con unos alicates. Ocho, ni más ni menos, ni menos ni más. Lo sabe a la perfección porque siempre han estado en su boca y ahora ya no. El de la CIA no podría decir si son muchas o pocas, pero ocho son más que suficientes como para superar con creces su umbral del dolor. Solo quería dejar de sufrir, por lo que terminó cediendo al suplicio dando por hecho que lo iban a matar después. Sin embargo y contra todo pronóstico, los del KGB no lo han debido de considerar una amenaza seria, y ese ha sido su error. Así, en cuanto se ha visto con fuerzas suficientes se ha dirigido a uno de los pisos francos que tiene la Agencia en Berlín y se ha armado hasta los dientes. Bueno, hasta los dientes precisamente no, como mucho hasta las encías. Acto seguido se ha dirigido a la casa de esa mujer y, tras abrir la puerta con su juego de ganzúas, ha entrado sin más pretensiones —y ninguna precaución— que matar a esos bárbaros

comunistas. Para su desgracia solo se ha encontrado a uno, pero, por suerte, estaba medio dormido en un sofá. Al comprobar el estado crítico del Cuervo ha comprendido el porqué. No se lo ha pensado mucho y le ha hecho cinco agujeros a ambos lados del esternón antes de que le diera tiempo a desperezarse. Su jefe todavía estaba vivo —con muy mal aspecto, eso sí— y ha podido cruzar algunas palabras con él superando las enormes dificultades derivadas de tener ocho dientes menos de lo normal. Pero escuchar escucha a la perfección. Por ello, se ha limitado a atenderle cuando el Cuervo le ha desvelado dónde podía encontrar a Boris Kliuka, el malnacido del KGB que le falta. Antes de espirar su último aliento le ha hecho jurar que saldaría cuentas con él. Nunca prometer algo le había costado tan poco. No quiere vengar su muerte, no, quiere hacerle pagar por todas y cada una de las piezas dentales que le ha arrancado.

Ocho dientes, ocho disparos.

De camino ha rememorado la historia que le contó el Cuervo acerca de aquel empresario judío que colaboraba con los nazis y lo mucho que sufría cuando tenía que elaborar aquellos listados. Se ha cagado en su memoria al darse cuenta de que a él jamás lo torturaron y, sin mucho que perder, ha irrumpido en la casa escupiendo plomo a diestro y siniestro, solo dejándose guiar cual marioneta encorajinada por su sed de venganza. Al entrar ha reconocido en el acto esa cara picada por la viruela y, aunque hubiera preferido toparse primero con Kliuka, no le ha parecido disparatado disparar un par de veces sin dejar de avanzar por el pasillo. No sabe con certeza si le ha alcanzado o no, pero se dispone a comprobarlo de inmediato.

Y Boris Kliuka lo sabe.

Cuando el jefe del Grupo Operativo de la Oficina S lo ve entrar en la cocina, apunta a la cabeza. Es un blanco fácil pero la dificultad estriba en acertar cuando acabas de recibir un fuerte e inesperado codazo en el plexo solar que te ha robado el aire de los pulmones y te obliga a encorvarte hacia delante. Al recuperar la posición hay dos proyectiles del calibre 44 viajando a trescientos veinte metros

por segundo, velocidad muy superior a la que su sistema motor es capaz de desarrollar.

La física se impone.

La primera bala impacta por debajo de la clavícula izquierda atravesando en su trayectoria el lóbulo superior a escasos milímetros de la arteria pulmonar. Ventura que no se repite con la segunda, que le entra por el cuello abriéndole un agujero en la tráquea. La lesión no sería mortal por sí misma, pero el proyectil ha terminado seccionando el puente troncoencefálico, impidiendo la natural comunicación entre la médula espinal y el bulbo raquídeo, hecho que resulta del todo incompatible con la vida. Korbinian Zozulia contempla cómo Boris Kluika se desploma, pero no se concede el gusto de regocijarse en la escena dado que aún le faltan otras seis balas que meterle en el cuerpo. Esa obcecación le impide detectar el movimiento que se está produciendo en un plano inferior y cuando logra entender que se trata de una amenaza muy seria — que le estén apuntando desde el suelo lo es—, ya no le da tiempo a neutralizarla. No le queda otra alternativa que cuadrarse para recibir en el pecho los disparos que Viktor Lavrov está a punto de efectuar.

Es esa la primera vez que el psicólogo criminalista se ve en la tesitura de matar a una persona y, no obstante, no podría decirse que haya jugado en su contra. Sabedor de que sigue vivo por puro azar o gracias a la mala puntería del desdentado desconocido que acaba de abatir a Kliuka, resuelve ahorrarse los importunos por peligrosos reparos morales. Tres han sido las veces que ha apretado el gatillo y tres han sido los pasos atrás que ha dado el de la CIA antes de trastabillarse, caer de espaldas sobre la mesa y acabar dando con sus huesos en el suelo. Viktor invierte unos segundos en reponerse, y cuando por fin se pone en pie es Erika quien atrae su atención. Pero no se debe a que ella lo esté atravesando con su mirada; no, más bien tiene que ver con el riesgo que supone para su integridad el arma que sostiene en su mano y la certeza de que está dispuesta a usarla.

Si no fuera porque es quien es, diría que Erika está a punto de volarle la cabeza, aunque, inmediatamente después se percata de que en realidad no sabe quién es.

Otto Bauer no sabe cómo demonios ha sido posible que ese destornillador haya terminado atravesando su antebrazo izquierdo entre el cúbito y el radio. El resultante es la suma de cuatro factores: un impetuoso intento de apuñalamiento, un acto reflejo defensivo, una cabeza de herramienta afilada y la propia anatomía del antebrazo. Verlo le ha hecho soltar un gancho de derecha que ha impactado en los testículos de su atacante, regalándole unos preciosos segundos para ponerse en pie. Enseguida ha notado cierta molestia por debajo de la rodilla que es consecuencia de los perdigonazos perdidos, leve dolor que ya es más que lo que siente en el brazo, desconectado por completo de su sistema nervioso. Otto no dispone de tiempo para evaluar los daños estando a escasos metros del hombre que ha tratado de matarle del mismo modo que ha acabado con Rudy y que ahora lo está estudiando con iracundo detenimiento. En su rostro crispado están cinceladas sus intenciones, pero estas no difieren demasiado de las suyas, así que entra en modo combate y adopta la posición de guardia. Él suele usar una clásica, con los puños a tres cuartas de la cara, pero no es esta la que más conviene en una pelea callejera. Decide por tanto emplear una de perfil mixto: con el brazo izquierdo algo adelantado—tenga o no un destornillador atravesado—, las caderas reviradas respecto al eje vertical de la columna y los hombros asimétricos para facilitar el reparto compensado del peso. Sabedor de que mantener el equilibrio en esa superficie tan inestable puede ser un factor definitorio, mueve los pies para que sus botas se hundan en el barro y entren en contacto directo con el firme. Solo tiene que esperar, e intuye que no será mucho.

No se equivoca.

Jonas recuerda que el combate cuerpo a cuerpo era una disciplina que se le daba bastante bien, mucho mejor que a la media de los reclutas; además, es un poco más alto que su contrincante, un poco más joven y está un poco más entero. Y son esos muchos «pocos» los que le otorgan cierta ventaja y le hacen ser optimista. Creyéndose superior y espoleado por la certeza de estar protegido

por el Altísimo, Jonas Kemke se anima a recortar la distancia y lanzar varios puñetazos. Torpes y vacuas tentativas para un oponente como el que tiene delante, que los esquivo con suma facilidad y responde con una combinación de derecha que, cuando menos, siembra dudas en los sólidos argumentos de su rival. Bastantes, a juzgar por su inmediata forma de actuar, volviendo raudo sobre sus pasos hasta el lugar donde Rudy dejó caer la escopeta cuando le abandonaron las fuerzas. Sin tiempo para recargarla, la agarra por el cañón como si de un bate de béisbol se tratase y regresa con la firme pero descarada pretensión de hacer un *homerun* con la cabeza de Otto. Este lee sus intenciones como un libro abierto, lo evita con un simple paso atrás, y contraataca cargando el peso en la pierna adelantada buscando el mentón. El exitoso croché lo deja noqueado. Y lo sabe, porque a pesar de la cortina de agua que los separa le ha visto poner los ojos en blanco y se le ha escapado la escopeta de las manos. Llega el momento de tumbarlo y es entonces cuando el policía despliega su mejor repertorio pugilístico, alternando secuencias de golpes de variada factura que el otro encaja con religiosa abnegación hasta que, rendido, se deja caer de rodillas.

—¡Aún no he terminado contigo, comemierda! —le grita el inspector jefe entre jadeos.

Un relámpago proyecta la sombra de Jonas sobre un suelo que hace tiempo que perdió la capacidad de absorber más agua. Al mismo tiempo, el fogonazo da fe del calamitoso paso de los puños de Otto por su rostro. De la primigenia configuración de corte oriental no queda casi nada; ahora bien, cortes tiene unos cuantos, y, aunque son los que le han abierto las cejas los que más sangran, lo que le hace parecer otra persona es el hecho de tener hundidos ambos pómulos. Su tez ha adoptado una tonalidad cerosa, cárdena por paños allí donde han impactado los nudillos del de la Kripo. Todo apunta a que Otto va a zanjar la cuestión con una última combinación que tiene previsto culminar con la rodilla, pero de improviso le sobreviene un vahído que le obliga a tomarse un respiro. Nota cómo la cabeza le da vueltas y no tarda en atribuir la

causa del vaivén al continuo flujo sanguíneo que discurre por el brazo izquierdo hasta perderse entre los dedos.

—¡Joder! —masculla justo antes de trastabillarse.

Tiene que poner el punto final antes de perder la conciencia.

Erika no es consciente de haber vivido en primera persona los últimos acontecimientos.

Regresaba de la casa de Birgit con unas cuantas copas de más y algunas preocupaciones de menos. Y quizá fuera por el hecho de estar sumida en aquel pantanoso estado alcohólico, o por encontrarse flotando en su renovado estado anímico —o la combinación de ambos—, por lo que no prestó atención a las señales ni tomó precaución alguna. Así, ha sido presa fácil para un depredador de la talla del ucraniano, quien, hambriento por saldar cuentas, la abordó y neutralizó en el descansillo. Ya a su completa merced, e intuyendo cómo iba a terminar aquella historia, Erika ha decidido salir de su cuerpo para evitar sufrimientos mayores. Incluso cuando llegó Viktor y no tuvo más remedio que contarle la verdad, se ha mantenido en ese plano distante, casi indiferente, tratando así de no contagiarse del dolor que estaba causando a la persona más importante de su vida. Y ha permanecido sumida en esa suerte de aletargamiento voluntario hasta que ha escuchado los disparos de Korbinian Zozulia y ha actuado de forma atávica pero eficaz. Su parte racional, mucho más estructurada, le exhibe ahora una cuenta de resultados bastante favorable.

Que su competencia directa representada por Boris Kliuka haya quebrado le deja campo abierto a futuras inversiones y, no obstante, lo que le preocupa a Erika en ese preciso momento es abortar las intenciones de otro rival.

—Aparta —le dice a Viktor.

Este, confundido y aún algo conmocionado por el efecto nocivo que han causado las detonaciones en sus tímpanos, se limita a fruncir el ceño.

—¡Que te quites de en medio! —insiste elevando la voz.

El ruso lo hace llevado no por el convencimiento sino por un automatismo, dado que Erika acaba de levantar el arma que empuñaba Kliuka y está apuntando en su dirección. El disparo suena como un fuerte chasquido, y, justo después, Viktor oye algo a su espalda que le hace girarse asustado. Al intruso desdentado le han pintado un pequeño círculo en la frente del que se escapa una masa viscosa de color gris con trazas rosáceas. Obnubilado por el crecimiento de un manto rojo bajo su cabeza, trata de comprender lo sucedido.

—Debía de llevar chaleco —le desvela ella—. Iba a pegarte un tiro.

Viktor recorre la cocina como un animal enjaulado, con la cabeza gacha y la Tokarev en la mano. Erika, que tampoco ha soltado la que ahora le pertenece, lo sigue con la mirada.

—¡Jódete, maldito cabrón! —increpa Viktor al que fuera su compañero—. ¡Y jódete tú también un millón de veces! Seas quien seas —le dice al desdentado.

—Trata de tranquilizarte —le pide Erika.

—¡Os jodéis, cabronazos!

—Tienes que sosegarte, Viktor.

—Estoy tranquilo.

—No, no lo estás.

—Pues claro que no, maldita sea. Tenemos dos putos cadáveres en nuestra cocina y no creo que los Vopos tarden mucho en presentarse aquí. ¡¿Qué mierda nos vamos a inventar?!

—Sabes perfectamente lo que les vamos a contar cuando lleguen. Y no es eso lo que te preocupa —asegura ella modulando el tono.

Él se detiene en seco. Sus ojos saltones inyectados en sangre parecen querer salirse de sus órbitas al conectar con los de Erika. Quisiera saber si hay algo real detrás de esa fachada; desearía saber si siente algo por él o ha sido todo parte de una interpretación magistral; pero lo que de verdad necesitaría saber es si en ese jardín que han plantado juntos queda algo que se pueda salvar o ya está todo muerto.

Ella, muy en cambio, solo tiene una incógnita por resolver.

—¿Me habrías disparado?

—Otro día —responde él al instante elevando el índice—. Lo que vamos a contar es lo único que sabemos: ambos trabajamos para la Compañía y ese hombre —señala a Kliuka con la pistola— es nuestro enlace en el KGB. Era. Habíamos quedado a cenar y cuando nos disponíamos a prepararla ese otro cabrón ha entrado pegando tiros, se ha cargado a Kliuka, y bla, bla, bla. A partir de ahí, no creo que les resulte complicado enlazarlo con las muertes de Klein, de Sasha, de Pavel y del Cuervo. ¡Joder, menuda masacre!

Erika lo está atravesando con sus ahora más grisáceos que azulados ojos.

—¿Me habrías disparado? —insiste usando un tono que roza lo melifluo.

«Se va a arrepentir de no haberle disparado cuando ha tenido la oportunidad», piensa Jonas Kemke.

Si ese condenado sodomita que tiene delante cree que con unos cuantos golpes va a terminar con él, está muy confundido. El Todopoderoso sigue de su parte, y que ahora se encuentre en esa tesitura tan crítica no es más que otra prueba para medir su voluntad, para calibrar su fe. El intenso dolor que siente es un paralelismo con el sufrimiento por el que pasó el Mesías, su propio hijo, vilipendiado por los impíos y los idólatras camino del Calvario. Dios aprieta pero no ahoga. Prueba de ello es la señal que Él le acaba de enviar en forma de relámpago. Durante el breve fogonazo se ha percatado de la debilidad de su enemigo, de su talón de Aquiles. Lo lleva clavado en el brazo, al alcance de los suyos. Tan solo tiene que reunir las fuerzas necesarias para aferrarse al destornillador y hacer mucho más grande esa herida por la que se le está escapando su energía. No tiene que pensarlo, solo actuar.

Y actúa.

Aprovechando que Otto está a punto de desvanecerse, agarra los extremos del destornillador y aprovecha su peso para tirar hacia abajo de él. Nota cómo este se mueve dentro de la carne, pero hay algo que no termina de encajar: el endemoniado no grita ni exterioriza muestra alguna de dolor. Simplemente lo acompaña en la

caída hasta el suelo y acto seguido nota su mano alrededor del cuello oprimiéndole la garganta. Antes trató de ahogarlo, ahora quiere asfixiarlo, pero confía en que pronto se le agoten las fuerzas. Solo tiene que resistir un poco más. Es un guerrero de Dios y está preparado para ello. Agita el destornillador durante unos segundos, pero no obtiene el resultado que espera. La expresión iracunda del sodomita no parece humana, lo cual le invita a pensar que su enemigo ha tenido que salir por fuerza del mismo infierno. Notar la falta de oxígeno le obliga a encontrar una solución inmediata y ello implica soltar la herramienta para poder dar media vuelta y librarse de ese cepo de cinco dedos. Lo consigue a duras penas y entonces ordena a sus extremidades que hagan lo posible por alejarse de la amenaza, pero el barro le impide ejercer la tracción que necesita para desplazarse. Solo consigue resbalar en cada tentativa y ahora nota que el siervo de Satanás con el que se está jugando la vida se ha acomodado a horcajadas sobre su espalda.

Agotadas las ideas y estando al límite de sus fuerzas, confía en escuchar su voz. Pero no es una divina sino otra de humana apariencia la que oye.

—¿Quieres jugar con el destornillador?! ¿Lo quieres, jodido comemierda?!

Jonas Kemke no sabe muy bien a qué se refiere hasta que siente la punta plana en la parte posterior del cuello, allí donde se junta con la cabeza. La incógnita queda resuelta un segundo más tarde, que es el tiempo exacto que tardan los nueve centímetros de acero cromado en atravesar su cerebelo.

Todavía mueve una pierna de forma espasmódica en el momento en que Otto logra incorporarse no sin dificultad. Por el modo con el que ha removido el destornillador intuye que son los últimos estertores antes de que se apague su sistema nervioso, por lo que lo único que le preocupa ahora es detener la hemorragia del antebrazo. Se está apretando el cinturón a la altura del codo cuando percibe una presencia bajo la lluvia.

Se trata de la esposa de Jonas Kemke.

Hierática, con los brazos cruzados a la altura del pecho, deduce que ha presenciado el último acto de una obra cuyo trágico

desenlace no parece haberle defraudado.

Sus palabras se lo confirman.

—Supongo que va a necesitar ayuda con eso.

—¡Maldita sea, no necesito tu ayuda! ¡¿Cómo voy a creerte si me has estado engañando todo este tiempo?! ¡Y desde el mismo instante en el que nos conocimos! ¡Bravo! —grita Viktor aplaudiendo fuera de sí—. ¡Bravísimo! Y yo me lo he tragado todo. ¡Menudo estúpido! ¡Menudo imbécil! ¡Joder, hasta me había ilusionado con adoptar a una niña!

—Y vamos a hacerlo —asevera ella.

No es lo que dice sino cómo lo dice lo que paraliza a Viktor Lavrov.

—Tú y yo. Armando Lopategui y Erika Eisemberg. Tú y yo. Ni el KGB ni la Stasi, ni Markus Wolf ni Nikolai Kokorin. Solo tú y yo. Ellos no van a durar, nosotros sí. Ellos van y vienen —continúa refiriéndose a los dos cuerpos que yacen en el suelo—, nosotros nos quedamos. Nuestro entorno es voluble, lo nuestro es estable. Es sólido e inquebrantable aunque haya nacido de modo artificial. Sólido e inquebrantable —repite—. Y lo sé porque solo las personas a quienes amamos de verdad son capaces de provocarnos heridas profundas. Heridas que duelen, sí, pero que tienen remedio. Por eso vamos a seguir adelante con lo nuestro. Por eso vamos a seguir adelante con la adopción. Esa niña, Erika, nos hará aún más fuertes, inmunes a todo y a todos. Tú y yo seremos solo uno, pero nadie tiene que saberlo. Para ellos todo tiene que seguir igual. Todos ganan. Kokorin tendrá lo que busca y Wolf también porque se lo daremos nosotros cuando nos convenga. Ahora cocinamos tú y yo, les servimos los platos y se comen lo que nos dé la gana a nosotros. Si hoy tenemos carne con patatas, les damos carne con patatas; pero si mañana solo nos quedan patatas, se comen las malditas patatas solo por el hecho de que se las hemos preparado nosotros. Tú y yo. Armando Lopategui y Erika Eisemberg. Te he escuchado decirlo decenas de veces: «Todo lo peor es lo mejor cuando a uno deja de importarle de qué lado está». Dejemos de

estar en ningún lado que no sea el nuestro y hagamos que todo lo peor sea lo mejor. Compartamos esta forma de vida de la que ya no podemos escapar. Pero hagámoslo juntos. Seamos uno solo.

Lo que está escuchando es música celestial para sus oídos, pero no es capaz de discernir si de verdad ella siente lo que está diciendo o lo está diciendo solo para que él lo sienta. Nota cómo un *tsunami* de emociones arrasa con su parte racional sin que él pueda hacer otra cosa que esperar a que las aguas se retiren y asumir la catástrofe.

—Sé que ahora mis palabras no valen nada —prosigue Erika al tiempo que recorta la distancia con él—, pero si nos damos la oportunidad de desnudarnos del todo caeremos en la cuenta de que solo nos tenemos tú y yo. Uno solo.

Erika deja la pistola sobre la mesa y le tiende la mano.

Viktor duda, pero tiene esos labios demasiado cerca y, en realidad, lo único que le pide el corazón es besarlos. Sin perderlos de vista, alarga el brazo para dejar su arma junto a la otra y con esa mano ahora libre agarra la suya. Un impulso eléctrico le recorre la columna y le estalla en la base del cráneo.

La química se impone.

Mientras se devoran oyen el sonido de las sirenas que proviene del exterior, pero ello no los coarta. Erika recorre el cuello de Viktor alternando cálidos mordiscos con besos húmedos en su ascenso hasta el lóbulo de la oreja. Una vez allí le susurra:

—Sé que me habrías disparado.

Y QUE LA MUERTE NOS VUELVA A JUNTAR

*Cementerio del Sur
Leipzig (RDA)
6 de julio de 1981*

Brilla el sol. Lo hace como si se tratara de un proporcionado y sincero acto de redención por haber estado ausente durante tantos días. Esa mañana, Viktor ha escuchado en el parte de la Rundfunk der DDR que hacía veintidós años que Berlín no registraba una jornada tan lluviosa como la del día 4. Sin embargo, no serán las anomalías meteorológicas las que harán que esa fecha del calendario quede marcada en rojo a perpetuidad. Motivos de índole personal no le faltan para recordar la jornada en la cual su vida ha quedado para siempre ligada a la de la persona que le ha acompañado hasta Leipzig en coche y que ahora está colgada de su brazo vestida de negro como él.

Lo último que le ha escuchado decir al sacerdote que está oficiando el funeral de Heinrich tiene que ver con la recurrente idea de considerar la muerte como la etapa inicial de un viaje que desemboca en una existencia mejor, más plena. En ese punto ha desconectado su sistema auditivo externo para escuchar su propia voz, en exceso reflexiva desde que mantuvo el obligado encuentro con el general Kokorin. La conversación tuvo lugar en un solitario banco del Lustgarten a última hora de la mañana del domingo. No estaba Viktor en las condiciones más lúcidas después de haber dormido apenas un par de horas tras pasarse la noche declarando

en comisaría. La historia que le propuso Erika no presentaba fisuras y si había funcionado con el duro inspector de la Kripo que se la hizo repetir una y mil veces, no tenía por qué obtener distinto resultado con su superior. Es más, de alguna forma, Nikolai Kokorin tenía cierta responsabilidad en la sucesión de muertes que habían menguado de manera considerable las fuerzas de la CIA y el KGB en Berlín Oriental. Había sido él quien había solicitado y obtenido la autorización de Lubianka para castigar de modo proporcional el asesinato de Florian Klein, un valioso activo que los norteamericanos habían decidido neutralizar —a pesar de que siguieran sin reconocer su implicación en el caso—, y de Yevgueni Tursúnov, más conocido como Sasha, miembro del equipo dirigido por Boris Kliuka. El balance final había quedado más o menos parejo, pero la pérdida del ucraniano, al margen de lo personal, iba a ser harto complicado de reemplazar para el Centro. A Kokorin lo encontró extrañamente alicaído, como si estuviera tirando de las últimas reservas de combustible, aunque puede que se debiera a que acababa de recibir la orden de regresar a Moscú, cuestión que nunca era del agrado de nadie que se dedicara al oficio. Según le desveló este, Jruschov en persona iba a ser el encargado de poner el punto final en aquel ominoso capítulo junto a su homónimo de la CIA, y, con objeto de conocer de primera mano los detalles, el director del KGB requería su presencia. La única diferencia con respecto a la declaración que había hecho ante la Kriminalpolizei estribaba en el motivo por el que Boris Kliuka había acudido a visitarlos esa noche: avisarlos de que estuvieran alerta porque acababan de eliminar al Cuervo y se iban a desatar todos los infiernos. Cuadraba. Y en esa tesitura, lo que Viktor Lavrov tenía que decirle respecto al asunto del Ciudadano W jugaba a favor de todos. Que estuviera muerto y enterrado aceptaba el pretendido y obligado acercamiento entre los dos servicios de inteligencia más poderosos del planeta. Y así lo constató cuando le hizo entrega de la documentación que probaba los hechos y, aliviado, recibió cumplidas felicitaciones del general Kokorin, con la promesa añadida, además, de ensalzar su labor ante los mandos del Primer Directorio. Se despidió este de forma amistosa pese a que fue

dejando un lastre de desesperanza relacionado con el devenir más inmediato del KGB.

—*Chto posyeyesh', to i pozhnyosh'* —dijo Kokorin a modo de despedida.

El proverbio ruso: «Cosechas lo que siembras» contenía la confirmación de que el general no las tenía todas consigo respecto a salir bien parado del viaje a Moscú. Ni siquiera de salir. Viktor, sin embargo, no se dejó empapar de su pesimismo al encontrarse bajo los efectos del antídoto que era la optimista perspectiva de futuro que Erika le había inoculado.

En cuanto al informe que le facilitó Rebeca Allendorf en el que se demostraba la implicación directa de Erich Mielke en el asesinato de dos policías, a falta de contrastarlo debidamente, todo parecía indicar que era auténtico. De confirmarse, resultaría más que comprometedor para el ministro, sobre todo cuando dejara de serlo, hecho que se produciría antes o después con total seguridad. Por ello, y pensando en su seguridad, Viktor ha decidido ponerlo a buen recaudo y no hacer mención alguna de él al general Kokorin. Por el mismo motivo, pero al contrario, ha resuelto mostrárselo a Erika esa misma mañana. ¿Qué mejor manera de comprobar si el discurso que pronunció ella en la cocina le salió del corazón o de la cabeza? Que la información terminara o no en manos de Markus Wolf constituía la evidencia definitiva para saber si Erika Eisemberg estaba de su lado o solo estaba con él. Teniendo en cuenta que había elegido seguir caminando sobre el alambre, contar con un seguro de vida de ese calado le parecía la decisión más inteligente.

—Se esfuerza por ocultarlo, pero se le nota muy afligido — comenta ella en voz baja refiriéndose a Otto. Este, situado junto al féretro y al lado de su hermanastra, sostiene una expresión contenida difícil de evaluar.

—Se trataba del amor de su vida. Un amor muy traumático, es cierto, pero amor en definitiva —dice él en el mismo tono.

—¿Te vas a poner tierno ahora?

—Estoy más cerca de ponerme violento, sinceramente. Va a depender de que el espantapájaros ese de negro deje o no de decir estupideces de una maldita vez.

—A algunos los reconforta escuchar esas palabras —argumenta ella.

—De los once que estamos presentes sé de cuatro a los que nos importa muy poco lo que diga, pero, sea lo que sea, que sea breve. Y déjame añadir una cosa más: eso que tú defines como aflicción es dolor puro y duro. Pero dolor físico. Mira cómo se masajea el brazo malo.

—Ya me he fijado en que lo tiene vendado por mucho que se empeñe en estirar el puño de la camisa. ¿Qué le ha pasado?

—Ni idea. Lo único que me ha contado cuando nos hemos acercado a darle el pésame es que en cuanto termine el funeral, si es que termina a lo largo del día, quiere hablar con nosotros.

—¿Hablar de qué?

Viktor la mira con incredulidad.

—Vale, vale... Discúlpeme, camarada comandante, lo preguntaba solo por si intuía algo. Hablando de hablar... —prosigue ella acompañando el juego de palabras con una mueca divertida— ¿Cuándo me vas a hablar de la conversación que has mantenido con Kokorin?

—Justo después de que me detalles tu charla con Wolf. Esa que ni siquiera has tenido la decencia de mencionarme.

—Te lo iba a contar durante la cena que, te recuerdo, has quedado en pagar tú.

—No creo que yo me haya comprometido a una cosa semejante. Estaría bajo los efectos del alcohol. Además, no estoy seguro de que sea el mejor momento para hablar de esos temas, la cena es para...

—Mira —le interrumpe ella—, parece que ya ha terminado.

Pero solo lo parece. Porque en realidad el oficiante continúa a lo suyo, empecinado con la vida eterna como eje gravitatorio de su inagotable verborrea.

Aún regalaría algunos salmos más y un par de oraciones antes de dar la esperada orden a los operarios del camposanto. Es precisamente mientras estos hacen descender el ataúd a pulso ayudándose de gruesas sogas cuando aparecen las primeras y únicas lágrimas que van a humedecer las mejillas de Otto Bauer.

Un tétrico silencio nace, crece y permanece.

Transcurridos unos minutos solo quedan los cuatro. Un invisible punto intermedio se convierte en el lugar de encuentro.

—Ya está —dice Otto, tajante—. Vámonos de aquí.

La atmósfera de la cafetería es una prolongación de la del cementerio más importante de Leipzig. Hay un murmullo constante pero respetuoso, como si los presentes no quisieran perturbar la memoria de los muertos. Se sientan alrededor de una apartada mesa cuadrada cubierta por un mantel de tela amarillenta, una suerte de harapo que tiene como fin esconder que hace tiempo ya que la madera sucumbió a la carcoma.

Nadie quiere comer.

Café para todos y agua a voluntad.

Caras serias, gestos que arrastran interrogantes y suspiros que dilatan respuestas. Es Birgit quien decide sanear la tensa situación fumigando sonrisas para todos. Luego da una sonora palmada y agarra a Otto por el hombro.

—Bueno, hermanito, ya tienes su atención, así que..., nada, cuando quieras. Otto tiene que daros una estupenda noticia.

En su interpretación hay una carga irónica evidente. Todas las miradas convergen peligrosamente en el más que apesadumbrado rostro del inspector jefe.

—Di con Jonas Kemke —desvela a modo de preludio.

Conforme va avanzando en el relato sin obviar detalles desde por qué se empeñó en buscarlo, cómo logró encontrarlo y cuál fue el desenlace, las expresiones de Viktor y de Erika han ido mutando desde la expectativa hasta la incredulidad, pasando por otros muchos y diversos estados intermedios. Birgit, que ya sabe el final, se levanta a pedir más café justo antes de que cuente cómo lo descabelló.

—Joder, Otto, mientras nos lo estabas contando albergaba la esperanza de que no lo hubieras matado —interviene Viktor por primera vez, decepcionado—. Pero no porque no se lo mereciera, sino porque me habría gustado mantener una larga conversación con él.

—Pues eso va a ser bastante complicado —apunta el inspector jefe con neutra objetividad—. Birgit me dejaría de hablar si escuchara esto, pero la verdad es que no fui hasta allí con la idea de llevármelo detenido. ¿Sabéis que el comisario principal Schoenberg ha ordenado que le cuelguen a Ruslan Kemke el asesinato de Heinrich? Tan fácil como cambiar en el informe forense la data de su muerte un día antes de la fecha de su suicidio. Caso cerrado y a otra cosa. Ella me ha asegurado que les han prohibido hablar del caso bajo amenaza de suspensión.

—Puede que algún día todo esto salga a la luz —aventura el ruso. Erika lo mira incrédula.

—Yo no lo creo —coincide Otto—. Por eso no tengo ningún cargo de conciencia. Además, teniendo muy presente...

Este hace una pausa para clavar su mirada en la de Viktor.

—Teniendo muy presente lo que sucedió con los Köller.

Viktor frunce el ceño y traga saliva.

—¿A qué te refieres?

—Sí, Viktor, sí. Después de aquello tuve mucho tiempo para pensar y reconstruir los hechos pero, fundamentalmente, tus silencios. Así que averigüé dónde habían llevado a Doris y fui a visitarla. Y allí estaba, muerta en vida, observándome... Se lo pregunté sin rodeos y, aunque no lo reconoció, lo leí en sus ojos. Me marché satisfecho porque tuve claro que su penitencia iba a ser mucho peor que la muerte, pero sigo sin comprender la razón que os llevó a escondérmelo. A todos —especifica.

—No estabas pasando por una buena racha —argumenta Viktor—. Creímos que dejar las cosas como estaban era lo más conveniente para ti.

—Y puede que así fuera, por eso no os lo he tenido en cuenta. No demasiado —aclara—. Sin embargo, eso no quiere decir que estuviera preparado para tragar con la misma mierda en el caso de este hijo de puta.

—Entiendo que te has deshecho del cuerpo —dice Erika para cambiar de tercio.

—Los cuerpos —corrige—. Es difícil de creer, pero su esposa me ayudó a cargarlos en la camioneta y a hundirla en la parte más

profunda del embalse.

—Su esposa —repite Erika.

—Eso he dicho, sí. Según me contó, no podría decirse que Jonas Kemke fuera el marido perfecto. Ni el padre ideal. Aunque se esforzó por ocultarlo, diría que esa mujer se sentía mucho más aliviada que apenada.

—Ya. Me preocupa que el otro guardia forestal con el que hablaste relacione los hechos y le dé por fisgonear —aporta Viktor.

—Podría ocurrir, pero, como ya os he dicho, ese Rudy no parecía un tipo muy normal y, desde luego, no era un hombre ni querido ni apreciado entre sus compañeros como para que lo echen de menos. Además, llevaba amenazando años con desaparecer para siempre.

—Pues, mira, al final cumplió con su palabra.

La ocurrencia de Viktor se gana un doloroso pellizco de Erika bajo la mesa.

—¿Qué os parece?! —quiere saber Birgit nada más sentarse con otro café en la mano.

—Baja la voz —le pide Otto.

—Me parece que, conociendo como conozco el proceder de las autoridades de este país, creo que Otto puede estar tranquilo —responde el psicólogo.

—¿Tranquilo? ¡Mira qué bien! Para empezar, lo mismo le tienen que amputar el brazo.

—Para lo que me sirve así...

—Bueno, muy bien, Otto. Tú mismo. Que te lo corten por aquí, o mejor, por aquí —indica pasando la mano por el cuello—, y así los chicos y yo nos ahorramos unos cuantos disgustos.

El aludido trata de contener la sonrisa.

—Como se te ocurra reírte, Otto, te prometo que esta noche duermes con tu padre. O con quien te dé la gana, pero en mi casa no. ¡Te lo juro! —recalca.

—Qué sería del pobre Karl sin la influencia de su tío.

—Un hombre de provecho.

El que se ríe ahora es Viktor. Si es que ese sonido que emite puede considerarse como tal.

—Bueno, amigos, permitid que os contemos nosotros una buena noticia. Erika, si eres tan amable —dice el ruso cediéndole la palabra.

Birgit, ladina, se hace la sorprendida mientras escucha atenta toda la historia que termina desembocando en una adopción en ciernes.

—Esta misma tarde vamos a firmar los papeles y mañana por la mañana podemos ir a buscarla para llevarla a casa —interviene Viktor. Acto seguido se aclara la garganta como si lo siguiente que tuviera que pronunciar requiriera de una limpieza exquisita—. Dentro de un par de semanas vendrán sus padres a verla y entonces vamos a necesitar vuestra ayuda.

—Claro, por supuesto... —dice Birgit—. ¿Ayuda para qué?

—No les vamos a contar que es adoptada. Ni a ellos ni a nadie. Este mundo ya es demasiado complicado para los hijos naturales, así que como para no serlo.

Birgit no sale de su asombro. Otto, sin embargo, permanece como si se acabara de enterar que mañana suben las temperaturas en todo el país. O bajan.

—¿Eso se puede hacer? —pregunta ella.

—Él sí —asevera el inspector jefe señalando al ruso—. El poder de su varita mágica no tiene límites.

Birgit reacciona.

—Bueno, pues muy bien, contad con nosotros para cubriros. Tú y yo podemos hablar del embarazo y de aquellos primeros meses tan bonitos, cuando salíamos juntas a pasear con los niños por Unter den Linden.

Es la mejor actriz en ese escenario. Erika está tentada de levantarse y reconocer su talento con una merecida ovación.

Viktor mira su reloj.

—Amigos, tenemos que marcharnos. Yo por lo menos. Nos esperan casi tres horas de carretera y tengo cosas que hacer. Esta semana se cumple el plazo para entregar el informe del caso Sutcliffe, al que, dicho sea de paso, aún no le he puesto ni el título.

—¡Ah, el desgraciado ese! —prosigue Birgit—. Ojalá se pudra en la cárcel el resto de su vida.

—Se va a pudrir lo que le queda de vida, por supuesto, pero en un hospital psiquiátrico, porque voy a corroborar la tesis de sus abogados y a considerarlo un enfermo mental. Psicosis paranoide podría encajar bien —concreta.

—¿Pagando por los servicios prestados? —pregunta Otto.

—No, no, nada de eso. Que esté ingresado en un psiquiátrico es la única forma de asegurarme el poder visitarlo periódicamente, quiera él o no. Además, no creo que en Parkhurst aguante vivo mucho tiempo. Allí no es muy popular que digamos. Por otra parte, camarada, si no te hubieras empeñado en enviar a Jonas Kemke con su Creador, tendría otro interesante sujeto para estudiar, pero...

Otto iba a decir algo cuando un fuerte pinchazo en el brazo se tragó sus palabras.

—Cuidaos mucho —dice el ruso levantándose de la mesa y ajustándose el sombrero—. Ahora, y sin que sirva de precedente, me voy a encargar yo de la cuenta.

Sinceros abrazos sellan una eventual y más que amistosa despedida. Miradas de complicidad la certifican.

—Son buena gente —dictamina Erika en cuanto salen de la cafetería.

—Yo no he dicho lo contrario.

—Ya, pero no les has querido contar nada de la nochecita que tuvimos nosotros ayer.

—No necesitaban ni necesitan saberlo.

—Otto nos ha contado lo suyo. Cuenta con nosotros.

—Tú lo has dicho: cuenta con nosotros, sobre todo por si las cosas se tuercen y tengo que sacar mi varita.

—¿Tú crees?

—Por supuesto, tú y yo haríamos lo mismo.

A Erika no le hace falta reflexionar para saber que tiene razón.

—Estaba muy nervioso —dice ella al cabo.

—¿Quién?

—Quién va a ser..., Wolf.

—Bueno, la gente, en general, se pone nerviosa alguna vez en su vida. O un par. La culpa de todo la tiene el *locus coeruleus*, que es la parte de nuestro cerebro encargada de evaluar las situaciones a

las que debemos enfrentarnos para emitir la señal de peligro. Cuando esto ocurre, liberamos adrenalina y casi de inmediato...

—Si tuviera una pala iba cavando tu agujero, lo juro.

—Me preguntaba cuándo me ibas a cortar. Adonde quería llegar es que lo interesante no es que tu jefe —recalca con intención— se pusiera nervioso, sino averiguar el motivo que hizo emitir la alarma a Markus Wolf.

—Si te callas un segundo es probable que te lo cuente, Armando.

—Soy una tumba.

—Ojalá. La cuestión es que, antes de hablar conmigo, Wolf había pasado por el despacho de Mielke.

—Vaya... ¿Me quieres hacer creer que «El hombre sin rostro» se ganó una reprimenda y le afectó en su ego?

—Todo lo contrario, listillo. Encontró al ministro extrañamente contento, y no saber por qué es lo que le ha activado el *locus* «*comosellamus*».

—Nosotros sí sabemos por qué. La muerte del Ciudadano W supone un gran alivio para él.

Ambos se equivocan. Es la confirmación de otra muerte, la de un entrometido agente del Mossad que se había empeñado en revolver en el pasado del ministro, la que le ha alegrado la semana. Markus Wolf jamás llegará a averiguar por qué Uri Jamchi le dejó plantado aquella noche en la que, supuestamente, le iba a entregar algo que, según las propias palabras del israelí, «tenía mucho más valor de lo que era capaz de imaginar».

—Para Mielke y para mí también.

El ruso la mira extrañado.

—Ya no tienes motivo para volver a ver a esa viuda ninfómana.

—Cierto. A no ser que accedas a lo del trío.

—Cerdo.

—Yo también te quiero.

Erika le coge de la mano y se la aprieta.

—¿De verdad?

Viktor camina un par de metros antes de detenerse frente a ella. Luego la agarra de la cara con ambas manos y la besa en los labios con apasionada ferocidad.

—Te quiero, te lo he demostrado con creces, pero si vuelves a engañarme una sola vez más en lo que nos queda de vida, te prometo que te mato. Estamos juntos.

Ella sonríe.

—¿Juntos hasta que la muerte nos separe?

—Y que la muerte nos vuelva a juntar —finiquita él.

NOTA DEL AUTOR

Habrían de pasar unos cuantos años para que la muerte volviera a juntar a Armando Lopategui y a Erika Eisemberg. Durante ese intervalo de tiempo, cumplieron a rajatabla con su particular compromiso de pareja, anteponiendo sus intereses personales a los de sus respectivos servicios de inteligencia. Después de la caída del Muro y la posterior desintegración de la Unión Soviética, el KGB se vio afectado por las políticas aperturistas impuestas por Mijaíl Gorbachov. Disuelto dos años más tarde, tras su probada participación en un intento de golpe de Estado que resultó fallido, sufrió un proceso de reestructuración que culminó en la creación de dos nuevas agencias: el SVR —Servicio de Inteligencia en el Extranjero— y FSB —Servicio Federal de Seguridad—. Armando Lopategui y Erika Eisemberg pasaron a formar parte del primero, interviniendo en conflictos fuera de sus fronteras como el que estalló en los Balcanes a mediados de 1991. Acerca de sus andanzas, aventuras y desventuras, así como de las de su hija, Erika Lopategui, nada voy a contar que no haya escrito ya en novelas precedentes. Sin embargo, con el fin de cerrar esta historia conformada por *Todo lo mejor* y *Todo lo peor*, me voy a permitir la licencia de aprovechar estas últimas páginas para contarle, estimada lectora o lector, lo que depararía el futuro a otros personajes, que, confío, hayan despertado su interés.

Erich Mielke pasó los últimos años al frente del Ministerio para la Seguridad del Estado aferrándose al cargo mediante la puesta en marcha de estrictas medidas de control internas que, a la postre, se volvieron en su contra en el momento que la RDA dejó de existir.

Dos años después de dimitir y ser expulsado del partido, salieron a la luz los documentos que con tanto empeño había ocultado y que probaban su implicación directa en el asesinato de dos policías acaecido en 1931. Juzgado y declarado culpable, Mielke fue condenado a una pena de seis años de cárcel, de los cuales cumplió solo dos al ser liberado por problemas de salud. En mayo de 2000, el que fuera el hombre más poderoso de la República Democrática Alemana durante más de tres décadas murió en un asilo para ancianos de Berlín sumido en el más absoluto ostracismo. El diario *Bild* se hacía eco de la noticia bajo el titular: «Su mal corazón ha dejado de latir». No seré yo quien se atreva a emitir un veredicto sobre sus actos, para eso están los libros de historia y, por supuesto, usted.

Aunque nunca se pudo demostrar la participación de Markus Wolf en la caída de Mielke, fueron muchos los dedos que le señalaron como el responsable de que aquellos papeles cayeran en manos de las nuevas autoridades alemanas encargadas de la reunificación. El jefe del HVA, haciendo alarde de previsión, se había jubilado en 1986 y retirado a Moscú, desde donde hizo unas más oportunas que sinceras declaraciones a favor de la Perestroika. Requerido por la fiscalía alemana, Wolf regresó a Berlín en 1991 para enfrentarse a los muchos cargos que se le imputaban, y, si bien fue condenado dos veces, jamás llegaría a pisar la prisión. No son pocos los que relacionan esta esquiva virtud con su buena disposición a la hora de colaborar con la justicia en otras investigaciones. Dicho esto, también está probado que Markus Wolf nunca llegó a proporcionar ningún nombre que no fuera ya conocido por los tribunales. Fuera como fuese, al mito del espionaje mundial se le permitió dedicar sus últimos años a la escritura hasta que la muerte lo sorprendió durmiendo en su domicilio de Berlín a la edad de ochenta y tres años. He de reconocer que profundizar en su histórico vital no ha resultado nada sencillo para mí, mucho menos interpretarlo con el rigor y respeto que pretendía. Quizá por ello me sienta tan orgulloso de haberlo hecho. Dejo en sus manos la valoración de mi atrevimiento.

Peter Sutcliffe, a la fecha de hoy, 2 de enero de 2019, aún vive. Su caso siempre me ha llamado la atención desde el primer momento en que decidí sumergirme en el cenagoso mundo de los asesinos en serie allá por el año 2012. Prueba de ello es que ya lo menciono y destaco en *Memento mori*, mi primer trabajo como novelista. Tal y como adelantaba Viktor Lavrov en estas páginas, el destripador de Yorkshire logró su propósito de ser trasladado al hospital penitenciario de Broadmoor después de ser aceptado el informe de una comisión psiquiátrica en el cual se le consideraba un enfermo mental, ergo inimputable penalmente. Antes, en enero de 1983, Sutcliffe sufrió una brutal agresión en el penal de alta seguridad de Parkhurst a manos de dos reclusos, tras la cual estuvo a punto de perder un ojo. Los ochenta y cuatro puntos que tuvieron que darle en la cara le sirvieron para recordar las palabras de aquel maldito psicólogo ruso que tanto le importunó: «Las amenazas suelen perderse en el olvido, excepto cuando dejan cicatrices». En el año 2010, cumplidos treinta años de condena, sus abogados solicitaron su puesta en libertad, rogativa que la Corte Suprema rechazó, por lo que Sutcliffe morirá sin volver a tener contacto con la sociedad. Lo último que se sabe de él es de 2016, cuando el comisario de policía sueco Bo Lundqvist presentó un informe a las autoridades en el cual relacionaba los asesinatos de dos mujeres ocurridos en el sur del país con el mismo *modus operandi* y datados en agosto de 1980, fecha en la que Sutcliffe podría haber viajado al país nórdico como transportista. Nada más puedo aportar sobre este individuo que no haya dicho ya. Nada menos.

A Otto y Birgit Bauer los voy a dejar fuera de este capítulo por si en un futuro decidiera recurrir a ellos. Los adoro, sí, y quién sabe si mi condenada alma podría exigirme que volviera a meterme en sus cabezas para protagonizar alguna trama encuadrada en este escenario y horizonte temporal. Lo reconozco: me va a costar mucho regresar al presente.

Cumplido el trámite con mis personajes, quiero citar a las personas que, queriendo o sin querer, consciente o inconscientemente, me han acompañado en este viaje al pasado de más de dos años de duración.

A la gente de mi sello editorial, Suma de letras, y de todo Penguin Random House, por seguir confiando en este aporreador de teclados permitiendo que haya publicado ya en diez ocasiones desde el 2013 hasta la fecha.

A las librerías y librereros que recomiendan mis novelas a sus clientes, vosotros sois la retaguardia del gellidismo, los que mejor cuidáis de mi obra.

A los que os consideráis gellidistas, blogs literarios y muy especialmente a todos los vallisoletanos, vanguardia de este ejército que cada día es mayor y más experimentado.

A las personas que siempre han estado a mi lado: Chevi de Frutos, Carlos de Francisco, Gorka Rojo, Urtzi, Daniel Rivera, Gonzalo Albert, Mónica Adán y Mar Molina, vosotros sois los mejores generales que uno podría tener cuando se acerca la batalla de la publicación.

A María Fernández, mi pareja, capitana de mis cuarteles de invierno donde ahora me retiro para pensar qué nuevos territorios literarios podríamos conquistar.

A quien fuera que inventara el secador, ese mágico artilugio que me aísla para lograr hacer de la ficción mi realidad.

CÉSAR PÉREZ GELLIDA
Valladolid

CÁSCARA DE PLÁTANO

Probablemente no te hayas fijado y, si lo has hecho, te felicito. Su presencia ahí no es en absoluto casual y ahora toca explicar por qué.

Terminaba el mes de mayo del presente y tocaba celebrar el septuagésimo quinto cumpleaños de mi padre, lector impenitente de todas mis novelas. Estaban sirviendo los postres cuando el homenajeado volvió a la carga.

No era esa la primera vez que lo intentaba:

—Hijo, ¿y con qué estás ahora?

—Empezando otro lío —contesté con asepsia.

Él, que bien podría haber pertenecido a la Stasi, trató de sonsacarme información tirando de sutileza.

—Pero... ¿tiene que ver con las anteriores?

—No, es otra movida distinta.

Silencio.

—¿Y cuándo vas a hacer que el final de la novela se resuelva de forma inesperada cuando uno de los protagonistas pise una cáscara de plátano?

Risas.

Orujo de hierbas.

Cortocircuito.

—Pues, mira, creo que aún estoy a tiempo de utilizar el recurso.

No dije más.

Ahora te voy a pedir que examines con detenimiento la portada. Centra tu atención en el hombre que corre en paralelo al Muro y

proyecta sus siguientes zancadas en el espacio.

Se masca la tragedia.

Es del todo cierto. ¿Qué habría pasado, por ejemplo, si Korbinian Zozulia hubiera pisado una piel de plátano al irrumpir precipitadamente en la cocina del piso de Erika y Viktor? ¿Podría haber cambiado el curso de los acontecimientos?

Podría.

Podría haber sido así:

Y Boris Kliuka lo sabe.

Cuando el jefe del Grupo Operativo de la Oficina S lo ve entrar en la cocina apunta a la cabeza. Lo reconoce de inmediato: es el activo de la CIA al que le han arrancado la información que necesitaba para dar caza al Cuervo. Y algunos dientes. Es un blanco fácil, pero de forma repentina e inesperada desaparece de su punto de mira. Algo le ha hecho resbalar y en la caída se le ha debido de disparar el arma porque ha escuchado una detonación. El ruso se aparta de Erika, que aún sigue conmocionada, y, dispuesto a despejar a balazos la incógnita que acaba de entrar por la puerta, se aproxima al lugar. Confundido, el desdentado está tratando de ponerse en pie, intento que tres proyectiles se encargan de frustrar al entrar por su costado derecho y provocarle múltiples y severas lesiones internas. Un cuarto, innecesario pero concluyente, elimina la amenaza. Boris Kliuka se fija entonces en que Viktor no se mueve, e instantes después encuentra la explicación en el líquido viscoso que se le escapa de un pequeño agujero que tiene en la sien. Una piel de plátano que descansa a sus pies le hace inferir que la línea que separa la fortuna y la fatalidad es tan caprichosa como resbaladiza. Ahora es Erika quien capta su atención, o, para ser más exactos, sus gritos. Chillidos histéricos que nacen de lo más profundo de su estómago al comprobar el estado inerte de su pareja. Ha llegado el momento de poner el punto y final a tanto drama, y el del KGB no se lo piensa. Vence otras dos veces la resistencia del gatillo para facilitar el reencuentro de los dos tortolitos donde sea que se reencuentren los tortolitos muertos.

Mientras abandona el lugar, Kliuka no sabe cómo se lo va a contar a Nikolai Kokorin, pero lo que sí tiene decidido es que en el relato no va a mencionar la determinante intervención de una cáscara de plátano. Sabe que no se lo tragaría.

La lógica se impone.

Una novela fría como el acero, despiadada como el cruel asesino que la habita.



Varios cadáveres de homosexuales aparecen brutalmente asesinados en el Berlín Este de finales de la Guerra Fría. Las autoridades no le prestan la atención que merece hasta que un alto cargo de la Stasi que maneja información muy sensible para el Estado aparece muerto en las mismas circunstancias.

Por su experiencia en el comportamiento de la mente criminal encargan la investigación a Viktor Lavrov, que, junto al inspector apartado de la Kriminalpolizei, Otto Bauer, buscará la manera de sumergirse en un mundo prohibido tras los pasos de un despiadado asesino mesiánico.

César Pérez Gellida regresa para descolocarnos con un trepidante thriller negro magistralmente ambientado en una época no tan lejana pero sí muy distante en el ámbito de los derechos y las libertades. Otra nueva joya del que es para muchos el mejor escritor patrio de novela negra.

SOBRE EL AUTOR

César Pérez Gellida nació en Valladolid en 1974. Es Licenciado en Geografía e Historia por la Universidad de Valladolid y máster en Dirección Comercial y Marketing por la Cámara de Comercio de Valladolid. Desarrolló su carrera profesional en empresas vinculadas con el mundo de las telecomunicaciones y la industria audiovisual hasta 2011. Ese año irrumpió con fuerza en el mundo editorial con *Memento mori*, que cosechó gran éxito y por la que obtuvo el premio Racimo de literatura 2012. Constituía la primera parte de la trilogía Versos, canciones y trocitos de carne, que continuó con *Dies irae* y se cerró con *Consummatum est*. Se le otorgó la Medalla de Honor de la Sociedad Española de Criminología y Ciencias Forenses 2014 y el Premio Piñón de Oro como vallisoletano ilustre. En 2015 publicó *Khimera* y en 2016 inició su segunda trilogía, Refranes, canciones y rastros de sangre, que se compone de *Sarna con gusto*, *Cuchillo de palo* y *A grandes males*. *Konets* cerró este poliedro narrativo. Con *Todo lo mejor* inició una nueva andadura literaria y ahora vuelve con *Todo lo peor*, ambientada también en el Berlín de los ochenta.

Puedes contactar con el autor a través del medio que prefieras:

cesar@perezgellida.es

Facebook: [CesarPerezGellida.Oficial](https://www.facebook.com/CesarPerezGellida.Oficial)

Twitter: [@cpgellida](https://twitter.com/cpgellida)

© 2019, César Pérez Gellida

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-9129-205-0

Diseño de cubierta: Chevi Diseñarte

Conversión ebook: Raquel Martín Mira

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

[Todo lo peor](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Personajes](#)

[La química se impone \(Preludio\)](#)

[Algunos días antes](#)

[Todo lo peor es lo mejor](#)

[Schwanzlutscher](#)

[Ciudadano W](#)

[Bloomsday](#)

[Condicionante necesario](#)

[Una opresión deleitosa](#)

[Planificación, procedimiento y perseverancia](#)

[Sudor frío](#)

[Vesti la giubba](#)

[Eau de Rochas](#)

[Iniquidad](#)

[Una Capuleto](#)

[Maravillosa locura](#)

[Para que nunca regresen](#)

[Un maldito ciudadano ejemplar](#)

[Negación](#)

[Algo verdadero](#)

[Tos seca](#)

[Una liebre deslumbrada](#)

[La química se impone](#)

[Y que la muerte nos vuelva a juntar](#)

[Nota del autor](#)

[Cáscara de plátano](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)